Carlos Sáiz Cidoncha

RELATOS

RELATOS

- - -

CONTENIDO

Ludwing el perro

Los horrores del castillo de Magson

El ermitaño del diablo

El demonio de la Antartida

Los fantasmas defensores de la tierra

Pánico en el observatorio

Lágrimas verdes de Leng

La caverna del sueño

... y resucitó al tercer día

Secuestro aéreo

Encuentro en las profundidades

Nadie se fija en el barman

Los horribles terrestres

Una y sólo una

Ludwig el Perro

Durante cerca de un año había yo peregrinado incesantemente a través del grande y glorioso Segundo Imperio Alemán, visitando los más escondidos lugares y estudiando en las más ignoradas bibliotecas, siguiendo incansable una nebulosa pista. Mas ahora, en el mismo momento en que, desde lo alto de la colina podía ver las blan¬cas casitas de Rungard derramándose al pie de las suaves montañas de Baviera y el grande y antiguo caserón que las dominaba, una extraña premonición me dijo claramente que la búsqueda había llegado a su fin.

Las primeras noticias de Ludwig el Perro me llegaron a poco de empezar a documentarme para mi libro *Las Cruzadas y su tiempo*, en el que tenía puestas grandes esperanzas. Había tenido la suerte de hallar abierto el acceso hacia fuentes aun inéditas sobre el tema y por ello esperaba, quizás algo ambiciosamente, que mi nombre quedaría colocado a la altura de las grandes estrellas que constelaban el nuevo firmamento histórico-literario alemán, alcanzando la fama y los hono¬res con los que todos los hombres sueñan. Y, de repente, Ludwig el Perro entro en mi vida.

En no menos de tres de los documentos inéditos consultados se mencionaba a un tal Ludovico de Dragonfiel uno de los caballeros alemanes que se unieron en 1189 al emperador Friedrich Barbarroja para participar junto a ingleses y franceses en la tercera cruzada. Se le men¬cionaba extensamente por su labor de historiador y estudioso de las costumbres árabes, señalándose varios viajes hechos por él a tierras infieles durante la precaria paz que siguiera al fracaso de la cruzada. Y sobre todo se hablaba de su obra, un manuscrito gigante que trataba de una forma exhaustiva de todo aquello que vio y conoció en el enigmá¬tico mundo islámico de Salah-el-Din, desde las opulentas ciudades mesopotámicas y sirias hasta los desconocidos desiertos egipcio y arábigo, de la abrupta guarida del Viejo de la Montaña a los dispersos campamentos de los nómadas tranxonianos. Un manuscrito semejante a los famosos *Viajes de Marco Polo*, que me hizo lamentar casi hasta la desesperación

que no hubiera llegado hasta nuestros días.

Pero ¿de verdad no había llegado? Ignoro qué demonio indiscreto aguijoneó mi mente en relación con el misterioso manuscrito de mi antiguo compatriota. Uno de los documentos mencionaba el viaje de éste a su nativo hogar, cansado sin duda de los vagabundeos orientales. Ludovico de Dragonfiel, Ludovico de Dragonfiel. ¿Y si acaso...?

De todas formas, no hubiera emprendido la gran búsqueda de no haber llegado a mis manos, por pura casualidad, un curioso libro que en realidad nada tenía que ver con las cruzadas. Y, sin embargo, en él se mencionaba de pasada el famoso manuscrito del caballero cruzado Ludovico de Dragonfiel conservado por sus descendientes después de haber sido su autor quemado en la hoguera por delito de brujería. ¡Y el libro había sido escrito a mediados del siglo dieciocho!

No necesitaba más para ponerme en campaña. Si el manuscrito había sido conservado desde el siglo doce hasta el dieciocho, nada se oponía a que también lo hubiera sido hasta nuestros días. Y, de hallarlo, de poder incluirlo en mi bibliografía, la fama de mi nombre estaría asegurada. Nadie, nadie en verdad, podría conseguir una documentación ni remotamente aproximada a la mía sobre aquel desconocido mundo musulmán del tiempo de las cruzadas. Estuviera donde estuviera el manuscrito, no descansaría hasta tenerlo en mis manos.

Sin embargo no era fácil la tarea, ya que aquel providencial libro no mencionaba nada más que lo dicho. Evidentemente, Dragonfiel no era sino la forma latinizada de un apellido germánico que yo no podía descubrir de momento, de manera que dirigí mis investigaciones hacia el dato de la quema en la hoguera del infortunado caballero.

Mis medios económicos bastaban felizmente para permitirme el lujo de una búsqueda en toda regla, viajando de un lado a otro y consultan¬do todos los archivos sobre procesos de brujería que en mis manos caían. Hubiera bastado una mínima parte de lo que en ellos encontré, para crear un libro más extenso y mucho más inquietante que el que proyectaba, pero resultó que al poco tiempo la búsqueda del esquivo Ludovico de Dragonfiel se convirtió en una verdadera obsesión para mí, llegando a comprender que no encontraría verdadero descanso hasta no dar fin a esta tarea o comprobar sin ninguna duda la imposi¬bilidad de realizarla.

Una pista falsa me condujo hacia otro Ludovico o Ludwig, de quien tuve noticias de que había sido quemado en Bruselas y había dejado a, modo de testamento un gran libro ma¬nuscrito. Mas pronto descubrí que la fecha de la ejecución resultaba muy posterior a la época que me interesaba, y que el libro mencionado estaba dedicado a recopilar ciertos blasfemos cultos, diabólicos, que nada tenían que ver con el tema que me absorbía. Luego, un nuevo indicio

me llevó hasta Hamburgo, con resultados también decepcionantes.

Había transcurrido casi un año de investigaciones cuando la primera pista verdadera se presentó ante mí. Se trataba de un viejo relato acerca del sermón, pronunciado por un sacerdote para disuadir a un viejo margrave bávaro de la idea de dar muerte a uno de sus nietos. El niño tan milagrosamente salvado, había sido engendrado en la hija del margrave por alguien mencionado como *el impuro Ludwig von Drackenfeld, llamado Ludwig el Perro, quien pagó en la hoguera por las abominaciones diabólicas que trajo consigo de las tierras de infieles.* Tan mala fama había adquirido el infortunado von Drackenfeld que el margrave había querido destruir el fruto de su unión con su hija, siendo precisa toda la elocuencia del santo sacerdote para salvar de la muerte al inocente niño.

¡Ludwig von Drackenfeld! ¡Ludovico de Dragonfiel! ¿Hacía falta algo más para impulsarme a emprender el camino hacía Munchen? Ciertamente, aún albergaba el temor de que se tratara de una falsa pista más, pero esta vez eran demasiados los hechos coincidentes. Empecé a sentir la excitada alegría propia del fanático coleccionista que ve acercarse el momento de poseer el anhelado ejemplar que falta en su colec¬ción. ¡Ludwig von Drackenfeld! ¡Ludovico de Dragonfiel! ¡Ludwig el Perro!

Mi intención era investigar a partir del feroz margrave y de su hija, pero ni siquiera esto fue necesario, ya que

el nombre de Drackenfeld no era desconocido en Baviera. Se sabía que los últimos descendientes de la casi extinguida familia habían habilitado de nuevo la vieja man¬sión situada en el pequeño pueblo de Rungard. De si alguien vivía allí... en los últimos años, nada se conocía. Pero era cosa fácil de averiguar y ninguna fuerza infernal ni celeste hubiera podido ahora interponerse en mi camino hacia aquel pueblo. Pues de existir aún el manuscrito, sólo sería en la mansión de los Drackenfeld donde podría hallarlo.

Por eso es por lo que la vista de aquella enorme y vieja casa, eviden¬temente restaurada en varias ocasiones, hizo saltar de gozo anticipado mi corazón. ¿Estaría aún habitada? ¿Moraría en ella algún postrer descendiente del maldecido caballero, quemado por brujería en aquel mismo pueblo? De estar vacío el caserón, mucho más difícil sería mi tarea.

Soplaba un airecillo fresco y vivificante, procedente de las nevadas cimas de la gran cordillera. Comencé a bajar hacia las primeras casas de Rungard. Kart-Heinrich Hoffman, burgomaestre de Rungard, era un hombre jovial de cuarenta y tantos años, con el rostro ornado por un ¬inmenso bigote rubio bajo el cual brotaba el trueno de su sonora y retumbante voz.

–¿Ludwig el Perro? –preguntó–. ¡Claro que he oído hablar de él! ¬Todos en el pueblo conocemos su historia y su leyenda. No en vano es "¬el personaje" de

la comarca.

Antes que nada quise saber si el gran caserón de los Drackenfeld ¬estaba habitado en la actualidad.

–Habitado y completamente restaurado, caballero –dijo el burgo¬maestre–. En él vive la que creo debe ser la última descendiente del "personaje" que nos ocupa. Una mujer riquísima y un poco excéntrica ¬llamada Hildegarde von Drackenfeld, que llegó hace unos años de Francfort.¬

–¿Podría darme una carta de presentación para ella? –pregunté–. Es la única persona que puede ayudarme a conseguir lo que busco.

El burgomaestre frunció el ceño.

–Le diré... –refunfuñó–. Esta señora está bastante apartada del pueblo y quizá una carta de presentación mía pueda resultar contraproducente. ¿Quiere un consejo? Estudie primero los archivos municipales hasta estar seguro de que Ludwig von Drackenfeld es el hombre que busca. Entre tanto, usted será mí huésped.

–Le quedo muy agradecido, *herr* Hoffman –hice una leve inclinación–. ¬Pero debo advertirle que mi estancia puede ser bastante prolongada, en el caso de que encuentre lo que busco.

–¡Usted será mi huésped! –tronó de nuevo el burgomaestre.

Y no hubo más que hablar.

Los archivos municipales se referían abundantemente al caso del antiguo cruzado y no tardé en quedar fascinado por lo que allí se contaba. Se habla¬ba del retorno del caballero después de muchos años de ausencia, de cómo el pueblo le acogió como a un héroe y de que manera contrajo después matrimonio con la hija de aquel famoso margrave cuya posterior cólera asesina me había proporcionado la pista que me condujera a Rungard.

Dado que muchos pormenores de la historia o leyenda de von Drackenfeld se habían conservado por vía oral, pasando de padres a hijos debidamente deformados, fue el propio burgomaestre quien me completó ciertos pasajes con su sonora y amena charla.

–¡Ah, mi querido amigo! –exclamaba, sentado en su butaca preferida y lanzando grandes bocanadas de humo de su pipa–. No tardaron mucho nuestros antepasados en modificar la primera impresión favorable causada por el retomo del cruzado.

–¿Por qué causa?

–Bueno, ciertas costumbres orientales no eran muy bien vistas en Occidente. Como, por ejemplo, el hecho de haberse traído de Arabia un harén completo.

No pude evitar un sobresalto.

–¿Un harén? Por fuerza que era original nuestro caballero.

–Ludwig von Drackenfeld era original en todo. Presentó esas odaliscas a su esposa como si se tratara de simples doncellas o azafatas destinadas a su propio servicio. Pero esas mujeres tuvieron que ver en la decisión tomada por la esposa de huir al lado de su padre, un año después de la boda. Otra de las rarezas de nuestro hombre era un viejo árabe a quien presentaba como su secretario, pero que en realidad era un mago o hechicero de una extraña secta procedente del desierto oriental. Se murmuraba de ciertas ceremonias insólitas que se celebraban en la mansión de von Drackenfeld y una cosa trajo la otra... Los archivos le dirán mejor que yo lo que ocurrió aquella noche tormentosa en que Ludwig el Perro fue detenido.

Aquí fue donde recordé algo que me había propuesto preguntar a mi anfitrión y que luego había olvidado.

–Hay una cosa que me extraña en toda esta historia. ¿Por qué ese apodo de Ludwig el Perro? ¿Se trata de un simple insulto medieval o encierra algún significado?

El burgomaestre se encogió de hombros.

–Todos sabemos que "perro" constituía en los tiempos a que nos referimos uno de los más terribles insultos. Pero creo que el apodo proviene de cierto incidente olvidado por todos que ocurrió en los últimos tiempos de la vida de Von Drackenfeld, tal vez durante su proceso.

Kart-Heinrich Hoffman se quedó unos instantes pensativo y luego se dirigió a mí gravemente.

–Un consejo, *herr* Lauerbach. Si llega a entrevistarse con *fraulein* Híl¬degarde von Drackenfeld, no se le ocurra ni mencionar las palabras "Ludwig el Perro". Sería inmediatamente expulsado de la casa.

–¿Por qué? –pregunté–. ¿Tanto respeto siente por su antepasado?

El burgomaestre me guiñó un ojo.

–Está enamorada de él.

No pude evitar una sonrisa.

–Sí, en serio –insistió mi interlocutor–. Ya le he dicho que se trata de una persona francamente maniática. No hay sino oírla hablar de Ludwig para comprender que lo ha convenido en el héroe romántico de su vida, el amante deseado en su madurez. No hay duda de que sus lecturas sobre su antepasado muerto en la hoguera han causado en ella el mismo efecto que las que leía el caballero español Alonso Quijano ¿Sabe que ésa es la causa de la antipatía que siente hacia nuestro pue¬blo?

–¿En serio? –pregunté cortésmente.

–Como lo oye. Desde los primeros días de su llegada comenzó a tratarnos como a unos bárbaros que habíamos asesinado al único gran hombre que había visto la luz aquí. ¡Dios mío, cualquiera hubiera creído que fuimos nosotros mismos los que pusimos fuego a la hogue¬ra de von Drackenfeld! Y luego estuvo el asunto de la tumba...

Se interrumpió para dar una larga chupada a su pipa.

–Un asunto realmente desagradable. Resulta que nada más llegar Hildegarde von Drackenfeld pretendió exhumar los restos de su ante¬pasado del mausoleo donde habían sido depositados. Hablaba de llevarlos a Francfort, pero yo creo que lo que en realidad quería era contemplar ella misma los restos de su adorado Ludwig. De manera que alquiló los servicios de tres obreros locales y con su ayuda consi¬guió abrirse paso hasta la cámara sepulcral ¿Qué cree que encontraron allí?

–¿Una momia? – fue lo único que se me ocurrió preguntar, y al ins¬tante me arrepentí de haber imaginado una cosa tan absurda.

Pero mi interlocutor no pareció darse cuenta.

–En absoluto –dijo simplemente–. Al parecer algunos de nuestros ancestros habían llevado su odio al difunto hasta el extremo de profa¬nar su sepulcro y llevarse sus restos calcinados por la hoguera a Dios sabe dónde. Y como supremo insulto, a manera de alusión al infa¬mante apodo de von Drackenfekl, dejaron en su lugar el esqueleto de un perro.

Puede imaginarse el efecto causado por el descubrimiento en *fraulein* Hildegarde. Yo conozco a los obreros que trabajaron con ella, tres muchachos valientes y nada impresionables. Pues bien, tal fue el grito que lanzó esa mujer, que los tres abandonaron el lugar a todo correr. Cuando al día siguiente ella les

llamó para encargarles que cerraran de nuevo la cripta, los tres se negaron y debió acudir a otros trabajadores.

–¿Y cerró la cripta dejando dentro otra vez el esqueleto del perro?

–No creo. Lo tiraría o lo destrozaría en su rabia. Según los nuevos trabajadores la sala mortuoria estaba completamente vacía cuando la cerraron.

–¿Y ella? ¿Hizo alguna diligencia para intentar descubrir el verdadero paradero de los restos de su antepasado?

El burgomaestre hizo un vago gesto con la mano.

–¿Dónde buscarlos? Los fanáticos que los robaron hace tantos años no los enterrarían de nuevo, es de suponer. Los arrojarían al río, o dispersarían al viento sus cenizas, tal como se acostumbraba a hacer con los brujos y demás seres infernales. No, ella no hizo nada, pero su antipatía hacia todos nosotros se acentuó. Fue entonces cuando la abandonaron sus sirvientes.

–¿Había traído sirvientes consigo?

–Tres criadas que no tardaron en hartarse del mal genio de su ama.

Una buena mañana hicieron su equipaje sin avisar a nadie y se marcha¬ron, ¡Buena se puso *fraulein* Hildegarde! Como es natural empezó a decir que los del pueblo las habían inducido a abandonarla. ¡Como si su mismo genio de mil diablos no tuviera

verdaderamente la culpa! No sé qué persona en su sano juicio podría aguantarla durante todo el día...

–¿Entonces esa mujer vive completamente sola? –me extrañé.

–Podríamos decirlo. Paga a dos hombres del pueblo, dos hermanos no demasiado inteligentes, para que todas las mañanas limpien la casa y le lleven la comida desde la posada. Desde el asunto de las criadas no ha querido más tratos con mujeres, pese a que encontró difícil persuadir a hombres para que realizaran esas tareas. ¡Menos mal que el dinero lo puede todo! Y hace algún tiempo hizo un breve viaje a Francfort y se trajo con ella a un joven pariente enfermo, a quien ahora cuida en persona.

Lo que estaba pensando debió reflejarse en mi expresión, pues el burgomaestre lanzó una maliciosa risotada.

–¡Ah, no, mi querido *herr* Lauerbach! Lo que está usted pensando es lo que al principio supusimos en el pueblo, tratándose de una mujer sola de esa edad. Pero resultó falso, al menos según toda apariencia. Los ocasionales sirvientes han visto al enfermo, continuamente echado en cama y todo vendado, pobre muchacho. Se trata de un verdadero enfermo, aunque nuestro médico no haya sido nunca llamado para cuidarlo. Y es curioso que esa demente *fraulein* Hildegarde albergue en su corazón la paciencia y el cariño necesarios para cuidarle día y noche.

–¿No sería aconsejable poner al muchacho en manos de un verdadero médico, si la enfermedad es tan grave?

El burgomaestre se encogió de hombros.

–Ella es una especie de enfermera o algo por el estilo –dijo vagamente–. Y de todas formas no es cuerdo meterse en sus asuntos. ¿Sabe que posee una buena parte de las tierras que rodean al pueblo? Si su antipatía llegara a transformarse en odio, mucho daño es el que podría causamos. En cualquier caso, ¿para qué preocuparse? Son asuntos que no nos conciernen.

Me eché hacia atrás en la butaca.

–Mi querido amigo –dije–, no puedo ocultar que me agrada ver que aun en el corazón de una mujer a quien todos tienen por loca anida un sentimiento de caridad. Bien puede ver que *fraulein* Hildegarde no es tan mala como en principio pudiera parecer.

El burgomaestre movió la cabeza pensativamente.

–Bueno, toda mujer posee algo de amor maternal –concedió–. Dado que nunca tuvo un hijo propio puede que vuelque su afecto en ese desdichado pariente suyo. De la misma forma, la falta de un marido o un amante, los sentimientos que hubiera podido dirigir a ellos, han sido desviados hacia el heroico antepasado.

–Y puede usted suponer el efecto que no podía menos de causarle la brutal profanación de la tumba de su amado héroe –continué por el mismo camino–. Ciertamente esa mujer no me parece inhumana, sino

tal vez... demasiado humana. Yo creo que más que nada es merecedora de nuestra lástima.

El burgomaestre quedó contemplando pensativamente el humo de su pipa.

–Quizás –dijo al fin.

Aunque ya estaba prácticamente seguro de que Ludwig von Drackenfeld era el hombre que me interesaba, no pude por menos de seguir leyendo los archivos referentes a su denuncia, proceso y muerte infamante, allá en el lejano siglo doce.

Al parecer todos los rencores y todas las hostiles sospechas que en el pueblo se habían venido incubando contra él estallaron como resulta¬do del incidente que protagonizó el hechicero árabe que era su servidor.

Pues una noche de tormenta, mientras los relámpagos fulguraban en el cielo y el loco estrépito de los truenos retumbaba una y otra vez en las montañas, una querella había estallado entre amo y servidor y, en un estallido de rabia. Ludwig von Drackenfeld atravesó al desdichado árabe con su espada. Mas no murió éste al instante sino que, bañado en su propia sangre, pudo salir de la casa y arrastrarse entre la lluvia y el viento hasta encontrar auxilio en las primeras casas de Rungard.

Era mortal su herida y nada pudo impedir el desenlace, pero el árabe había aprendido a hablar alemán junto a su amo. Y habló.

Habló de cosas terribles que helaron la sangre en las venas de las autoridades llamadas a recoger su testimonio. Confesó ser uno de los últimos supervivientes de una antiquísima secta muy anterior a Maho¬ma y que éste había perseguido hasta casi aniquilarla. Se refirió a una ciudad perdida en los inmensos desiertos arábigos y protegida de alguna forma mágica contra la vista de los mortales.

Pero luego habló de temas más actua¬les, de aquello que había estado prepa¬rando durante largos meses por imposi¬ción de su amo. Y lo que contó fue tan espantoso que incluso se renunció a mencionarlo en los propios archivos. Algunas vagas frases sobre "*querer arrebatar a Dios lo que Este negó a los hijos de Adán*", "*blasfemo uso de las mujeres traídas de Arabia*" (esto último quizá referido a alguna aberración oriental) y "*culto sacrílego a las fuerzas tenebrosas*" fueron lo único que pude encontrar al respecto. Un registro de la mansión de von Drackenfeld propició algunos hallazgos que parecieron causar gran impresión a los jueces, y dieron por resultado la condena a la hoguera. Y, referida a esta última, el documento terminaba con unas extrañas líneas acerca de cuyo significado no quise hacer cábalas:

"...y para acallar ciertas ignorantes voces que insensatamente clamaban contra la Condena y acusaban a los Jueces de ser guiados simplemente por motivos de Envidia en contra de la figura del Acusa¬do, en el momento en que las llamas de la Pira

alcanzaron el cuerpo de éste, se dignó la Divina Majestad de DIOS hacer aparente un Prodigio, que mostró a todos de qué forma la decisión de los dignos Jueces se hallaba de acuerdo con los Designios Divinos".

De lo que fuera aquel prodigio y de la forma en que se manifestara nada se decía en el documento.

Mas lo importante para mí se encontraba en un segundo documento de los archivos, donde se hablaba del destino que sufrieron las perte¬nencias del ejecutado von Drackenfeld. Afortunadamente, en aquella época no había aún sido establecida la feroz intransigencia inquisitorial que hubiera hecho tabla rasa de todo aquello que pudiera haber sido contaminado por la impura mano del brujo. Simplemente se hizo nueva hoguera con aquellos instrumentos y escrituras que, a juicio del tribunal se habían empleado en los trabajos de brujería del infortunado caballero, conservándose lo demás a disposición de los parientes del finado que pudieran llegar a reclamarlos. Y por fin, de una manera definitiva, ¡allí se hablaba del manuscrito que me interesaba!

Motivo de amplia discusión había sido éste para los jueces, alguno de los cuales votaba por condenarlo, aunque finalmente la mayoría, puede que impresionada por la inmensa erudición costumbrista y geográfica que contenía, acordó salvarlo de la destrucción. Y ahora era casi seguro que debería estar en el interior de la

gran mansión, casi al alcance de mi mano.

Tras de lo cual decidí no aplazar más la visita a la enigmática Hildegarde von Drackenfeld.

No era muy penoso el camino hacia la mansión, pues la cuesta que a ella llevaba era leve y el fresco aire de las montañas bávaras vigorizaba los miembros y daba alegría al corazón. Finalmente el burgomaestre se había decidido a acompañarme, aunque por el camino apenas habló. Dejadas atrás las ultimas casas del pueblo, penetramos en un mundo nuevo, un terreno cuajado de severos árboles aislados y donde la hier¬ba crecía libremente. Una curiosa neblina muy baja se retorcía en guedejas por entre los pelados arbustos.

–Por aquí siempre hay niebla –gruñó Hoffman–. Unas veces más y otras menos, pero siempre la hay.

No me pare a pensar si estas palabras habían sido pronunciadas por algún motivo especial, pues me hallaba harto preocupado por la acogi¬da que podría dispensamos la dueña de la casa. Si se negaba a dejarme ver el manuscrito, nada podría hacer.

Debimos esperar largo tiempo a la puerta tras llamar a ella. Recordé que en aquellos instantes no había allá dentro ninguna servidumbre y me imaginé a *fraulein* Hildegarde inclinada sobre el lecho de aquel joven enfermo al que con tanto cariño cuidaba. Mas luego se oyeron pasos, se abrió la puerta con lentitud y la mujer

apareció por primera vez ante mis ojos.

No era vieja, al menos no en la medida en que yo me había imagina¬do. Eso sí, caía ya por la pendiente de la madurez y sus ojos estaban rodeados de pequeñas arrugas. Su rostro conservaba algunas cualidades que hablaban de una pasada belleza, aunque en aquellos momentos osten¬taba una expresión hostil. Me miraba con algo de curiosidad cuando el burgomaestre me presentó.

–Conocía su presencia en el pueblo, *herr* Lauerbach –dijo sin reducir su hostilidad.

Su mano era fría cuando la besé, y sin embargo no puso incon¬veniente a que pasáramos. Mientras la puerta se cerraba a nuestras espaldas, recorrimos un largo pasillo de paredes desnudas hasta desembocar en una gran biblioteca. Y allí... ¡Ludwig von Drackenfeld!

Desde el primer momento supe que no podía ser otro. No estaba en carne y hueso, naturalmente, pero sí primo¬rosamente tejido en imagen sobre un gigantesco tapiz que ocupaba una pared entera. Muy alto y gallardo, de hermoso rostro adornado por una pequeña barba puntiaguda, parecía otear el horizonte mientras su mano descansaba sobre el pomo de una gran espada sujeta a su cinto. A su alrededor, la escena de un desembarco de cruzados, terriblemente vestidos de hierro y formados en compañías al pie de multicolores gallardetes en los que siempre la cruz estaba presente. Vagamente, en la distancia, se veían

las almenas de un formidable castillo, quizá el Jerusalén soñado que las huestes infieles de Salah-el-Din, el Saladino de los viejos cantares, mantenían aún en poder del Islam.

Fraulein Hildegarde siguió mi mirada y una casi imperceptible mueca contrajo sus finos labios.

–Mi antepasado Ludwig von Drackenfeld –dijo con una voz fina y rencorosa–. Recorrió lejanas tierras y ciudades olvidadas para luego venir a morir aquí, a Rungard, asesinado por sus propios conciudada¬nos.

Advertí una crispadura de desagrado en el rostro de Kart-Heinrich Hoffman. Y fue entonces cuando me puse a hablar. Nunca he sido adulador, mas el discurso que improvisé ante la mirada de la mujer fue sin duda lo más parecido a la culminación de dicho vicio. Hablé de la figura del caballero desaparecido, de cómo Alemania entera le debía una póstuma reparación por el mal que le había causado y de cómo los tiempos actuales, libres de supersticiones y fanatismos, sabrían devol¬ver al caballero la gloria que por sus hechos y hazañas merecía. Men¬cioné los viajes y gestas por él realizados y dejé entrever que su trágico final no había podido sino ennoblecerle aún más al mismo tiempo que humillaba la figura de sus ignorantes enemigos.

Creo que nunca antes había puesto tanto interés ni tanta elocuencia en un discurso y mi premio fue proporcionalmente satisfactorio, ya que logré traspasar la barrera de hostilidad que rodeaba a la

dueña de la casa. Poco a poco sus ojos comenzaron a mostrar interés y al poco tiempo comprendí que mis palabras la habían herido en su único punto vulnerable: la adoración sin límites que sentía por aquel remoto antepasado. El hecho de que su memoria fuera rehabilitada y su nombre elevado a las cimas de la fama le hizo olvidar cualquier otra considera¬ción.

Agradeció con sentimiento mis elogios para el desaparecido Ludwig von Drackenfeld y ella misma me condujo hasta la gran biblioteca que ocupaba una de las paredes de la sala, justo enfrente del enorme tapiz y de la chimenea que bajo él se abría.

¡Allí! Pude pasear mi vista por los lomos de doce grandes volúmenes con las armas de los Drackenfeld artísticamente grabadas sobre ellos. Invitado por *fraulein* Hildegarde pude abrir el primero y así fue como al fin tuve ocasión de contemplar la apretada y casi ininteligible letra de aquél en cuya busca había recorrido media Alemania, Alguien había procurado restaurar y recomponer el manuscrito, en una cuidadosa labor que no era de este siglo. Sería difícil, pero de ningún modo imposible, descifrar y traducir al lenguaje moderno lo que allí había escrito.

–Comprenderá que de ninguna manera pueden estos volúmenes ser sacados de aquí –dijo la mujer con fuerte voz autoritaria–. Sin embargo la biblioteca estará a su disposición todas las mañanas de siete a doce. Debo rogarle que se limite a permanecer en ella y evite cualquier ruido intempestivo. Sabrá que hay un

enfermo en la casa.

Me apresuré a darle toda clase de seguridades. Evidentemente lo único que me interesaba de toda la casa era precisamente la biblioteca, por lo que no me costaba nada asegurar que en ella permanecería durante el lapso de tiempo que me había sido otorgado. Tras expresar una última vez mi agradecimiento, me encontré descendiendo de nuevo hacia el pueblo en compañía del burgomaestre.

Durante las siguientes horas experimenté algo de aprensión referente a si mis palabras condenatorias de la actitud de los antiguos habitantes de Rungard hubieran podido ofender al buen Kart-Heinrich Hoffman. Mas pronto se disiparon mis dudas al ver la cálida alegría con que me felicitaba por mi éxito al conseguir el permiso para consultar el docu¬mento que me interesaba. Ciertamente que después de comer tuvo para mí una recriminación, mas no fue por nada de lo que ocurriera en la gran mansión, sino con referencia a su joven hija Trude.

No he mencionado aún a Trude Hoffman, la hija del burgomaestre y única descendencia que le dejó su fallecida esposa. Era una encantado¬ra jovencita de dieciséis años a quien el cariño paterno quizás había mimado demasiado y acostumbrado a hacer un poco su voluntad por todas partes. Claro que era difícil resistir su ingenuo encanto y su espontaneidad. A veces, cuando estaba dedicado a estudiar los viejos archivos municipales, mi labor era interrumpida por ella, que se

senta¬ba a mi lado y me envolvía con su sonrisa infantil

–*Herr* Lauerbach, Háble me de Berlín.

Gustaba yo entonces de hacer una pausa en mis investigaciones y hablar a la chiquilla de la grande y gloriosa capital del Kaiser Guiller¬mo, de sus amplias avenidas y maravillosos edificios, de sus apuestos caballeros y hermosas damas, de la belleza de sus fiestas y la alegría de sus diversiones. Y ella me escuchaba como si le hablara de una fantás¬tica ciudad de hadas, pendiente de mis palabras y tan sólo interrum¬piéndome para hacer nuevas preguntas aclaratorias de algún extremo.

–Mi querido amigo, permítame hacerle un ruego –me dijo aquella tarde el burgomaestre–. Por favor, no caliente mucho la cabeza de mi hija con sus descripciones de la capital. ¡No, no! –alzó la mano temiendo haberme ofendido–. De ninguna manera dudo que sea usted un completo caballero. Se trata de algo muy distinto. Berlín es el sueño dorado de todas nuestras muchachas. Creen que allí se encuentra la culminación de todos sus sueños románticos de adolescentes. De vez en cuando alguna huye del pueblo para dirigirse allí, pensando alcanzar la gloria en el canto, o en el teatro... y naturalmente caen en el fango. Pero eso no escarmienta de ningún modo a las demás. Escuche, le contaré algo que ocurrió hace aproximadamente un año y que estuvo a punto de causar un serio incidente. ¡Cinco muchachas

desaparecieron a la vez! ¡Cinco muchachas de las mejores familias del pueblo! ¿Comprende lo que ello significó en una comunidad tan reducida como ésta?

–¿Se fueron todas ellas a Berlín? –pregunté interesado–.

–Aguarde un momento. La cosa hubiera tenido menos trascendencia de no coincidir con el paso por las cercanías de una de esas tribus de zíngaros ambulantes que aún rondan por nuestros caminos. Habían acampado estos gitanos en las cercanías del pueblo y de pronto, coincidiendo con la desaparición de las muchachas levantaron el campamento y huyeron a toda velocidad. ¡Bueno!, ya puede usted imaginarse lo que todo el pueblo se imaginó, dada la fama que siguen teniendo hoy esos nómadas. Se ensillaron caballos y se dio caza a la caravana fugitiva. No sé lo que hubieran hecho los familiares de las desaparecidas si los alguaciles y yo mismo no llegamos a ir en la expedición...

–¿Las encontraron en la caravana?

–Pues no señor, por más que registramos hasta el último de los carros no pudimos hallar rastro de las muchachas. y escúcheme bien, *herr* Lauerbach, los gitanos habían perdido también a dos de sus mujeres. ¿Puede explicarse eso? Unas personas normales hubieran podido avisar a las autoridades, acudir a verme... ¡pues no! Esos gitanos sabían o creían saber algo, aunque no hubo manera de sacarles una palabra

del cuerpo, y por lo que sabían o sospechaban huyeron del pueblo como del diablo, y siguieron huyendo en cuanto les dejamos partir, como si quisieran poner todo el grosor de la Tierra entre Rungard y sus carro¬matos. ¡Ah pero las cosas no acabaron allí! Apenas descartados los gitanos las sospechas empezaron a orientarse en otra dirección...

–¡No me diga más! –interumpí–. ¡La casa de Van Drackenfeld!

–¡Precisamente! Cierto imbécil empezó a decir que "creía haber visto entre la niebla" a una de las muchachas caminar en dirección a la casa. Y de nuevo volvió a organizarse el motín. Comprenda, amigo mío. Ahora no se trataba de una tribu de gita¬nos desarrapados, sino de una dama de alta cuna y poseedora de gran¬des riquezas. Y que por añadidura hubiera podido causamos mucho daño. Tuve que amenazar, hacer valer mi autoridad ante los que que¬rían invadir la casa. De todas formas, los meses siguientes fueron muy violentos y no sé lo que hubiera podido ocurrir de no arreglarse las cosas de la forma más inesperada.

–Me tiene usted sobre ascuas –dije mientras mi interlocutor aspiraba una bocanada de humo de su inseparable pipa.

–Una de las muchachas volvió. Lo normal, simplemente había mar¬chado a Berlín en pos de la fama y la fortuna. Puede usted imaginarse lo que le

ocurrió allí. Sus parientes se apresuraron a enviarla a otro lugar donde la triste historia no se conociera. Pero al menos su regreso trajo de nuevo la tranquilidad al pueblo.

–¿Y en cuanto al resto de las muchachas...?

–Seguirán sin duda en Berlín o don¬de sea. Pese a que Hannelore lo negó al regresar, yo pienso que debieron partir en grupo, tal vez incluso en compañía de las jóvenes zíngaras. Puede que las demás se acostumbraran a esa clase de vida, o tuvieran dema¬siada vergüenza para regresar. ¡Se avisó a la policía berlinesa pero écheles un galgo a esas damiselas! Lo cierto es que todo rastro de nuevas sospechas quedó borrado. Todavía bromean los muchachos del pueblo sobre el particular. "¿Cuándo te rapta *fraulein* Hildegarde?" o "¿Cuándo te llevan los gitanos?" Preguntan con malicia a las mucha¬chas. Y ¡hay que ver cómo se enfadan ellas! Pero de todas formas todavía Berlín es Berlín y no quiero que mi hija empiece a pensar cosas raras. ¿Me comprende, mi querido *herr* Lauerbach?

Le aseguré que le comprendía y que procuraría cuidar más mis con¬versaciones con la pequeña Trude. Con lo que el ligero incidente pare¬ció acabado.

Muy activos fueron para mí los siguientes días. Me levantaba de mañana para, bien provisto de papel, pluma y un pequeño glosario de términos alemanes

antiguos, partir cuesta arriba hasta la gran mansión cuya biblioteca me estaba abierta.

Contra lo que esperaba, apenas vi a la dueña de la casa. El camino de ida hacía el edificio lo hacía en compañía de los dos sirvientes ocasio¬nales, quienes al llegar me abrían la puerta con la llave que les había sido entregada por *fraulein* Hildegarde y me dejaban en la biblioteca, mientras se dedicaban a sus tareas por toda la casa. A las nueve y media, aproximadamente la abandonaban y yo me quedaba solo con la invisible presencia de la propia dama y de su pariente enfermo, al que todavía no había visto. Finalmente, con el mediodía, llegaban de nuevo los sirvientes con la comida y su llegada significaba que debía abandonar mi trabajo. Ahora bajaba solo al pueblo, pues los dos hermanos permanecían en la casa una hora más, arreglando las habitaciones de *fraulein* Hildegarde y de su pariente enfermo.

Mas ahora sí que nada ajeno a mi trabajo podía despertar mi aten¬ción. La biblioteca estaba iluminada por un gran ventanal, pero cada mañana los sirvientes encendían la chimenea para evitar que padeciera frío. Y mañana tras mañana permanecía yo acodado sobre el escritorio y sobre el volumen correspondiente, sin dar descanso a la pluma sino para consultar alguna palabra dudosa en el glosario. Un trabajo que me fascinaba. Desfilaban ante mí todos los esplendores y curiosidades del reino de Salah-el-Din y de otros muchos visitados por aquel incansable explorador que fue Ludwig von

Drackenfeld. Evidentemente no era mi intención copiar el manuscrito entero, sino tan sólo las partes que podrían interesar para mi propia obra, pero a veces la lectura me apasionaba de tal forma que incluso dejaba de copiar una hora o dos para no interrumpirla.

Nada extraño ni propio de hechicerías se encontraba en el manuscrito, y poco tardé en hacerme la idea de que todo aquel monstruoso proceso no tuvo más origen que el afán de venganza del árabe moribundo que llegó a inventar Dios sabe qué terrible cuento para lograr la pérdida de su matador. Ni el estilo ni la misma grafología del manuscrito denotaban el carácter vacilante y supersticioso que hubiera debido corresponder al caballero ejecutado. Muy al contrario, los recios trazos de la escritura, la seguridad y precisión en las descripciones y pasajes de la obra hablaban bien alto de un hombre enérgico y realista, quizá violento, pero que sin duda sabía bien lo que quería y los medios para lograrlo.

Tan entusiasmado me hallaba en mi tarea que los días pasaban volando para mí y poco a poco los volúmenes iban siendo totalmente vaciados de información, uno después de otro. El burgomaestre Kart-Heinrich Hoffman seguía insistiendo en considerarme su huésped y las tardes transcurrían en plácidas charlas con él, charlas en las que se mostraba muy interesado acerca del material que iba extrayendo con tino a mi libro. Mas el verdadero contenido de cada jornada no podía encontrarlo yo en otro lugar que en la biblioteca

de la gran casa, ni en otro tiempo que en aquellas mágicas cinco horas de la mañana en que la prosa de von Drackenfeld me transportaba a exóticas tierras olvidadas y me hacía visitar comarcas que parecían salidas de *Las Mil y Una Noches*.

Estaba llegando a la mitad del volumen número diez cuando empezaron a producirse los primeros incidentes extraños.

Es normal que en un viejo caserón como aquél en que me encontraba no estén ausentes ciertos ruidos al parecer inexplicables. Microscópicos seres anidan en la vieja madera y ésta suele producir crujidos y tableteos extraños, mientras que quizás trozos podridos de material de construcción se deshacen en el interior de los muros produciendo roces apenas audibles. La humedad se infiltra por doquier dilatando todo lo que a su paso encuentra y añadiendo su voz al con¬junto, sin contar con los insectos y quizá los ratones que puedan vivir en el antiguo subsuelo.

Nunca era silenciosa mi solitaria guardia en la biblioteca, pero tan sólo mi obsesivo interés por el trabajo que estaba realizando pudo impedirme notar un cierto inquietante *crescendo* en los minúsculos sonidos, un cierto ritmo inexplicable en su orden. Algo que no se puede expresar en palabras pero que no por ello fue menos real y de lo que por fin acabé por darme cuenta, aunque su sutileza me impidió concederle mucha importancia al principio. Mas no tardó aquel extra¬ño efecto en variar, y esta vez lo hizo cualitativamente.

Estaba yo inclinado sobre el manuscrito, totalmente abstraído en él, cuando muy cerca de mí estalló un apagado cuchicheo, algo ininteligi¬ble pero tan real que me hizo levantar la vista, sobresaltado. Nada había a mi alrededor que pudiera explicar el hecho, pero mi corazón comenzó a batir a un ritmo superior al normal.

Aparte del pasillo por el que llegaba yo todos los días a la biblioteca, nacía de ella otro más que se internaba en la casa y por el cual los dos criados se introducían en la misma. Tanto uno como otro se hallaban demasiado lejos para que cualquier ente productor del sonido que me había sobresaltado pudiera ocultarse en ellos. No obstante opté por levantarme y dirigirme hacia el comienzo de ambos corredores, más para tranquilizarme que con la esperanza de hallar nada tangible. El pasillo que llevaba a la puerta de entrada se hallaba vacío, por lo que decidí asomarme al otro, cosa que antes nunca había hecho.

Aunque tampoco pude advertir en éste nada extraordinario, me impresionó su extraordinaria longitud. Se abría a sus flancos toda una serie de puertas que debían llevar a habitaciones o a nuevos corredores, hallándose cerradas todas ellas. Al final, a gran distancia de donde me hallaba, se advertía una gran puerta de hierro labrado, casi invisible en la obscuridad. No había nada a la vista, pero al volverme para regresar a mi trabajo creí oír el eco de un lejanísimo suspiro, seguido de un leve rascar, como si alguien o algo arañase la pared en algún lugar de la

casa.

Considere que quizá aquellos ruidos pudieran provenir del desconoci¬do enfermo o de la propia *fraulein* Hildegarde, puesto que los criados se habían retirado ya. Pero aquello no explicaba aquel clarísimo cuchi¬cheo que yo había oído en la propia biblioteca.

Finalmente me esforcé en considerar aquello como una simple ilu¬sión y volví a mí trabajo. Mas por poco tiempo, pues nuevos efectos auditivos no tardaron en manifestarse.

Hubo un murmullo apagado y a continuación un leve roce parecido al que se produciría si alguien deslizara un dedo por los libros coloca¬dos en una estantería. Siguió un minúsculo correteo como de ratón procedente de la biblioteca.

Ya francamente alarmado me levanté y corrí al lugar de donde procedía el ruido. ¿Habría algún animalillo oculto tras los libros? Fuera lo que fuera, mi propia tranquilidad exigía averiguarlo, por lo que me dirigí a un sector del mueble biblioteca que hasta entonces no había observado con detenimiento y que parecía ser la fuente de los inquie¬tantes sonidos. Cesaron todos ellos en el instante en que yo llegaba allí.

En vano saqué de las estanterías varios volúmenes, pues ni hallé ratón alguno, ni pude advertir ningún espacio vacío por el que pudiera correr, ya que los libros llegaban hasta el mismo fondo del mueble. Y fue entonces cuanto me di cuenta del carácter de los

volúmenes que tenía en mis manos.

Aquellas estanterías parecían contener la terrible colección de todo aquello cuanto en el mundo se había escrito sobre hechicerías y magia negra. Me estremecí imaginando de qué modo la muerte afrentosa de Von Drackenfeld había podido alterar la mente de su lejana descen¬diente hasta el punto de llevarla a interesarse en las ciencias ocultas, pues no cabía duda que los libros que allí se hallaban eran muy poste¬riores, a la época del proceso del caballero. Al menos posteriores en su edición, pues en lo que respecta al origen literario, la mayoría de ellos lo ocultaban en la noche de los tiempos más ignotos. Había allí un curioso *Libro Negro de Kur* en su edición francesa y un ejemplar restau¬rado del prohibido *Ritual de los Elementales* del ocultista ruso Andrei Makbaroff. No podía faltar tampoco el terrible libro escrito por aquel otro Ludwig quemado en Bruselas al que antes me referí y algunos inquietantes grimorios, mas lo que verdaderamente me impresionó fue hallar un ejemplar del espantoso manuscrito brotado de la pluma demente de un antiguo árabe y cuyo nombre no puedo decidirme a mencionar. Tuve la alocada curiosidad de hojearlo, mas quizá por suerte para mí su texto estaba en antiguo castellano, por lo que no pude traducirlo.

Puede suponerse cómo aquel inesperado hallazgo se sumó al recuer¬do de los extraños ruidos pasados para atentar gravemente contra la paz de mi mente y de mi espíritu. Afortunadamente todos los ruidos habían

cesado en cuanto dirigí mí atención a aquella parte de la biblioteca, mas no podía apartar el pensamiento de que aquel mismo hecho no se debiera a algo más que a la casualidad. ¿Había algo en la mansión que tuviera interés en que yo advirtiese la presencia de aquellos volúmenes? ¿Y para qué? Tuve que dominar rápidamente mis pensamien¬tos, pues su rumbo me hacía temer la locura.

Aún permanecía con uno de aquellos libros en la mano cuando el crujir del cerrojo me anunció la llegada de los sirvientes, y el fin del período de estudio que me había sido concedido. Me apresuré a colo¬car los libros donde los había encontrado y preparé mis efectos para la marcha. Poco era lo que aquel día había trabajado en el manuscrito de von Drackenfeld, pero en compensación era grave la carga de ideas inquietantes que se habían aposentado en mi cerebro.

Fue al volver al pueblo tras esto cuando por primera vez me di cuenta de una peculiar cualidad de la niebla que cubría aquellos parajes. Esta bruma, que como había dicho el buen burgomaestre parecía eterna en las proximidades de la casa, se había ido espesando en los últimos días, principalmente por la mañana, pero sólo aquel día me di cuenta de que, de una manera extraña, las guedejas neblinosas *parecían proceder del propio edificio*. Algo así como si las viejas piedras hicieran nacer corrientes lentas de bruma que se esparcieran cuesta abajo hasta casi alcanzar el pueblo. Probablemente un simple efecto natural, pero no pude

evitar un estremecimiento.

A la mañana siguiente todos mis temores parecían haberse desvane¬cido. No me había atrevido a hablar a Kart-Heinrich Hoffman de mis últimos descubrimientos, pese a que el burgomaestre debió haber notado algo raro en mí. Tal era mi estado de ánimo que al anochecer incluso me pareció notar en el silbido del viento ciertos quejumbrosos acentos, como si una inimaginable presencia pretendiera modular su sonido para comunicarse con los humanos. Mas ciertamente todo no era sino fruto de mi imaginación y bastó una noche de sueño para alejar los temores del día anterior.

Mientras avanzaba ahora junto a los dos sirvientes hacia la casa, ni siquiera el repentino espesamiento de la niebla pudo inquietarme.

Sin embargo cuando los sirvientes, terminado su trabajo, atravesaron la biblioteca para abandonar el edificio, entonces sí que sentí un súbito escalofrío. De nuevo iba a quedar solo en la casa con sus enigmáticos moradores. Unos moradores que leían libros como los que...

Otra vez me sobresalté cuando mi mirada se posó en los estantes que el día anterior había explorado. ¡Los libros de brujería habían desaparecido! Rápidamente me levanté y me dirigí hacia allá, tan sólo para ver los estantes vacíos, algo así como si los mismos volúmenes

hubieran huido de mi curiosidad.

Claro que al momento encontré la explicación lógica. No cabía duda de que al volver a colocar los libros en su sitio había cometido algún pequeño error que denunciara mi acción ante los ojos de *fraulein* Hildegarde si acaso ella había visitado la biblioteca tras marcharme yo. No era de extrañar que a la dama no le agradara una excesiva curiosidad hacia sus extrañas lecturas, por lo que había optado por apartarlas de mi alcance. Me sorprendió no haber sido reprendido hasta que recordé que, al haber puesto la dueña de la casa a mi disposición toda la biblioteca, de ninguna forma había sido un acto prohibido el por mí realizado. Lamenté un tanto no haber examinado con mayor atención aquellas curiosidades cuando aún podía hacerlo, mas luego me encogí de hombros y llevé de nuevo mí atención a mi verdadera tarea.

Llevaba apenas una hora en ella cuando un indefinible malestar se apoderó de mí. Esta vez no se había oído ningún ruido extraño, mas no por ello la sensación era menos real Era algo... algo... Y de repente tuve clara consciencia de lo que me ocurría.

Alguien me estaba mirando.

No era ninguna sensación física, pero la sensación no admitía ahora la menor duda y la mirada de unos ojos desconocidos quemaba mi espalda al clavarse en ella. Alguien me estaba mirando. Más de un minuto debí permanecer helado, allí en aquella gran sala, con una

desconocida entidad tras de mí y temiendo que cualquier movimiento mío desencadenara alguna ignorada catástrofe. Pero luego el temor quedó casi por completo obscurecido por la rabia, por el furor hacia aquellas fantásticas formas que de tal modo se permitían jugar con mis sentimientos y miedos primitivos. Así que, con un brusco movimiento me volví hacía...

¿No han tenido ustedes nunca una ilusión óptica momentánea, uno de esos espejismos en los que por una fracción de segundo aparece ante nuestros ojos una imagen determinada para desaparecer instantá¬neamente? Pues tal debió sucederme a mí, ya que aunque era evidente que no había nadie en la sala biblioteca, pude ver por el rabillo del ojo la instantánea presencia de un ser humano, presencia apagada en el mismo momento. Se trataba de una muchacha ataviada con los multi¬colores vestidos de las zíngaras, inmóvil, con la mano derecha extendida hacia aquel pasillo que el día anterior me llamara la atención. Y en aquel relámpago visual, aún pude advertir la infinita tristeza que se dibujaba en su agraciado rostro.

Quedé allí, solo en la biblioteca, con el corazón batiendo en mi pecho y la respiración alterada. Había sido una visión, me repetía a mí mismo, una simple ilusión de mi mente sobreexcitada. Y entonces, claro y cercano, pude oír una vez más el misterioso cuchicheo, como si alguien pugnara por comunicarse conmigo.

¿Qué misteriosas presencias infestaban la casa? Trague

saliva una y otra vez y mí garganta parecía de lija. Luego, casi sin saber lo que hacía, eché a andar hacia el pasillo donde señalaba la mano de aquella aparición, imaginaria o real.

Sabía que si abandonaba la biblioteca podía ser expulsado de la casa por la implacable *fraulein* Hildegarde, con lo que mi obra se echaría a perder. Pero ello había perdido toda su importancia para mí, de manera que me introduje en el pasillo. Aparte de mi voluntad, algo más había que impulsaba mis pasos, pues apenas iniciado el recorrido pude sentir una oleada casi física de triunfo mezclada con un cierto agradecimiento, algo impalpable e inaudible pero que el espíritu captaba en los límites de la consciencia. Como en una pesadilla dejé atrás las puertas laterales y continué avanzando hacia la gran puerta de hierro. Sin saber cómo, estaba seguro de que ella constituía mi objetivo.

No debía ser hermética la dicha puerta, pues apenas llegado cerca de ella pude oír levemente la voz de *fraulein* Hildegarde que tras ella hablaba con otra persona. Se oía también una especie de gorgoteo y ciertos ruidos inidentificables, por lo que no todas las palabras llegaban con claridad hasta mis oídos.

–Madura, madura. –oí decir, con una risita–. Está ya madura y la licuefacción ha terminado. No te impacientes amor. Dentro de poco arrojaremos las vendas y te verás como antes. Una más, una sola más y acabará la formación. Después no deberás temerle

siquiera a la... aquí uno de aquellos extraños ruidos ahogo su voz, deformando la última palabra. Creí entender llama aunque muy bien pudiera haberse tratado de un vocablo parecido.

Hubo una pausa y de nuevo pudo oírse la grave voz de Hildegarde von Drackenfeld.

–Todo está preparado para la última absorción. No debemos demo¬ramos, pues incluso él podría impacientarse y toda nuestra capacidad depende de su ayuda.

Se interrumpió y fue entonces cuando oí "la otra voz". Un sonido tan horripilante que logró sacarme del extraño trance en que me hallaba. Fue imposible acordar cualquier cualidad humana al erizante ruido, pero recuerdo que la primera definición que me vino a la mente fue la de "una voz incompleta", si es que eso quiere significar algo.

No pude entender ni una sola palabra aún en el caso de que aquel deforme sonido hubiera podido dividirse en frases. Sin embargo cuan¬do la mujer habló de nuevo, pareció hacerlo en respuesta a su innomi¬nado interlocutor.

–Tienes razón –dijo–, quedan ciertos restos en... –aquí un fuerte gorgoteo acalló su voz–. Seguro que nos odian, pero sabes que no pueden perjudicamos. No podrían causamos daño ni aún en el caso de que no contáramos con el Tercer Rugg. El mismo podría quizá hacerlos callar pero no me atrevo a... –nuevo

ruido– ...desaparecerán de todos modos más tarde o más temprano.

De nuevo me sobresalté al escuchar otro discurso de aquél que estaba con la dueña de la casa.

–Nos traerá la fama –respondió ésta–. Pero tienes razón, no podemos correr riesgos. Lo alejaré, al menos mientras dure el proceso final. Ya sabes que haré todo lo que tú quieras.

Hubo un silencio y luego se oyó como sí arrastraran un objeto por el suelo.

Aquello acabó de sacarme de mi extraño sopor. ¿Qué ocurriría si *fraulein* Hildegarde abría la puerta y me encontraba allí? Di media vuelta y recorrí el pasillo a toda prisa, ahogándome en el conflicto entre la velocidad y el silencio que me eran igualmente precisos, y temiendo de un momento a otro oír abrirse a mis espaldas la puerta de hierro. Pero tuve suerte y cuando, al salir del pasillo, miré hacia atrás, la gran puerta continuaba cerrada allá lejos en el fondo.

Evidentemente no pude resolverme a volver a mi trabajo con el manuscrito, de manera que pasé el resto del tiempo paseando nerviosamente por la biblioteca y meditando sobre lo que me había sucedido. No se produjeron más fenómenos a mi alrededor, pero más de una vez me arriesgué a asomarme al pasillo para comprobar si la puerta del fondo seguía cerrada. Siempre que lo hice la encontré así, lo que no pudo desterrar de mi persona un creciente terror que me

impedía toda búsqueda lógica de explicaciones sobre lo que había visto y oído.

Finalmente llegaron los sirvientes con la comida de *fraulein* Hildegarde y aquella rara papilla destinada al enfermo, tras de lo que pude abandonar la casa. La niebla era más espesa que nunca y sus avanzadillas llegaban ya a las primeras casas del pueblo.

No es difícil comprender que mi ánimo no estuvo nada alegre en la comida ni tampoco en las horas que la siguieron. Mi amigo el burgomaestre no dejó de darse cuenta de ello.

–Hay algo que le preocupa, *herr* Lauetbach –me dijo en la sobremesa–. ¿Le ha ocurrido algo en ese caserón? ¿O quizás no se encuentra bien de salud?

Por unos instantes estuve a punto de contarle mis experiencias, pero por fin prevaleció la cautela. ¿Cómo podría referirme a aquellas extrañas visiones? Sin duda el burgomaestre me tomaría por loco. Me excusé con algunas vaguedades que no debieron convencer a mi interlocutor. Al menos no insistió, aunque no dejó de mirarme con alguna suspicacia.

En realidad yo mismo empezaba a dudar que algo fuera de lo co–rriente hubiera sucedido. Podía ser que mi imaginación, estimulada por la misma originalidad de mi trabajo y también por el hallazgo de los libros de brujería, me hubiera jugado una mala pasada. La

conversación sorprendida tras la puerta de hierro ¿no podía ser un simple diálogo relativo al tratamiento que se le estaba aplicando al enfermo pariente de *fraulein* Hildegarde? Tal vez alguna herida o deformidad bucal de éste podría explicar aquel fantástico tono de voz que había escuchado. Y los ruidos y gorgoteos... ¿no podrían proceder de algún medica¬mento que se estuviera haciendo hervir en una marmita? Acaso aque¬llas visiones y estados mentales procedieran del interior de mi cerebro y no del exterior.

¿Sería conveniente regresar a aquella biblioteca? Dejando aparte cualquier peligro sobrenatural, quizá una nueva sesión de soledad allí pudiera arruinar mi equilibrio mental. Por otra parte ¿sería capaz de regresar a Berlín sin haber terminado de copiar el manuscrito que tanto trabajo me había costado localizar? ¿No me arrepentiría todos los días de mi vida de haberme dejado asustar de tal forma?

Aquella noche sopló de nuevo el viento y sus acentos parecían cada vez más querer resolverse en palabras inteligibles. Un par de veces creí oír mi nombre confusamente pronunciado entre sus aullidos y silbidos.

Una vez más con el alba se despejaron los temores y preocupaciones del día anterior. Como todos los días me puse en camino, uniéndome a los dos hombres alquilados por *fraulein* Hildegarde cuando éstos salían del pueblo. Mas un resto de inquietud me hizo entablar conversación con ellos, procurando enterarme de algo más acerca del caserón. Me referí a la puerta de hierro

al final del pasillo y les pregunté si era allí donde se hallaba el enfermo. Parecieron asombradas ante esta pre¬gunta.

–Mire, señor –me dijo uno de ellos–. A ese enfermo no lo hemos visto a menudo, pero desde luego su habitación está en una de las puertas laterales de ese pasillo, la quinta a la derecha, para más señas. Esa puerta de hierro no se abre nunca y da, según la señora, a una parte del case¬rón que se halla medio derruida y desde luego abandonada.

–¿Nunca han vista al enfermo? –me asombré.

–No he dicho eso, señor. Al principio sí lo veíamos, todo envuelto en vendas como una de esas... momias de Egipto. Pero luego siempre que entramos a limpiar su habitación ésta está vacía.

–En realidad no es así –intervino el otro sirviente–. Por la mañana debemos limpiar todas las habitaciones de la parte habitada de la casa, excepto la de la señora, que quizá esté durmiendo aún, y la del enfer¬mo, que entonces se halla cerrada. Luego, cuando volvemos con la comida, debemos limpiar esas dos habitaciones, pero la señora entretanto ha trasladado al enfermo a otro sitio, sin duda para que no le molestemos al movernos por la habitación.

–Sí –tomó la voz el primer hombre que había hablado–. Tiene una cama, una camilla mejor dicho, con ruedas en las patas, para poderla mover más fácilmente. Sólo una vez le vimos, fuera de los primeros días.

–¡Claro! –intervino el otro–. Un día tardamos algo más de lo corriente en limpiar el cuarto y cuando salíamos de él vimos a la señora que venía par el pasillo con la camilla, creo que para devolverle al cuarto. ¿Te acuerdas?

–Desde luego que me acuerdo. ¡Como nos miró! Y se puso delante de la camilla. ¿No te digo? Como si fuéramos a hacerle algo al pobre tipo. Bastante tiene con estar envuelto en vendas toda el día, sin po¬derse mover. Yo creo que me moriría si estuviese en su caso.

Acabóse la conversación en el momento en que llegábamos a la puerta. Una vez más quedé en la biblioteca y los hombres, tras encender la chimenea, se alejaron pasillo adelante. Me senté en mi lugar habitual y abrí el tomo que correspondía, sintiendo la temerosa esperanza de que algo extraño ocurriera una vez más.

Pero apenas había empezada a copiar, cuando uno de los sirvientes regresó a la biblioteca.

–La señora le ruega que me acompañe hasta ella...

En fin, no pude pensar más que aquella indiscreta excursión par el pasillo había sido descubierta y que estaba a punto de ser arrojado de la casa. Mientras seguía al hombre procuré pensar en alguna imposible excusa al tiempo que maldecía mis visiones y presentimientos, que de pronto me parecían ridículos.

Recorrimos el pasillo hasta la tercera puerta de la

izquierda, que resultó ser el comienzo de una escalera. Tras acabar ésta fui introducido en un pequeño gabinete en el que se sentaba *fraulein* Hildegarde.

Las primeras palabras de ésta disiparan mis temores. Me acogió con simpatía, interesándose por el resultado de mis investigaciones. Respondí a sus preguntas desplegando toda la trama de conocimientos a que el manuscrito me había conducido, procurando una vez más resaltar la admiración que me producía el autor. Pero no tardó en cortarme la palabra con un suave movimiento de mano.

–Estoy muy complacida par su éxito, *herr* Lauerbach. Sin embargo he de darle una mala noticia.

Me erguí inconscientemente en el asiento.

–El estado de salud de mi sobrino va mejorando –dijo–, mas ahora lo está por atravesar un período crítico. Lamento tener que suspender sus visitas a la biblioteca durante algún tiempo... unos diez días. Nos es necesaria una completa soledad y espero de todo corazón que se hará cargo y no verá en ello ninguna ofensa...

Me apresuré a tranquilizarla sobre este extremo, agradeciéndole una vez más la atención que había tenida conmigo y con mi proyectada obra. Pero mientras mis labios modulaban palabras de cortesía, un nuevo terror estaba infiltrándose en mi espíritu.

Pues me parecía oír otras palabras, pronunciadas por la

persona que tenía enfrente tras una puerta de hierro labrada. Otras palabras, sí...

–...no podemos correr riesgos. Lo alejaré, al menos mientras dure el proceso final...

¿Qué enfermedad era aquella para cuyo desenlace final era preciso expulsar a toda persona extraña de la casa donde se hallaba el enfermo?

¿Qué era la que temía *fraulein* Hildegarde que los sirvientes pudieran ver en el cuerpo de aquél, cuando tan celosamente la sacaba del cuarto? ¿Y qué era la que había tras la puerta de hierro, en una habitación que aquella mujer había dicha abandonada, pero que en realidad no lo estaba? Pensé en los libros retirados de la biblioteca y me estremecí. Pero ¿acaso podía hacer algo más que murmurar palabras corteses y abandonar la casa? Mi cobardía me daba mil y un pretextos para permanecer inactivo. ¿Me importaba a mí algo de lo que en aquella casa hiciera su dueña? ¿Acaso no constituía el manuscrito de von Drackenfeld mi único interés en el asunto? Murmuré unas palabras de despedida y aquellos hombres vinieron y me acompañaron hasta la puerta. Y más allá de ella, pues en esta ocasión no tenían órdenes de limpiar la casa.

–¿Viste? –dijo uno de ellos a su compañero mientras seguíamos el camino de vuelta–. Ahora no podemos ni cruzar la puerta. Hasta nuevo aviso tan sólo dejaremos la comida junto a la entrada, donde ella la recogerá. ¡Por Dios! ¿Qué estarán tramando allí dentro la señora

y su pariente?

–¡Bah! –gruñó el otro–. Mientras siga pagando... ¿Qué más nos da a nosotros? ¡Menos trabajo que tenemos!

Bajábamos la cuesta con paso vivo. Ahora la niebla era muy densa y bajaba también la cuesta en ríos brumosos hasta cubrir las casas del pueblo. Sentí que algo terrible se estaba preparando.

Y en efecto, aquella misma noche el horror se desencadenó.

Comenzó todo con un fuerte respingo que me hizo despertar sobre¬saltado sin saber a qué era debido. Me rodeaba la obscuridad, pero todo rastro de sueño había desaparecido y me incorporé en la cama. Sólo entonces pude oír el viento, y los cabellos se me pusieron de punta.

Pues la voz que cantaba sobre el viento había encontrado ya la forma de hacerse entender en lenguaje humano. Era como un coro borroso de voces femeninas que gemían al unísono siguiendo los altibajos sonoros del viento, modulando un mensaje que, como comprendí de pronto, sólo a mí estaba destinado.

–¡Es Trude! –decían, y el horror de sus cantos me helaba la médula del cerebro–. ¡Es Trude! ¡Es Trude! –y después–: ¡Sálvala! ¡Oh, salva a la pequeña Trude! ¡Salva a la pequeña Trude!

Se detuvo el viento y murieron las voces, mas a poco con un nuevo ramalazo del vendaval, el coro desesperado reanudó su mensaje o su ruego.

–¡Es Trude! –gemían las difusas voces–. ¡Oh, no la dejes; Por Dios, líbrala de la horrible niebla!

Y de pronto el horror cedió paso a la necesidad de actuar. No sabía sí estaba dormido o despierto, sí las voces del viento no correspondían a una horrible pesadilla. ¡Pero sabía que tenía que actuar!

Me vestí en un segundo y el instante siguiente me vio aporreando la puerta de mi anfitrión.

–¡*Herr* Hoffman! –gritaba con todas mis fuerzas–. ¡Despierte, *herr* Hoffman!

Salió el burgomaestre con sueño en los párpados, cargado con el desconcierto de quien ha sido bruscamente despertado.

–¡Su hija! –grité.

Y aquello le hizo saltar tal como yo mismo había saltado momentos antes.

Corrió a la habitación de Trude y al momento volvió a salir con ojos de espanto.

–¡No está! ¡Por Cristo Crucificado! ¿Qué le ha ocurrido?

No había tiempo para relatar aquella terrible pesadilla que ahora los hechos confirmaban. Le cogí por el

brazo.

–¡La casa de von Drackenfeld!

Me entendió al instante. Se vistió en un momento y corrió hacia la puerta que yo abría ya. La niebla nos cegó al salir fuera.

–¡Alto! –dijo–. Hace falta una linterna.

–¡No hay tiempo! –le grité; y en efecto sabía con certeza que cada segundo podía ser fatal–. ¡Vamos, sígame! Trude está en un peligro mucho más terrible de cuanto podamos imaginar.

Corrí entre las malignas volutas de espesa niebla, llevando conmigo al espantado burgomaestre.

Tantas veces había recorrido el camino, que apenas si la niebla y la obscuridad eran obstáculos para mí. Corrimos, tropezamos y seguimos corriendo, cuesta arriba, entre los secos árboles y pelados arbustos, nadando entre la niebla y resbalando en invisibles piedras. Hacia arriba, siempre hacia arriba.

Abierta de par en par estaba la casa de von Drackenfeld y en el umbral pudimos ver la pequeña silueta de la que buscábamos. Camina¬ba erguida y con lentitud, como una sonámbula. Desapareció en el interior del caserón.

–¡Hija! –gritó el desdichado burgomaestre.

–¡Calle! –le dije–. ¡Por Dios que la salvaremos!

Recorrimos los últimos metros con el temor de ver

cerrarse las puertas. Pero no lo hicieron y pudimos entrar y correr por el pasillo que llevaba a la biblioteca.

Allí estaba *fraulein* Hildegarde, con una terrible mirada en sus ojos y recitando en voz baja el diablo sabe qué fatídicos encantamientos. Tendió la mano hacia la inconsciente Trude pero de pronto nos vio llegar y su rostro se metamorfoseó en el de un horrible demonio.

Nos precipitábamos en la sala biblioteca, ya a punto de alcanzar a la muchacha, cuando aquella desmelenada arpía tendió hacia nosotros la mano derecha, donde brillaba un gran anillo. Lanzó un alarido que hubiera jurado imposible para garganta humana alguna.

–¡Yhai ng'ang'arah shubbnaitb Yuttboing'a!

Retumbó en nuestros oídos un trueno en respuesta a la invocación y el Universo entero pareció deformarse, dejándonos vacilantes en un espantoso decorado de fondos cambiantes y luces que se alejaban y se apagaban para encenderse de nuevo. Tanteamos horrorizados mientras nuestras mentes vacilaban ante un tenebroso abismo en torno al cual bailaban miríadas de llamas azules. Grité y no oí mi voz mientras un formidable remolino de frío fuego y centelleante obscuridad se cerraba sobre nosotros.

Y de pronto todo se desvaneció y nos hallamos de nuevo en la bi¬blioteca. Algo había desviado de nosotros la atención y el poder de la bruja. Pues de una manera inexplicable la pequeña Trude había despertado, quizá abandonada por la fuerza que

fraulein Hildegarde había debido desviar hacia nosotros. En aquel momento la joven retorcía su rostro en una mueca de triunfante odio que no pudimos achacar a su propia mente. Corriendo hacia la chimenea cogió un tronco llameante y, manteniéndolo en alto, se lanzó por el otro pasillo, por el que conducía a la siniestra puerta de hierro labrado.

Un alarido de espanto brotó de la garganta de *fraulein* Hildegarde.

–¡No! –aullaba–. ¡El fuego, no!

Olvidándonos por completo salió en persecución de aquella increíble Trude que ahora corría pasillo adelante blandiendo la antorcha, como una terrible virgen guerrera portando el fuego purificador para combatir las fuerzas de las tinieblas. Corría tras ella la maldita descendiente de Ludwig el Perro y tras ambas nos precipitábamos nosotros, jadeantes y locos de furia y de terror. Al final del pasillo la puerta de hierro estaba abierta y de ella fluía un verdoso resplandor de alguna monstruosa luciérnaga infernal.

De nuevo lanzó la hechicera aquel grito horripilante, señalando con la mano y el anillo a la figura de Trude. Ante mis aterrados ojos el espacio mismo pareció retorcerse todo a lo largo del pasillo, abriéndose a ignoradas dimensiones y terribles abismos. Pero algo protegía a la muchacha y la maldición retrocedió sobre sí misma, sin causar el efecto buscado. Algo extraño estaba sucediendo pues, aunque Trude era la única

figura netamente visible que corría a la luz de su propia antorcha, otras formas nebulosas y fantasmales corrían con ella, formando parte de su cuerpo y de su espíritu. Pude ver unas muchachas vestidas de gitanas, y otras llevando trajes de sirvientas, y otras más en ropa de noche. Todas corrían con Trude y todas sostenían la antorcha junto con ella y dotaban a su rostro de aquel terrible resplandor de venganza.

No dudé que fueran ellas las que protegían aquel cuerpo que era el vehículo de su odio contra los infames encantamientos de la bruja que las perseguía. Y ésta debió darse también cuenta de lo que estaba ocurriendo pues lanzó un desesperado grito:

–¡Deteneos, malditas!

Mas en el instante siguiente la multiforme figura de Trude cruzaba el umbral de la cámara prohibida, siendo seguida por *fraulein* Hildegarde y tras ella por nosotros.

¡Quisiera olvidar lo que vi allí dentro! Allí estaba la camilla con el vendado ser que había habitado tanto tiempo la casa, pero de lo que había a su alrededor no quiero ni puedo dar demasiados detalles. Un amasijo de gorgoteantes cosas cubiertas de musgo verdoso, formas que se retorcían y silbaban formando parte de un complejo diabólico del que no pude adivinar la forma ni el significado. Más tarde el burgomaestre dio a entender que en aquel amasijo estaban incluidos trozos de organismos humanos, pero no pude ver este horror

pues mis ojos se vieron atraídos hacia una abominación aún peor. Allá en el fondo de una sala, cuyo tamaño no pude conjeturar, se abría una puerta que al instante supe que no se abría a ningún lugar de nuestro Universo. Brotaba de allí la horrenda luz verdosa y el atisbo de cierta silueta que entreví durante un instante al otro lado estuvo a punto de aniquilar mi razón. Mas un espantoso sonido atrajo mi atención hacia otra parte y es así como pude asistir al último espanto.

Algo había oído la vendada figura o algún oculto sentido le había debido avisar del peligro, pues de súbito se alzó de su camilla y con una mano semejante a una zarpa se arrancó las vendas que cubrían su cara. ¡Y ante mi vista apareció el inconfundible rostro que había contemplado durante tanto tiempo en el tapiz!

El resucitado Ludwig von Drackenfeld abrió la boca y de nuevo aquella blasfematoria voz que antes había oído estalló en forma de un grito de espanto. Pero en el instante siguiente la joven Trude alzó el brazo y lanzó la ardiente antorcha contra la figura que se retorcía.

La figura entera estalló. Como si la carne reconstituida hubiera sido polvo de magnesio, todo reventó en un formidable fogonazo que cegó mis ojos por un momento. Al abrirlos aún pude ver trozos inflamados de venda volar por el aire comunicando su fuego a toda aquella abominable inmundicia que se retorcía y gorgoteaba por doquier. Brotaban llamas de todas partes y a su fulgor pude ver rodar por tierra un puña¬do de huesecillos y un blanco objeto que pronto

identifiqué como la calavera de un perro.

Apenas puedo recordar lo que sucedió luego. Lanzando horribles chillidos, aquella espantosa Hildegarde von Drackenfeld pasó como una centella junto a mi y se arrojo de lleno en la hoguera que ocupaba el lugar donde hace unos instantes se alzaba su diabólico amante. Pude ver a Trude, que ya era ella misma otra vez, vacilar y desplomarse en los brazos de un empavorecido Kart-Heinrich Hoffman. Se oían estallidos y zumbidos y la inconcebible puerta verdosa desapareció en un remolino, dejando la estancia iluminada tan sólo por las llamas. Pero sobre todo aquello flotaba un cántico triunfal que me hizo recordar aquellas voces que cantaban sobre el viento.

–¡Vámonos! –grité, dominando aquel concierto caótico–. ¡Huyamos de aquí!

Manteniendo a Trude entre los dos, dimos la espalda al llameante escenario y corrimos con todas nuestras fuerzas por el interminable pasillo, sordos a las terribles explosiones y restallidos que retumbaban a nuestras espaldas. Corrimos espantados atravesando la biblioteca y finalmente pudimos abandonar el caserón maldito, que ya se inflamaba en llamas por todas partes.

Ya eran muchos los habitantes de Rungard que habían salido a la calle para ver la inmensa antorcha que ardía en la noche. Cuando la última explosión hizo derrumbarse en escombros todo el edificio, varios fueron los que se santiguaron.

La niebla había desaparecido y las estrellas del Señor brillaban fijas en la noche.

¿Qué puedo decir más acerca de lo ocurrido en el remoto pueblo bávaro de Rungard? De común acuerdo, tanto Hoffman como yo decidimos guardar silencio sobre lo que sabíamos. Y la desdichada Trude tuvo la fortuna de olvidar el papel que representó en la tragedia, aunque ciertamente casi todo el tiempo estuvo con la mente dominada, al principio por la diabólica *fraulein* Hildegarde y luego por las vengati¬vas víctimas de aquélla.

Mis apuntes quedaron incompletos, pues junto a la mansión y su dueña, también ardieron los últimos tomos del manuscrito de von Drackenfeld. En cambio me alegro de la destrucción de aquellos otros volúmenes en que su descendiente halló los secretos con que quiso desafiar las leyes naturales.

¿Más comentarios? Tan sólo que desearía poder renunciar a las ráfagas de saber que la aventura dejó en mí, saber que ciertamente no es mucho. Quizá los jueces que condenaron al brujo a su primera incineración podrían decir algo más, algo de lo que les contara el árabe moribundo que sintió miedo de llevar hasta el fin su experiencia. Quizá podrían dar detalles acerca del "blasfemo uso de las mujeres traídas de Oriente" que luego *fraulein* Hildegarde repitiera con las infortunadas criadas que trajo de Francfort y con las muchachas raptadas en el pueblo y en la caravana gitana. Quizá podrían decir algo acerca del

inconfesable proceso mediante el cual por dos veces pudo crearse el cuerpo y el espíritu de un hombre infernal en tomo al esqueleto de un perro, el animal maldito de los antiguos árabes. Y hasta puede que conocieran la naturaleza del fantástico ser cuya ayuda era indispensable para la manipulación.

No, por favor, esta última respuesta "no" es obvia. Más allá de nuestra dimensión hay muchos demonios y muchos infiernos diferentes y aquella hórrida silueta que entreví podía pertenecer a cualquiera de ellos.

Bajo los escombros de la mansión de von Drackenfeld han quedado para siempre pulverizados los huesos del perro fatídico y también los de la bruja que los utilizara. Mi único deseo es que aquellas desdichadas cuyos cuerpos fueron usados para formar el magma primigenio de Ludwig el Perro o quizás para ser entregadas en sacrificio a la verde deidad infernal del otro lado de la puerta, aquellas desdichadas cuyos restos anímicos erróneamente despreciara Hildegarde von Drackenfeld como inofensivos, hayan encontrado por fin la paz que sus pobres almas merecen. Pues su último acto de venganza acaso librara al mundo de siglos de locura y abominación.

En cuanto a Ludwig el Perro y a su demoníaca descendencia, que la inmortalidad que desearon les haya sido concedida en el lugar que la Divina Providencia tiene designado para los espíritus a ellos semejantes.

- - -

Los horrores del castillo de Magson

«Quedó sola y entonces buscó galán que le calentara su cama. Pero el galán tenía cuernos y rabo y unas grandes alas de murciélago en la espalda».

De una leyenda de los *Highlands*.

Ciertamente, ahora que todo ha pasado y que sólo mi amigo Patterson y yo sabemos lo que en realidad ocurrió en aquellos días de locura, no puedo ni siquiera imaginar mi estado de ánimo an¬terior a los hechos, mi estado de ánimo en los días en que

Magson me parecía un pueblo aburrido y todo mi ser ansiaba acción y aventura.

En realidad ni yo mismo puedo ahora desmentir el hecho de que Magson, el pequeño pue¬blo perdido en los verdes y mon¬tañosos *Highlands*, fuera un lu¬gar apacible y ajeno a las conmo¬ciones de todo tipo que sacudían en el mundo. Hasta que «la cosa» se manifestó, y entonces yo mismo tuve ocasión de tener toda la acción y toda la aventura que deseaba. Y mucha más ac¬ción y aventura de la que nunca pudiera haber de¬seado. Verdaderamente mucha más.

Desde entonces amo la apacibilidad. Desde que he comprobado con todo mi ser y mi consciencia los ho¬rrores que pueden brotar súbitamente en un mundo que pensamos sensato y suponemos sujeto a unas le¬yes descubiertas y medidas por el hombre... desde entonces prefiero la apacibilidad.

Mas debo comenzar por presentarme. Mi nombre es Carson, Philip Carson, nacido en uno de los ba¬rrios más tradicionales y respetables del viejo Lon¬dres. Y alguno de mis mejores amigos quizás añadi¬rían a mi nombre la palabra «escritor». Pensando precisamente en escribir un libro fue como llegué al pueblo escocés de Magson, una localidad perdida en las montañas del Norte, allí donde se conservan cier¬tas leyendas y tradiciones que eran ya viejas cuando Guillermo el Conquistador puso su pie en las suaves playas de la Gran Bretaña. Quise recoger todo aquel material en la que confiaba sería mi obra maestra y para ello logré

utilizar mi título de periodista para entrar en el orgulloso local, nada menos que un pe¬riódico propio de Magson, cuyo nombre llevaba, para que no hubiera lugar a ninguna duda, el «*Magson Observer*».

Se trataba en realidad del capricho de un excén¬trico local, un tal Mr. Dillingham, enamorado del pueblo que le vio nacer y que había ideado lo del periódico para darle el honor y la fama que a su jui¬cio merecía, gastando sus buenas libras en el pro¬yecto. A las órdenes de Mr. Dillingham trabajábamos el viejo cajista, escocés de pura cepa, apellidado nada menos que McGregor, y yo mismo, redactor jefe y reportero en una pieza. El sueldo convenía a mi subsis¬tencia y el trabajo dejaba libre el tiempo que necesi¬taba para escribir el original de mi libro.

Samuel Patterson era el jefe de policía local, con el que pronto simpaticé. En broma me prometía siem¬pre avisarme en el caso de que algún crimen ocu¬rriera en Magson y sus proximidades, dándome así ocasión de adornar el «*Magson Observer*» con un ar¬tículo sensacionalista. ¿Quién, por todos los diablos, hubiera llegado a pensar...?

Pero de nuevo me anticipo a los acontecimientos. En la época a que me refiero no había crimen ni po¬sibilidad de él en muchas leguas a la redonda. ¿Quién hubiera pensado en quitar la vida al prójimo bajo el luminoso cielo de la vieja Escocia? Todo el trabajo de Patterson se reducía a poner paz en alguna pelea a puñetazos entre granjeros, encerrar por una

noche a algún bala perdida local demasiado sensible a los efectos del whisky... quizá vigilar el paso de algún vagabundo, uno de esos simpáticos y amables vaga¬bundos británicos cuya idea de la propiedad privada suele ser bastante peculiar y acomodaticia... Por eso la idea de un crimen no podía dar lugar sino a bro¬mas y a amistosos brindis en la taberna del pueblo, llamada ostentosamente «*El Dragón Dorado*».

Nadie podrá reprocharme, pues, que al principio no tomara en serio lo que Patterson me comunicó, muy excitado, a través del viejo teléfono local, en la mañana de uno de aquello tranquilos días.

–¡Phil! ¿Eres tú? Prepárate, tengo un crimen para ti.

–¿Sí? –fingí asombrarme–. ¿Al fin te has deci¬dido a liquidar a tu mujer?

Pero la voz que salía del auricular era demasiado seria.

–Esta vez no te hablo en broma, Phil. Te espero a la salida del pueblo, si es que quieres venir conmigo. Han matado a «Laird» Campbell.

¡«Laird» Campell! En un segundo dejé de conside¬rar aquello como una broma. Patterson no bromearía acerca de «Laird» Campbell, como tampoco lo haría ningún habitante de Magson.

«Laird» Campbell era la celebridad de la región. Un gran noble escocés, perteneciente a uno de los más viejos clanes y poseedor de grandes, aunque indeterminadas riquezas. Habitaba en el viejo castillo

de sus antepasados, con su esposa y seis servidores, y todas las tierras del pueblo al río eran de su propie¬dad. Raro era en el pueblo quien no había prestado servicio en una u otra ocasión al viejo aristócrata. «Laird» Campbell... muerto. Aquello causaría sensa¬ción en todo el *Highland*.

Me di cuenta de que conservaba en la mano un auricular silencioso. Patterson había colgado, y yo es¬taba a punto de dejar pasar el reportaje de mi vida.

Agarré al paso mi cámara fotográfica y salí a toda prisa hacia el lugar donde mi amigo me había citado. Si he visto alguna vez en mi vida un rostro som¬brío, éste era el de Patterson aquella mañana. Antes de que llegara a su altura empezó a andar por el ca¬mino que llevaba al castillo, por lo que hube de apre¬tar el paso para alcanzarle.

–¿Quién ha sido? –fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

Patterson me dirigió una mirada extraña.

–Eso es lo que tengo que averiguar. Escucha, Phil, esto es algo que jamás, jamás, había ocurrido por es¬tas tierras, y que nadie tenía la menor sospecha de que iba a ocurrir. Se trata, al parecer, de un crimen ritual.

–¿Un crimen ritual?

En mi mente se formó la imagen desagradable de un sujeto barbudo y de ojos brillantes, rodeado de un

grupo de muchachas jóvenes armadas con cuchi¬llos y navajas. Horror y muerte sobre un pacífico «chalet»... allá en América, al otro lado del mar.

–Eso es lo que parece, según me ha contado el granjero Dewitt... y temblaba mientras me lo descri¬bía. Escúchame, Phil, han matado al «Laird» y a sus seis criados en unas circunstancias que... –y se inte¬rrumpió como si no se atreviese a seguir.

–¿Y «lady» Campbell? –pregunté impresionado.

–Escapó a la matanza, no se sabe cómo. Pero ha enloquecido y no puede decir nada sensato, si lo que me dijo Dewitt es cierto. Lo que presenció la volvió completamente loca.

Los verdes campos a nuestro alrededor lucían aún con el rocío matutino y los pájaros gorjeaban alegre¬mente sobre los árboles. Aquella historia de horrores y sangre parecía lejana, completamente ajena a la rea¬lidad. Y sin embargo...

–Escucha, Sam –me dirigí a mi amigo con inquie¬tud–, ¿quieres decir que una pandilla de fanáticos asesinos anda suelta por aquí, dispuesta a caer sobre cualquiera de nosotros?

Patterson hizo un rápido gesto y me mostró la cu¬lata del revólver que sobresalía de su cinto.

–No voy desprevenido –gruñó–. Esos fanáticos asesinos harán bien en no acercarse a nosotros.

Des¬pués de lo que han hecho no dudarían en meter a cada uno una bala en la cabeza.

–Pero, ¿y el pueblo? ¿Y los granjeros?

Patterson continuó su marcha, inexorable como una fuerza de la Naturaleza.

–McDougal habrá avisado ya a todos los del pue¬blo. Los granjeros ya saben lo sucedido y habrán to¬mado sus medidas. Los «*highlanders*» son un pueblo tranquilo, pero de ninguna manera blando. Si una banda de extranjeros ha acampado por aquí cerca, no te quepa duda de que no tardarán en ser descubier¬tos, y que el diablo se apiade de sus malditas almas, si no soy yo quien los descubre.

No pude menos de asentir para mí mismo. Cono¬cía a los granjeros de la región y también conocía cómo todos apreciaban al «Laird».

Ya el castillo se alzaba ante nosotros, enorme y obscuro en el flanco de la montaña. Las torres se desta¬caban contra el cielo como ciclópeos centinelas que defendieran a los dueños de la mansión, centinelas que no habían sido capaces, sin embargo, de detener a la Muerte cuando ésta llamó en el gran portón.

Al contemplar la antigua fortaleza algo que no era el fresco aire de la mañana me provocó un escalofrío. A mi mente acudieron las estrofas del viejo poema:

«A media asta flamean las banderas

del castillo, en que el «Laird» ha muerto ayer...»

Pero el «Laird» señor de la fortaleza no había caído en una guerra noble, marchando al frente de los cla¬nes al son de gaitas y cornamusas. No, había perecido asaltado en su propia morada por una turba de asesi¬nos ignorados, quizá sin poder intentar un gesto de defensa, acorralado tal vez entre las viejas armaduras de otras épocas cuyas armas no tuvo tiempo de es¬grimir.

El rápido paso de Patterson, que yo seguía a duras penas, nos condujo directamente al portón, una de cuyas hojas estaba abierta. Ante él había un grupo de ceñudos granjeros, armados de escopetas y algunas armas blancas. Uno de ellos salió a nuestro encuen¬tro.

–Hola, Bill –saludó Patterson–. ¿Ha entrado al¬guien en el castillo?

–No desde que Dewitt los descubrió –respondió el granjero–. Ni nadie ha podido salir tampoco.

Las implicaciones de esta última frase lograron eri¬zarme los cabellos. Pero mi amigo se limitó a asentir gravemente.

–Bien, no creo que el asesino o los asesinos hayan quedado dentro, pero nunca se sabe –y empuñó el grueso revólver–. Sígueme con dos hombres, Bill, y que el resto vigile todas las salidas.

Nada me había dicho a mí, pero me di por invi¬tado. Cruzamos el portal y después una serie de am¬plias estancias provistas de muebles sólidos y antiguos. Finalmente, el granjero Bill hizo un gesto.

–Allí.

Patterson dio un paso al frente y luego se detuvo, como paralizado por un invisible fluido.

–Dios mío –susurró.

Al principio no pude darme cuenta de lo que mo¬tivaba esta exclamación. Ante mi amigo había algo que a primera vista hubiera podido tomarse por un montón de polvo o basura desparramado por el suelo. Pero cuando advertí de repente que aquel polvo era rojo y me hice una idea de su verdadera naturaleza, mis pies me llevaron hacia atrás en un salto repentino, mientras mi estómago se retorcía horriblemente.

–¿Pero... pero... cómo...? –fue todo lo que logré articular.

Patterson me impuso silencio con un gesto.

–¿Es «Laird» Campbell? –preguntó simplemente.

El granjero asintió.

–Era «Laird» Campbell –corrigió, sin ironía ninguna–. Ahí puede ver usted los restos de su ca¬beza... con las muelas de oro.

Yo no quise mirar. Tenía suficiente con lo que ha¬bía visto a la primera ojeada.

–¿Y los sirvientes? –preguntó Patterson.

Su voz era ronca y extraña, con una tonalidad que nunca an¬tes le había oído.

–Un poco más allá –Bill parecía el más tranquilo del grupo, aunque tampoco su voz era normal del todo–. Debieron acudir corriendo al oír los gritos... y lo que fuera les agarró uno a uno. Quizás a su muerte debió «lady» Campbell su posibilidad de escapar.

Patterson avanzó hacia la puerta del fondo, seguido por los granjeros. Pero yo no pude imitarles. Retro¬cedí cada vez más aprisa y al fin di media vuelta y corrí hasta la puerta principal del castillo, hasta la luz y el aire puro del exterior. Los granjeros que habían quedado fuera me miraron con curiosidad y yo per¬manecí junto a ellos, sin decir una palabra, hasta que Patterson y los demás salieron del edificio. El rostro de mi amigo estaba espantosamente pálido.

–Bien, desde el pueblo he telegrafiado a la capital antes de salir para aquí. No creo que haya nadie oculto en el castillo, ya que tiempo han tenido los asesinos de huir. Dejemos todo como está y vayamos a ver a «lady» Campbell.

–Está en mi granja –dijo Bill–. Las mujeres cui¬dan de ella, pero la pobre está completamente loca.

–No es para menos –comentó uno de los granje¬ros que habían entrado en el castillo.

Estuve por completo de acuerdo con él.

Ya Patterson marchaba en cabeza del grupo, acompañado de Bill y seguido por el resto. Rápida¬mente me puse a su altura.

–Oye Sam –le dije–. ¿Tienes alguna idea...?

–No, no tengo ninguna idea.

Aunque no hubiera querido mencionar aquello (oh, no hubiera querido mencionarlo en todo lo que me restaba de vida), no pude por menos de estallar:

–¿Pero qué gente... con qué armas? ¿Cómo han podido hacer picadillo a siete personas en el curso de una noche... ¡Hacerles literalmente picadillo, uno tras otro...! ¿Cuántos hombres se necesitan para un tra¬bajo como ése?

–No eran hombres –intervino Bill–. Eran fieras.

–O quizás algo todavía peor –dijo otro gran¬jero–. Algo mucho peor.

Pero ya llegábamos a la granja de Bill. El granjero Dewitt había regresado del pueblo, donde fue a avi¬sar a Patterson, y nos aguardaba junto a la puerta.

–¿Cómo van las cosas en el pueblo? –le preguntó Patterson.

–Mal –respondió el granjero–. La gente está asustada, aunque ni siquiera sospecha con lo que tiene que enfrentarse.

–¿Es que tú lo sabes? –se revolvió Patterson, mo¬lesto.

Dewitt dio la callada por respuesta.

Cuando penetrábamos en la granja, no pude dejar de interrogar a Patterson acerca de las reticencias de Dewitt, pero mi amigo no pareció darle gran impor¬tancia al asunto.

–¡Bah!, estos granjeros están llenos de supersti¬ciones –rezongó–. ¡Sabe Dios qué cuentos habrán ya inventado!

Dentro de la granja murmuraban varias mujeres. Una de ellas saludó brevemente a Patterson, indicán¬dole una de las habitaciones.

–Está allí –dijo–. Pero no puede decir nada, só¬lo delira.

En efecto, la desdichada «lady» Campbell había perdido la razón, de eso no cabía la menor duda. Cuando entramos en la habitación, no nos dirigió ni una mirada. Sus ojos estaban fijos en el muro del fondo y sus labios se movían de vez en cuando, como rezando.

–¿Qué es lo que dice? –preguntó Patterson, acercándose a ella.

Las dos mujeres que se hallaban en la habitación con la demente se encogieron de hombros.

Pero cuando me acerqué a mi vez a ella, advertí que el bisbiseo se limitaba a repetir una pregunta, una y otra vez.

–¿Cuántos escalones quedan? ¡Oh, Dios mío! ¿Cuántos escalones quedan?

Patterson y yo nos miramos perplejos. Mi amigo tomó en su mano el hombro de «lady» Campbell.

–¡Por favor «milady»! –exclamó, suavemente pero con voz firme–. Despierte. ¿No me conoce? Soy Samuel Patterson, el jefe de policía de Magson.

–¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan? –bisbiseó de nuevo la dama.

–¡Por Dios, «lady» Campbell! –alzó la voz Pat¬terson–. ¿Qué quiere decir con eso? ¡Debe ayudar¬nos!

–¡Oh, Dios mío! –respondió la infortunada–. ¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan?

Exasperado, Patterson hizo girar levemente a «lady» Campbell. El resultado fue atroz, pues la dama desorbitó súbitamente los ojos y gritó con to¬das sus fuerzas:

–¿¿¿CUANTOS ESCALONES QUEDAN??? ¿¿CUANTOS ESCALONES QUEDAAAAAN??

Las mujeres corrieron a sujetarla, mientras yo me enfrentaba con mi amigo.

–¡Calma Sam! –le grité–. Así no conseguirás nada. Esa mujer ha perdido la razón, y no somos no¬sotros los más indicados para tratar con ella. Debe¬mos hacer venir a un psiquiatra, a un...

–¡Escucha!

Todos nos volvimos como impulsados por un re¬sorte. Era «lady» Campbell quien había hablado. Ahora su expresión parecía casi normal, si bien leve¬mente intrigada. Inconscientemente todos afinamos el oído, como esperando oír algún ruido impercepti¬ble.

–Escucha –repitió la dama–. ¿No oyes como un rumor de ropas moviéndose? Parece como si...

Y en aquel mismo momento, para susto de todos los presentes, «lady» Campbell lanzó el alarido más espeluznante que nadie pueda imaginar, retorciendo su rostro en una horrible mueca de espanto. Tras de lo cual se desplomó en brazos de las dos mujeres, desmayada.

–¡Maldición de todos los diablos! –gritó Patter¬son–. Si no salimos de aquí acabaremos todos locos. Organizaremos una batida, no dejaremos rincón de la región por registrar. ¡Esos sádicos asesinos deben ser cazados como bestias salvajes!

Fuera de la casa, todos los granjeros estaban reuni¬dos, con una extraña expresión en los rostros. Sus miradas estaban fijas en el castillo.

Patterson se alejó de ellos con un bufido. Pero yo quise saber algo más acerca de aquellas supersticiones de que mi amigo me hablara.

–¿Cómo creen ustedes que los asesinos lograron entrar en el castillo? –pregunté como al descuido.

Dewitt se volvió hacia mí. Había pánico en sus ojos.

–Nunca entraron en el castillo –murmuró–. Lo que mató al «Laird» procedía del mismo castillo.

–Han sido rotas las cadenas que le sujetaban –in¬tervino Bill–. Lo que mató al «Laird» abandonará el castillo y seguirá matando.

De nuevo sentí un escalofrío. Aquellos hombres parecían saber muy bien de qué estaban hablando.

–Pero ¿qué es lo que fue? –pregunté una vez más–. En nombre de Dios, díganmelo.

–Era la señora de la comarca –la voz de Bill se oía monocorde, como si algún otro ser hablara por sus labios–. *Era rica, bella y poderosa, y todo lo que había a la vista de su castillo la pertenecía.*

–¿Pero quién era ella? –pregunté.

Los granjeros no parecieron haberme oído.

–Murió su esposo, el gran «Laird» –continuó Bill–. *Un rayo del cielo le fulminó cuando cazaba en la montaña.*

–Ella quedó sola y entonces buscó galán que ca¬lentara su cama –intervino Dewitt, tan impasible como su compañero.

–Pero el galán al que hizo compartir su lecho te¬nía cuernos y rabo –continuó un tercer granjero, en el mismo tono de voz–. *Y unas grandes alas de mur¬ciélago en la espalda.*

Sentí el invisible aleteo de algo inmaterial, allá, en la soleada mañana de un día risueño y cálido. La con¬seja había empezado y cada hombre representaba su papel relatando la parte prevista para él, como en un antiguo rito.

–Aquel que calentaba la cama de ella, le dio junto con el placer, todo el poder que ella ambicionaba –salmodió otro granjero.

–Pero el poder del Bien hubo de derrotar a las fuerzas de las tinieblas.

–Y ella hubo de subir los escalones que conducían a la pira, entre el clamor de las gentes del Highland.

–Mientras la llama consumía su cuerpo, ella echaba espumarajos por la boca, y vociferaba terri¬bles blasfemias y maldiciones.

Hubo una pausa y por un momento creí terminado aquel absurdo y fragmentario relato. Pero fue Dewitt quien le puso punto final, con su último e inquietante fragmento.

–Y en el mismo momento de la muerte, ella habló de esta manera: «No quedará sin venganza esta muerte que me dais. Aquel que acecha en la obscuri–dad y cuyo nombre teméis, tiene la paciencia de los siglos, y sabe que algún día le será abierto paso hacia el exterior. Y entonces llegarán las noches de terror, pues él os hará rechinar los dientes y temblar con todos los miembros de vuestro cuerpo. Serán noches en las que la muerte cabalgará por esta región del Highland *que yo maldigo». Tras de lo cual la llama la abrasó y con la última blasfemia, su alma partió a reunirse con el amante de los abismos al que antes entregara su cuerpo.*

Se apagó la última palabra, y entonces las miradas de todos los granjeros se posaron en mí. Miradas no muy firmes, vacilantes, como si los hombres acabaran de despertar de un mal sueño.

–¿Pero quién era ella? –pregunté nuevamente.

Bill suspiró.

–Los hombres de la llanura no creen en la vieja sabiduría del *Highland*. Pero nosotros sabemos que ella existió, y que su maldición perduró durante cinco siglos en el castillo hasta que la noche pasada alguien tuvo la osadía de despertarla.

–«¿Quién era ella?» La infernal, la maldita «lady» Farlight, que luego sería conocida como la Bruja de Magson.

Llegaron numerosos policías de la ciudad y se hi¬cieron registros por toda la comarca. Nada se halló, ni campamento de satanistas, ni huellas de que hu¬biera habido alguno en las proximidades. Se interrogó a los granjeros, que se negaron a cooperar con aque¬llos «forasteros». Una y otra vez se exploró el casti¬llo, sin encontrar huella alguna que explicara los bru¬tales crímenes. Los médicos forenses se horrorizaron ante el espantoso amasijo de los cadáveres, que pare¬cían triturados por una gigantesca máquina de picar carne. Algo encontraron o hallaron en falta en aque¬llos montones de materia orgánica, pero ninguno quiso hablar de ello, ni aún en sus informes, quizá por temor a ser tenidos por locos.

Loca por completo estaba «lady» Campbell y nin¬gún psiquiatra pudo sacar la menor conclusión de sus delirios. Hablaba sin cesar de aquellos misteriosos escalones y todo intento por traerla a la *razón* se re¬solvía en verdaderas crisis de pánico.

El «*Magson Observer*» conoció un periodo de in¬concebible auge, aumentando sus antes pequeña tirada considerablemente. Se habló del crimen en toda la nación, incluso en el extranjero. Se hicieron mil cabalas y se formularon mil teorías.

Y luego las aguas volvieron a su cauce. Uno tras otro se fueron retirando los policías forasteros hasta que tan sólo Patterson quedó en el escenario de los hechos. Se dio como resultado de la encuesta el de «asesinados por persona o personas desconocidas» y sin duda la

carpeta correspondiente pasó al olvidado archivo de los casos no resueltos. El «*Magson Obser¬ver*» volvió tras aquello a su minúscula tirada habi¬tual.

Pero hubo algo que no volvió a la forma de ser anterior al hecho. En las noches obscuras sin Luna, muchos eran los fuegos que brillaban en la montaña. Los granjeros sabían o creían saber que aquello a lo que temían, temía a su vez la luz, y jamás dejaban las granjas huérfanas de iluminación. De hablaba de ex¬trañas presencias que acechaban en la noche, justa¬mente más allá del círculo iluminado por las hogue¬ras, de ruidos misteriosos en la obscuridad y siniestros roces contra las paredes de las viviendas. Nada se ma¬terializó, sin embargo, pero no por ello dejaban los granjeros de cuchichear su nerviosismo a todas horas. El nefando nombre de «lady» Farlight se susurraba de boca en boca, sin ánimo de pronunciarlo en voz alta y atraer quizá sobre el imprudente el embate de los tenebrosos seres que la servían.

¡La Bruja de Magson! Un nombre nuevo para mí, que había estudiado las más extrañas leyendas del *Highland*. ¿Cuántas infelices mujeres no habían sido incineradas como brujas en el curso de la ignorante Edad Media? Algunas de las víctimas, locas de miedo y dolor, habían incluso invocado en su desvarío el nombre de Satán, dando nuevas armas a los perse¬guidores. ¿Qué podía tener el caso de «lady» Farlight que no tuvieran los cientos de suplicios similares re¬gistrados en los anales de la época?

Y, sin embargo, los hombres de la montaña se¬guían prendiendo sus hogueras en la noche y entre los habitantes del pueblo corrían extraños rumores. Así pues, cuando el horror se hizo tangible, quizá Patterson y yo fuimos los más sorprendidos, mientras que para muchos de los habitantes del lugar el esta¬llido no fue completamente inesperado.

Ocurrió una noche más tenebrosa de lo ordinario, una noche en la que los negros nubarrones habían ocultado la Luna y la obscuridad reinaba sobre toda la comarca. Terribles gritos se oyeron en la montaña y después llegaron los hombres, granjeros empavoreci¬dos con antorchas en las manos, golpeando en las puertas y llamando a gritos a Patterson.

–¡Arriba! ¡En la montaña! ¡En la montaña...!

Conseguí salir a la calle cuando ya Patterson discu¬tía con los recién llegados. Lo poco que oí me hizo bus¬car la escopeta de Mr. Dillingham, una enorme y vieja arma que, cargada con postas, podía destrozar por completo a un ser humano de un solo disparo. Logré su préstamo sin dificultad, pues ni el director del «*Magson Observer*» ni ninguno de sus conciuda¬danos se atrevió a salir del pueblo aquella noche.

Patterson y yo recorrimos el ya conocido camino, iluminados por la cambiante luz de las antorchas que nos escoltaban y con el círculo luminoso de la pode¬rosa linterna que mi amigo empuñaba

precediéndo¬nos en la obscuridad. Patterson empuñaba su revólver y yo esgrimía la terrible escopeta, mas nada se opuso en nuestro camino.

Al fin encontramos el cuerpo, mejor dicho aquello que había sido un cuerpo. El trasgo desconocido ha¬bía golpeado una vez más y el desdichado Angus McClancey había sido la víctima.

–Su hoguera se apagó y nadie pudo encenderla de nuevo –explicó Bill con la voz terriblemente alte¬rada –. Cuando le oímos gritar acudimos en su ayuda. Esto fue lo que encontramos.

–¡Ha vuelto al castillo! –gritó otro granjero–.

Ha saciado su sed de sangre y después ha vuelto al castillo.

–¡Pues en el castillo le buscaremos! –exclamó Patterson, furioso–. Si esa bestia asesina se esconde en el castillo, allí deberemos buscarla.

–No de noche –dijo Dewitt, con firmeza–. Las tinieblas son su hogar, sea lo que fuere aquello que nos ataca.

–Ni de noche ni de día –intervino Bill–. Sólo el diablo sabe dónde se oculta la bestia. Yo no subiré a ese castillo a ninguna hora. Puede que la muerte des¬cienda a por mí, pero yo no ascenderé en busca de la muerte.

Todos los granjeros asintieron a sus palabras, in¬cluido el propio Dewitt.

–¿Pero qué es? –pregunté desesperadamente–. ¿Es un animal?

En mi fuero interno sabía que ningún animal sería capaz de matar a una persona de aquel modo.

La voz de Bill temblaba al responderme.

–No sabemos lo que es, pero sí que no es ni hombre ni bestia. No es nada de este mundo, y sin embargo actúa y mata en él. Ha sido conjurado para vengar la muerte de la Bruja de Magson.

–¡Pues acabaremos con él, sea lo que sea! –rugió Patterson–. Subiré al castillo y por Cristo vivo que le haré pedazos.

–No esta noche –repitió Dewitt.

Y había tal fuerza en su voz que incluso el poderoso Patterson decidió esperar al amanecer.

Aguardamos pues, entre los chisporroteos de las antorchas y el bramido ígneo de las hogueras incesan¬temente alimentadas. Los granjeros rezaban.

Finalmente la mañana trajo algo de tranquilidad. Una tras otra se apagaron las hogueras y los granjeros parecieron dominar sus temores nocturnos, si bien ninguno de ellos se ofreció para acompañarnos al cas¬tillo. Velaban a lo que había sido su compañero en

el momento en que Patterson y yo iniciábamos la mar¬cha hacia el siniestro edificio.

–No encontraremos nada –repetía Patterson, como queriendo convencerse a sí mismo–. Quizá los asesinos han vuelto al lugar de su crimen y han actuado de nuevo, pero su escondite estará en el bosque, y no allá arriba. Ya la vez pasada registramos a fondo el castillo y nada hallamos en él...

Yo no podía obligarme a responderle. Todo mi es¬fuerzo estaba dedicado a impedir que el cañón de la escopeta temblara. Debía confiar en ella, en el chorro de estruendosa destrucción que brotaría de sus caño¬nes a un simple movimiento de mí índice. Debía con¬fiar en ello...

El castillo había sido cerrado tras el suceso ante¬rior, pero Patterson llevaba consigo la llave. Abrió el portón y entonces nos encontramos con la primera sorpresa.

Alguien había entrado en el primero de los salones después de cerrado el edificio. Negros cortinajes ha¬bían sido colocados contra los ventanales, negando el paso a la Iuz. Con un juramento, Patterson encendió la linterna... y en el mismo instante ambos quedaron helados justo en el umbral del edificio.

Porque, allá dentro, algo se había movido. En las tinieblas a las que no llegaba la luz de la linterna, algo había rebullido y, acto seguido, un seco ruido de

pie¬dra contra piedra había brotado de la obscuridad, in¬confundible.

Ahora sí que no cabía ninguna duda. No estábamos solos en el castillo del difunto «Laird» Campbell. Debíamos estarlo, pero sin embargo no lo estábamos.

Ignoro cuanto tiempo nos mantuvimos paralizados en el umbral de la puerta, mirándonos el uno al otro y aguzando el oído en busca de cualquier otro rumor. Finalmente Patterson me hizo una seña.

–Ha sido en el segundo salón –murmuró–. Va¬mos.

Antes de ponerme en marcha recogí y encendí una lámpara de petróleo que estaba sobre una mesa. Algo me decía que aquella habría de ser la verdadera protección, y no la escopeta que empuñaba con la mano derecha. Patterson debió pensar algo por el es¬tilo, pues oprimió el conmutador de la luz eléc¬trica con que el castillo estaba dotada. Las luces no se encendieron.

–Ciertamente odia la luz –murmuró mi amigo.

Y dio toda la potencia posible a su moderna linterna.

El segundo salón también estaba sumido en tinie¬blas, bien tapadas todas sus ventanas por nuevas cor¬tinas de color negro. Patterson avanzó hacia una adornada chimenea situada en un rincón.

–Es curioso –dijo–. Mira eso.

Cerca de la repisa había un bajorrelieve de piedra, incluyendo dos círculos que sobresalían del fondo. Uno de ellos estaba ligeramente hundido con res¬pecto a su vecino. El otro aparecía cubierto de una extraña materia semilíquida punteada de burbujas iri¬sadas.

Patterson tocó con el dedo aquel fluido misterioso, sin que nada ocurriera. Luego apretó con firmeza, y el círculo se hundió hacia adentro, alcanzando el ni¬vel de su compañero.

No pude evitar un grito. Allá en la pared frontera, un bloque entero de piedra se hundía lentamente con un leve chirrido, dejando tras él un espacio suficiente para permitir la entrada de un hombre.

–¡Cierra eso, Sam! –grité–. ¡Ciérralo, por amor de Dios!

Mi amigo trasteaba febrilmente en los círculos de piedra. Con toda la rapidez de que fui capaz agarré la linterna, que él dejara sobre la repisa y la enfoqué contra el orificio de la pared, pensando mantener con ello a raya a cualquier cosa que pudiera brotar por allí.

Pero el bloque de piedra se había detenido en su camino, y ahora empezaba a avanzar de nuevo, lle¬nando el orificio. Llegó finalmente al nivel del muro y entonces ambos pudimos escuchar el mismo chas¬quido de piedra contra piedra que antes oyéramos desde la puerta.

Patterson continuaba hurgando en el motivo or¬namental de la chimenea.

–Creo que ya lo tengo –dijo por fin–. Para abrir el pasadizo basta apretar el primer círculo de piedra hacia adentro. Si se desea cerrarlo basta empujarlo un poco lateralmente y él mismo salta hasta su posición primitiva, cerrándose entonces el pasadizo.

Transfirió entonces su atención al segundo círculo, el que estaba algo hundido con respecto a su compañero. Le apretó en un lado, y el círculo saltó hacia afuera hasta igualarse con su compañero.

–Esta debe ser la solución –dijo Patterson–. Ahora, como ves, aprieto con todas mis fuerzas el primer círculo y no logro hundirlo, ni desde luego abrir el pasadizo. En mi opinión el segundo círculo es una especie de seguro que mantiene cerrado el pasadizo desde fuera. Si se hunde, entonces el pasadizo puede ser abierto desde aquí por medio del primer círculo y, sin duda, desde dentro por algún otro dis¬positivo similar. Este segundo círculo fue lo que man¬tuvo sellado al pasadizo durante cinco siglos.

–¿Entonces...? –pregunté, empezando a com¬prender.

–El difunto «Laird» oprimió el segundo círculo sin saberlo, y con ello abrió el camino de... de lo que quiera que estuviera dentro. Quizás incluso penetró en el pasadizo él mismo, tras haber oprimido también el primer círculo, o quizá la salida fue abierta desde

dentro. El resultado fue la muerte del «Laird» y de sus sirvientes y la locura de «lady» Campbell.

–Luego eso quiere decir –continué su razona¬miento– que ahora mismo, al quedar saliente el se¬gundo círculo... la bestia del pasadizo queda ence¬rrada dentro para siempre.

Pero Patterson meneó la cabeza negativamente.

–No basta con eso, Phil –dijo–. Tenemos que destruirla. Su sola existencia representa un espantoso peligro para la Humanidad. Más pronto o más tarde alguien volvería a descubrir el secreto de los círculos y abriría de nuevo el camino a... «la cosa». Debe¬mos entrar y destruirla. ¿Estás dispuesto?

Tragué saliva y sentí cómo mi corazón latía fuer¬temente en el pecho.

–¡Te sigo! –exclamé, asiendo con fuerza la lám¬para de petróleo y la escopeta.

–Bien. ¡Atención al pasadizo!

Hundió uno tras otro los dos círculos y la negra boca del pasadizo apareció de nuevo al deslizarse el bloque de piedra hacia atrás, hundiéndose en el muro. Antes de que terminara el movimiento, ambos está¬bamos frente al orificio, Patterson enfocando la lin¬terna al interior y yo manteniendo en alto la lámpara.

–El mecanismo debe de ser hidráulico, conectado con el río –comentó Patterson–. De otro modo no se

habría mantenido en funcionamiento durante cinco siglos.

Yo callaba, pues me interesaba mucho más el habi¬tante del pasadizo que cualquier posible explicación técnica sobre el mismo. El bloque de piedra detuvo al fin su marcha, dejando al descubierto un espacio cú¬bico de regular tamaño. En el suelo del mismo se abría una trampilla, mostrando el comienzo de una escalera descendente.

–Muy ingenioso –dijo Patterson–, cuando el bloque macizo de piedra está en su puesto, nadie po¬drá jamás detectar un espacio vacío en la pared, por su mismo grosor. Bueno, vamos abajo.

Hicimos incidir la luz a través de la trampilla, des¬cubriendo una interminable cantidad de peldaños que se hundían hasta las tinieblas. No logramos escuchar ningún ruido procedente de aquellas negras profun¬didades. Lleno de aprensión, comprobé que todos aquellos peldaños aparecían cubiertos por la misma extraña substancia que advirtiéramos en el círculo de la chimenea.

–Aquí está el segundo botón de apertura –indicó Patterson señalando a un círculo sobresaliente de la pared e igualmente cubierto de líquido burbu¬jeante–. Si el pasadizo se cerrara, desde aquí podríamos abrirlo... a menos, claro está, que alguien ce¬rrase también el segundo círculo de la chimenea.

La idea no me hizo ninguna gracia, pero no le dije nada. En silencio iniciamos el descenso, descubriendo más y más peldaños a medida que dejábamos atrás los primeros.

–Estamos descendiendo a las profundidades de la Tierra –comentó Patterson al cabo de un rato–. Po¬siblemente este subterráneo sea aún más antiguo que el castillo. Como ves está abierto en la roca viva.

Continuábamos descendiendo, precedidos por el poderoso chorro de luz de la linterna. El líquido que cubría los peldaños no era resbaladizo, afortunada¬mente, antes bien se adhería un tanto a las suelas de los zapatos. El misterioso habitante de las profundidades no daba señal alguna de vida, quizás intimidado por la luz de que éramos portadores.

Finalmente, cuando ya había llegado a perder la no¬ción del tiempo que llevábamos descendiendo, la es¬calera llegó a su fin y ante nosotros apareció una en¬treabierta puerta metálica, grabada con extraños sím¬bolos.

–Atención –advirtió Patterson, enfocando la lin¬terna.

Extendió la pierna y empujó la puerta con la punta del pie. Sonó un chirrido de protesta y la puerta se abrió del todo, sin que nadie ni nada saltara sobre nosotros desde el otro lado.

Nos hallábamos en un amplio cuarto de forma pen¬tagonal, con dos de los lados cubiertos por sendas puertas (una de ellas aquella por la que habíamos en¬trado) y los otros tres ocupados por viejas estanterías de libros. El suelo estaba cubierto de curiosos símbo¬los esotéricos, pentágonos y espirales alternando con círculos y estrellas, todo ello de los más diversos co¬lores.

–Este debe ser el laboratorio de la Bruja –susu¬rró Patterson–. Lo que perseguimos debe hallarse tras esa otra puerta. ¡Preparado!

Apunté simultáneamente con la escopeta y la linterna, mientras él abría súbitamente la puerta. Pero fue grande nuestra sorpresa al comprobar que aquella era sólo la puerta de un armario donde se agolpaban los más extraños trajes rituales, la mayoría muy mal¬tratados por el tiempo.

–¡Diablos! –gruñó Patterson–. ¿En dónde se habrá metido?

–¿Y si pudiera desmaterializarse? –apunté–. No sabemos nada de sus características.

–Si pudiera desmaterializarse ¿crees tú que la puerta de piedra de arriba le hubiera retenido ence¬rrado aquí durante quinientos años? No, la explica¬ción debe ser otra. En esta cámara debe de haber un pasadizo secreto. Busquémoslo.

Dejando la linterna en el suelo, junto con la lám¬para de petróleo, empecé a buscar tras las estanterías, quitando uno a uno los libros en demanda de un re¬sorte que nos abriera el deseado camino. Hasta unos minutos después no me di cuenta del contenido de los viejos tomos, y entonces me estremecí.

Algunos de ellos me eran por completo descono¬cidos, pero otros me recordaban demasiado bien ciertas cosas que había descubierto durante mis investigaciones de las leyendas europeas. No faltaban los «*Misterios del Gran Copto*», recopilados por Moshe Ben Zachar, ni el sacrilego «*Umbral prohi¬bido*» del sacerdote excomulgado Fredric Van Der Tablus, ni tampoco el llamado «*Clavícula de los Mundos Inferiores*», cuyo autor no es conocido ni quizá siquiera humano, de creer a algunos recopiladores posteriores. En el fondo de la última estantería hallé al más espantoso de todos, el temible libro es¬crito por un loco en los desiertos arenales de Arabia, del que se decía que quien llegara a descifrarlo por completo tendría el poder de desarraigar los cimien¬tos del Universo entero y proclamarse igual a los an¬tiguos dioses. Empecé a comprender lo que aquella diabólica «lady» Farlight había desencadenado desde aquel subterráneo prohibido.

Un chistido me llamó la atención y en el acto me olvidé de los libros. Con un dedo en los labios, Patterson me indicaba con el revólver la puerta de lo que habíamos tomado por un armario.

Un extraño rumor llegaba del interior, como si los carcomidos trajes y túnicas rituales se hubieran puesto por sí solos en movimiento y batiesen los unos contra los otros, rozándose y golpeándose entre sí.

¡Dios de los cielos! En aquel mismo instante re¬cordé las palabras de la loca: «¿No oyes como un rumor de ropas moviéndose?». «Lady» Campbel ha¬bía llegado al lugar donde nos hallábamos nosotros, había escuchado el mismo sonido que llegaba ahora a nuestros oídos y, en el instante siguiente, el espanto le había privado de la razón.

–Es el armario –murmuró Patterson–. El pasa¬dizo debe abrirse a partir de su fondo. Esa peste del Infierno está ahora al otro lado de la puerta.

Apenas cesó de hablar, el silencio se hizo también en el interior del armario. Silenciosamente me forcé a avanzar hasta la puerta, mientras tendía a Patterson la escopeta. Mi amigo, tras un momento de duda, en¬fundó el revólver y apuntó linterna y escopeta hacia la puerta.

–¡Ahora!

De un salvaje tirón abrí la puerta del armario. En el instante siguiente esperé el estruendo del escope¬tazo, pero éste no llegó. Le substituyó un rotundo ju¬ramento de mi amigo.

–¡Otra vez se nos ha escapado! Pero ahora sabe¬mos dónde encontrarle.

Rápidamente me tendió de nuevo la escopeta, de¬senfundó su arma y empezó a arrojar fuera del arma¬rio los capuchones y túnicas que contenía, hasta dejar al descubierto el fondo. Una breve manipulación y éste se abrió hacia dentro como una puerta que se abre.

–¡Vamos, estamos llegando al final! –exclamó Patterson, lanzándose a través de la abertura, precedido por el rayo de su linterna y el cañón de su re¬vólver.

Le seguí y así fue como nos encontramos en una nueva sala, abierta en roca viva. Montones de objetos heterogéneos recubrían el suelo. La luz de la linterna descubrió un extraño recipiente de madera teñido de siniestro color rojo, un cubo de piedra grabado con símbolos serpentiformes, los huesos y la cala¬vera de un animal pequeño, posiblemente un gato... luego, para mi inquietud, una cuna infantil a la que alguien había quitado parte de la cabecera y casi toda la mitad inferior.

Pero nada vivo aparecía ante nuestra vista.

–¡Rayos, ya me está cansando este juego del es¬condite! –restalló Patterson, jugueteando nerviosa¬mente con el revólver–. ¿Dónde se ha metido ahora ese maldito ser? ¿Por dónde ha escapado?

Por ninguna parte hubiera podido hacerlo, al pare¬cer. El fondo de la sala era igualmente de roca viva, sin posibilidad de ningún pasadizo ni túnel oculto. Aquel

era el final y el extraño morador de las tinie¬blas se había esfumado...

La mano de Patterson cayó sobre mi brazo, atena¬zándolo con terrible fuerza.

–¿Qué...? –empecé.

–¡Sssssh! –chistó mi amigo.

Su mano se sacudía en temblores espasmódicos.

Me volví hacia él y estuve a punto de gritar, tal era el aspecto de su rostro. Desencajado y palidísimo, con los ojos terriblemente abiertos y la mandíbula temblando inconteniblemente. Su respiración era so¬bresaltada y vi sus nudillos blanquear sobre mi brazo.

No-hables-ni-hagas-ningún-movimiento-brusco –susurró con un murmulló apenas audible–. Vamos hacia la puerta, despacio, muy despacio, muy despa¬cio...

Evidentemente algo terrible le había ocurrido a mi amigo, si bien yo no advertía ningún movimiento hostil a nuestro alrededor. Empecé a moverme lentamente hacia la puerta, sin soltar la lámpara de pe¬tróleo ni la escopeta.

–Calma, Phil, mucha calma –continuaba el susu¬rro a mi lado–. Y sobre todo no mires hacia el te¬cho.

Aquella insinuación final me puso la carne de ga¬llina. Hubiera salido corriendo con toda la velocidad de mis piernas, pero la garra de Patterson sobre mi brazo

ahora me inmovilizaba. El techo... el techo... debía luchar con toda la fuerza de mi voluntad para que mis ojos no se alzaran hacia allí.

Paso a paso, en el recorrido más largo de mi vida, la puerta se fue acercando. Finalmente Patterson salto, arrastrándome con él a través del armario, y luego cerró en lo que pareció un solo movimiento la puerta y el fondo de éste. No quiero recordar el ruido indescriptible que oí o creí oír en aquel mismo momento al otro lado.

Patterson parecía afectado por un ataque de epi¬lepsia. Todo su ser se movía y trepidaba mientras gri¬taba frases incongruentes.

–¡Oh Dios, Dios, Dios! ¿Por qué permites que ta¬les cosas existan en tu Reino? Esos... esos ojos ham¬brientos y esos ángulos... ¡Oh, Señor, los ángulos por donde corre la vida...! No, no, no... ¡no! Tales cosas no pueden... no deben... Dios, querido Dios...

Hube de sacudirle fuertemente para que mostrara un mínimo de cordura.

–¿Qué es lo que has visto? ¡Respóndeme, Sam! –de nuevo le sacudí con todas mis fuerzas.

–Ah, Phil –exclamó entonces como si por fin me reconociera–. Eso es... es... no puedo describirlo porque es indescriptible. La abominación última, la blasfemia hecha carne... si es que eso está compuesto de carne...

–Debemos destruirlo –le recordé sus anterio¬res palabras de allá arriba, en el salón del castillo que ahora aparecía lejanísimo.

–¿Destruirlo? –y Patterson sonrió horrible¬mente–. ¿Qué arma construida por hombres puede siquiera dañar a un... un ser como ése. Tan sólo la luz le detiene, por suerte para nosotros.

Recorrió con la mirada la cámara mágica en que nos encontrábamos.

–Es preciso cegar por entero esta cámara y la esca¬lera que lleva al castillo con cemento armado... algo que le entierre aquí para siempre, que le haga inofen¬sivo para el mundo...

De pronto Patterson se interrumpió y un nuevo terror apareció en su mirada.

–¡Phil –exclamó–. ¡La luz!

Sólo entonces me di cuenta de que la luz había disminuido en la cámara. Inexplicablemente la lám¬para de petróleo iba dejando de arder, en tanto que la luminosidad de la linterna se debilitaba.

–¡Dios bendito! –exclamó Patterson–. Es él... es otro poder que tiene... ¡Huyamos de aquí o estamos perdidos!

Pero apenas nos volvimos hacia la puerta metálica de salida, las dos luces se apagaron. Y los dos pudi¬mos

oír el formidable crujido de la puerta del arma¬rio al saltar en pedazos.

Fue un instante de completa locura, en el que am¬bos nos lanzamos hacia la puerta, en medio de la obscuridad. Algo se arrolló en mis tobillos y no puede evi¬tar lanzar un grito, un alarido de pánico, hasta que descubrí que el obstáculo no era otra cosa que los vestidos rituales amontonados en el centro de la cá¬mara. Me deshice de ellos fácilmente, escuchando rasgarse la tela podrida y, en el segundo siguiente mis manos tentaban la puerta metálica y podía escuchar el conocido chirrido que me pareció uno de los sonidos más hermosos que jamás oyera.

Luego el frenético escalar, con toda la rapidez que mis piernas me permitían, lanzado hacia arriba por la interminable escalera, sabiendo a Patterson ante mí y a... aquella cosa espantable pisándome los talones. Escaleras arriba, siempre escaleras arriba, en la obscuridad, temiendo en cualquier momento resbalar y caer sobre nuestro espantoso perseguidor, los pies chasqueando contra el fluido que empapaba los pel¬daños... arriba, siempre arriba.

¡Cómo comprendí entonces las dementes palabras de «lady» Campbell! «¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan?», recuerdos sin duda de su propia huida por aquellas mismas escaleras con la bestia de las tinieblas tras ella. ¿Cuántos escalones quedan?: se preguntaba ahora mi propia mente, lu¬chando contra las oleadas de locura que la

asaltaban. ¿Cuántos escalones hasta el mundo de los seres hu¬manos?

De pronto sentí un terrible frío, como un vaho de hielo en los tobillos, algo que me dijo que el mons¬truo estaba detrás mismo de mí, que en el segundo siguiente me atraparía sin remisión. En un movi¬miento reflejo, impensado, alcé la escopeta e hice fuego hacia donde suponía que se hallaba mi perse¬guidor.

El trueno fue ensordecedor en el reducido túnel, en tanto que el terrible fogonazo me deslumhraba, dejando en mis pupilas miles de lucecitas de colores. Nada pude ver allá abajo, pero de un modo indeter¬minado sentí que había rechazado a la bestia, que ésta retrocedía hacia abajo.

–¡Bien hecho! –aprobó la voz de Patterson, allá arriba–. Los disparos de arma de fuego son inútiles, pero es la luz del fogonazo lo que le ha obligado a retroceder. ¡Pronto, sigue subiendo! No tardará en volver a la carga.

Continué la loca carrera hacia arriba, mientras pugnaba por volver a introducir un cartucho en el cañón descargado de la escopeta. Arriba, corriendo, saltando de peldaño en peldaño... En circunstancias normales tal subida me habría agotado, pero ahora todo mi cuerpo se hallaba galvanizado por el pánico, y las energías musculares parecían infinitas.

Un ruido sordo y reptante me llegó de las profundidades. La bestia avanzaba de nuevo. Apunté hacia abajo y accioné de nuevo el gatillo. ¡Nada se pro¬dujo! ¡El monstruo había conseguido neutralizar aquella nueva fuente de luz del mismo modo que inutilizara las anteriores!

Seguí subiendo, redoblando la velocidad, aunque nunca logré alcanzar a Patterson. Un nuevo pánico aparecía ahora en mi espíritu. ¿Y si por alguna cir¬cunstancia el pasadizo había sido cerrado? Sería todo demasiado rápido para darse cuenta. Patterson trope¬zaría con la piedra y yo tropezaría con Patterson... y en el instante siguiente todo terminaría para noso¬tros.

Pero la boca del pasadizo estaba abierta. Noté que acababa la escalera cuando mi pie, buscando un nuevo peldaño, halló el vacío y estuvo a punto de caer por tierra. Tanteé la fría pared de piedra del hueco y al momento estuve corriendo por el obscuro salón del castillo.

–¡La puerta! –grité–. ¿Dónde está la puerta?

Y entonces escuché el rugido de Patterson, en el mismo momento en que tropezaba con un mueble y rodaba por el suelo. Mi amigo se había lanzado con¬tra las cortinas, cayendo por tierra envuelto en ellas... ¡y el maravilloso Sol del mediodía penetró a raudales en el salón, como una bofetada de luz y calor!

Juro que no sé bien lo que vi. La cosa sea lo que fuere se precipitaba fuera del pasadizo cuando la luz del Sol la alcanzó. Hubo un sobrenatural chirrido y luego una tremenda explosión como la de una bomba, que arrasó completamente el salón. Tan rá¬pida fue la desintegración de la criatura infernal que ni tuve tiempo de advertir su forma, aunque mi sub¬consciente sí lo hizo, y por ello me lanzó al mismo borde de la locura. Un irresistible calor quemó mis pestañas y mis cejas, en tanto que rodaba desespera¬damente hacia la ventana que era la única promesa de salvación. La materia incandescente que había sido el subterráneo ser fluía ahora escaleras abajo, y la roca se fundía en lava a su paso, obturando y destruyendo para siempre la escalera interminable y las dos cáma¬ras malditas de allá abajo, con todos sus espantos y los diabólicos libros de una ciencia blasfema y prohibida.

Luego el calor disminuyó de pronto, en tanto que un trueno subterráneo anunciaba el definitivo fin de todo lo que la Bruja de Magson había creado.

Fue mucho después cuando pude hablar a solas con Patterson, después de que muchas heridas físicas y mentales fueran curadas, aunque otras subsistirían tanto como nuestras vidas.

–¿Era entonces eso? –le pregunté–. ¿Era el ser que «lady» Farlight había invocado desde las otras es¬feras para convertirle en su aliado y su amante?

Pero Patterson negó, cansadamente.

–No, no era aquel ser que los antiguos «*highlanders*» tomaron por el diablo. Aquel ser desapareció por donde había venido, pero dejó algo de su esencia en nuestro mundo humano.

«¿No recuerdas aquella cunita roja, en la segunda cámara de los subterráneos, donde el ser acechaba? Una cuna a la que alguien había deformado para que se adaptara a la deformidad total que debía acoger...»

«No, amigo Phil, el ente con el que combatimos era otra cosa, y parte de su ser era puramente hu¬mano. Era el hijo bastardo que «lady» Farlight conci¬bió de su amante infernal, y que aguardó quinientos años junto a la cuna para vengar la ejecución de su madre».

- - -

El ermitaño del diablo

Este relato puede consi¬derarse corno un homenaje al gran poeta y escritor fantástico español Gustavo Adolfo Bécquer, y en especial a su leyenda La Cruz del Diablo, *cuyo ambiente aquí en cierto modo se desea evocar, dentro del maravilloso escenario que es el mundo de Krum.*

Carlos Sáiz Cidoncha

Gram Hester, el corpulento y barbudo jefe del puesto de etapas de Arroyuelo, traspuso el umbral de la gran puerta y dio unos pasos sobre la verde hierba. Estiró los brazos y aspiró con deleite el aire fresco del atardecer.

Allá en el occidente, el rojo Sol descendía ya sobre el horizonte, tiñendo de carmesí algunas formaciones de nubes. Un suave vienteci¬llo se había alzado, y las altas hierbas de la pradera se movían marcan¬do olas, como si se tratara de las aguas del mar.

Gram Hester no había visto nunca el mar, y dudaba que jamás llegara a verlo. Pero algunos de los viajeros que paraban en el puesto le habían hablado de las aguas del Océano Sin Fin, allá por el sudeste, de las olas y las tempestades, y de los barcos que recalaban en el gran puerto de Lariapur, cargados con riquezas procedentes de las más re¬motas tierras de Krum. Gram Hester suspiró con fatalismo; si su vida hubiera sido la de un marinero, entonces se habría dedicado al mar. Un hombre no puede tener varias vidas a la vez.

Dentro de un instante debería cerrar y atrancar las fuertes puertas de madera del puesto de etapas, para no volver a abrirlas hasta el ama¬necer siguiente. Bueno, después de como el padre del actual Gran Duque de Alamar había capturado a los últimos bandidos de la pradera y de la meritoria fantasía que había mostrado en sus castigos, nadie había osa¬do dedicarse de nuevo al robo por los caminos. Al menos no por el momento. Pero de todas formas, la puerta no podía quedar abierta du¬rante la noche. Había alimañas que actuaban a la luz de las lunas, y siempre cabía el riesgo, aún en aquellos días de paz, de alguna incur¬sión desde más allá del Dhanga.

Aspiró una nueva bocanada de aire, y se dispuso a dar media vuel¬ta para proceder al cierre de la puerta. Pero antes echó una última mi¬rada a la infinita pradera, y a las manchas negruzcas que eran los dis¬tantes bosques. Y entonces vio a los jinetes.

Su cuerpo se tensó bruscamente. Sí, eran tres hombres

a caballo, apenas unos puntitos en la distancia, pero que se acercaban con rapi¬dez. Sin duda viajeros que deseaban alcanzar el puesto de etapas antes de que cayera el Sol y las puertas se cerraran. Pero nunca se podía saber.

Discurrió si debería llamar a los guardias, que estarían ya preparándose para cenar. Los tres jinetes se acercaban cada vez más, y de pronto advirtió que uno de ellos enarbolaba un estandarte. Eso le tran¬quilizó. Aguzó la vista y... ¡Sí! La enseña era la de la baronía de Daurya.

Aguardó tranquilamente la llegada de los jinetes. Ya la luz había menguado en mucho cuando se detuvieron ante la puerta. El abandera¬do era un delgado y moreno soldado con el signo de Daurya igualmen¬te en su casaca. El segundo era un clérigo de edad madura, ataviado con un hábito de monta. El tercero, un joven de apariencia aristocrática.

–Bienvenidos, señores –saludó Gram Hester–. Llegáis a punto para la cena.

–La paz de Dios sea contigo –correspondió el clérigo.

Penetraron en el patio, en tanto que el guardián cerraba finalmente la puerta, poniendo la pesada tranca. Luego les acompañó al establo para que acomodaran sus corceles.

–Deseamos alojamiento para esta noche –dijo el clérigo–. Él es Ronal de Kler, hijo segundo de Su

Gracia el Barón de Daurya. Yo soy el padre Badar, capellán de su casa.

–Nos honráis con vuestra presencia, señores –Gram Hester hizo una ligera inclinación–. Dispongo de habitaciones con dos cómodos lechos cada una. El soldado puede alojarse, si lo deseáis, junto a los guardias del puesto; hay sitio para todos.

Tuvo un momento de vacilación, pues quizá las costumbres en aquella baronía del Norte no fueran las que él conocía. Pero el clérigo, al parecer portavoz del grupo, no mostró ninguna reticencia.

–Nos conviene una de esas habitaciones, y alojamiento para nuestro buen Kharal, tal como lo has dicho.

–¿Me haréis entonces la merced de seguirme? –preguntó Gram Hester–. La cena está a punto de servirse.

Entraron en el comedor, donde tan sólo había dos grandes mesas. En una de ellas se sentaban los seis guardias del puesto, que contem–plaron curiosamente a los recién llegados. En la otra se hallaban los dos mercaderes que habían aparcado su carreta aquella mañana.

El abanderado hizo un leve gesto interrogativo, indicando la mesa de los guardias. El clérigo asintió, y el soldado fue a unirse con sus iguales, que no tardaron en entablar conversación con él.

Gram Hester presentó a los recién llegados y a los

mercaderes.

Luego, como era su privilegio, se sentó con ellos en la mesa principal.

–¡Sonia! –llamó–. ¡Han llegado tres nuevos huéspedes! –y luego, dirigiéndose a éstos–. Mi esposa nos servirá la cena.

Era una aclaración que solía hacer de forma rutinaria a todo recién llegado, en evitación de cualquier enojoso incidente con huéspedes de poca delicadeza.

El joven aristócrata no puso ninguna objeción a compartir mesa con los mercaderes, antes bien, les saludó con cortesía. Luego volvió el rostro hacia Gram Hester.

–Permíteme contribuir a la caja común del puesto con este donativo.

Era la fórmula corriente para indicar el ineludible pago de la posa¬da. Pero no tan corriente fue el tal donativo.

Gram Hester hizo saltar en su mano la moneda plateada, y luego la contempló con aire atónito.

–Pero esto... –hizo una leve pausa mientras consideraba la pieza–. ¡Es un *sol*!

–¿Cómo? –se interesó uno de los mercaderes–. ¿Puedo verlo?

–Si no te parece de curso legal... –comenzó el

aristócrata.

–¡Claro que es de curso legal! –mani¬festó el mercader, llevándose la moneda a los ojos para examinarla a fondo–. Si al guar¬dián no le interesa, puedo comprársela a muy buen precio.

El segundo comerciante se interesó enton¬ces también por la cuestión.

–Había oído hablar de estos *soles*, pero nunca he visto ninguno, ni sé muy bien lo que son –dijo–. ¿Están acuñados en el Gran Ducado?

–Son anteriores al Gran Ducado –ex¬plicó su compañero–. ¡Escucha!

Hizo sonar la moneda contra uno de los cubiertos metálicos que había en la mesa, produciendo un tañido argentino.

–El metal de que se compone no se en¬cuentra en la naturaleza –explicó–. Por lo menos en la parte de Krum que conocemos. Tampoco se puede lograr por aleación ni por ningún otro procedimiento. Y fíjate en la ins¬cripción.

El otro mercader se inclinó sobre la moneda que le mostraba su compañero.

–*Pater imperatorque universi* –silabeó–. No entiendo el idioma.

–Padre y regidor de todo lo creado –¬dijo el clérigo

–¿Y entonces? ¿A quién puede pertene¬cer el rostro grabado? ¿Tal vez al falso dios Khovis?

–Eso es lo que dicen muchos –respon¬dió el otro mercader–. Pero otros aseguran que estas monedas fueron acuñadas fuera de Krum, por gentes que llegaron aquí proceden¬tes de las estrellas, antes del Tiempo del Caos, y el rostro sería el de su dirigente. Y que la materia vino de otros astros, o fue creada en ellos.

–¡Bueno, eso ya no lo puedo creer! –¬exclamó el joven Ronal– ¿Lo aceptas como contribución, guardián?

–En realidad me parece algo excesivo, señor –dijo con franqueza Gram Hester–. Estas monedas tienen por estas tierras un va¬lor muy alto.

–Acéptala, entonces –dijo el otro–. Tenemos bastantes de ellas en el tesoro de mi baronía.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Sonia, que sirvió las sopas y legumbres que constituían la cena.

–Padre, ya que estás aquí, te ruego que bendigas la mesa –dijo Gram Hester.

–Y también la nuestra, si nos haces la merced –rogó uno de los guardias en la otra mesa.

El clérigo se levantó y pronunció las pala¬bras de una plegaria, que fueron respondidas por toda la concurrencia, incluida la esposa de Gram Hester. A

continuación comenzó la cena, y con ella, de nuevo la conversación.

–No hay mucho tráfico por la pradera a estas alturas de la estación –comentó uno de los mercaderes–. ¿Vuestro grupo se dirige al Sur?

–Vamos a Thanara –informó el capellán, sin ofenderse por la curiosidad–. Mi señor Ronal de Kler ha de presentarse allí ante el Santo Padre para ser armado caballero.

–Acepta nuestras enhorabuenas, señor ––¬dijo respetuosamente el mercader, haciéndose intérprete del resto de la concurrencia.

–Me siento agradecido por ellas –repli¬có Ronal, sonriendo–. Se trata de la culminación de mi vida, y también de un cambio total en su transcurso.

–Nosotros nos dirigimos hacia el Oeste, para cruzar el Phanem y comerciar con las baronías libres. En realidad habíamos pensa¬do en un principio hacer también la ruta del Sur para hacer comercio con las gentes de Zambala. En el pasado hemos sacado buen provecho de esos intercambios, pero parece que desde que reina allí ese perro de Lakunga los pasos están cerrados, y el comercio inte¬rrumpido.

–Odia a todo lo que sea cristiano –asin¬tió Gram Hester–. Se dice que ha manifestado que un día pasará la frontera y arrasará Thanara. Y que uncirá al Santo Padre a su ca¬rro de guerra para pasear su triunfo ante

las tribus.

El rostro de Ronal perdió toda amenidad.

–Ya va siendo hora de que una espada cierre para siempre su boca sacrílega –masculló, rechinando los dientes.

–Me temo que no ha de faltar ocasión para ello en el futuro –dijo el mercader–. Las cosas parecen enturbiarse en toda la zona. Nosotros mismos, en nuestro camino...

Bruscamente se interrumpió, como si te¬miera haber hablado demasiado. Pero Ronal volvió la cabeza hacia él, interrogativamente.

–Bien, hay toda clase de cuentos y ru¬mores –intentó generalizar el comerciante.

Pero su compañero, sin notar su reticen¬cia, tomó la palabra.

–Y muy cerca de donde estamos –dijo¬–. Ayer por la mañana encontramos un grupo de personas que se dirigían hacia el Norte, hu¬yendo de algo.

–¿De qué? –preguntó Ronal, interesa¬do.

–Según decían, en las montañas donde tenían su poblado, las puertas del Infierno se habían abierto...

Siguió una tensa pausa.

–Bueno –comentó finalmente el padre Badar–. Las puertas del Infierno se hallan siempre abiertas para

acoger las almas de los pecadores. .

–Pero es mucho más raro –continuó el segundo comerciante, al parecer satisfecho de tomar la iniciativa de la conversación– que se abran para que algo *salga* por ellas.

La reacción fue inmediata. El padre Badar se puso en pie y se inclinó sobre el orador, con una desagradable mueca en el rostro.

–¡Estás rozando los mismos límites de la herejía! –exclamó.

El comerciante se puso lívido. Un terrible silencio se hizo en la mesa, en tanto que en la contigua continuaba la alegre charla de los guardias, totalmente ajenos a lo que estaba ocurriendo.

Fue el propio mercader acusado quién rompió el silencio, y lo hizo de un modo vacilante.

–Tan sólo he relatado lo que me han di¬cho a mí... y lo he hecho por órdenes del señor –indicó levemente a Ronal.

El otro comerciante tragó saliva antes de intervenir.

–Dije que hay toda clase de cuentos y rumores –lanzó una mirada asesina a su compañero–. Las leyendas que los aldeanos se inventan para relatar a la luz de la lumbre podrían llenar varios libros.

–Es exacto –dijo Ronal, en tono decisi¬vo.

El clérigo continuó por un segundo con la vista clavada en el imprudente mercader. Lue¬go, sin decir palabra, se volvió a sentar.

Pero la expresión de Ronal lo era todo menos tranquila.

–Contadnos –dijo–. Lo que esos luga¬reños os dijeron. No vuestras creencias ni certidumbres, sino tan sólo lo que esos lugareños os dijeron.

El segundo comerciante aún seguía páli¬do. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Sus ojos pasaron del joven aristócrata al capellán.

Fue su compañero, más sereno, quién aten¬dió al mandato que había sido dirigido a ambos.

–Un relato curioso, propio de mentes calenturientas –empezó–. Quizá simplemen¬te fruto de su fantasía, sin el soporte de nin¬gún hecho real.

Hizo una pausa que nadie rompió. La ex¬presión de Ronal continuaba siendo inquisitiva.

–Según dijeron, en las estribaciones de las montañas del Sur, cerca de su pueblo, habitaba un ermitaño medio demente. De una forma u otra, fue o se creyó ofendido por los aldeanos, y llegó a jurar que se vengaría de ellos. Todo eso, hace varios años.

«El resto del relato es muy confuso. Di¬cen, o imaginan, que el ermitaño debió encontrar en algún lugar de las montañas algo fuera de lo corriente. Un altar diabólico o un talismán o qué sé yo. El caso es que,

llevado por la ira y el rencor, hizo un pacto con el Maligno. Y éste le envió, se supone que a cambio de su alma, un guerrero infernal para que le sirvie¬ra.

«Volvió el ermitaño al pueblo con su alia¬do o sirviente. Una noche bastante movida, debió ser. Se apoderaron de todo cuanto de valor había en la aldea, incendiaron algunas viviendas y mataron a quién se opuso. Y ade¬más se llevaron en recua a todas las mujeres apetecibles que habitaban el lugar; parece ser que el ermitaño había alimentado y aumenta¬do ciertas necesidades durante su vida eremítica. Y los aldeanos no pudieron hacer nada en contra; el guerrero infernal era inven¬cible.

–¿Cómo era ese guerrero? –preguntó Ronal– ¿En qué se basaban para creer que era una criatura de los Infiernos?

El mercader se encogió de hombros.

–No puedo describirlo por mí mismo, no tuve el gusto de conocerle. Por lo que nos dijeron tenía la apariencia de un hombre de gran estatura, dotado de una negra armadura invul¬nerable. Algunos jóvenes intentaron abatirle; le alcanzaron con piedras de gran tamaño sin que ni siquiera se conmoviera. Más aún, in¬cendiaron una cabaña en el que el sujeto ha¬bía entrado a buscar botín. Salió de ella entre las llamas y... bueno, dicen ellos que se movía en el fuego como si se encontrara en su ele¬mento, en realidad porque aquél *era* su ele¬mento. Pocos de los jóvenes quedaron con vida. Y

el ermitaño, siempre en segundo pla¬no, se hartaba de decir que aquel ser había venido desde los mismos Infiernos para casti¬gar a la aldea. Para castigarla por su enemis¬tad hacia él, por supuesto.

Siguió una nueva pausa. El joven aristó¬crata golpeaba con los dedos el tablero de la mesa, nervioso. La expresión del clérigo era hierática.

–¿Tienes tú alguna opinión personal so¬bre el caso? –preguntó lentamente Ronal al mercader.

Éste parecía seguro de sí mismo, al menos exteriormente. Ni siquiera intentó esquivar la peligrosa pregunta.

–En el caso de que esos hombres no se hubieran inventado toda la historia... ¿quién sabe lo que pudo ocurrir? Es muy probable que el ermitaño en cuestión se hubiera simplemente hecho amigo de un bandido errante. Para esos palurdos un hombre entrenado para la guerra puede parecer un ser invencible. To¬das esas invocaciones al Infierno y a los dia¬bIos no servirían sino para aumentar el pánico y mermar la resistencia. A estas horas ambos compadres deben estar repartiéndose el botín y gozando de esas bellezas pueblerinas, en al¬guna caverna de las montañas. Son cosas que han pasado antes.

Ronal pareció meditar por un momento.

–Sí, es posible –decidió al fin–. Son cosas que han pasado antes.

Pero no parecía demasiado convencido.

–Terminemos la cena –propuso.

El segundo de los mercaderes dejó esca¬par un audible suspiro de alivio. La expresión del padre Badar también pareció perder ten¬sión. En cuanto a Gram Hester, que había asis¬tido en silencio a la confrontación, se relajó igualmente. No le hubiera gustado que las co¬sas se hubieran resuelto de forma violenta.

La comida se concluyó en silencio, con¬trastando con la alegre charla, avivada por el vino, que no había dejado ni por un momento en animar la mesa de los guardias.

Aquella noche, si alguien se hubiera acer¬cado a la puerta de la habitación que compartían Ronal y el capellán, tal vez habría podido captar una animada discusión.

–¡Es grave! –la voz del futuro caballero temblaba de preocupación– ¡La sola sospecha es grave! No podemos pasarlo por alto. ¡Tú por lo que eres y yo por lo que vaya ser... ambos sabemos que esas puertas *pueden* ser abiertas!

–Es tan sólo una remota posibilidad –¬arguyó en contra el clérigo–. Es un conocimiento que no debe ser divulgado entre nues¬tra gente.

–¿Y qué con eso? ¿Vamos a ser el pájaro de arena, escondiendo la cabeza en un agujero por no ver el

peligro? Debemos... tenemos la obligación de ir, de comprobar lo que ha ocu¬rrido.

El clérigo respiró hondamente.

–Señor Ronal–dijo–. He estudiado los grimorios mejor que tú. He pasado toda mi vida con ellos, y sé de qué estoy hablando, puedes creerme.

»Se nos dice que hubo un tiempo en que las puertas estuvieron abiertas, hace miles de años, y el Infierno dominaba en la Tierra. No me hubiera gustado vivir en aquella época, puedes creerme. Bien, después de eso las puertas se cerraron. No podemos decir cómo ni por qué; pero lo cierto es que se cerraron.

»Y desde entonces *han permanecido cerradas*. ¿Lo entiendes? Tú y yo sabemos algo de lo que ocurre más allá de las fronteras de Alamar, más allá de los límites de la cristiandad. Existen influjos, emanaciones, maldiciones. Existen terrenos infectados, tierras malignas, donde estuvieron esas puertas que un día se cerraron. Y hay círculos de magos negros, hechiceros diabólicos, brujos degenerados, que están intentando abrir las puertas, para dar paso a lo que acecha al otro lado. Sin descanso, generación tras generación, siglo tras siglo. Utilizando los saberes de libros prohibidos de cuya existencia nosotros no tenemos idea, ceremonias regladas segundo a segundo, rituales sangrientos, talismanes, poderes... Y no han conseguido abrirlas.

»¿Piensas que aquí en Alamar, donde ni siquiera se

conocen tierras infectadas, un ermitaño loco puede haberlo logrado dando una patada en el suelo?

Ronal pareció meditar el razonamiento.

–¿Entonces? –preguntó cautamente.

–Lo que dijo el amigo mercader –con¬cluyó el clérigo–. Un simple mercenario errante, si me apuras llegado de Ghorful. Allí usan armaduras negras. Un acto más de bandidaje, que no nos concierne particularmente.

Ronal suspiró, al parecer librado de sus preocupaciones.

–Iremos igualmente –dijo.

–¿Cómo? –exclamó el padre Badar, tal si no creyera en sus oídos.

–Un acto de bandidaje –repitió Ronal–. Han asesinado gentes honradas, secuestrado doncellas. ¿Que clase de caballero sería yo si pasara de largo junto a tamaño desafuero, sin ponerle remedio?

–¡No eres todavía caballero!

–Pero estoy en camino de serlo –repli¬có Ronal–. ¿Qué crees que diría el Santo Padre si le describiera lo que ha pasado, y le dijera luego que pasé junto al teatro de los hechos y seguí adelante sin mirar a derecha ni izquierda?

El padre Badar hizo un gesto de cansan¬cio.

–No estás todavía convencido, ya lo noto –dijo–. Bien, tu lógica no tiene defecto. Iremos. ¿Pero qué ocurrirá si lo que temes es cier¬to, y ésta es tu primera y última aventura? ¿Quién llevará el aviso al Santo Padre?

–Puedes esperarme aquí, y si ves que no regreso...

–Tu padre me encargó que no me sepa¬rara de ti hasta que fueras armado caballero. Voy contigo, desde luego.

Ronal rió de buena gana.

–Entonces será nuestro buen Kharal quién quede; le diremos todo lo que necesite saber –dijo–. Sea lo que sea lo que nos es¬pere, no necesitaremos abanderado.

Partieron en lo temprano de la mañana, cuando el Sol aún no había asomado por el horizonte. Gram Hester abrió la puerta para ellos, se despidió, y se quedó mirando su mar¬cha hasta que desaparecieron en la distancia. No había podido oír la conversación que sos¬tuvieron con el abanderado, a quién él mismo hubo de despertar en el alojamiento de los guardias. Pero le preguntaron por la situación del pueblo mencionado por los mercaderes, de modo que supo a dónde se dirigían y para qué; sin palabras les deseó suerte.

Cabalgaron a la máxima velocidad que pudieron obtener de sus monturas sin ponerlas al trote. El Sol se alzó sobre sus cabezas, bañando sus frentes de sudor. No advirtieron en un principio rastros de vida humana;

al mediodía se detuvieron a la sombra de unos ár¬boles para descansar y tomar un almuerzo de campaña, regado tan sólo por el agua pura de una fuente cercana. Después continuaron su marcha.

Bien caída se hallaba ya la tarde cuando finalmente llegaron a la aldea. O a la que había sido una aldea.

Ronal entrecerró los ojos, con aversión.

–Se diría que el santo ermitaño y su com¬padre han realizado aquí un buen trabajo –comentó.

Apenas quedaba una casa en pie. Prácti¬camente todas habían sido arrasadas por el incendio; algunas aún humeaban. Tampoco se advertía la presencia de ninguno de sus ante¬riores habitantes.

–¿Qué planes tienes? –preguntó el pa¬dre Badar.

–La noche está próxima –evaluó Ronal–. La pasaremos aquí, si es que encon¬tramos algún techo entero que nos ampare. Nada más salir mañana el Sol, iniciaremos la búsqueda del ermitaño.

–Un techo entero... –murmuró el cléri¬go, pero de pronto se interrumpió–. ¿Lo has oído?

–Lo mismo que tú –confirmó Ronal.

Muy cerca de ellos, unas piedras habían rodado, tras una de las fachadas mordidas por el fuego.

Guardaron silencio. Ningún otro sonido se dejó oír.

–Allí –musitó Ronal.

Lentamente descendió de su corcel. Lue¬go extrajo de una funda sujeta al costado de la bestia la que habría de ser su arma principal de combate cuando fuera nombrado caballe¬ro. Un enorme montante de dos manos, pesa¬do como un tronco, pero de filos afilados has¬ta poder cortar un pelo en el aire. Ronal afir¬mó los pies en tierra y blandió el espadón, tra¬zando ante él un fulgurante ocho. El aire zum¬bó agudamente al ser surcado por la hoja.

–Sal –dijo Ronal, sin elevar la voz–. Quienquiera que seas, sal de tu escondite.

Hubo una pausa en la que nada se movió. Luego Ronal dio un paso hacia las ruinas. En aquel momento, quién se había ocultado en ellas salió a la luz del Sol vespertino.

No era ningún enemigo infernal, ni nadie impresionante. Tan sólo una mujer de mediana edad, con el rostro asustado.

–No temas –continuó Ronal–. No te¬nemos intención de hacerte el menor daño. ¿Eres del pueblo?

Ella asintió, sin pronunciar palabra.

–¿Dónde están los demás?

La mujer miró a derecha e izquierda, y luego a los dos hombres que había ante ella. El guerrero a pie, y el clérigo aún sobre su cabalgadura.

–Hacia el Norte –habló finalmente, con voz insegura–.

El alcalde hizo que enterráramos nuestros muertos y que todos los super¬vivientes salieran hacia el Norte, con tan sólo lo que pudieran llevar encima.

–Pero tú te quedaste...

–Yo regresé, noble señor. Regresé a hur¬tadillas.

–¿Por qué?

La mujer apretó los labios.

–Ellos se llevaron a mi hija –su voz se quebró–. Yanira... tan sólo tiene quince años. No podrá resistirlo. Quizá otras mayores que ella podrían adaptarse. Pero ella no podrá resistirlo.

–¿El ermitaño? –preguntó Ronal.

Ella asintió con un movimiento de cabe¬za. Sus hombros temblaron convulsivamente.

–¿Y qué pensabas hacer? –habló por primera vez el padre Badar.

La mujer alzó la cabeza, con un súbito arranque de energía.

–Ir a su cueva –respondió–. Entregar¬me a él, a cambio de mi hija. Ofrecerle mi vida, mi alma...

–¡No digas eso! –gritó el clérigo.

La mujer retrocedió un paso.

El padre Badar procuró dulcificar su voz.

–Las desgracias que has sufrido pueden hacer que se te perdone lo que acabas de decir. ¡Pero no vuelvas a repetirlo jamás! Pue¬des sacrificarlo todo, pero el alma jamás. ¡El alma jamás!

–¡El diablo anda suelto por el mundo, padre! –ollozó la mujer.

–No lo creo –terció Ronal.

Avanzó hacia la mujer, y apartó su mano derecha de la empuñadura del montante para ponérsela en el hombro. El Sol había descen¬dido sobre el horizonte, y apenas si había ya luz.

–No tendrás que sacrificar nada por tu hija, mujer –prometió–. Hemos venido aquí para acabar con las acciones de esos seres malvados, y para liberar a sus cautivas.

La mujer desvió la mirada hacia el espa¬dón que Ronal sostenía con la mano siniestra.

–¿Podrás enfrentarte a él, señor? –pre¬guntó ansiosamente– No estoy hablando del ermitaño, sino... del otro.

–¿Le viste? Ella asintió.

–Tan sólo por un momento. Estaba cu¬bierto por una armadura negra, pero se movía como si nada pesara sobre su cuerpo. Huí de él, mientras asesinaba a los hombres más fuer¬tes del pueblo... les derribaba como a espanta¬pájaros. No es de nuestro mundo, no puede

serlo. Dicen que entró y salió de una casa en llamas, y que las piezas de su armadura esta¬ban al rojo vivo, pero seguía luchando y sal¬tando... ¡cómo si ello le complaciera!

–¿Viste tú eso?

Ella bajó la cabeza.

–Eso no –admitió–. Me lo contaron.

Ronal volvió a empuñar el montante con ambas manos.

–Pasaremos la noche aquí en el pueblo, en alguna casa que haya quedado medianamen¬te en pie –decidió–. He creído entender que conoces donde está la guarida de ese ermita¬ño. Mañana al amanecer nos conducirás a ella, y antes de terminar el día, el asunto habrá que¬dado resuelto.

Su mirada se posó afectuosamente en la mujer.

–Si tu hija está con vida, te la devolveré –afirmó–. Por mi honor.

No fue un viaje demasiado largo. La mu¬jer, sentada en la grupa del caballo del padre Badar, golpeó en las espaldas de éste.

–¿Qué ocurre? –preguntó el clérigo¬–. ¿Estamos llegando?

–Ese pequeño desfiladero, del cual sale un arroyo –murmuró la mujer–. La caverna está en su fondo,

junto a la fuente. ¡No habléis fuerte! Podría oírnos.

–No te quepa duda de que nos oirá –dijo Ronal–. Pero ya has hecho bastante por nosotros, mujer, y no quiero verte en peligro. Desmonta y regresa al pueblo a pie. Allí nos reuniremos contigo.

La mujer se dejó deslizar a tierra, sin una palabra y emprendió el regreso. En un momen¬to dado se volvió para contemplarles, luego continuó su camino y no tardó en perderse de vista.

El padre Badar suspiró.

–Ni siquiera le hemos preguntado su nombre –dijo.

–Tiempo habrá para ello –replicó Ronal, mientras descendía a su vez del corcel–. Pa¬dre, creo que ha llegado el momento.

El clérigo asintió, mientras echaba tam¬bién él pie a tierra. Buscó una peña apropiada, y se sentó en ella.

Ronal se acercó a él. Puso en tierra el montante y se arrodilló junto al clérigo. Lue¬go murmuró algo en voz muy baja, cerca del oído del otro.

El padre Badar esperó, impasible, a que terminara. Luego se puso en pie y alzó la mano derecha, trazando en el aire la señal de la cruz.

–Yo te absuelvo –dijo–. Te absuelvo de todos tus pecados, en el nombre del Señor.

Ronal inclinó la cabeza. El clérigo le ben¬dijo de

nuevo.

–Yo invoco la protección del Todopode¬roso sobre ti, Ronal de Kler, aún no caballero, para que salgas con bien y victorioso de la lu¬cha que se avecina. En el nombre de Dios, que es Uno y Trino; Padre, Hijo y Santo Espíritu.

–Que así sea –respondió el guerrero arrodillado.

Acto seguido, Ronal se levantó y alzó de nuevo el montante.

–Vamos –dijo.

–Vamos –replicó el padre Badar.

Penetraron juntos en el desfiladero, cami¬nando sin prisas. El arroyo corría a su lado, y el suelo de sus orillas era de arena. Vieron de inmediato la boca de la caverna, en la pared roquiza del fondo, junto a una pequeña casca¬da que brotaba de la misma y era origen de la corriente de agua.

–Aquí –indicó Ronal–, y el clérigo hizo alto.

Ronal continuó avanzando hasta llegar a una distancia que juzgó prudente respecto a la boca de la caverna.

–¡Ermitaño! –llamó.

No hubo en principio ninguna respuesta.

El único sonido audible era el de las aguas de la cascada.

–¡Ermitaño! –repitió Ranal.

Y el ermitaño hizo su aparición. Salió de la caverna que era su alojamiento y avanzó unos pocos metros, encarándose con quién le llamaba.

Se trataba de un sujeto corpulento, con cabello apuradamente cortado y barba rala, ambos canosos. Su rostro era rubicundo. Ves¬tía un amplio sayo frailuno que rozaba el sue¬lo, y bajo el que se adivinaban unas toscas san¬dalias. Empuñaba un nudoso báculo.

Una sonrisa burlona adornaba sus faccio¬nes.

–¿Qué queréis de un pobre eremita, oh visitantes? –preguntó.

–Soy Ronal de Kler, hijo del Barón de Daurya, –se presentó Ronal–. Se dice que has sido culpable de ciertos crímenes y, sobre todo, que mantienes cautivas en tu cueva va¬rias mujeres, sin su consentimiento. ¿Qué di¬ces a ello?

El ermitaño extendió los brazos, en un fal¬so gesto de apaciguamiento.

–¿Qué puedo decir sino que he dado asi¬lo y refugio a unas pobres mujeres huidas de la tiranía de sus deudos? Noble señor, puedes estar seguro de que les he dado todo el amor que me ha sido posible.

–Que salgan, y me digan si están contigo por propia voluntad –respondió Ronal–. Que salgan, o si no iré a preguntárselo yo mis¬mo.

El ermitaño se echó a reír.

–Vuelve a tu casa, Ronal de Kler –dijo luego–. Vuelve a tu casa, y déjame a mí tranquilo en la mía. Vuelve a tu casa, porque te digo en verdad que es la última oportunidad que te doy para hacerlo –hizo una ligera pau¬sa–. ¿O quieres que haga venir a *aquél a quién temes*?

–No le temo en absoluto –Ronal dio un cauteloso paso hacia su interlocutor–. Sé que le has utilizado para amedrentar a los campe¬sinos, y que ha asesinado muchos de ellos, y también que, tal como tú, va a pagar por ello. ¿De dónde ha venido, ermitaño? ¿Acaso de Ghorful?

El ermitaño rió de nuevo, pero esta vez sin el menor toque de alegría.

–De más lejos –dijo–. Y *de más hon¬do*.

Tal seguridad había en su voz, que por pri¬mera vez Ronal sintió un extraño frío en las entrañas.

–Si has osado firmar un pacto con Izabud –amenazó– habrás de rendir cuenta al Tribunal de la Fé.

–Durante muchos años he sido ermitaño al servicio de lo Alto –relató su interlocu¬tor–. Nunca he logrado sino hambre, miseria y desprecio. Finalmente he decidido servir la otra dirección. Y el auxilio que se me ha con¬cedido me ha proporcionado riquezas y un serrallo; además esto sólo es el principio. Creo que he elegido bien.

»Pero tú no lo has hecho así, hidalgüelo orgulloso. Has podido marcharte, pero no lo has hecho. Ahora estás muerto, y también ese clérigo compañero tuyo que hasta ahora ha guardado silencio. Aunque pretendáis escapar ahora, aunque pudierais hacerlo a caballo, estáis muertos.

»Bien, Amigo, tuyos son.

Ronal afinó el oído. Del interior de la ca¬verna brotó un ruido sordo. Un fuerte y rítmico pisar, mezclado con sonidos metálicos. Un instante después, el aliado del ermitaño estuvo a la luz del Sol.

Vestía efectivamente una armadura negra, sin ningún distintivo ni penacho. Su estatura era de gigante. Empuñaba una pesada hacha de mango de madera y hoja de acero o hierro endurecido.

Ronal observó que marchaba rítmicamente y a un paso lento. Pero de una forma u otra le pareció que no se trataba de la marcha agobia¬da de un hombre cargado con una armadura pesada cual aquella parecía ser; más bien el paso contenido y acechante de un predador, aparentemente lento hasta el momento de tor¬narse en fulminante embestida. También notó algo fundamentalmente extraño en su figura, aunque por el instante no lograra definirlo.

–Rinde las armas –conminó–. Sal de esa armadura y entrégate a mí, junto con tu aliado.

El ser que se le enfrentaba siguió avan¬zando

pesadamente, sin dar muestras de haberle oído. El ermitaño dejó escapar una car¬cajada estridente.

Ronal atacó. Saltó al encuentro de su ad¬versario y el formidable mandoble describió una órbita tan veloz como si se hubiera trata¬do de un ligero florete. Con estremecedora precisión impactó de filo en el cuello del ene¬migo, en un impacto demoledor que ninguna armadura construida por el hombre hubiera podido resistir.

Estalló un formidable *¡itzinnngg!* metáli¬co, como el tañido de una gigantesca campana. El arma rebotó como si hubiera topado con una montaña de acero, estando a punto de es¬capar de las manos de su dueño. Se tambaleó éste, pero al instante se rehizo para saltar ha¬cia atrás, en bien entrenada esquiva de un po¬sible contraataque.

No hubo nada de ello. La figura acoraza¬da ni siquiera había vacilado, ni siquiera se había estremecido. No dio ninguna muestra de haber recibido el tremendo tajo. Simplemente se volvió sin prisas hacia su agresor, como evaluándole.

–El Amigo es demasiado duro para tus dientes, hidalgüelo –se burló el ermitaño–. No creo que puedas hacer nada contra él. No creo que *nadie* en este mundo pueda hacer nada en su contra.

Ronal alzó de nuevo el montante, pero ahora en posición más bien defensiva. Obser¬vó con atención a su adversario y descubrió entonces lo que había

entrevisto de extraño en él. Sus proporciones no eran exactamente las correctas, la relación entra los brazos, las pier¬nas, la cintura... ¡ningún ser humano podría haberse enfundado en aquella armadura!

Y en el segundo siguiente a hacer tal re¬flexión, tan sólo sus excelentes reflejos y el largo entrenamiento sufrido desde su niñez le libraron de la muerte. Fue su instinto más que su razón lo que interpuso el montante, ya que no pudo ver conscientemente el movimiento del adversario, tan rápido fue. La amplia hoja del hacha enemiga se estrelló contra el acero propio, con tal fuerza que Ronal salió trastabillando hacia atrás, pugnando desespe¬radamente por conservar el equilibrio, por evi¬tar una caída de la que posiblemente no hu¬biera podido ya levantarse.

Finalmente consiguió mantenerse en pie. Vio como la armadura negra avanzaba nuevamente hacia él, como el hacha se alzaba.

Echó él mismo atrás su arma, buscando los empalmes, las uniones entre las piezas de la armadura, un lugar donde poder hundirla, o al menos intentado. Y entonces la más devastadora de las realidades le golpeó.

Aquella armadura *no tenía* junturas, no tenía piezas que empalmaran las unas con las otras. Era de una sola pieza, como si hubiera sido creada al mismo tiempo que el ser que albergaba en su interior, o fundida en su tor¬no. En el rostro metálico había una especie de celada, pero advirtió que tampoco se veía nin¬gún

orificio de comunicación entre lo externo y lo interno. Había unas oquedades imitando grotescamente ojos humanos, pero también se hallaban cerradas por el metal.

En aquel momento tuvo Ronal la seguri¬dad de que la lógica antes empleada se derrumbaba, de que definitivamente una puerta se había abierto hacia los avernos, y que aque¬llo que se erguía ante él había surgido desde el otro lado, un don de Izabud, el príncipe de los Infiernos, para favorecer al hombre que se ha¬bía entregado a su causa, renegando de la di¬vina.

Y el padre Badar debió pensar lo mismo, puesto que se adelantó unos pasos y alzó en el aire la cruz, dirigiéndola como un arma hacia el ser infernal.

–¡Retrocede, hijo de Satán, progenie de Izabud! –exclamó, y su voz retumbó en el desfiladero– ¡Retrocede! ¡Retorna a los In¬fiernos de donde brotaste, y cierra tras de ti la puerta condenada que te franqueó el paso! ¡Yo te lo ordeno en nombre del Dios Padre, de su Hijo y del Santo Espíritu!

–¡Muy bonito, clérigo! –rió el ermita¬ño– ¡Palabras muy similares pronunció el párroco del pueblo, instantes antes de que el Amigo le desbuchara! No, las fuerzas de Aba¬jo son las que dominan aquí, y tus invocaciones no valen otra cosa sino el aliento que malgastas en ellas.

Entonces Ronal atacó. Pero utilizando una nueva

estrategia. Dio un paso rápido hacia el ser de la armadura, pero luego hizo un regate y corrió con todas sus fuerzas hacia el er¬mitaño, con el espadón por delante. ¿Qué po¬dría hacer el discípulo si el maestro moría?

¬Mas también ese intento hubo de revelarse inútil. Percibió un movimiento instantáneo, y en el siguiente parpadeo, el ser que había de¬jado a sus espaldas estaba de nuevo ante él, cerrándole el paso hacia el otro adversario. La entidad había dado un brinco prodigioso, in¬concebible en un humano, y menos estorbado por una armadura.

Y Ronal supo lo que el ermitaño había que¬rido decir al advertir que no podrían sobrevivir ni aún huyendo a caballo. El ser de la armadura era más veloz que cualquier corcel.

–¡Ah, no, hidalgüelo! –rió una vez más el ermitaño– El Amigo ha sido enviado para protegerme. Nunca podrás llegar hasta mí, nunca podrás...

Ronal vio el movimiento del hacha al al¬zarse, y golpeó con la fuerza de la desespera¬ción. Notó algo que se quebraba bajo su mon¬tante. Una especie de meteoro remolineante cruzó silbando muy cerca de su cabeza. El mango del hacha enemiga había sido partido en dos; la madera procedía del mundo exter¬no, y por tanto era vulnerable. El ser quedó blandiendo futilmente un palo astillado.

–¡Ah, ha destruido nuestra buena hacha! –exclamó el

ermitaño, súbitamente furioso¬– ¡Que termine el juego, Amigo! ¡Hazles peda¬zos a los dos!

El ser de la armadura lanzó hacia atrás los restos del mango, en un movimiento muy hu¬mano y despectivo. Luego tendió las manos hacia Ronal. Advirtió éste los dedos delgados de metal, semejantes a las garras de un animal de presa, totalmente ajenos a la humanidad. Se dio cuenta de que la amenaza era ahora in¬cluso mayor que la del hacha que destruyera.

Y en el último instante supo lo que el ene¬migo estaba a punto de hacer, y lo que él debía realizar. Fue una visión, una inspiración, como si la Potencia Celeste se manifestara al fin en su favor para contrariar al engendro de su Opuesto, que le amenazaba.

El ser dio uno de sus fulgurantes brincos para caer de lleno sobre Ronal. Y éste saltó también en el mismo instante, pero hacia ade¬lante, hacia su adversario, proyectado al mis¬mo tiempo el montante en una tremenda esto¬cada... contra una de las oquedades faciales que fingía un ojo inexistente.

El choque fue tremendo, y Ronal pensó por un instante que sus manos se habían roto, o separado de sus miembros. La aguda punta del espadón chocó de lleno con su objetivo, dinamizada por el impulso del brazo de su dueño, del salto hacia adelante de éste, y del brinco opuesto de su adversario.

Ni siquiera el metal extraordinario forjado en las fraguas del averno pudo resistir un choque semejante.

La punta del arma se hundió a su través, penetrando en el acorazado cráneo. Sonó un colosal crujido, y el ser se tambaleó.

Pero en el instante siguiente pareció reco¬brarse. Sus férreas manos tomaron el arma que le alcanzara; se oyó un tremendo chasquido y la hoja del gran montante se quebró como una caña. Luego el ser se llevó la mano al frag¬mento de acero que aún penetraba en su cabe¬za; lo extrajo de un tirón y lo arrojó por tierra.

Ronal pensó que ahora sí que había llega¬do el fin. Había quedado con la inútil empuñadura de su montante entre las manos, un poco como su adversario en el minuto ante¬rior. El cráneo del ser había sido perforado; un humano estaría en aquel instante retorcién¬dose moribundo en el suelo. Pero la entidad infernal continuaba en pie, activa y amenaza¬dora. Ya no podía Ronal hacer nada para opo¬nerse o huir de ella.

Pero... vio que el ser vacilaba, que los bra¬zos de metal tanteaban el aire, como queriendo mantener un equilibrio en peligro. Ronal clavó la vista en la brecha que se abría en la cabeza enemiga... cierto que... ¡sí! Había un punto de luz extraña que se proyectaba por el orificio, una llama interna que...

¡Estaba contemplando al verdadero Ser, en el interior de la coraza que hasta el momento le había protegido! Protegido no sólo contra los golpes adversos, sino también contra la misma esencia del mundo exterior,

tan ajeno a las horrendas profundidades de donde proce¬día.

–¡Amigo! –gritó alarmado el ermita¬ño–. ¿Qué te ocurre? ¡Tienes que proteger¬me, para eso se te puso ante mi vista! ¡Máta¬les! ¡Mátales!

El monstruo pareció reaccionar a su voz. Se dio media vuelta y avanzó contra el ermitaño con extraños movimientos espasmódicos. Antes de siquiera poder reaccionar, aquél se encontró aprisionado por los brazos de quién llamaba su Amigo. Se escuchó un terrible gri¬to de dolor, mezclado con los chasquidos de los huesos al partirse.

Y luego fue aún peor. Ronal, fascinado, se dio cuenta de que el metal de la armadura comenzaba a brillar con luz propia. Recordó lo que le habían contado. El metal se estaba poniendo al rojo vivo, ahora bajo el calor de la llama sobrenatural que era la esencia del Ser que llevaba en su interior.

El ermitaño lanzó un espantoso chillido en el momento en que su largo sayo se inflamaba como si fuera yesca. Luego el grito se cortó, y no volvió a reproducirse. La armadu¬ra negra se retorció sobre sí misma como una piel de lagarto arrojada a la hoguera, mientras que un intenso olor a carne abrasada se dejaba sentir.

Y de pronto la cabeza metálica se partió como lo haría una calabaza golpeada por un mazo. De allí brotó una alta llamarada, de un color y aspecto como Ronal

nunca había vis¬to.

–¡Ahí está! –gritó el padre Badar¬–. ¡Atrás, señor, atrás!

Ronal, espantado, dio un par de pasos ha¬cia atrás. El clérigo se interpuso entre él y el extraño fuego, enarbolando nuevamente el cru¬cifijo.

–¡Retrocede! –clamó–. ¡Engendro de los Infiernos, criatura de Izabud, retrocede! ¡No hay lugar aquí para ti, éste es el reino de Dios! ¡Regresa al lugar de donde procedes!

Y la llama se extinguió, reabsorbiéndose a sí misma. En el suelo quedó la gran armadura abrasada y retorcida, junto con lo que pare¬cía ser un muñeco carbonizado, que aún ex¬halaba un humo pestilente.

El clérigo suspiró profundamente.

–Se ha ido –dijo–. Tú has quebrado la coraza que le protegía, y yo he conseguido exorcizarle. Ha regresado a los dominios de Izabud, al reino del Maligno. Y se ha llevado el alma de quién le abrió la puerta hasta nues¬tro mundo.

–¿Pero cómo lo hizo? –preguntó Ronal–. ¿Cómo logró triunfar allí donde tan¬tos brujos y magos negros han fracasado du¬rante generaciones?

–No podemos saberlo, señor –replicó el clérigo–. Quizá encontró en las montañas algo inusitado. Quizá se dio un cúmulo de casuali¬dades que ya no se volverá

a repetir.

De pronto advirtieron que no estaban so¬los. De la caverna había salido un grupo de mujeres silenciosas, que les contemplaban con expresiones entre adustas y asustadas.

–¿Erais prisioneras de ese ermitaño? ¬–preguntó el padre Badar.

Una de ellas asintió.

–¿Dónde está? –preguntó.

–En los Infiernos. Y su aliado también –el clérigo indicó el informe montón que humeaba junto al arroyo.

–¿Sois vosotros quienes lo habéis hecho? –la voz de la mujer adquirió algo de animación– ¡Qué el Cielo os bendiga!

–Ya lo ha hecho, puesto que hemos po¬dido cumplir la tarea.

Ronal extendió la mano en busca del mon¬tante, hasta recordar que había sido destruido. Meneó la cabeza varias veces en una y otra dirección, hasta lograr zafarse del abotarga¬miento mental que de pronto le había domina¬do.

–Vamos, vosotras –se dirigió finalmen¬te a las mujeres–. Sacad todo lo vuestro, y también las riquezas que fueron robadas. Os escoltaremos hasta el pueblo, y luego haremos que regresen los que han huido de él, y que la baronía local os envíe todo el socorro que

ne¬cesitéis.

Recordando luego algo, preguntó:

–¿Quién de vosotras es Yanira?

Una de las mujeres indicó a una jovencita que se agarraba convulsivamente a la cintura de otra de sus compañeras de mayor edad. La muchacha volvió hacia Ronal un rostro baña¬do en lágrimas, sin acercar a pronunciar pala¬bra.

Ronal dulcificó su voz para dirigirse a ella.

–Olvida todo lo que ha pasado, niña ¬–dijo–. Deja de llorar y ven con nosotros; alguien te espera en el pueblo.

Una vez marchado el grupo, el ahora de¬sierto desfiladero quedó en un silencio tan sólo turbado por el eterno rumor de la cascada. El montón de metal retorcido y carne calcinada había dejado de humear. De entre los restos de aquella armadura que tanto espanto causa¬ra en su recorrido por el mundo, se había des¬prendido una placa, en la que, poniendo gran atención, quizá alguien hubiera podido desci¬frar las palabras de una antigua inscripción, grabada en un tiempo que para todos era leyenda más que difusa:

Licencia Imperial 2.001.223.014 Robot Colonial Multiuso
Control y Programación Verbal Fabricado en Rigel VI
Peligro: No debe ser abierto sino por per¬sonal especializado.

- - -

El demonio de la Antártida

Desde los tiempos más remotos, desde mucho antes de comenzar a escribirse la historia, el hombre temió a los hielos.

Los hielos que, una y otra vez en el transcurso de las eras, se alzaron desde sus refugios boreal y austral para lanzarse a la conquista del mundo, arrasando con cuanta vida orgánica hallaron a su paso, sin exceptuar la del mismo hombre, el titulado rey de la creación. Fueron los períodos glaciales, las grandes catástrofes heladas.

Aún hoy se dice que nuestra técnica y nuestra ciencia, que han comenzado a dominar el espacio sideral, se verían impotentes ante una nueva arremetida de los hielos, que frente a la amenaza polar aún seríamos semejantes a los pobres hombres de las cavernas, perseguidos y casi exterminados por el desastre blanco.

¿Cómo comenzaron aquellas fabulosas mareas de hielo, y cómo podrían volver a comenzar? Los científicos sostienen varias teorías, en ocasiones contrapuestas, pero siempre coincidentes en señalar orígenes naturales del fenómeno. Manchas solares, irrupción de nuestro planeta en zonas nebulares de la Galaxia, agotamiento del anhídrido carbónico en la atmósfera...

Pero quizá pueda buscarse en una nueva dirección. Quizá pueda rastrearse un origen artificial a los movimientos de los hielos. Pues no toda la vida es como nosotros la conocemos, y la catástrofe que borre del mundo una clase de ella, bien podría dar nacimiento a otra distinta... a otra cuyo germen exista ya en algún lugar de las tundras polares.

No diré que esa es mi teoría, puesto que incluso sabiendo lo que hoy sé, de ningún modo puedo estar seguro, o quizá tema estarlo. Pero sí puedo decir que los hielos eternos conservan horrores de los que nuestra ciencia no puede tener ni idea, y que quizás un nuevo avance de los hielos pueda ser provocado por una voluntad fuera de nuestra comprensión, dando la Tierra en herencia a estirpes totalmente ajenas a la nuestra. Rezo por que así no sea.

Comenzó todo durante la Quinta Expedición Internacional de la Antártida, de la que yo formé parte por el Instituto Superior de Geología de Atlanta. Teníamos grandes esperanzas de hallar yacimientos de minerales útiles en las estribaciones orientales de las Montañas de la Reina Maud, e incluso bolsas de petróleo marino en las heladas costas antárticas, que podrían paliar o aún saciar el hambre de energía que sufre nuestro mundo tecnológico. Quien haya seguido nuestros avatares en la prensa sabrá ya que no encontramos nada de lo que buscábamos, y que sufrimos además algunas bajas debido a lo que se denominó fenómenos naturales. Esto último no fue exactamente así.

No sé como se me ocurrió entrar en amistad con el profesor Gerard Bernstein. Éramos, desde luego, compatriotas y también colegas, puesto que representaba a la Universidad del Medio Oeste, donde tenía las cátedras de geología y arqueología, pero desde el primer momento el profesor había destacado por su carácter aparentemente huraño, y los primeros días de navegación se mantuvo casi aislado.

Quizá me atrajo de él su aspecto de nobleza, incluso de bondad, que podía advertirse tras su superficial retraimiento. Me pregunté si el aislamiento que parecía buscar se debería más bien a timidez que a otra cosa, y procuré acercarme a él. Me recibió bien, tal como había imaginado, y pronto entablamos amistad. Nuestras conversaciones versaban en gran parte,

naturalmente, sobre lo que esperábamos hallar en las montañas antárticas, dentro de nuestro campo, y los conocimientos en geología de mi interlocutor llegaron a asombrarme. Por mi medio el profesor Bernstein llegó a romper su inicial aislamiento, y aún a mezclarse en las tertulias que organizábamos los componentes anglófonos de la expedición. Sin embargo nunca fue demasiado locuaz en tales reuniones, limitándose en general a escuchar.

Estábamos ya relativamente cercanos a nuestro objetivo cuando, mientras varios de nosotros contemplábamos desde cubierta un soberbio iceberg flotante, el sismólogo escocés MacCullock me informó de algo que yo no sabía sobre la personalidad de mi amigo.

–Conozco desde hace tiempo al rector de su universidad –dijo– y puedo decirte que allí están todos un poco asustados con él. Se trata de una verdadera eminencia en geología, desde luego, de otra forma no estaría aquí con nosotros. Pero tiene algunas ideas raras.

–¿Ideas raras? –inquirí.

–Parece ser que se dedica a una extraña forma de ocultismo, y que sostiene teorías especialmente chocantes sobre temas como el del origen del hombre y el desarrollo de la vida en el mundo. En cierta ocasión hubieron de llamarle previamente la atención en lo referente a su cátedra de arqueología, por estar

difundiendo entre los estudiantes algunas de esas teorías excéntricas.

–¿Excéntricas en qué sentido? –pregunté de nuevo.

–Lo ignoro. El caso es que prometió enmendarse, y ciertamente cumplió su promesa. Pero privadamente no hay duda que mantiene las mismas convicciones.

La conversación se desvió luego por otros derroteros, pero aquel me dejó intrigado. En mi vida profesional había tenido acceso a toda clase de teorías arqueológicas, algunas de ellas totalmente absurdas y, aunque ello se saliera algo de mi propio campo, había disfrutado estudiándolas, comparándolas y estimando lo que en ellas pudiera haber de verdad.

Juzgué que mi amistad con Bernstein justificaba entrar con él en materia sobre el particular, de modo que en mi siguiente conversación con él procuré irle llevando hacia el tema.

Como toda persona que tiene una afición o forma de pensar oculta, pero querida, no desaprovechó la ocasión de exponerla. Así pues, a una ligera insinuación de mi parte, entró de lleno y por propia voluntad en el campo que me interesaba.

–Te diré, Anthony –confesó con los ojos ligeramente más brillantes que de costumbre–. Podremos encontrar muchas cosas interesantes en el ámbito geológico, allá donde vamos. Pero mi personal interés, lo que verdaderamente me ha traído a esta expedición,

entra más en el campo de la arqueología.

Me esperaba algo semejante, pero fingí un ligero asombro.

–¿Arqueología? ¿En la Antártida?

–Precisamente –respondió–. ¿No oíste hablar del informe de la expedición Daley, en 1930?

Sí, había oído hablar del informe, y lo había estudiado personalmente, pero no me había convencido demasiado.

–Tengo entendido que hablaban de unas antiguas ruinas, en los picos montañosos al sur de la tierra de la Reina Mary. Pero quienes dijeron haberlas visto regresaron en un estado psicológico lamentable, casi enloquecidos por la serie de desastres que casi aniquilaron la expedición. Su testimonio no merece mucho crédito.

–Esas ruinas debían estar situadas muy cerca de los lugares que visitaremos –dijo Bernstein–. Lamentablemente los terremotos que siguieron a la erupción del Erebus en 1942 borraron toda muestra de lo que pudiera haber allí bajo toneladas de rocas e hielo.

–Pero de todas formas es muy probable que tales ruinas existieran en realidad. Los expedicionarios supervivientes hablan de una verdadera ciudad subterránea, y no tenemos noticia de ninguna gran civilización humana en las cercanías.

Bernstein se me quedó mirando fijamente, como estudiando si debía hablarme o no.

–No humana –dijo por fin.

Guardé silencio. Comprendí que mi amigo había juzgado que podía hacerme aquellas revelaciones que a otros ocultaba. Fijé mi vista en sus ojos, y él me devolvió la mirada, mientras sonreía lentamente.

–No se publicó todo lo que los expedicionarios de 1930 revelaron –continuó el profesor–. Quizá se pensó que resultaba demasiado fantástico para incluirlo en un informe oficial. Pero todos ellos estaban de acuerdo en que la raza que edificó aquellas estructuras no era humana.

Tragué saliva.

–¿Quieres decir...? –empecé–. ¿Quieres decir... algo procedente del espacio?

–Posiblemente –respondió él–. La fantasía humana ha pensado siempre de modo antropocéntrico. Hemos creído que si alguna forma de vida habitaba otros mundos, debería ser semejante a la nuestra. Hemos pensado en naves interplanetarias, en ejércitos de seres extraños provistos de armas mortíferas, en reinos o imperios tiránicos...

Se inclinó hacia mí, excitado.

–Pero puede que lo que more más allá de nuestra atmósfera sea totalmente extraño e incomprensible,

absurdo para nuestra forma de pensar. Entidades ajenas a nuestra materia y a nuestra energía, seres semejantes a dioses o a fantasmas diabólicos. Existe un libro...

Se interrumpió, como si temiera haber dicho demasiado. Pero aquellas palabras habían despertado una luz en mi mente.

–¿Hablas del Necronomicón? –le pregunté.

Retrocedió él ante el temido nombre, mientras que su rostro indicaba la sorpresa.

–¿Lo conoces? ¿Es posible que lo conozcas? –casi gritó–. Creía que tan sólo unas cuantas personas en el mundo...

Sonreí ante su reacción.

–Pues tienes ante ti a una de esas personas –dije–. Pude consultar en cierta ocasión los fragmentos que se conservan en la Biblioteca Harrison, de Boston, y me interesaron tanto que viajé a Providence para intentar estudiar el ejemplar completo que tienen en el Museo, junto con la traducción parcial de Barnabás Percival. Me costó trabajo, pero conseguí tener acceso a ellos.

–¿Sí? –preguntó Bernstein–. ¿Y qué impresión sacaste de ese volumen?

Vacilé. No pude decidirme a expresar la sensación de desolado horror que me atenazó al internarme en aquellas páginas prohibidas.

–Me considero un científico –dije–. Lo que pude entender del libro me pareció increíble, pero estoy dispuesto a aceptarlo si alguien me aporta pruebas de su veracidad.

Los ojos del profesor brillaron.

–¡Pruebas! –casi gritó–. Quizá dentro de muy poco pueda proporcionarte las pruebas que pides. Anthony, en esta expedición podemos hacer descubrimientos que harán olvidar cualquier posible hallazgo geológico, aun en el caso que encontráramos minas de metales preciosos o yacimientos petrolíferos capaces de enriquecer a todas las naciones de la Tierra. Pero deberemos hacer acopio de valor... de mucho valor...

Hizo una pausa y luego su voz descendió hasta convertirse en algo apenas por encima de un susurro.

–Yo también pensé que el Necronomicón era un mero ciclo legendario, sin relación ninguna con la realidad. Pero dudé y, como tú acabas de decir, también intenté buscar pruebas.

»Viajé a Egipto, y practiqué excavaciones en los alrededores de la vieja Menfis. Buceé en el pasado de aquel país milenario, buscando los orígenes de su cultura, el comienzo de la más vieja de las civilizaciones humanas. Más allá de los primeros faraones, más allá del mítico Menes, que unificara el Alto y el Bajo Egipto, fundando la primera de las dinastías...

»Y llegué hasta una sombra de terror total. Algo innombrable, terrorífico, el principio de todos los horrores del Libro de los Muertos, el progenitor de los panteones monstruosos de dioses semejantes a bestias... Nyarlathothep, el Caos Reptante.

–Nyarlathothep –repetí el nombre temible–. El Mensajero Sin Rostro que menciona el Necronomicón...

–Tuve miedo por unos días, temor a que mis trabajos de investigación pudieran llegar a resultados que mi razón fuera incapaz de soportar. La sombra estaba allí, había estado allí en tiempos remotos, conviviendo con los hombres del período predinástico. Y luego se había desvanecido de alguna forma, había sido apartado, encadenado quizá, muerto hasta el punto que esas entidades pueden morir.

»Y entonces alguien entró en contacto conmigo. Un viejo egipcio que se decía descendiente puro de la Antigua Raza, la que construyó las pirámides. Alguien que sabía cosas, y que investigaba en el mismo campo que a mí me interesaba. Me habló de las cuevas del desierto del Sinaí, y de lo que se podía encontrar en ellas.

»La zona estaba en manos de Israel por aquel entonces, y me costó mucho trabajo lograr permiso para explorarla. El egipcio no pudo acompañarme por esa circunstancia, aunque me proporcionó la situación, contra la promesa de compartir con él el conocimiento

que hallara.

»Desenterré una colección entera de tablillas de piedra grabadas. Se trataba de la edición más antigua del Necronomicón, mejor dicho de una copia del genuino Al Azif de Abdul Alhazred, grabado por una secta de eremitas adoradores del diablo mucho antes que Philetas lo tradujera al griego y le diera el nombre por el que hoy es conocido y temido.

»No pude extraerlo completo, pues un mes después de hacer los primeros hallazgos estallaba la guerra del Yom Kippur entre Egipto e Israel, y la región se convirtió en un Infierno del que debí huir a toda prisa. Pero había conseguido, entre otros fragmentos, ese capítulo entero que en la traducción griega se denomina Libro de las Invocaciones. Y al cotejarlo con la versión que ya poseía, encontré algo extraño.

Rápidamente, casi con movimientos espasmódicos, Bernstein buscó en una de sus maletas, situada en el fondo del armario de su camarote. Extrajo una serie de papeles que puso ante mí.

–Escucha esto, Anthony. Es un fragmento que está ausente de todas las traducciones posteriores, como si algo o alguien lo hubiera borrado de allí:

»Iä, Yikkanthrog, Fuego Helado del Sur, el Mutador de Cuerpos y Cambiador de Almas. Tú que moras en los Círculos Últimos de Mediodía, y te reflejas en los Hielos Eternos. Padre de la Luz, Patriarca del Espanto, responde a nuestra invocación, muéstrate

para terror de los hombres, Tú, el Inmutable.

»¡Asss-shaggai-thuss-asshaggai! ¡Shattaggai-rrmmm-shaggai!

»¡Iä, Yikkanthrog!

»¡Aaarh! ¡Asjtonei –ssizz– asshaggai!

»¡Iä, Yikkanthrog!

Me estremecí violentamente. Las últimas palabras, gritadas por mi amigo, habían retumbado en el estrecho camarote con una fuerza que parecía totalmente independiente de la voz que las pronunciara. Hubiera jurado que aquellos sonidos incomprensibles no habían podido tener su origen en una garganta humana.

–Me enseñaron a pronunciar la invocación final –rió el profesor, con una inquietante risa sin alegría–. Y conseguí aprender otras cosas también... sobre Yikkanthrog.

–Yikkanthrog... –modulé con cuidado–. Esa divinidad no figura en el Necronomicón, al menos en las versiones que conozco. ¿No es posible que sea un añadido, una aportación de los que grabaron esas tablillas?

–¡No! –desechó Bernstein, seguro de sí mismo–. No se trata de una aportación, sino de una ocultación. Philetas no se atrevió a traducir lo referente a esta entidad. Quizás el mismo Abdul Alhazred censuró su

obra, aunque después que los eremitas del Sinaí la grabaran en su versión íntegra.

–¿Pero por qué esa censura? –inquirí–. Todas las entidades divinas del Necronomicón son terroríficas, incluso más allá de la comprensión humana. ¿Por qué ocultar esa, y no las otras?

Bernstein fijó sus ojos en los míos, y casi me espantó con su mirada. Presentí que se acercaba una nueva revelación.

–Creo saberlo –me dijo–. Recuerda lo que dice el libro de Alhazred sobre el Gran Combate. Como los Dioses Arquetípicos, los incomprensibles soberanos del Universo, abatieron el orgullo y la maldad de los Primordiales, de los Grandes Antiguos que infestaban la Tierra antes del nacimiento de la raza humana. Todos fueron vencidos, y aprisionados en distintas mazmorras cósmicas, Azathoth, el principal de todos ellos, hundido en el Caos Central, quizás en el núcleo de nuestra Galaxia. Hastur, el Inefable, proscripto a los mundos irracionales de las Híades. Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques, sepultada en el corazón de la luna montaña, allá en la tierra de Leng. Cthulhu, dormido en las profundidades de los océanos. Nyarlathothep... Nyarlathothep...

Hizo una pausa atemorizado.

–Nyarlathothep fue el que más tiempo sobrevivió en libertad, hasta el punto de convivir con la humanidad, y aterrorizar a nuestros ancestros. Pero finalmente fue

también sometido, y mil mitos narran su derrota. No me atrevía a seguir sus huellas hasta el fin, pero temo que si alguien excavara profundamente en los cimientos de la pirámide escalonada de Sakkara saldrían a la luz... cosas que mejor estarían ocultas.

»Todos los Grandes Antiguos están encadenados. Sus servidores aún mantienen poderes emanantes de su esencia, algunos de sus principales acólitos pueden ser invocados en determinadas épocas señaladas por ciertas configuraciones astrales, incluso se dice que los propios dioses pueden hacerse presentes, en persona o emanación, aunque por muy escaso tiempo. Pero están encadenados, en espera del lejano día en que su reino vuelva sobre nuestro mundo, si es que tal fecha llega. Todos están encadenados...

Hizo una pausa y su voz descendió, temerosa.

–... excepto Yikkanthrog.

Sentí un escalofrío recorrerme toda la espina dorsal.

–¡Eso, eso es lo que espantó al propio Alhazred, el Azul, el árabe loco del Yemen! Yikkanthrog sobrevivió al acoso de los Arquetípicos, y vive sobre nuestro mundo con todo su poder intacto. Vive, permanece... y yo sé donde encontrarlo.

Retrocedí inconteniblemente. Una extraña luz parecía emanar del rostro de mi amigo.

–Estudié a fondo los informes de la expedición Daley –continuó–. En especial lo que decían acerca de los

bajorrelieves de aquella ciudad antártica sin nombre. De cómo sus habitantes prehumanos temían a algo situado en las grandes montañas del Sur de donde se hallaban, de cómo ni siquiera se atrevían a expresar en dibujos aquella amenaza y sus efectos.... ¡ellos, que habían combatido victoriosamente con la misma progenie de Cthulhu!

»Está allí. En algún lugar en las estribaciones de la Cordillera de la Reina Maud, precisamente hacia donde nos dirigimos. Quizás hiberna, como una criatura polar, pero permanece alerta, libre, inconcebiblemente poderoso. ¡Los mismos Arquetípicos fueron impotentes contra él! Y yo puedo hallarle, puedo enfrentarme con un dios...

–¡Enfrentarte con... con eso! –protesté.

En aquel momento creía por entero todas las revelaciones del profesor, y ello me espantaba más allá de lo imaginable.

–Es la oportunidad suprema –murmuró–. Ver una criatura de naturaleza divina, descubrir los secretos de las épocas primigenias... el origen del Universo, quizá. Conozco métodos para rastrearle, para descubrir su guarida o su mansión helada. Y creo saber cómo comunicarme con el Ser. Es la culminación de toda una vida de investigaciones... el éxito de mis teorías.

De nuevo clavó sus ojos en mí, y una vez más la intensidad de su mirada me aterró.

–¿Te unirás a mí? –preguntó suavemente–. ¿Serás mi compañero en esta gran aventura?

Toda su anterior reserva temerosa parecía haber desaparecido. Ahora aparecía ávido, excitado.

Y parte de su avidez y excitación parecieron transmitirse a mi mente, luchando con el terror que su invitación me causaba. ¡Era cierto! ¡Podía, si las teorías de mi amigo eran ciertas, y los antiguos libros terribles no mentían, lograr el sueño de generaciones de hombres, enfrentarme con un dios! ¡Cruzar el umbral prohibido y atisbar en los espacios abiertos más allá!

–No lo sé... –vacilé aún–. No lo sé... Quizá...

Dos días después avizoramos las heladas costas de la Tierra del Rey Eduardo. Los científicos de la base permanente de Pequeña América enviaron un helicóptero para darnos la bienvenida, y el ajetreo del desembarco dominó todas nuestras actividades.

Fueron días de trabajo, de compañerismo y de alegría. Casi llegué a olvidar las lucubraciones del profesor Bernstein, e incluso a dudar de su veracidad, cosa que en el momento había distado mucho de hacer. Pues las máquinas rugían, las sirenas aullaban, y los helicópteros surcaban el cielo antártico, dominando los hielos. Todo pensamiento de entidades sobrenaturales y de misterios ocultos semejaba muy lejano, e incluso absurdo.

Pensé sin embargo, por unos momentos en la expedición Daley de 1930, pero fue para compararla con la nuestra. ¡Cuánto se había progresado desde entonces! Ya no eran precisos los trineos tirados por perros, de tan bella estampa. Gigantescos helicópteros Kamov fueron desembarcados y dispuestos, y en el día siguiente nos llevaron sobre las heladas extensiones iluminadas por el Sol semestral hasta aterrizar con nosotros en la que habría de ser nuestra base permanente. Los desplazamientos menores se harían en tractores oruga climatizados, o en rápidos trineos de hélice.

Pude ver los titánicos contrafuertes de la Cordillera de la Reina Maud, la cadena montañosa que Bernstein me describiera como morada de horrores más antiguos que la humanidad. Nada parecía indicarlo, las laderas cubiertas de carámbanos centelleaban cuando los rayos solares rompían las capas de nubes, y el formidable Pico Nansen, de cuatro mil metros de altura, parecía un gigante benévolo entre las blancas formaciones nubosas.

No tardaron en retumbar las laderas con el trueno de los explosivos, al iniciarse nuestra búsqueda de minerales. Provocábamos avalanchas artificiales de roca e hielo, y estudiábamos en nuestros sismógrafos hasta el menor de los latidos de la naturaleza golpeada. Escalábamos los abruptos peñascales cubiertos de nieve perpetua para perforar su estructura con nuestros taladros. Trabajábamos e investigábamos sin

pausa ni descanso.

El mismo profesor Gerard Bernstein parecía enteramente dedicado a la labor geológica. No volvió a hablarme en aquellos días activos de sus otras investigaciones cuyo relato tanto me había impresionado allá en su camarote, cuando aún navegábamos en pleno Mar de Ross. Sin embargo, de vez en cuando nuestras miradas se encontraban, y podía notar un atisbo de la anterior energía, un leve choque que recordaba la existencia de un secreto entre nosotros. Pero nada más.

Creo que llegué a pensar que Bernstein había renunciado a su fantástica idea y ello llegó incluso a producirme un vago sentimiento de decepción.

Pero un día, casi por sorpresa, Bernstein se aproximó a mí con una rara sonrisa en los labios. Al instante tuve la premonición de lo que iba a decirme, incluso antes que sus labios se abrieran.

–Todo está dispuesto –su acento era triunfal–. ¿Vienes conmigo?

Tomamos uno de los veloces trineos de hélice, justificando el viaje como de exploración geológica de unas formaciones que dijimos haber descubierto hacia el Sur. De todas formas llevábamos muchos días de trabajo y los reglamentos se habían relajado un tanto.

Nos deslizamos a tremenda velocidad sobre la helada llanura. Obscuras nubes comenzaban a cubrir el cielo,

y el Sol antártico estaba ya bajo, cercano al horizonte, preludiando la larga noche polar que caería un mes después. Bernstein se negó a anticiparme nada. Tan sólo sonreía, y consultaba en ocasiones el compás giroscópico (en aquellas regiones la brújula magnética es inoperante) y un tosco mapa hecho por él mismo.

Contorneamos a mucha distancia el Pico Nansen, para internarnos luego en territorios no explorados por nuestra expedición, y posiblemente tampoco por otra alguna. Dormimos una noche, noche desde luego con inmutable luz solar, en el cálido interior del vehículo. Al segundo día alcanzamos nuestro objetivo.

Allí, algo separado del resto de la cordillera, se alzaba una montaña de geometría extrañamente regular. Un coloso cubierto de hielo, que al instante me inspiró un incomprensible aborrecimiento. Creí ver una leve corona luminosa en torno a su cima, como si la electricidad estática anidara allí, quizá presta a descargarse súbitamente contra quien se atreviera a hollar el monte.

Bernstein había detenido el motor del trineo y cuando salimos de él un fabuloso silencio nos acogió. Me pareció hallarme a millones de kilómetros de toda presencia humana, en un mundo hostil tal como debió ser en los primeros días de la creación, cuando la vida aún no existía.

¿O cuando existía una vida diferente?

–Aquí está –habló quedamente mi amigo–. Debe de

haber una ruta de acceso por esta parte.

Avanzamos hasta la ladera más próxima. Cada paso me costaba un gran esfuerzo, como si algo dentro de mí se opusiera a aquella aproximación, como si algún sentido oculto luchara por advertirme que marchaba hacia la perdición.

Pero el profesor no parecía ser afectado por ningún fenómeno similar. Por el contrario, creí advertir en su paso y en la misma forma de su cuerpo una terrible avidez, un ansia como la del drogadicto que se acerca a un depósito de su estupefaciente, o quizá la del amante que ronda a su amada. Aquella idea aumentó mi intranquilidad.

–¡Mira! –exclamó–. ¡Estaba seguro!

Pude ver allí, en los comienzos de la ladera, algo que me asombró profundamente. Lo que parecía ser la boca de una caverna había sido cubierta por una capa de hielo transparente, casi como un cristal cubriendo una ventana. A través de aquel vidrio helado podía verse perfectamente la negrura de la roca, y los comienzos de aquel conducto semejante a un túnel, que parecía hundirse en las profundidades de la Tierra.

Bernstein había traído consigo uno de nuestros poderosos taladros neumáticos. Lo puso en funcionamiento contra la capa de hielo, y el atroz golpeteo atronó como una blasfemia en el majestuoso silencio polar. El hielo saltó en mil menudos fragmentos, haciendo nacer por un instante todos los

colores del arco iris a nuestro alrededor.

¿Qué fue lo que brotó de aquella aborrecible abertura? Ciertamente nada tangible, ni visible, ni detectable para cualquiera de nuestros sentidos normales. Pero de pronto me encontré de rodillas sobre el hielo y la nieve, presa del más espantoso de los horrores, temblando como una criatura, con los ojos herméticamente cerrados.

Fue un espantoso instante, tan sólo. Luego me rehice hasta el punto de abrir los ojos e incluso fijarlos en la negra boca que se abría ante nosotros. Pero comprendí que de ninguna forma podría entrar allí.

Bernstein también debía haber sentido aquella sensación antinatural, aunque no cayó a tierra, más fuerte sin duda que yo. Simplemente vi sus labios apretados, y sus manos que oprimían con furia el taladro, bajo sus gruesos guantes contra el frío. Me miró con una extraña expresión.

–¿Y bien? –preguntó.

Meneé lentamente la cabeza.

–Yo no entraré –dije.

Bernstein me tocó el hombro con su mano derecha.

–¿Te vas a echar atrás ahora?

–Sí.

No me insultó, ni se burló de mí. También él había

sufrido el choque, y era capaz de comprenderme, bien que su propia ansia superaba en su caso todo temor o prevención. Pero él también debió luchar contra el aviso de sus instintos. Vi cómo sus dientes se ponían al descubierto en una mueca de ferocidad, como un animal salvaje que responde a un desafío.

–Muy bien –murmuró–. Entraré yo sólo. Espérame aquí.

No penetró inmediatamente en la caverna, sino que fue hasta el trineo y regresó con una poderosa lámpara autónoma, que ciertamente le haría falta en aquellas profundidades en las que pretendía entrar. Me dirigió una última mirada interrogativa, sin palabras, y yo sentí el primer embate de la vergüenza, pero no pude decidirme a seguirle. Se encogió de hombros y penetró en el obscuro túnel. Durante unos instantes pude ver aún la luz de su lámpara, haciéndose más y más lejana y tenue. Luego la caverna fue de nuevo negra.

También fuera de ella la luz iba decreciendo, al amontonarse las formaciones nubosas. ¿Se avecinaba una tormenta? Quise desechar la idea que la tempestad que amenazaba tuviera alguna relación con lo que nosotros estábamos haciendo. Absurdo, naturalmente, aunque... ¿no había mi amigo hablado de un dios?

No puedo recordar ahora lo que ocurrió dentro de mí. De pronto me vi sumergido en un nuevo temor, no por mí en esta ocasión, sino por mi compañero y amigo, a quien por cobardía había dejado internarse solo en

aquellas profundidades desconocidas y amenazadoras. La caverna aún me inspiraba miedo, pero comprendí que no podía abstenerme de desafiarla, que no podría llamarme a mí mismo hombre si no me reunía con el profesor, para encarar los dos juntos cualquier cosa que allí dentro hubiera. Así pues, tomada la decisión, me hice con una linterna eléctrica de gran tamaño y, sin pararme a pensarlo, me introduje en el maligno orificio de la montaña.

El túnel se hundía bajo tierra en una suave pendiente. La luz de la linterna iluminaba sus lisas paredes que tenían un aspecto artificial siniestramente revelador. No quise pensar en los seres que, en tiempos remotos, pudieran haber construido aquel acceso al interior de la montaña. Pues en una de nuestras conversaciones, Bernstein me había dicho que las entidades sobrenaturales llegadas del espacio solían tener servidores, y no era posible imaginar la forma y esencia que dichos sirvientes presentarían a los ojos de los hombres.

Avanzaba lo más rápidamente que podía, intentando alcanzar a mi amigo. En un par de ocasiones me atreví a apagar la linterna, buscando ver el fulgor de su lámpara en la lejanía, pero no me atreví a seguir aquella práctica, pues me resultaba insoportable el pensamiento que quizá no lograra luego encenderla de nuevo, y quedaría perdido en la obscuridad.

Finalmente, aún con la linterna encendida, veía allí adelante y abajo, un leve brillo que me pareció

procedente de la lámpara que había llevado mi amigo. Apreté aún más el paso, y cuando llegué lo suficientemente cerca, incluso abrí la boca para llamarle.

Pero la llamada se quedó helada en mis labios, pues en aquel mismo momento le oí a él. Salmodiaba las mismas palabras ininteligibles que le había oído en el camarote del buque, la invocación al Dios Helado, y si en aquella ocasión sus sonidos me habían ya sobresaltado, no puedo describir la impresión que ahora me causó, encerrado en aquel estrecho túnel dotado de por sí de un perverso efluvio que erizaba todos los nervios de mi cuerpo. Las palabras arcaicas e incomprensibles y, más aún, la resonancia de las mismas en mil ecos blasfemos, tuvieron la virtud de dejarme mudo e inmóvil, paralizado en medio del túnel, con la linterna desesperadamente apretada en mi mano como en protección contra algún inimaginable asalto.

«¡Asss-shaggai-thuss-asshaggai! ¡Shattaggai-rrmmm-shaggai!

»¡Iä, Yikkanthrog!

»¡Aaarh! ¡Asjtonei-ssizz-asshaggai!

»¡Iä, Yikkanthrog!»

Hubo una leve pausa... y luego mi amigo gritó. No fue ningún alarido terrorífico, ni de dolor. Simplemente un leve gañido, como de sorpresa, que se cortó

bruscamente. Después no volvió a oírse sonido alguno.

Esperé un tiempo indeterminado, sintiendo entrechocar mis dientes, y no de frío. Pero todo seguía igual, el túnel obscuro, la luz de la lámpara allá en el fondo... Quise gritar el nombre de mi amigo, pero no logré encontrar la voz.

Debía avanzar, debía hallar el lugar donde Bernstein había llegado, donde había pronunciado la invocación... Debía avanzar, y finalmente lo hice, lenta, muy lentamente, casi arrastrándome. Pero finalmente llegué a mi destino.

Me encontré en una amplísima sala, con las paredes formadas de hielo, que cubría la roca en todo su contorno. La luz de la lámpara iluminaba la estancia tan sólo en parte, no llegando al elevado techo, ni tampoco a los remotos extremos.

En el centro de la sala había un pozo de gran anchura, con un bajo brocal de piedra verdosa. Leves vapores azulados brotaban de sus profundidades, difundiéndose perezosamente en el aire.

No vi a mi amigo por ninguna parte. La lámpara había sido colocada cuidadosamente en el suelo, no lejos del brocal. Un profundo silencio reinaba, y las paredes de hielo semejaban espejos que reflejaban mi imagen distorsionada una y otra vez, como creando una colección de monstruos humanoides, más deformes cuanto más lejanos.

¿Habría caído mi amigo al pozo? Me asomé a él y la luz de mi linterna se perdió en sus fantásticas profundidades, sin alcanzar su fondo. Me pareció que allí abajo era más espeso el vapor azul, moviéndose aquí y allá y ocultando en ocasiones las lisas paredes de roca.

¡Cielos! ¿Tendría que descender allí abajo?

Pero no fue necesario. Al levantar los ojos del pozo y mover la linterna, vi de pronto el objeto. Por un instante no reconocí su verdadera naturaleza, pero luego la comprensión llegó a mi mente, y casi la destruyó.

Grité, grité y grité, hasta despertar todos los ecos de la montaña maldita. Y luego guardé silencio y me aproximé paso a paso a aquella cosa espantable que se erguía entre el pozo y la pared de la gran caverna, en tanto los ecos de mis anteriores aullidos continuaban sonando más y más apagados, trocados al fin en una especie de risa burlona.

Quizás estuve seguro entonces que el horror no podía alcanzar mayores cimas. Si fue así, me equivoqué por completo.

Pues mis ojos creyeron captar un leve movimiento más allá de aquello que me espantaba, y entonces pude ver en la pared de hielo el reflejo de lo que había quedado a mis espaldas.

Algo estaba saliendo del pozo.

Tan sólo pude ver la imagen deforme de lo que llegaba, y eso fue mi fortuna. Aun así, la cosa estuvo a punto de causar mi muerte. Me tambaleé y grité de nuevo, luchando con el salvaje impulso de volver la cabeza y contemplar directamente la entidad. Pero supe desde el primer instante que aquel gesto hubiera sido mi fin. No recuerdo cómo rompí la parálisis y me puse en marcha. Presiento que el cuerpo humano guarda insospechados recursos de energía, utilizables sólo en casos de extremo peligro. Me encontré de pronto corriendo por el túnel, con todas mis fuerzas, iluminando el camino con la linterna, que por suerte no había dejado caer cuando vi lo que vi. Un espantoso ruido me acompañaba en la carrera, pero pasó algún tiempo antes que lo reconociera como proveniente de mi misma garganta.

Aún me persigue el recuerdo de aquella huida en mis pesadillas nocturnas. Correr, correr sin cesar, con la mente a un paso de la locura, en un túnel siniestro que a veces me parecía el interior de un gigantesco tubo digestivo que intentara devorarme y asimilarme. Correr pensando en que quizá fuera perseguido, que quizá fuera alcanzado en el interior de la Tierra... Pero no ocurrió nada de eso, y salí fuera del túnel como un proyectil disparado por un cañón.

Algo me golpeó con mil manos, y un terrible trueno estalló en mis oídos. Había estallado la tormenta, y la naturaleza antártica estaba desencadenada como jamás nunca sospechara la ciencia para aquella época del año.

La obscuridad era absoluta, como si la noche polar se hubiera adelantado, y el terrorífico ventarrón lanzaba turbiones de nieve e hielo pulverizado contra mi cuerpo, casi derribándome.

Pero hubiera hecho falta algo más violento que una tormenta para detenerme. Empujé contra el impulso del viento, y aullé contra el aullido del huracán. Llegué al trineo, que se movía de un lado a otro y estaba en peligro de volcar, y de un modo u otro lo puse en marcha.

Lancé una última mirada a la montaña prohibida, y lo que vi o creí ver me hizo gritar de nuevo y acelerar el vehículo cuanto pude. Pues me pareció que, bajo el fulgor de los relámpagos, la montaña misma se animaba, y cobraba una forma antinatural, cuyo esbozo deformado yo había conocido demasiado bien. Luego todo quedó atrás, oculto entre el infernal revoloteo de los cristales de nieve aventados por el vendaval.

Fue un viaje diabólico, pues la tormenta crecía y crecía con el paso del tiempo. No dormí en absoluto en toda la fuga, pensando sólo en llegar al campamento y, más aún, de alejarme como fuera de aquello que dejaba a mis espaldas.

Finalmente pude ver las instalaciones del campamento, veladas por la tempestad. Pero justamente entonces, como si alguna voluntad malévola me hubiera dejado alcanzar casi mi meta antes de descargar el definitivo

golpe, la tormenta aumentó súbitamente, semejante a una fiera que se desencadenara. Pude ver cómo aquellos mismos elementos tecnológicos de los que llegara a sentirme orgulloso, los grandes helicópteros, los trineos, los tractores, las tiendas climatizadas... cómo todo ello volaba por los aires o era desgarrado y destrozado. Oí algunos gritos y vi algunas figuras, y luego mi propio trineo volcó, y giró una y otra vez como una hoja llevada por el huracán, hasta inmovilizarse en un tremendo golpe que me privó del conocimiento.

Sobreviví a la catástrofe, aún no puedo decir cómo, y fui recogido por la expedición de socorro que partió desde Pequeña América en nuestra busca. Otros no tuvieron tanta suerte, y sus cuerpos destrozados quedaron perdidos para siempre entre los desgajados hielos de la gran cordillera. El profesor Gerard Bernstein fue contado oficialmente entre estos desaparecidos.

Pero yo sé que la muerte de mi amigo no fue debida a la tormenta. Puedo decir que los antiguos mitos son ciertos, y que el dios Yikkanthrog existe verdaderamente, que ha existido desde siempre, y que, único de la abominable estirpe de los Grandes Antiguos, conserva su poder y su esencia, habiendo sobrevivido ileso al ataque de los Dioses Primordiales que habitan o habitaron en la constelación de Orión.

Puedo decir también que la humanidad conoció su poder en otros tiempos, y que el recuerdo deformado

del horror ha sobrevivido en mil leyendas. Los antiguos griegos oyeron hablar del espanto, y lo relataron de boca en boca, hasta desfigurar la esencia de aquella cosa inmencionable, de la entidad que tan sólo podía verse a través de un espejo, medusa o gorgona de cabellos en forma de... ¿serpiente o llamas?

Yo lo vi, vislumbré la abominación de otros astros, de estrellas diabólicas perdidas en otras dimensiones distintas a la nuestra, ajena a nuestra materia pero capaz de actuar sobre ella. Lo vi, y tan sólo por hacerlo en reflejo pude salvarme. Pero mi amigo Bernstein...

Puedo recordar aquella horrible cosa a la que me aproximé en el momento antes que el pozo mostrara su contenido. Era algo materialmente bello, una perfecta estatua de hielo transparente, azul y cristalina, con los brazos alzados enfrentándose al pozo.

Y sus facciones, marcadas por el asombro y quizá por la comprensión final, eran las del profesor Gerard Bernstein, catedrático de geología y arqueología en la Universidad del Medio Oeste de los Estados Unidos.

- - -

Los fantasmas defensores de la Tierra

La gigantesca nave en forma de cigarro puro apareció al amanecer sobre el Mediterráneo oriental, siendo detectada por los radares turcos. Inmediatamente se dio la alarma, transmitiéndose en el minuto siguiente a todas las bases de la O.T.A.N. en la región. El Pacto de Varsovia fue alertado algo más tarde, cuando las pantallas de radar del portahelicópteros «Moscba» denotaron la presencia de aquel monstruoso «OVNI» sobre las islas del Egeo. Aproximadamente una hora después, todas las

emisoras de radio interrumpieron sus programas para dar la noticia.

Los primeros momentos fueron de recelo y mutuas acusaciones. Los Estados Unidos y la Unión Soviética fruncieron el ceño y se miraron mutuamente con desconfianza. Luego fruncieron aún más el ceño y miraron a la China Popular con más desconfianza todavía. Los chinos, por su parte, les devolvieron con creces la mirada y la desconfianza.

Cuando la verdad evidente se abrió al fin camino, la desconfianza cedió paso al pánico. Aquella enorme nave no podía proceder de ningún país terrestre. Llegaba «de allá afuera», de los abismos misteriosos del espacio cósmico, y su venida podía significar cualquier cosa. El teléfono rojo entró en funcionamiento, y el tráfico en las comunicaciones internacionales se triplicó en las horas próximas al mediodía.

Entretanto, la nave continuaba su camino hacia Occidente. No iba excesivamente rápida, como si realizara una exploración exhaustiva del terreno o como si vacilara en la elección de su punto de aterrizaje. Finalmente descendió hacia el Sur *e* hizo su aparición sobre la blanca ciudad de Argel, sembrando el pánico entre sus habitantes. Su negra sombra se cernió sobre la ciudad moderna, desde el puerto hasta las primeras callejas de la Casbah. Quedó inmóvil en el aire como un gran dirigible inflado de gas.

No tardaron en hacer su aparición los primeros reactores de las Fuerzas Aéreas Argelinas. Una escuadrilla de Mig-21 atronó el espacio, trazando un tirabuzón en torno a la nave extraterrestre. Los pilotos tenían orden de no disparar sus armas en ningún caso, de manera que se limitaron a dar varias vueltas en torno al objetivo.

Pasados los primeros momentos de pánico, calles y terrazas aparecieron repletas de público. Se hicieron miles de fotografías, al tiempo que innumerables prismáticos y telescopios apuntaban a la inmóvil masa celeste. El murmullo de los comentarios y las conversaciones resonaba en toda la ciudad. Todos esperaban que la nave extraterrestre hiciese algo.

Y desde luego no se vieron defraudadas. De repente, las conversaciones se resolvieron en un unánime grito de terror exhalado por miles de gargantas. La nave no se había movido, ni nada parecía haber cambiado en ella. Pero los siete Mig-21 se desintegraron de pronto en el espacio, dispersándose sus restos en todas direcciones.

–¡Comandante Ran-Kulg! ¿Por qué ha hecho eso?

Rang-Kulg se volvió majestuosamente hacia el periodista. Desde el primer momento le había molestado su inclusión en aquella nave a su mando. Conocía y despreciaba aquella estúpida cadena de prensa, pacifista y llorona, opuesta siempre a los designios de grandeza de Klang y de la raza que lo

habitaba. Bien, debía soportar a bordo aquel estorbo, pero no pensaba dejarse influenciar en absoluto por él. Y se lo haría saber a las claras.

–Esos aparatos eran evidentemente hostiles para la seguridad de la nave –dijo con toda la ironía de que fue capaz–. He actuado completamente de acuerdo con los Reglamentos Navales...

–¡Esos aparatos aéreos ni siquiera nos habían atacado!

–Según mi criterio, su intención era agresiva –se mofó Ran-Kulg–. Y en esta nave mi criterio es el que prevalece. Informe a sus lectores como lo tenga por conveniente.

–Puede estar seguro de que lo haré –exclamó el otro, con rabia–. Eso ha sido pura y simplemente un crimen.

Ran-Kulg hizo un movimiento claramente despectivo.

–Repita eso y le haré encerrar. En esta nave mando yo, y no tolero que se discutan mis decisiones.

Una luz apareció en el comunicador principal. El comandante lo conectó y al momento llegó un parte oral procedente del puente inferior.

–Se nos está atacando con proyectiles explosivos. Llevamos contadas quince explosiones contra nuestra barrera de protección. En este momento detecto tres más.

Ran-Kulg se volvió hacia el periodista, triunfante.

–Sus pacíficos nativos...

–¡Naturalmente! –estalló el otro–. Usted les ha atacado sin previo aviso ni provocación por su parte. Se limitan a defenderse. Ha echado usted a perder toda posibilidad de un contacto pacífico.

–¡Al diablo el contacto pacífico! –replicó el comandante–. Estos primitivos imbéciles no necesitan sino un buen garrotazo que les enseñe quién es el más fuerte.

Se aproximó al archivo y pasó la mano sobre las colecciones de placas metálicas micrografiadas que contenían los Reglamentos Navales.

–Agresión no provocada por parte de los indígenas de un planeta en curso de exploración... La respuesta es evidente e incluye un escarmiento lo suficientemente enérgico como para que los nativos renuncien a cualquier futuro ataque a la nave o a sus tripulantes. Articulo ciento veinticuatro del Código de Exploraciones Interestelares. Dadas las circunstancias, estimo oportuno el uso del «nakla».

El periodista dio un respingo.

–Comandante Ran-Kulg, usted no puede desencadenar el «nakla» sobre una ciudad habitada –el horror no le permitía levantar la voz.

–¿No? –preguntó humorísticamente el comandante–. ¿Por qué no, si puede saberse?

–¡Porque eso sería espantoso! –gritó al fin el periodista–. Allí abajo hay miles de personas. Si el «nakla» cae sobre ellos... verán como sus cuerpos se desintegran lentamente en el aire, junto con todas sus pertenencias. ¡Sería horrible!

–Pues precisamente por eso voy a utilizarlo –rió el oficial–. Lo suficientemente horrible como para que los supervivientes de esa ciudad nos muestren el debido respeto cuando descendamos. Constituirá una saludable advertencia para aquellos que se han atrevido a dispararnos con sus cañones.

Sin hacer caso a las protestas del periodista, dio las oportunas órdenes por el comunicador. Al placer de aniquilar al enemigo se unía el del desprecio hacia a aquel estúpido y a sus sensibles ideas. ¿Acaso el glorioso planeta Klang había conquistado su imperio cósmico a base de altruismo y «respeto a los indígenas»? Cuando los nativos se dieran cuenta de quien tenía la fuerza, sólo entonces valdría la pena hablar con ellos y exponer las condiciones de la anexión.

Aún intentó el molesto periodista un último recurso a favor de la ciudad extranjera.

–¡Espere! –dijo–. Déjeme descender a mí solo en esa ciudad. ¡Le prometo lograr un acuerdo respecto a nuestro aterrizaje!

–Usted no forma parte de la tripulación de la nave –se burló el otro–. No puedo permitir que se ponga en

peligro. El método que voy a emplear es mucho más sencillo y seguro.

–¡Pero no puede usted cometer ese crimen!

–No, ¿eh? –preguntó el comandante; y gritó ante el micrófono–: ¡Ejecución!

Un terrible halo pálido surgió de la proa, cayendo de lleno sobre la ciudad. Estaban demasiado lejos para ver el espanto de las gentes, pero al poco tiempo vieron derrumbarse varios edificios, hundirse algunas de las embarcaciones ancladas en el puerto.

–¡Esto les enseñará quiénes somos! –gritó Ran-Kulg, excitado–. Si ha quedado alguien con vida, lo pensará dos veces antes de volver a atacar una nave klanguiana.

–¡La opinión pública se enterará de esto, comandante! –amenazó el periodista.

–¡Me importa un bledo la opinión pública! –exclamó alegremente el comandante–. Sé que el Almirantazgo me respaldará. Voy a dar al Imperio un nuevo planeta, y sólo los traidores se opondrán a ello...

–¡Yo me opongo a ello, y no soy ningún traidor! –se indignó el otro–. Esos indígenas tienen una civilización relativamente elevada.

–Su opinión no me interesa. Según la mía, la única que debe ser tenida en cuenta mientras mande esta nave, la gentuza de ahí abajo no alcanza el nivel de inteligencia suficiente como para poder ser llamada civilizada.

¡Opóngase, si gusta! Quizá su protesta llegue al Ministerio del Espacio dentro de un par de años, cuando aquí exista ya una floreciente colonia.

»¿Piensa que se cambiará de opinión entonces, y se repatriarán los nuestros, con los gastos que todo ello ocasiona... para dar gusto a esos estúpidos nativos?

–Su deber es dar un informe exacto y ecuánime sobre los nativos.

–¡Mi deber es contribuir a la gloriosa expansión del Imperio Klang... mi patria y también la suya, aunque eso le traiga sin cuidado! Y si para ello debo pasar sobre los cadáveres de cien millones de astrosos nativos... no tenga duda de que lo haré. ¡Ahora cállese un poco, para variar!

Pasando junto al indignado periodista, Ran-Kulg se dirigió de nuevo al comunicador.

–Teniente Rig-Kalash –llamó.

–¡A sus órdenes, mi comandante! –respondió en el acto el altavoz del comunicador.

–A usted le cabe el alto honor de colocar la enseña klanguiana sobre este nuevo planeta. Prepare para el aterrizaje su unidad blindada de desembarco. Nada más. ¡Piloto!

–¡A sus órdenes, mi comandante!

–No quiero que se tome tierra en medio de esta ciudad de carroñas. Busque algún lugar apropiado algo más al Sur. Nada más.

Conectó la pantalla de visión inferior, siguiendo con interés el progresivo alejamiento de la ciudad irradiada. Bajo la nave desfilaron amplias extensiones de territorio punteadas por algunas pequeñas aglomeraciones habitadas. Poco a poco éstas se fueron haciendo más raras, y por fin la nave voló sobre una extensión casi llana, interrumpida por extrañas formaciones geológicas que el comandante no pudo identificar.

–Mi comandante –llamó el piloto–. Podemos enviar las patrullas de desembarco aquí mismo, si no ordena otra cosa.

–¡Bien! Detengan la nave –dijo Ran-Kulg–. ¡Teniente Rig-Kalash!

–¡A sus órdenes, mi comandante!

–Inicie la rutina de desembarco. ¡Ejecución!

Dirigió una mirada al periodista, y de pronto se le ocurrió una idea.

–¡Teniente Rig-Kalash! –gritó ante el micrófono–. ¡Contraorden! Suspenda la rutina de desembarco.

–Rutina de desembarco suspendida, mi comandante –la voz del oficial denotaba una cierta perplejidad.

Ran-Kulg se acercó al periodista.

–Tengo una noticia para usted –dijo con suavidad–. Para proteger la seguridad de la unidad de desembarco, me propongo limpiar de toda vida nativa toda la zona en la que ésta tomará tierra.

El periodista dio un paso atrás.

–¡Lo hace a propósito! –acusó–. Está usted asesinando seres inteligentes tan sólo para contradecirme. Eso es...

Pareció no poder encontrar las palabras. Su indignación colmó de placer al comandante. ¡Que metieran periodistas en su nave! ¡Ya veían el caso que hacía de sus objeciones y sugerencias!

–Cumplo con mi deber, que es poner la vida de los klanguianos por encima de la de cualquier apestoso indígena –remachó.

Y dirigiéndose al comunicador, dio las órdenes oportunas, disfrutando de la furia y el espanto de su indeseado huésped.

Desde todas las torretas artilleras surgieron las radiaciones mortales. La zona fue recorrida en todas direcciones, hasta tener la seguridad de que todo indígena situado en ella había quedado definitivamente destruido.

–Una máxima seguridad en las operaciones es garantía de éxito –citó burlón el comandante, a beneficio del indignado periodista–. ¡Teniente Rig-Kalash! ¡Ejecución!

Los paracaídas de antigravedad se desplegaron allá abajo, y los grandes carros de combate iniciaron su descenso suavemente, listos para entrar en funcionamiento una vez llegados a tierra. De acuerdo con lo previsto en el Reglamento Naval, el gran navío de Ran-Kulg se elevó inmediatamente hasta colocarse fuera de la atmósfera, aunque en continua comunicación con la unidad de desembarco.

–Tomamos tierra –resonó en el puente la voz de Rig-Kalash–. Pongo en movimiento los carros de combate para adoptar una posición defensiva tipo seis.

«Nada había de qué defenderse», pensó Ran-Kulg, distraído. Pero las maniobras reglamentarias debían cumplirse, de todos modos. Deseó poder ver el acto de la toma de posesión, pero la pantalla visora era inútil a tal distancia. Debería conformarse con el relato del teniente.

–¡Atención! –exclamó de pronto éste–. He creído ver un movimiento justo bajo el carro número tres. ¡Doy la señal de alerta!

Ran-Kulg se inclinó hacia el micrófono, incrédulo. ¿Movimiento? En la zona de aterrizaje no podía quedar nada capaz de moverse. Esperó, mientras por el altavoz llegaban, confusas, las órdenes de Rig-Kalash a los tripulantes de los otros carros.

–Rectificación –informó al fin el teniente–. No ha habido movimiento alguno extraño. Se trata de una curiosa formación no orgánica, que el carro ha

desplazado hacia un lado. Inicio la ceremonia de la toma de posesión.

Ahora el teniente debía salir del carro y avanzar unos pasos, con la enseña de Klang en las manos. El comandante se emocionó, recordando las ocasiones en que él había hecho otro tanto en planetas desiertos o habitados por indígenas primitivos.

–En nombre del planeta Klang y de la raza que lo habita –inició el teniente la fórmula oficial– tomo posesión de este mundo, de su superficie, de su atmósfera y de sus profundidades, de sus tierras y de sus mares, y también de todos los seres vivos que moren en él ahora y en los tiempos futuros. ¡Qué así sea por siempre!

El comandante cerró los ojos, imaginando la gloriosa enseña klanguiana clavada en aquella nueva tierra... que desde ahora pertenecía al Imperio.

Pero la excitada voz de Rig-Kalash le sacó de su ensueño.

–¡Atención! ¡Advierto movimientos extraños ante mí! Vuelvo de nuevo al carro de combate y tiendo la barrera protectora.

Ran-Kulg se precipitó materialmente sobre el altavoz, incrédulo. Aquello era completamente imposible. ¡La zona había sido barrida concienzudamente! Y cualquier avión u otro aparato aéreo que llegara a ella

de improviso hubiera sido detectado por los mismos carros. ¿Qué estaba ocurriendo?

–¡Teniente Rig-Kalash! –llamó–. Le habla su comandante. ¿Han detectado aparatos voladores en las proximidades?

–En absoluto, mi comandante –respondió el oficial–. ¡Los movimientos son cada vez más cercanos, aunque muy confusos! He tendido la barrera.

Ran-Kulg sintió un súbito alivio. La barrera energética detendría cualquier radiación hostil, así como toda bala, granada u obús disparado contra los carros. Si un ser humano pretendía atravesarla sería desintegrado inmediatamente. El teniente y su unidad estaban a salvo de todo ataque exterior. Pero, ¿quién podría atacarles?

–¡Teniente Rig-Kalash! –habló de nuevo–. Examine con atención esos fenómenos de que me habla. ¿No pueden ser remolinos de polvo causados por el viento, o algo semejante?

–¡No es eso, mi comandante! –la voz de Rig-Kalash denotaba un cierto espanto–. Los veo ahora claramente. Son unos seres... u objetos de formas confusas. ¡Mi comandante! ¡Es increíble!

–¿Qué ocurre? –preguntó Ran-Kulg.

Advirtió la presencia del periodista, inclinado como él mismo sobre el altavoz, pero estaba demasiado nervioso para prohibírselo.

–¡Unos instrumentos los captan y otros no! La pantalla cuarta da tan sólo unas siluetas cambiantes, y la sexta no da nada en absoluto. Yo mismo no puedo verles con facilidad... ¡No son seres orgánicos! Parecen estar hechos de niebla... o de arena... ¡Que el Gran Principio nos asista! ¡Se acercan!

–¡Utilice los paralizadores sobre ellos, teniente! –gritó Ran-Kulg.

Hubo una pausa, seguida de un grito de incredulidad.

–¡Los paralizadores no les hacen ningún efecto, mi comandante! Han encajado varias ráfagas, pero pasan a través de ellos como si no existieran.

–¡Desintégrelos! –ordenó Ran-Kulg.

Un nuevo grito le respondió, éste francamente aterrorizado.

–¡Los desintegradores no les afectan tampoco! –aulló el teniente–. Les he disparado con las armas pesadas de los carros, tras bajar un instante la barrera. ¡Ah, algunas de las formas se retiran! Pero una de ellas sigue avanzando, se acerca... ¡Aaaaah!

–¿Qué ocurre? ¡Conteste, teniente Rig-Kalash! –gritó el comandante con todas sus fuerzas.

–¡Es algo horripilante! –gritaba espantado el oficial–. Una cosa en forma de ser humano, pero no construida de materia orgánica, sino de algo indescriptible. ¡Pero tiene brazos, y cabeza, y piernas! ¡Es el fantasma de un

ser humano, mi comandante! ¡El fantasma de un ser humano!

–¡Cállese, teniente Rig-Kalash, y no diga estupideces! –rugió el comandante–. ¡Concentre sobre ese ser todo el fuego de sus armas! Los desintegradores, los paralizadores... el lanzador de «nakla»... ¡todo!

–¡Lo estoy haciendo! –fue la desesperada respuesta–. Pero no obtengo el menor resultado... ¡Ah! ¡Ese... monstruo está haciendo algo extraño! Alza una de sus... de lo que deben ser sus manos y la hace girar... ¡Cómo si nos lanzara una maldición...! ¡Oh, no! ¡El carro número cinco ha lanzado una serie de chispas... y ha sido destruido! Veo brotar el fuego. El tripulante intenta abandonarlo...

–¡Cierre de nuevo la barrera, maldita sea! –gritó Ran-Kulg, como si pretendiera hacerse oír sin necesidad de comunicador.

–La barrera está activa, mi comandante. ¡La forma sigue agitando el brazo en movimientos circulares y...! –siguió un grito inarticulado.

–¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

–¡Ha muerto el sargento Rotum-Nesh, mi comandante! –respondió el oficial, con la voz cada vez más alterada–. He visto su cabeza saltar en pedazos... ¡el carro de combate se incendia ahora! ¡Mi comandante, la barrera energética no es obstáculo para

las fuerzas que nos atacan! ¡Sáquenos de aquí, por favor!

Ran-Kulg sintió como se posaba sobre su espalda la mano del periodista.

–Esos soldados van a morir –dijo éste–. Debemos descender para salvarlos.

–No puedo poner en peligro mi nave –respondió el comandante–. Los reglamentos me lo prohíben. ¿Pero qué es lo que está ocurriendo allá abajo?

–¡Mi comandante! –llegó la voz asustada de Rig-Kalash–. El carro número dos ha sido también destruido, por el Principio ¡sáquenos de aquí antes de que perezcamos todos! He puesto los carros en movimiento, pero esa forma es más rápida... ¡Ah! ¡He visto la enseña de Klang caer por tierra... completamente deformada!

–¡Procure retirarse, teniente! –ordenó Ran-Kulg–. ¡Disperse los carros!

–¡El monstruo avanza sobre nosotros! –respondió el teniente–. ¡Ha cruzado la barrera, sin sufrir ningún daño! ¡Oh, Gran Principio! ¡Está subiendo encima de mi propio carro! ¡Mi comandante, es... es horrible! No es un ser humano, ni está construido de materia viva... ¡Es horrible...! ¡No! Le disparo con mi arma portátil... ¡está ahora junto a mí! ¡Nooo...!

Siguió un chillido espantoso, y el comunicador calló definitivamente.

–¡Ha muerto! –exclamó el periodista–. ¿Qué clase de monstruos habitan este mundo? ¿Son acaso... fantasmas, como ha dicho el pobre Rig-Kalash?

–No –replicó el comandante–. ¡Los fantasmas no existen sino en la imaginación de las mentes supersticiosas! No sé lo que hay en este condenado planeta, pero voy a acabar con ello de una vez para siempre.

–¿Qué quiere usted decir?

–¡El Teirón! –gritó triunfalmente Ran-Kulg.

El periodista se le quedó mirando, con horror.

–¡No puede usted matar todo un planeta! –exclamó–. Ese monstruo puede estar aislado... ¡Debemos intentar un contacto con otras gentes... quizá encontremos la explicación!

–¿Qué explicación? –rugió el comandante Ran-Kulg, colérico–. ¿Es que no ha oído usted el relato del desgraciado Rig-Kalash? Son diablos los que moran en ese mundo maldito. Seres monstruosos invulnerables a todas nuestras armas. ¡Imagine que esos monstruos se extienden por el espacio y nos hacen la guerra! No sé si ese supuesto fantasma es un ser aislado, si el resto del planeta está habitado por personas como usted y como yo, hechas de materia orgánica y dotadas de nobles sentimientos... ¡Pero tanto si hay un solo monstruo como si el planeta entero está infestado de ellos... los destruiré! ¡A todos!

Se dirigió de nuevo al comunicador interno de la nave.

–No sé de qué materia estarán hechos esos diablos, pero lo cierto es que viven. Y el Teirón destruye el fenómeno vida, la misma esencia de la vitalidad... en todo el planeta. ¡Armamento! ¡Atención, armamento!

–¡A sus órdenes, mi comandante!

–¡Dispongan el Teirón!

Hubo una pausa.

–Con el permiso de mi comandante –replicó la voz–. Necesito una orden escrita para proceder.

–¡La tendrá!

Rápidamente el comandante Ran-Kulg manipuló en el micrograbador e introdujo la placa en el buzón apropiado.

–¡Reflexione un instante, se lo ruego! –insistió el periodista–. Se trata de destruir un mundo entero, de acabar con toda la vida existente en su superficie...

–Esos monstruos o fantasmas son los seres más peligrosos que nuestra raza ha encontrado hasta el momento en el espacio. ¡Deben ser destruidos! ¡Inmediatamente!

–¿Y la unidad de desembarco?

–Todos deben estar muertos a estas horas. Y si no lo están, tanto peor para ellos. El Almirantazgo me respaldará.

–¡Armamento al habla! –habló el altavoz del comunicador interior–. Hemos recibido la orden por escrito. ¡El Teirón está dispuesto!

–¡Láncenlo sobre el planeta! ¡Ejecución!

Allá arriba, sobre la capa atmosférica, una temblorosa luz verde escapó de la nave klanguiana. Como una centella de extraño color, cayó sobre la superficie terrestre, y allí se dispersó en un millón de corrientes chisporroteantes, que a los pocos metros se hicieron ya invisibles. Las radiaciones destructoras de la vida recorrieron en pocos minutos todo el planeta, no dejando inmune ni una sola pulgada de su superficie. Luego se consumieron por sí mismas, cumplida su misión asesina.

Allá arriba, en la nave, el comandante Ran-Kulg contaba los segundos en el cronómetro incorporado al cuadro de señales.

–Ya ha terminado todo –dijo con una cierta alegría feroz–. Enviaré una patrulla a explorar la superficie del planeta. ¡Teniente Ress-Kal!

–¡A sus órdenes, mi comandante! –respondió el comunicador.

–Tome el mando de la chalupa e inicie una exploración por la zona donde aterrizaron los nuestros. Pero visite primeramente la ciudad donde usamos por primera vez el «nakla». ¡Ejecución!

Se apartó del comunicador interno y ajustó el exterior a la frecuencia que le convenía. El periodista contemplaba todos sus manejos, con expresión hermética.

–¿Qué se siente después de haber asesinado un mundo entero? –le preguntó.

–La satisfacción del deber cumplido –contestó el otro, sin inmutarse–. Esas formas diabólicas constituían una amenaza para el Universo entero, y yo he destruido esa amenaza.

El periodista guardó silencio.

Pronto empezó a actuar el comunicador de larga distancia, recogiendo la voz del teniente Ress-Kal.

–Estamos sobrevolando la ciudad, mi comandante. Naturalmente, falta todo rastro de vida. Descenderemos en una gran plaza.

Hubo una pausa en tanto que el teniente atendía a la maniobra de la pequeña nave auxiliar.

–Aterrizaje efectuado sin novedad –siguió después la voz–. Gran cantidad de edificios se han derrumbado, pero no se ve ningún cadáver. Los nativos debieron encerrarse en sus casas antes de ser alcanzados por «nakla» o por el Teirón. Exploraremos algunas de esas curiosas viviendas...

Estalló un grito inarticulado.

–¡Mi comandante! –aulló Ress-Kal–. ¡Es imposible lo que está sucediendo! ¡Seres vivos, pese al Teirón! ¡Gran Principio, salen de las casas a miles, se acercan a nosotros! ¡Oh, no son seres humanos, son... algo inconcebible!

–¡Despegue! –ordenó el comandante–. ¡A toda máquina! ¡Pronto, si no quiere perecer!

–¡Son los fantasmas, comandante! –la voz del periodista era terrible–. ¿No lo comprende? ¡Son los fantasmas de los seres indefensos que usted ha asesinado, y que añora se alzan en defensa de su planeta natal!

Por una vez, Ran-Kulg no fue capaz de contradecirle.

–¡Atención todos los tripulantes! –gritó en cambio por el comunicador inferior–. Preparados para zarpar en cuanto la chalupa sea recogida. ¡Abandonamos este sistema!

La pequeña Fátima Butaleb había estado toda la mañana guardando el rebaño familiar, de forma que no pudo enterarse de lo que ocurría, ni puede que lo hubiese entendido aunque se hubiera enterado. A la suprema autoridad de sus trece años le había sido encomendada la guarda de otras tantas ovejas, y de ninguna manera podía abandonar tal responsabilidad.

Estaba buscando uno de los animales, extraviado tras de una pequeña colina, cuando vio los extraños objetos.

En realidad fue el desesperado balido de terror de la oveja lo que le hizo rodear apresuradamente la elevación, seguida de todo el rebaño.

Había siete objetos muy grandes, dotados de patas que parecían de metal, y cubiertos completamente de luces y bombillas de diversos colores. Eran tan extraños que Fátima ni siquiera tuvo miedo de ellos. Había venido a por su oveja y desde luego no se retiraría sin ella.

Avanzó con precaución, sintiendo a los restantes animales tras ella. No estaba lejos del primer objeto, cuando le pareció ver unos levísimos resplandores que brotaban de él, dirigidos evidentemente a su persona. Curiosa, continuó avanzando.

Sucedieron simultáneamente dos cosas. En primer lugar Fátima descubrió a la oveja, muerta y aplastada por una de aquellas patazas de metal. En el mismo instante, unos nuevos resplandores, éstos de un vivo color rojizo, se desprendieron de las misteriosas máquinas y cayeron sobre ella, produciéndole un fuerte y desagradable picoteo. Sintió como las ovejas balaban de espanto y se retiraban a todo correr.

En ese momento Butaleb pudo haberse retirado, haber huido de lo desconocido. Pero en realidad no sintió ningún temor, sólo una furia terrible. Aquellas cosas, fueran lo que fueran, habían matado una de sus ovejas y espantado al resto. No podía permitir que las cosas quedaran así.

La muchacha requirió la honda que siempre llevaba consigo. Había visto en cierta ocasión cómo su hermano Ahmed abatía un chacal con un arma similar y ella misma había practicado con la suya en las largas y aburridas horas del pastoreo, hasta adquirir verdadera maestría. Escogió un guijarro duro y redondo y, tras hacerlo girar rápidamente, lo proyectó hacia el objeto más cercano.

La piedra alcanzó de lleno el lomo de aquella cosa, haciendo saltar en pedazos un buen número de bombillas. Brotó humo y saltaron chispas en todas direcciones, iniciándose en el instante siguiente un crepitante fuego que envolvió el objeto.

Por un instante Fátima tuvo miedo de haber hecho algo irreparable, de haber destruido una cosa de gran valor y ser merecedora por ello de un severo castigo. Pero ninguna figura vociferante apareció para protestar del estropicio. La única reacción fue un aumento de los relámpagos rojos, dirigidos contra ella y contra las aterrorizadas ovejas que se alejaban a toda prisa.

Aquello acabó de enfurecerla. Bien, aquellas cosas querían pelea y la iban a encontrar. ¡Vaya si la iban a encontrar! Seleccionó una serie de guijarros y contempló con ojo crítico otra de las extrañas máquinas. En el centro de su parte superior brillaba un grupo de luces rojas, que le parecieron relacionadas con los molestos relámpagos. Las tomó como blanco y

las bombillas rojas saltaron en pedazos bajo una certera pedrada. ¡Buena puntería!

Fátima Butaleb estaba ahora poseída de una terrible furia destructora. Una detrás de otra, las piedras se estrellaban contra aquellas lámparas luminosas, lanzadas con infalible puntería. Dos de ellas hicieron arder el segundo de los objetos, en tanto que la tercera hacía trizas la mitad de las bombillas que cubrían otro de ellos. La chica advirtió de pronto una delgada placa metálica cubierta de jeroglíficos que alguien había clavado en tierra y de una magistral pedrada la hizo saltar por los aires completamente abollada.

Los objetos todavía intactos se habían puesto en movimiento, lo que la impulsó a salir en su persecución. Se movían torpemente, por lo que no tardó en alcanzar uno de ellos y trepar audazmente sobre su estructura, llevada por una temeraria curiosidad. Deseaba saber lo que eran exactamente aquellas cosas.

En el centro de aquel maremagnum de cables y lámparas había también un grupo de luces rojas, y fue al aproximarse a ellas cuando la muchacha recibió el susto más grande de su vida. Porque de repente las luces se alzaron y una figura plateada se enfrentó con ella, lanzando incesantes relámpagos escarlata por un tubo que sostenía en una de sus manos.

Chillando de miedo, Fátima Bataleb retrocedió, sintiendo en todo su cuerpo el escozor de las descargas. Pero al mismo tiempo, en un instintivo movimiento de

defensa, disparó hacia adelante un fuerte puntapié que alcanzó a la figura en plena cara, haciendo saltar en pedazos todas las luces rojas.

La figura quedó inmóvil, caída sobre el lomo del gran objeto móvil. La chica se arriesgó a examinarlo, y pudo comprobar que no se trataba de ningún ser humano, sino de un simple muñeco de gran tamaño. ¡Y eso era lo que la había asustado! Enfurecida se ocupó de no dejar entera ni una sola lámpara de las que lucían sobre la máquina. Cuando saltó a tierra, las llamas se alzaban ya de todas partes.

Quedaban en funcionamiento tres de aquellos objetos, pero mientras ella se ocupaba del anterior, ya habían tenido tiempo de dispersarse y alejarse. Como uno de ellos se dirigiera al lugar donde debían estar las ovejas, Fátima corrió tras él, temiendo por los animales.

Tardó algún tiempo en aproximarse, y ya buscaba con la vista una piedra apropiada, cuando de pronto todas las luces se apagaron, y la cosa se detuvo con una sacudida. Como ninguna luz volvió a lucir, ni ninguna parte del objeto a moverse, Fátima dio varias vueltas a su alrededor y luego partió en busca de sus ovejas.

Reunidas éstas y recogidos los restos de la que había sido aplastada, la muchacha volvió al escenario de los hechos. Allá a lo lejos, los dos objetos restantes también se habían detenido, y todas sus lámparas estaban obscuras. Fátima Butaleb pensó de pronto que aquellas máquinas debían haber sido muy valiosas, y

que quizá hubiese hecho mal en destruirlas para vengar la muerte de una simple oveja. Bueno, después de todo nadie la había visto. Rápidamente puso en marcha el rebaño y, llevando en brazos el animal muerto, abandonó el lugar de la lucha.

–¡Bien, estará usted contento! –acusó Ran-Kulg al periodista–. Esta vez sus queridos indígenas han ganado. ¡Han puesto en ridículo nuestras mejores armas de guerra y humillado toda nuestra potencia militar!

–Todo esto se podría haber evitado, comandante –respondió el otro–. Si hubiéramos intentado desde el primer momento un contacto pacífico...

–¡Al diablo usted y sus contactos pacíficos! –estalló Ran-Kulg–. ¡Un contacto pacífico con fantasmas, con engendros no vivientes!

–Usted dijo que no creía en los fantasmas –recordó el periodista.

–¡Pues ahora sí que creo, maldita sea! Esos seres de allá abajo sencillamente no pueden existir, no tienen derecho a ello. En todos los planetas que hasta ahora habíamos visitado, la vida indígena era parecida a la nuestra, construida a base de las únicas materias orgánicas posibles, el metal que conduce la electricidad y el plástico que la rechaza. Pero esos seres diabólicos del planeta... ¿de qué están hechos? De

polvo, de niebla, de aire... Hemos lanzado contra ellos el «nakla» que acelera la oxidación del metal hasta disgregarlo por completo en pocos minutos, los hemos atacado con paralizadores que interrumpen momentáneamente la energía eléctrica que es la base de todo metabolismo viviente, con desintegradores que hubieran debido aniquilar cuanto de metálico hubiera en sus cuerpos... Les hemos opuesto una barrera de energía que teóricamente debía detener toda radiación, hacer estallar todo explosivo y desintegrar todo metal que la intentara atravesar, incluido el de los proyectiles y también el del cuerpo humano. Y por último hemos usado el Teirón, la radiación inhibidora que reduce a la nada el mismo proceso de la vida... el mecanismo electrónico que compone todo cerebro vivo. ¡Lo han resistido todo! ¿Qué pueden ser sino fantasmas? Esos seres no han sido creados por el Gran Principio, por el Constructor de la Primera Fábrica Automática. No, ésos son los hijos del Caos, del Mal, de la Oxidación... Su sistema solar quedará prohibido para siempre al tránsito de naves pertenecientes a nuestro Imperio, y roguemos porque nunca sean capaces de salir al espacio y llegar a los humanos... esas horribles pesadillas.

El mundo se asombró ante la súbita huida de la gran nave. En los días siguientes, la Prensa de todos los continentes se ocupó de relatar los inexplicables fenómenos ocurridos en la ciudad de Argel, donde casi todos los objetos metálicos se habían corroído inexplicablemente, causando el derrumbamiento de muchas casas, el hundimiento de barcos y numerosas

víctimas que quedaron entre los escombros. Con este fenómeno se solía asociar la desintegración de los aviones exploradores, pero nada podía explicar el hecho de que todos los ordenadores y «cerebros electrónicos» del planeta se detuvieran al mismo tiempo, quedando luego irremisiblemente averiados.

Fueron muchos los argelinos que describieron el platillo volante que se posó en su ciudad para huir precipitadamente poco después. El hallazgo de siete extraordinarios vehículos tripulados por robots, en parte destruidos y en parte aparentemente intactos, suministró material de investigación para varias generaciones de científicos, que no lograron desvelar su secreto.

El conjunto de los sucesos ocurridos aquel movido día dio origen a muchas teorías. En general se pensaba que el fracaso de aquel primer contacto había sido puramente fortuito, y que los extranjeros volverían algún día, debiendo estar entonces todo preparado para establecer una relación verdaderamente amistosa.

Y fue así como año tras año, los grandes telescopios terrestres escudriñaron inútilmente la Galaxia, buscando la imagen de la gran nave en forma de cigarro puro que un día apareciera en los luminosos cielos del Mediterráneo oriental.

- - -

Pánico en el observatorio

¿Se trataba de una señal de muerte? ¿Era un aullido de amenaza? ¿De una expresión de triunfo? No lo sabían... Desde luego, lo que parecía claro es que ninguna criatura viviente hubiera podido lanzar un grito semejante, ni aún en la peor de las agonías.

Es muy probable que el relato que sigue no sea creído por nadie. En primer lugar por su propia extrañeza, y luego por el lugar donde el hecho sucedió, un lugar que para el vulgo parece constituir la antítesis de cualquier escenario siniestro o sobrenatural.

Los meteorólogos estamos comúnmente considerados como personas inofensivas que toman el pulso a la atmósfera, emiten sus predicciones sobre el tiempo, las más de las veces acertadas, las menos erradas (pese a lo que di¬gan los detractores), y no se me¬ten en peores dificultades, ni muchísimo menos en cuestiones de magia negra o misterios arcai¬cos. Un observatorio meteoroló¬gico suele ser una comunidad tranquila, donde si a veces se discute es simplemente para pa¬sar el rato entre mapa y mapa.

Precisamente nuestro observatorio, al mismo tiempo central, se halla situado en un lugar muy apa¬cible, sobre una colina rodeada de pinares, no lejos de los edificios universitarios, un hermoso enclave natural donde los domingos de verano no es raro ver a familias que vienen para celebrar en las inmediacio¬nes una comida campestre. A nadie se le ocurrió nunca pensar que en algún tiempo pasado dicha co¬lina hubiera sido utilizada para otra clase de fines.

Comenzaron los acontecimientos poco después de acabar una temporada de lluvias especialmente fuer¬tes («intensas precipitaciones», decimos nosotros). La rotonda de asfalto que rodeaba el edificio del obser¬vatorio se hallaba encharcada, el pinar aparecía como recién lavado, y en algunos lugares de la colina se habían producido corrimientos de tierras. Hacía un fresco agradable, y corría un suave vientecillo.

El observador de Meteorología William Peel y yo mismo, aprovechando una pausa en nuestro trabajo, habíamos acompañado a nuestra compañera Phillys St. George hasta su coche, y al marcharse ella rumbo a su habitual charla meteorológica en la televisión, paseamos unos minutos por entre los pinos más cer¬canos, todavía empapados con el agua de lluvia, que refrescaba nuestros rostros al rozarles.

No recuerdo ahora el tema de nuestra conversa¬ción, pero sí que fue interrumpido por el hallazgo que hicimos, y que fue lo que puso en marcha todo el proceso posterior. Fue William quien lo advirtió.

–¡Oye! –me dijo, quitándose de la boca su eterna pipa–. ¿Has visto eso?

Nos acercamos. Ante nosotros la tierra mojada se había deslizado colina abajo, dejando al descubierto una oquedad. Dentro de ella podía verse un objeto demasiado regular para ser una roca o una piedra, aunque, naturalmente, el barro que lo cubría ocultaba su verdadera naturaleza.

Nos picó la curiosidad y llegamos a chapotear en el fango para alcanzar aquella cosa que nos intrigaba.

–Parece una caja –dijo William, cuando la tuvo en la mano–. Una caja de hierro, o de otro metal...

–Una caja enterrada –bromeé–. ¿No podría contener un tesoro?

Le quitamos el barro frotándola con un manojo de hierbas. Era efectivamente una caja, más bien un co¬fre de metal oxidado. En lo que debía ser su tapa aparecían grabadas unas letras que me parecieron griegas.

–Pues un tesoro no parece –respondió William a mi broma–. Pero sí podría ser un hallazgo arqueoló¬gico. Puede ser que haya cosas enterradas aquí abajo de las que hasta ahora no hayamos tenido idea.

No sabía entonces lo terriblemente acertada que era aquella frase tan anodina. Ni yo podía tampoco saberlo, por lo que transferí mi atención al modo de abrir la caja.

No nos fue fácil hacerlo, pues el metal se hallaba, como digo, muy oxidado, y los goznes del cofrecillo estaban deteriorados. Hubimos de emplear un grueso palitroque a guisa de palanca, y hacer severos esfuer¬zos. Finalmente logramos nuestro objetivo.

El contenido del cofre nos sorprendió por igual a los dos.

–¡Una flauta!

Se trataba de un curioso instrumento de barro co¬cido, compuesto por siete tubos de diferentes tama¬ños. El artefacto parecía muy antiguo, pero se había conservado limpio y cuidado en el interior de su caja.

–¡Qué raro! –meditó William, sopesando el ins¬trumento–. Creo que a ésto se le llama un caramillo. ¿Qué antigüedad puede tener?

–No lo sé –repuse–. ¿Sonará todavía?

William limpió cuidadosamente la múltiple embo¬cadura con el revés de su mano, y luego se la llevó a los labios. Una nota semejante a un quejido se elevó del supuesto caramillo al soplar él en el primero de los tubos.

–¡Funciona! –triunfó–. Cada tubo debe repre¬sentar una nota. Hasta podría...

Se llevó de nuevo el instrumento a los labios y empezó a improvisar, o al menos eso me pareció al principio. Surgió una melodía, vacilante al principio, para afirmarse luego y continuar decididamente. Una música extraña, densa e insinuante, como nunca había oído yo antes, alzándose y descendiendo en súbitos altibajos, quejándose ahora lastimeramente para luego amenazar en tono grave, o imprecar en la nota más baja para después volver a empezar el motivo, siempre cambiante pero con un atisbo de repetición, de insistencia, de llamada.

Contemplé con cierto asombro a William. Parecía éste absorto en la música que estaba produciendo, ajeno incluso a mi presencia. Entre sus dedos el ins¬trumento parecía temblar, como dotado de vida pro¬pia. Una rara sensación se apoderó de mí. Me pareció oír murmullos y roces extraños entre los

árboles, y todo el familiar pinar adquirió de pronto un aire de irrealidad.

–¡William! –grité.

No me hizo caso, enfrascado en su música. Verda¬deramente asustado, le sacudí con fuerza, mientras volvía a llamarle. Finalmente logré apartarle de aquel éxtasis musical en el que se hallaba.

–¿Qué pasa? –gruñó, sobresaltado de pronto–. ¿Qué haces?

–Esa música que estabas tocando. ¿Qué era? ¿Dónde la has aprendido?

Parpadeó, como despertado de un mal sueño.

–¿Música? Simplemente estaba probando la flauta, recorriendo la escala.

Pero algo debía preocuparle, pues se quedó con¬templando el instrumento con cierta perplejidad.

Miré el pinar en torno a nosotros. Todo parecía haber vuelto a la calma. La extraña sensación de irrea¬lidad había desaparecido. ¿Habría sufrido una simple sugestión, provocada quizá por el sonido de aquel instrumento arcaico?

–Vamos –dije– tenemos trabajo en la sala de análisis.

Caminábamos hacia la entrada del edificio, cuando algo nos llamó la atención. Junto al caminillo secun¬dario que bajaba la colina, advertimos una gran

man¬cha en el terreno. No pudimos evitar acercarnos, y vimos lo que parecía ser la boca medio obstruida de un orificio en la tierra.

–Otro corrimiento de tierras por la lluvia –co¬menté–. Esta colina debe estar hecha una criba.

Pero William evaluaba la excavación con curiosi¬dad.

–La tierra ha saltado en todas direcciones –dijo–. Se diría... cómo si algo la hubiera empujado desde dentro.

Me forcé a reír con incredulidad, quizá para acabar de expulsar las sensaciones del momento precedente.

–Quizás haya salido algún monstruo subterráneo, algo así como un *morlock* de Wells –me burlé–. Vamos, que se nos hace tarde.

Más tarde recordaría aquellas palabras, dichas en tono de chiste. Resultarían también inconsciente¬mente reales, aunque no en el sentido que les di.

Habíamos penetrado ya en el vestíbulo, y nos dis¬poníamos a subir la escalera, cuando el sonido nos llegó. Allá afuera, en algún lugar de la colina, estalló un espantoso grito, un alarido terrorífico como nunca antes habíamos escuchado en ningún tiempo y lugar. Los dos quedamos paralizados en el sitio que ocupá¬bamos, como si toda fuerza hubiera abandonado nuestros músculos. Y así estuvimos un largo minuto después de apagarse los últimos ecos de aquel cla¬mor, sin siquiera atrevernos a volver la cara

hacia la puerta, mientras un silencio espeso parecía envolver todo el edificio y sus alrededores.

Luego, poco a poco, logramos reaccionar. Nos vol¬vimos muy lentamente, con el temor de advertir a nuestra espalda alguna cosa inimaginable, capaz de producir aquel sonido aterrorizador.

–¿Qué... qué diablos ha sido eso? –murmuró Wi¬lliam.

No encontré palabras para responderle. Aquí y allá se escucharon voces, se abrieron puertas y ventanas, y algunos rostros asustados asomaron a nuestra vista.

–¿Habéis oído?

–¿Qué ha sido ese grito?

–¿Qué ha pasado?

–Ha sido ahí fuera.

No había muchas personas trabajando en el edifi¬cio a aquella hora de la tarde, pero todas ellas habían sido conmocionadas por el fantástico alarido. No tardó en reunirse un grupo junto a la puerta, avizo¬rando temerosamente el impasible pinar.

–Parece como si hubieran matado a alguien –apuntó el portero, tan nervioso como cualquiera de los demás.

Pensé que había sido algo más que eso. Ninguna criatura viviente hubiera podido lanzar un grito se¬mejante, ni aún en la peor de las agonías. Por otra parte, tal como podía analizarlo, no se trataba de una

señal de muerte. Más bien de amenaza, o quizá de triunfo.

Pero no pudimos ver nada extraordinario, pese a que osamos aventurarnos entre los árboles. Poco a poco nos fuimos tranquilizando, y aún tratamos de encontrar alguna explicación natural al hecho que nos atemorizaba.

–Quizás haya sido algún estudiante –el observa¬dor Navarre, autor de la idea, señaló a los lejanos edificios de la ciudad universitaria, bajo nosotros–. Puede que se trate de una broma, de una gambe¬rrada... utilizando alguna clase de megáfono.

–Pues espero que no vuelvan a repetirlo –gruñó otro de los observadores–. Confieso que me han dado un susto de muerte.

Ya caía la noche, y regresamos al interior del edifi¬cio. Se acercaba la hora del relevo nocturno, y sentí que todos se alegraban de volver a sus casas dentro de unas horas, dejando tras ellos el recuerdo de aquel sonido indescriptible. Pero no era tal mi caso, pues el servicio de la noche me correspondía a mí también, y ello no dejó de inquietarme, aunque no podía tener idea de los fenómenos de los que iba a ser testigo en las horas nocturnas.

A punto de iniciarse el relevo, hablé con William sobre la flauta que habíamos encontrado. Sin saber por qué, vislumbraba una vaga relación entre aquel hallazgo y la cosa que después había ocurrido.

–Ese objeto puede ser de mucho valor –dije–. Conozco a un especialista en arqueología griega y romana. ¿Quieres que le enseñe la flauta y la caja? Seguro que él puede descifrar la inscripción de la tapa.

Vaciló un instante, mientras contemplaba en espe¬cial el instrumento, que por algún motivo parecía fas¬cinarle.

–Bueno, si quieres quédate la caja con la inscrip¬ción –dijo al fin–, pero creo que esta noche me llevaré conmigo el caramillo. Me gustaría practicar algo en él. Tiene algo que me atrae.

Estuve a punto de contarle la impresión que me había causado la música de la flauta, pero luego re¬nuncié a ello. ¿Qué hubiera podido decirle? Me quedé, pues, con la caja metálica, mientras él guar¬daba con cuidado el instrumento dentro de su car¬tera. Poco tiempo después se efectuó el relevo, y vi cómo subía a su coche y se alejaba hacia la ciudad. Nuevos compañeros iniciaron el servicio, y no sé si alguien entre los que salían comentó con los entran¬tes el asunto del grito en el pinar. Por mi parte me abstuve de hacerlo.

El servicio nocturno comenzó de forma rutinaria, sin que ocurriera nada inusitado. Dediqué unos mi¬nutos a tomar la frugal cena que había traído al efecto de mi casa, y luego inicié mi propia tarea, di¬señando el mapa previsto del Atlántico Sur correspondiente a la primera hora de la noche.

No había nadie sino yo en la oficina de Predicción Aeronáutica, aunque a través de la puerta abierta me llegaban las banales conversaciones de los compañe¬ros que trabajaban en la sala principal. No existía ningún elemento extraño en el ambiente, y las in¬quietudes de la tarde parecieron haberse marchado junto con William y su flauta desenterrada.

Estaba a la mitad de mi tarea cuando atisbé con el rabillo del ojo una sombra confusa en la ventana, al otro lado del vidrio. Pero quizá no le presté ninguna atención consciente hasta que me pareció que la cosa se movía.

Dirigí la mirada a la ventana en el momento en que la sombra desaparecía. Fue una visión instantánea y poco fiable, pero creí haber visto, para mi sobresalto, algo así como una gran cara deforme, con unos ojos que me miraban. Pero no pude jurar que realmente aquello fuera real y no fruto de una imaginación exal¬tada por los últimos acontecimientos.

Permanecí dudando unos instantes, tal vez con más temor que indecisión, pero al fin me decidí a levan¬tarme de mi silla frente al copiador luminoso y aso¬marme a la ventana. Nada extraordinario se veía afuera. Quedé contemplando durante un rato las obscuras fachadas de los bloques adyacentes, con sus ventanas apagadas, y el vapor que brotaba del zum¬bante aparato refrigerador del patio. Nada se movía allá abajo, y era imposible que nada ni nadie

hubiera podido encaramarse hasta la ventana, sin un roce y sin un ruido.

Pero alguna inquietud debió quedar reflejada en mi expresión, pues cuando me separaba de la ventana para volver a mi mesa de trabajo, entró en la oficina el ayudante aeronáutico Frank Barry, y me preguntó que si me sucedía algo. Le respondí negativamente, y ambos nos pusimos a la tarea, hasta terminar el pri¬mer bloque de información de la noche. Ningún fe¬nómeno nos interrumpió, ni volvió a aparecer en la ventana presencia alguna real o imaginaria, bien que no pude evitar llevar la mirada de vez en cuando ha¬cia allí.

Disponíamos ahora de un breve lapso de tiempo antes de que nos llegara nueva información y, llevado por un vago impulso, abandoné la oficina y crucé los desiertos pasillos del observatorio para descender hasta el vestíbulo.

Un rumor de voces atrajo mi atención. Allí estaba el meteorólogo predictor principal de servicio, que aquella noche era el doctor Sir James Castle-John, uno de los más veteranos del cuerpo. Sin duda había salido afuera para dar un paseo a su inseparable pas¬tor inglés, que ostentaba el aristocrático nombre de *Lord Byron*, y ahora conversaba a media voz con el sereno. Me aproximé a ellos.

–¿Ganado? –preguntaba Sir James con extrañeza–. ¿Ganado suelto por aquí a estas horas de la noche? No

tengo idea de dónde haya podido venir. ¿Usted está seguro de haberlo visto?

–He visto un gran animal que pasaba entre los pi¬nos –insistió el sereno–. Puede que fuera una vaca, o algo por el estilo. Pero por estos alrededores no hay ninguna granja.

–¿No sería alguna parejita perdida? –sonrió con picardía Sir James–. Muchas noches vienen en co¬ches para arrullarse por aquí, en la obscuridad.

–¿Con la lluvia y con todo lleno de barro? –pre¬guntó el otro, incrédulo–. Y además lo que he visto allá afuera no era ninguna persona. Era mucho más grande.

–Bueno –terminó el meteorólogo–. Si vuelve a ver algo que le parezca extraño, llámeme a la sala de análisis. Buenas noches. ¡Vamos *Byron*!

Observé entonces algo que me llamó la atención. *Lord Byron* era un perro alegre y juguetón, y en las actuales circunstancias hubiera debido estar pug¬nando por arrastrar a su dueño hacia fuera del edifi¬cio. Pero, por el contrario, su impulso parecía en aquel momento desarrollarse en dirección contraria, como si algo dentro del observatorio le atrajera. O como si algo de allá fuera le asustara o repeliera de algún modo.

Saludé a Sir James y le acompañé de nuevo hacia arriba, renunciando a la ojeada que había pensado echar por el exterior. En la conversación me referí al comportamiento del perro.

–Pues tienes razón –convino– *Byron* no es un perro miedoso, ni mucho menos. Pero esta noche le pasaba algo raro. Estuvo todo el tiempo intentando entrar en el edificio. ¿Qué te pasa, *Byron*?

El can se limitó a gemir suavemente. Sir James se encogió de hombros y, tras encerrar a su compañero irracional en su pequeño despacho personal, se diri¬gió a su propia mesa de trabajo.

Continuó transcurriendo la noche, lenta y cansa¬damente, con el habitual proceso, tantas veces repe¬tido, de la llegada de la información, la confección de mapas, la redacción de partes y de rutas, y vuelta a empezar. Era ya avanzada la madrugada, en «la hora de mayor obscuridad que precede al alba», cuando se produjo el más extraordinario de los acontecimientos misteriosos que se habían iniciado la tarde anterior.

Quizá me hallaba yo mismo algo adormilado, en la espera del siguiente ciclo de trabajo, cuando me des¬pabiló fulminantemente una babel de gritos y portazos procedentes de la sala de análisis. Crucé la puerta, mientras de todas partes acudía el resto del personal, sobresaltado.

Thery, la más joven de las observadoras, estaba sentada en uno de los sillones de la sala, visiblemente muy asustada, mientras su compañera Eleanor y algu¬nos otros componentes del turno intentaban tranqui¬lizarla y que explicara lo que le había

sucedido. El ambiente era de gran confusión, y todos se pregunta¬ban unos a otros por lo ocurrido, sin que nadie su¬piera dar razón.

Por fin, de las frases entrecortadas y confusas de la muchacha fue emergiendo un vago relato. Había des¬cendido Thery, como le correspondía aquella noche, para hacer la lectura de la caseta de instrumentos si¬tuada en el exterior del edificio, justo junto a la gran escalera de piedra que, por entre los árboles, bajaba hasta la carretera general. Todo aquel escenario es¬taba obscuro y solitario a aquella hora, pero la opera¬ción se había efectuado anteriormente centenares de veces y no había en ella nada de alarmante.

Según relató la chica, justamente cuando entraba en el pequeño claro donde se alzaba la caseta, había sentido que algo la tocaba en el hombro. Pensando que sería alguna rama de un árbol medio desprendida por el viento, intentó sacudírsela mientras desviaba los ojos maquinalmente hacia ella.

Lo fantástico del relato comenzaba entonces. De acuerdo con las palabras de Thery, ella había visto entonces que lo que la sujetaba por el hombro era una mano gigantesca de piel rugosa y uñas negras y pun¬tiagudas.

Gritó ella con todas sus fuerzas y logró soltarse con una brusca sacudida, tras de lo cual corrió a buscar refugio en el edificio. Tan sólo al llegar a la puerta se

atrevió a mirar atrás, y entonces le pareció ver una figura enorme de ojos fosforescentes, que dijo ser en todo semejante al diablo. No quiso enterarse de más detalles, y corrió escaleras arriba hasta entrar en la sala de análisis y alarmar a sus ocupantes.

Terminado aquel confuso relato, todos quedamos en silencio, contemplándonos unos a otros. Luego, tras cambiar apenas algunas breves frases, cada cual cogió el primer instrumento pesado o cortante que encontró a mano, y formamos un grupo de explora¬ción que descendió en busca de quien quiera que fuese el autor del susto de Thery.

Pero no encontramos nada anormal. En cambio sí pudimos escuchar, procedente de la lejanía, un grito emparentado con el que yo oyera la tarde anterior, si bien con un tono inequívocamente burlón. Pese a ser débil y remoto, logró helar la sangre en nuestras ve¬nas; tal era su naturaleza. Renunciamos a la expedi¬ción y volvimos a entrar en el edificio, cerrando y atrancando la puerta tras nosotros.

–Hay algo raro allá afuera –dijo uno de los ob¬servadores, inquieto–. No seré yo quién baje mien¬tras sea de noche.

–Señores –intervino el doctor Castle-John deci¬didamente– como autoridad superior en el centro, voy a llamar a la policía. Hasta que llegue nadie abandonará el edificio.

Fueron horas de espera temerosa, pero nada ocu¬rrió. Cuando llegó el coche patrullero de la policía, ya el pinar estaba iluminado por las primeras luces del alba. Escudriñaron por todas partes, pasando el pinar a peine fino, pero tampoco encontraron nada de interés. Les habíamos dicho que probablemente se trataba de un delincuente sexual, y ya antes de iniciar la búsqueda manifestaron que el tal debía haberse marchado mucho antes del amanecer. El único ha¬llazgo insólito pareció confirmar las palabras del se¬reno dichas a Sir James al empezar de noche, pues se descubrieron en el barro unas huellas de lo que pare¬cían ser pezuñas.

Cuando llegó el relevo de la mañana, ya la luz del Sol había animado algo a nuestro grupo, y la mayoría se había obligado a pensar que debía tratarse efectivamente de un asaltante sexual, quizá disfrazado de alguna forma. Pero en tal conformismo existían dos excepciones; la de Thery, que seguía sosteniendo que aquello que la atacó no tenía nada de humano, y la mía personal, pues yo había comenzado a establecer relaciones en¬tre todo lo ocurrido, y no las tenía todas conmigo. Cuando subí al autobús para abandonar el observato¬rio, no olvidé llevarme la caja metálica cuyo descu¬brimiento iniciara aquella absurda cadena de sucesos.

Mi amigo Héctor contempló fijamente las inscrip¬ciones, acercando la caja de metal a sus ojos.

–Es griego, desde luego –dijo–. Griego alejan¬drino. ¿Dónde dices que la encontrasteis?

–En la colina junto al observatorio –le res¬pondí–. No sabía que los griegos hubieran llegado nunca hasta aquí.

–Los griegos propiamente dichos no, pero sí los romanos, desde luego. En los tiempos de la decaden¬cia romana, el griego alejandrino era muy utilizado en los ritos de brujería y magia negra.

–¿Has dicho magia negra? –me alarmé.

Mi amigo asintió.

–Esta caja puede ser muy bien un objeto mágico, una especie de talismán. ¿Contenía algo?

Le describí la flauta de barro cocido, aunque sin hablarle del efecto que su música me había causado. Asintió él de nuevo, gravemente.

–Todo concuerda. Se trata de la *siringa*, la flauta de siete tubos propia del dios Pan. Aunque corrien¬temente suelen ser de caña, y no de barro ni de arci¬lla. Mira.

Recorrió con el dedo los caracteres grabados en la tapa de la caja.

–«*Oh, gran Pan de patas de cabra, dios del terror, señor de los mundos obscuros, donador del espanto, regidor de los placeres tenebrosos. Sabio debelador de*

lo desconocido, poderoso músico de extrañas me¬lodías, nosotros te invocamos».

–¡El dios Pan! –exclamé–. Pero yo le tenía por una deidad amistosa, que tocaba la flauta por los bos¬ques y perseguía a las ninfas, con sus amigos los sáti¬ros, los faunos...

–...y los egipanes –terminó mi amigo, son¬riendo–. Pero todo ello es una interpretación poste¬rior. El dios Pan es una divinidad muy antigua, ante¬rior a las mitologías griega y romana. Los griegos le identificaron con ese ser alegre y danzarín, quizás en¬gañados por la flauta que era su principal atributo. Incluso le inventaron diversas genealogías, una de ellas haciéndole fruto nada menos que de los amores culpables de la fiel Penélope con alguno de sus pre¬tendientes. Luego, cuando los romanos unificaron la mitología griega con la propia, se le identificó con divinidades campestres italianas como Fauno y Sil¬vano.

«Pero no. Pan es muy anterior a todo eso. Quizá procede de Egipto, e incluso de alguna civilización perdida anterior a la del Nilo. Su mismo nombre en griego primitivo es inquietante: Pan, la totalidad. Se le tenía en un principio por un dios extraño y tene¬broso, muy alejado del luminoso panteón olímpico. De su nombre, no sé si lo sabrás, deriva el término *pánico,* en el sentido de terror absoluto e incontrolable. Se decía que Pan era capaz de poner en fuga ejércitos enteros tan sólo con la voz, emitiendo gritos terroríficos.

Salté en la silla, sobresaltado.

–¿Cómo has dicho? –pregunté.

Mi amigo me miró con extrañeza.

–Que el dios Pan podía lanzar gritos tan terribles que ponían en fuga a los mas valientes guerreros. Los griegos narraban que en cierta ocasión hizo huir a los mismos Titanes, soplando en un caracol o, según otra versión, con su propia voz.

«Muchas sectas mágicas actuales tienen a Pan por un ser diabólico, que puede ser conjurado para otor¬gar poderes tenebrosos a sus invocantes. ¿Has leído *The great god Pan*, de Arthur Machen?

Negué.

–Pues en este libro se expresa la maldición que puede caer sobre una persona y su descendencia merced al sólo contacto con el dios Pan. En realidad la idea viene de muy antiguo. Ya has visto las frases invocadoras que alguien grabó en esta misma caja, hace millar y medio de años. Se le tiene por soberano de un mundo de maldad, violencia y tinieblas, coexistente con el nuestro, un mundo donde todo es bes¬tial, instintivo, perverso. Incluso se cree que el ame¬ricano Lovecraft se inspiró en su culto para idear los monstruosos panteones de los mitos de Cthulhu.

Se interrumpió para sonreír, como rechazando al reino de la fantasía todas aquellas elucubraciones.

–En resumen, un dios poco simpático ¿no te pa¬rece?

Apenas si pude responderle, pues mil locos pen¬samientos se agitaban en mi mente. Balbuceé una apresurada despedida y abandoné la casa de mi amigo Héctor, con la caja de metal bajo el brazo.

La flauta, pensé mientras caminaba al azar por las calles de la ciudad. Con la flauta había empezado todo. Aquella música demente que William Peel ha¬bía negado producir por su propia voluntad... ¿sería posible que hubiera despertado... algo? ¿Algo capaz de rondar por las noches entre los pinos, y de lanzar gritos terroríficos? ¿Algo procedente de las eras más arcaicas de nuestro mundo, quizá de mucho antes del nacimiento de nuestra humanidad?

Pugnaba por no creerlo, por pensar que debía ha¬ber otra explicación natural. Pero las palabras de Héctor seguían sonando en mis oídos. El gran dios Pan, señor de los mundos obscuros. La *siringa*, el sím¬bolo de la terrible divinidad, quizá la fuente de su poder y de su misma existencia.

Puede que no me hubiera arriesgado a hacer lo que hice de no estar mi mente abotargada por aquella no¬che en vela y llena de emociones. Por la tarde intenté tranquilizarme y dormir, diciéndome a mí mismo una y cien veces que todo aquello no podía ser sino una acumulación de coincidencias, que cosas así no po¬dían pasar en nuestro mundo real y racional. Pero

no podía cerrar los ojos sin que espantosas visiones sur¬gieran en mi mente.

Anochecía ya cuando recordé algo que me llevó al colmo de la inquietud. Aquella misma noche entraría de servicio William Peel, y quizá llevara consigo... Aquella sombra inquietante que vagaba por los pina¬res parecía buscar algo concreto, algo que le había despertado de un sueño milenario, y que quizá nece¬sitara de nuevo para desarrollar su poder. ¿Qué podía ocurrir aquella noche en el observatorio? ¿Y qué su¬cedería al amanecer, allí y en el resto del mundo, si la flauta de los siete tubos caía en manos de su legítimo poseedor?

El sueño huyó de mí, y me encontré en pie, pen¬sando en lo que había de hacer. ¿Podría un hombre solo enfrentarse con una divinidad?

Al menos debía intentarlo. Recordé el sonido de la flauta, y los gritos terroríficos. Quizás aquello fuera simple locura, pero me procuré algo para contra¬rrestar aquellos efectos. Iría en persona al observato¬rio, pues una llamada telefónica sería inútil. ¿Cómo explicar por teléfono lo que ocurría, lo que podría ocurrir con la caída de la noche?

La obscuridad ya era casi completa cuando el autobús me dejó frente a los últimos edificios universita¬rios. No había nadie a la vista, y me estremecía al pensar en el caminillo que debía ahora recorrer a pie, subiendo por la colina y rodeado de pinares susurran¬tes... entre

los cuales podía ocultarse aquello que yo buscaba. Pero ahora no podía echarme atrás. Quizá con un arma... Busqué a mi alrededor, pero sólo pude ver una gran piedra junto al camino. A falta de cosa mejor la cogí, pobre arma frente a un dios.

Fue temerosa la subida por el sendero, con el ful¬gor intermitente de la Luna, oculta a veces por negros nubarrones. Pero el susurro de la brisa en los pinares no se veía interrumpido por ningún rumor amena¬zante, por ningún grito extrahumano...

Fue otro sonido el que llegó a mis oídos cuando llegaba a la mitad del camino, un sonido que me de¬tuvo en seco, dejándome paralizado donde me ha¬llaba.

La *siringa*. La flauta de Pan.

Procedía, desde luego, del edificio. Quizá William la estaba tocando de nuevo, inconsciente del mal que la música podía atraer. Aunque, por lo que podía re¬cordar, quizá la flauta producía su propia melodía, y utilizaba al ejecutante como un simple servidor. De todas formas, pese a la distancia a la que sonaba, la música me producía un efecto superior y distinto a la primera vez. Podía llegar a dominarme.

Pero precisamente había venido preparado, o al menos eso esperaba, contra aquel efecto. Saqué del bolsillo los tapones de cera y, cómo hiciera Ulises frente al embrujo de las sirenas me obturé con ellos los oídos. El sonido de la flauta cesó para mí.

No hallé a nadie en torno al edificio ni tampoco en el vestíbulo, cuando empujé la puerta semiabierta. Avancé por los pasillos desiertos, cruzando junto a las puertas cerradas de los despachos. No podía escu¬char la melodía de la *siringa*, pero notaba una rara ondulación inmaterial que hacía vibrar mis nervios. La música estaba allí, aunque no pudiera dominarme.

Finalmente llegué ante la puerta de la sala de análisis. Quizás estaban allí todos reunidos, subyugados por el so¬nido de la flauta tocada por William. Necesitaba interrumpir como fuera aquel horrible concierto antes de que sucediera lo que yo temía. Empujé la puerta y entré de golpe.

Sí, estaban todos allí, extrañamente arrodillados, de espaldas a mí, encarando la flauta y aquel que la tocaba. Pero éste no era William.

Retrocedí con un grito ante la vista de aquella monstruosidad que se hallaba acurrucada al fondo de la sala, dobladas las patas caprinas bajo sí, con la *si¬ringa* en las poderosas manos de uñas puntiagudas y del color del ébano.

Ante mí, viviente, estaba el dios Pan.

Pude verlo a plena luz, con todo detalle. Su frente astada casi rozaba el techo, pese a estar el dios acu¬rrucado. Vi sus rasgos anormales, sus orejas termina¬das en punta, su severa barbilla, sus ojos crueles... éstos se fijaron en los míos, mientras la flauta conti¬nuaba adherida a su boca de demonio.

Con un sólo movimiento, todos quienes estaban en la sala se volvieron poniéndose en pie. Eran mis compañeros, mis amigos, pero ahora en sus ojos se reflejaba la misma crueldad de los de su amo. Me miraron y avanzaron hacia mí.

En un instante de locura pensé que aquellos hom¬bres y mujeres a quienes tan bien conocía no perte¬necían ya a la raza humana. Eran la gente de Pan, los primeros de las grandes multitudes mundiales que pronto se transformarían en bestias, iniciándose en el culto salvaje al nuevo dios. Me harían pedazos.

Tuve el pensamiento de la huida, bien que dema¬siado sabía yo que no había refugio, que dondequiera que me ocultara más pronto o más tarde sería alcan¬zado por aquello que había nacido de la colina. Y al mismo tiempo sentí una terrible furia contra el ser que de tal forma pretendía adueñarse del mundo al que yo pertenecía.

En un gesto que entonces me pareció fútil, alcé la mano y arrojé con todas mis fuerzas la piedra que había recogido junto el camino, a través de la sala, hacia la divinidad que la señoreaba. Aún sabiendo que ningún choque podría conmoverle, ni ningún arma mortal causarle el menor daño.

Y lo imposible aconteció. Puede que, si Pan vivía, alguna otra divinidad pudiera actuar en su contra, que una mano inmaterial y más que humana auxiliara la mía en el loco acto ofensivo, y guiara el proyectil en su

camino por el aire. Pues la piedra alcanzó de lleno la maléfica *siringa* de barro cocido, haciéndola pedazos en las mismas manos del monstruo.

Siguió una onda erizante que torturó mis músculos y mis huesos, y luego fue la conmoción. En una vi¬sión instantánea advertí cómo todos mis compañeros poseídos saltaban en el aire como alcanzados por una fuerte corriente eléctrica. Y luego la cosa me alcanzó, ignoro de qué forma. Un relámpago cegó mis ojos, me sentí alzado en el aire como por un huracán, y después fueron las tinieblas y la inconsciencia total.

Mis recuerdos embarullados fueron todo cuanto quedó de los acontecimientos ocurridos en aquella noche memorable, pues todos los demás asistentes quedaron privados de unas horas de memoria. No podían recordar lo que les había sucedido después de que iniciaran el servicio rutinario, y se asombraron cuando recobraron el conocimiento casi al amanecer, dispersos y tirados por el suelo como yo mismo, molidos y doloridos, pero de nuevo humanos.

El propio William encontraba difícil recordar todo lo referente a la flauta de siete tubos, e incluso los asistentes a los fenómenos precursores de la primera noche tenían extrañamente emborronados los re¬cuerdos sobre aquellos.

Pero una prueba había quedado. Allá, en el fondo de la sala, el objeto inexplicable, que desafiaba a toda teoría. La gigantesca estatua de mármol, tallada en un sólo

bloque, con inhumana maestría, según declararon los expertos. Una figura en forma de sátiro o de demonio de los bosques, con las manos junto al ros¬tro en actitud de tocar una flauta que no existía ya, fuera de algunos cascotes que se hallaron a sus pies. Una escultura cuya presencia constituía un enigma insoluble, pues para sacarla hubo que derribar parte de un tabique.

Hoy se la puede contemplar en el museo de nues¬tra ciudad. Y la expresión de maldad que hay plas¬mada en su rostro llega a asustar a algunos de los visitantes.

- - -

Lágrimas verdes de Leng

Ciertamente ni yo mismo puedo comprender por qué escri¬bo estas líneas, líneas atroces que, de ser leídas y creídas, no servirán sino quizá para desencadenar una ola de páni¬co en el seno de esta pobre e ignorante humanidad a la que pertenezco. Ni siquiera podrían tener la utilidad de un aviso, pues la cosa a que se refieren está más allá del poder humano, y la humanidad pudiera muy bien contemplarla como el condena¬do a muerte mira la guillotina, sabiendo que su fin vendrá de aquel instrumento, pero sin poder hacer nada por evitarlo.

¿Pero acaso sería creído lo que relato? No es probable, pues el género humano pocas veces cree en lo que le espanta. Acaso ni yo mismo me atreva a creerlo, quizá piense al fin y al cabo que se trata tan sólo de las elucubraciones de un anciano maniático, mi tío Archibald, hoy hace un mes desaparecido para siempre. Eso y unos documentos de dudosa autenticidad, unidos a lo que todo el mundo sabe, lo que publicaron todos los periódicos, pero que quizá sea tan sólo una terrible coincidencia. Más el testimonio de un hombre enloquecido por lo que sufrió allá en la lejana Asia.

En lo que a mí respecta, la historia empezó en la pri¬mavera de 1976, cuando sir Archibald Nobescue, tío paterno mío, me dio la sorpresa, de llamarme a su lado.

Digo sorpresa porque, como sabe todo el que lo cono¬ció, sir Archibald no se distinguía por su sociabilidad. Anticuario y coleccionista de fama mundial, su mundo estaba en sus colec¬ciones, que su inmensa fortuna le permitía buscar y agrandar sin límite. Viajero infatigable por toda la geografía mundial, cuando tomaba al gran caserón que era su morada inglesa, siempre traía consigo nuevos especímenes que almacenar en él.

Me parece verlo todavía, corpulento y fuerte, pese a su edad, que tan sólo se manifestaba en lo plateado de su pelo. Pausado y solemne, contemplándome mientras fumaba en su eterna pipa.

–Hay momentos en la vida, mi querido Roger –me di¬go en aquella ocasión–, que debemos compartir obligatoriamente con los demás. Y siendo tú la última familia que me resta, te he elegido para compartir las primicias de mi descubrimiento, un descubrimiento que muy bien pudiera crear un hito en la historia de la moderna arqueología.

Expresé convincentemente mi interés. No he de ocul¬tar aquí que precisamente el hecho de ser el último pariente con vida de sir Archibald había alimentado la esperanza de que su cuantiosa fortuna pasara un día a estas mis pecadoras manos. No me convenía, por tanto, echar a perder aquella primera muestra de confianza que mi tío se dignaba dirigirme.

Sir Archibald abandonó un instante la mesa en la que ambos estábamos sentados y regreso con una pequeña arqueta de madera negra, visiblemente antigua.

–La compré durante mi último viaje a Italia, a un anti¬cuario veneciano –dijo–. A un buen precio, pues el hombre creía, como yo entonces, que nada había en su interior. Pero más tarde, al examinarla con tranquilidad aquí en casa... ¡mira!

Abrió la arqueta que, en efecto, parecía estar vacía. Pe¬ro luego rozó brevemente con la mano el borde superior, y un doble fondo quedó al descubierto. No pude evitar el parpadear brevemente, como quien asiste a un truco de prestidigitación.

–*Voila* –rió mi tío, al notarlo–. Puedes contemplar

ahora lo que yo mismo vi al descubrir por casualidad el resorte oculto. De haber sabido el anticuario lo que este objeto ocultaba, ni por mil veces el precio que le pagué se hubiera separado de él.

Con todo cuidado extrajo de la cavidad descubierta lo que parecía ser un trozo de cristal verde, medio envuelto en un pergamino amarillento muy dañado por el paso de los años.

–¿Sabes lo que es esto? –preguntó sir Archibald, po¬niendo el cristal verde ante mis ojos.

Ahora sí que parpadeé, y creo que fui sacudido por un brusco respingo. De sobra sabía lo que era aquello que mi tío sostenía frente a mi rostro, pero no me atrevía a manifestarlo.

–Parece... parece... –logré balbucir.

–¡Es! –rugió triunfalmente mi tío–. ¡No parece, es la mayor esmeralda que ojos humanos hayan contemplado! Algo que ningún joyero ha llegado a soñar. Una joya de valor incalcu¬lable.

Diciendo esto, dejó caer el maravilloso objeto sobre la mesa, como si lo que acababa de decir careciera de importancia.

–Pero quizá más valioso que la propia joya es el per¬gamino que la envuelve. Creo que sabes leer italiano, de modo que saca tú mismo las conclusiones.

A duras penas logré separar la vista de la gran piedra

verde que centelleaba sobre la mesa para fijarla en el nuevo objeto que mi tío me presentaba. No me resultó fácil leer el texto que en él aparecía, medio borrado por la acción del tiempo y, en todo caso, escrito en un italiano antiguo, posiblemente de la época renacentista. Afortunadamente, no era demasiado extenso.

"Contempla la piedra, si gustas de ello. Mas no preten¬das jamás hablarla como lo harías con un hijo de Adán, ni mucho menos adorar al que en su interior mora. Pues el Enemigo se halla presente en todo el Orbe, y también aquí puede atender a quien imprudentemente le llame".

Alcé mis ojos hacia los de mi tío, sin comprender. Na¬da en aquel enigmático mensaje denotaba el valor que sir Archi¬bald parecía otorgarle. Personalmente jamás hubiera pensado en dirigir la palabra a una piedra preciosa, ni mucho menos adorarla, como parecía temer el ignorado firmante.

–Te comprendo, Roger ––¬dijo mi tío–. Tampoco yo otorgué mucha importancia al mensaje, por lo menos al principio. Pero luego reconocí "la letra" como algo que había visto antes, en algún lugar. Sabes que poseo una memoria fotográfica, y que mis conocimientos caligráficos no son desdeñables. Medité y cavilé bastante tiempo, pero al fin lo encontré. ¿Quieres acompañarme?

Le seguí por los largos pasillos del caserón, de cuyas paredes colgaban los más diversos adornos, cuadros, fetiches y viejas armas traídos desde todos los rincones de la Tierra. Pero sólo al llegar frente a la puerta de metal de la que tanto había oído hablar comprendí que mi tosco pariente estaba a punto de introducirme en su "*sancta sanctorum*", la biblioteca privada donde podían encontrarse, según se decía, volúmenes únicos de incalculable valor.

Se abrió la puerta y ante mi vista apareció una habita¬ción inmensa, con las paredes cubiertas de estanterías, donde se amontonaban libros de las más diversas apariencias y tamaños, encuadernados de multitud de formas, sin más punto en común que su evidente antigüedad y quizá, a ojos de un bibliófilo, un valor monetario que hubiera colocado a la mayoría fuera del alcance de personas menos acaudaladas que quien ahora me guiaba entre ellos.

Por dos veces las manos de mi tío acariciaron, y digo bien "acariciaron", las estanterías, sacando de ellas primero un libro de tapas amarillentas, visiblemente restaurado, y luego un gran volumen negro, a todas luces mucho más antiguo que el anterior. La visión de este último, sin que pudiera averiguar la causa, me causó un extraño repeluzno interior, como si de él emanara una fuerza maléfica inidentificable, pero no por ello menos real.

Pero mi tío dirigió su atención primeramente al otro, al libro amarillo, que resultó ser un manuscrito en

lengua italia¬na. Lo puso sobre una mesa y encendió un poderoso foco sobre él, de modo que hasta la última línea de lo allí escrito resaltara ante nuestros ojos. No soy un perito, pero creí reconocer rasgos similares al del pergamino hallado en el arca de la esmeralda.

–La misma mano escribió los dos textos –me confirmó sir Archibald–. No hay la menor duda sobre ello.

Cerró el libro amarillo, contemplando pensativo las ta¬pas.

–Este volumen estaría en un museo, a no ser por el he¬cho de que oficialmente se le ha tenido por apócrifo –dijo– se trata de la "Historia de mi estancia en Cambalú", comúnmente conocido como "Segundo Libro de Marco Polo".

–¿Marco Polo? –me asombré–. ¿El famoso explorador veneciano que...

–Que viajó a China en los tiempos del emperador Ku¬blai Khan, y que por primera vez trajo a Europa noticias fidedignas sobre el Celeste Imperio –terminó mi tío–. Ahora más que nunca tengo la seguridad de que el manuscrito es auténtico, que procede de la pluma del propio viajero veneciano, y de que fue también éste quien escribió la advertencia contenida en la arque¬ta.

–¿Crees que la gran esmeralda fue traída de China por Marco Polo? –pregunté.

–Dejemos que sea éste mismo quien nos responda ¬dijo

mi tío. Y abrió el libro, buscando una determinada parte del texto. No sin cierto esfuerzo pude leer lo siguiente:

"En el primer día del año, nuevamente el Gran Khan reclamó mi presencia en su palacio, recibiéndome con su acostumbrada magnificencia. Me habló con amor y confianza, como haría un padre con su hijo, preguntándome acerca de los últimos acontecimientos de mi estancia en la capital".

"A continuación, a una señal suya, un esclavo puso ante mí la más maravillosa joya que ojos humanos hayan contemplado en éste o en el otro extremo del mundo. El Gran Khan me indicó que se trataba de un regalo a mi persona, rogándome que lo conservara conmigo y que, cuando regresara a mi patria, lo llevara igual¬mente hasta allí".

"A mis preguntas, el emperador respondió de forma vaga que la joya estaba de alguna manera relacionada con un bárbaro culto a la fertilidad, cuyos miembros, por sus crímenes y excesos, habían sido exterminados por voluntad del Khan. Me dijo que no lejos de Cambalú existían muchas joyas iguales a la que ponía en mis manos, pero que por algún motivo no deseaba extraerlas de donde estaban, ni devolver junto a ellas a la que poseía. Y esa fue la única vez en que creí notar en el rostro del Gran Khan, señor de todos los pueblos del Asia, una expresión parecida al temor".

Sir Archibald tras asegurarse que había terminado de leer la parte que le interesaba, hizo correr las hojas, indicándome luego un nuevo párrafo:

"El jefe de la escolta que protegía la caravana era un veterano oficial tártaro de la Guardia del Gran Khan, llamado Ogotai. Observé que todo el costado siniestro de su rostro se hallaba quemado como por una antorcha".

"Impulsado por la curiosidad, cuando habíamos ya tra¬bado amistad, le pregunté por el origen de su herida, tras lo cual me miró con ojos de loco, dando muestras de gran espanto".

"Finalmente que contó que había formado parte de la expedición de que antes el Gran Khan me hablara, dirigida contra los magos o brujos que adoraban al diablo junto a una montaña situada a unas cien leguas a oriente de Cambalú. Si¬guiendo las órdenes del emperador, allí exterminaron a todos los brujos, sin que ni uno sólo quedara con vida. Me habló también de la joya que, sin él saberlo, yo llevaba conmigo, y me dijo haberla cogido su jefe como regalo para el Gran Khan. Pero cayó sobre ellos un gran desastre del que muy pocos se salvaron, y sobre el que nada quiso relatar. Tan sólo me dijo, temblando, que había visto al diablo al que los brujos adoraban, y por como lo describía, pensé ser el mismo Satán que Dios arrojó de

su Paraíso antes de la creación del mundo".

"Me confirmó también en la idea de que en la montaña que los brujos llamaban Meng-¬Leng, quedaban aún miles de aquellas joyas, que ellos decían ser las lágrimas del dios de la fertilidad al que adoraban, y que estaba presente en cada una de ellas. Al hablarle yo de si se podría ir a recogerlas, tembló de nuevo como si fuera una criatura en vez de un valiente veterano de la Guardia Imperial, y en lo sucesivo se negó a hablar más sobre el particular".

Mi tío, apenas hube terminado mi lectura, separó el libro amarillo de la mesa substituyéndolo por el otro, el gran libro arcaico de tapas negras que tan extraña impresión me cau¬sara antes. Y no en vano, pues entonces pude reconocer nada menos que el aborrecible "Necronomicón", la obra del árabe loco Abdul AIhazred, tantas veces prohibida por iglesias y go¬biernos y tantas furtivamente copiada y traducida en las profun¬didades de antros dedicados a cultos satánicos. Me eché súbita e inconteniblemente hacia atrás, como si mi tío hubiera colocado ante mí una culebra venenosa.

Mi tío debió advertir esta reacción, pero no dijo nada. Se limitó a abrir el libro, con todo el cuidado que pudiera em¬plear un arqueólogo ante un papiro egipcio recién descubierto en una olvidad tumba.

–Esta es la primera edición griega –explicó–. La de

Philetas, que lo tradujo directamente del original árabe en el 950 de nuestra era, cuando el emperador bizantino Constantino Porfirogeneta reinaba en Constantinopla. Es sin duda un ejem¬plar único, a la vez el más antiguo y el más completo de cuantos existen.

Encontró una página determinada y retiró una hoja de papel apretadamente escrita a mano, que había estado en el interior del libro.

–He traducido personalmente al inglés la parte que me interesaba, la referente a esa joya que marco Polo trajo del anti¬guo Cathai. Puedes leerla.

–La letra de mi tío no me resultó al principio más fá¬cilmente legible que el italiano arcaico de Marco el aventurero, pero poco me costó acostumbrarme a ella, y leer la traducción inglesa de una parte del más temido libro de la historia de la literatura humana.

"¡Y Ellos dominaron la Tierra! Y fueron Señores de las Aguas y de los Aires, de los Reinos Superiores e Inferiores, y del Fuego y las Profundidades. ¡Iä! ¡Iä! ¡Su Mano se extendió hacia las estrellas! ¡Su Mano se extendió hacia las estrellas!"

"Como el verano mata las nieves de la montaña, y como el aire veloz dispersa las hojas secas del otoño, así fueron Ellos muertos y así fueron Ellos dispersos por Al Janzah, el Gigante de los Cielos, y por Aquellos

Que En Sus Mundos Moran. Su Poder desapareció sobre la Tierra, y Ellos fueron muertos y dispersos, pues habían extendido Su Mano hacia las estrellas".

"Mas la nieve vuelve a renacer, y las hojas del otoño re¬tornan a volar en los cielos. Y pasado el tiempo del Gigante Celeste, Ellos regresarán para dominar la Tierra".

"¡Iä! ¡Shubb-Niggurath! ¡Iä! ¡La Cabra Negra de los Bosques de un Millar de Descendientes!"

"De Ella procede la humanidad, y los leones del desier¬to, y los camellos que cruzan sobre las arenas, y los pájaros, los peces y todas las bestias. ¡Iä! ¡Shubb-Niggurath! ¡Ella duerme y llora en el seno de Ngar, la montaña que es centro de la perdida Leng de los hielos! ¡Llora, y cada una de sus lágrimas lleva Su Imagen a los ojos de los hombres! ¡La Cabra Negra de los Bosques! ¡Iä! ¡La Cabra que ha de renacer cuando los tiempos lleguen, para extender Su Mano de nuevo contra Al Janzah!".

Apreté los labios, una vez acabada aquella incongruente lectura. ¿Acaso había alguna relación con el relato del vene¬ciano? No podía hallar a primera vista ninguna.

–No veo que quiera decir nada –me atrevía a manifes¬tar.

–¿Nada? –casi gritó mi tío–. Recuerda lo que Marco

Polo cuenta referente al oficial tártaro. ¡Meng-Leng, es decir, "el centro de Leng", la montaña que en sus tiempos fue llamada Ngar! ¡Las lágrimas del dios, cada una de ellas con su propia y aborrecible imagen! ¿Qué más relación puedes desear?

Colocó de nuevo los volúmenes en sus estanterías y me llevó otra vez hacia el salón donde antes habíamos hablado.

–Hubo una civilización perdida antes del comienzo de nuestra historia –dijo mientras volvíamos a recorrer los largos pasillos de su mansión–. Una cultura olvidada, con sus propios dioses, de los que habla el "Necronomicón" y otros muchos libros. Cthulhu, el Dios tentacular de las aguas; Ithaqqua, El Que Camina Sobre el Viento, Shubb-Niggurath, la Diosa de la Fertilidad... Y también se menciona a la perdida tierra de Leng, la meseta helada donde esos dioses eran adorados por seres infrahumanos.

Llegados al salón, sir Archibald, me hizo gesto de que me sentara, en tanto que él trasteaba en un armario, del que extrajo una especie de microscopio.

–Ahora estoy seguro –continuó– que la mítica Leng es¬tuvo situada en el Nordeste del continente asiático, abarcando los páramos manchurianos y todo el Norte de la propia China, en los tiempos de la primera de las glaciaciones. Y su centro, la montaña de Ngar, capital de su civilización y santuario de su principal dios... a cien leguas al Este de la Cambalú de Marco Polo,

"Khan Balig", la Ciudad del Khan, entonces como ahora capital de China, hoy conocida con el nombre de Pekín.

Colocó el microscopio sobre la mesa, y de nuevo extra¬jo la maravillosa esmeralda de la arqueta.

–Pero eso no quiere decir nada –me atreví a insistir–. Son tan sólo leyendas sin fundamento. ¡No existe la más mínima prueba...!

Pensé que se iba a enfurecer, pero no lo hizo. Por el contrario lanzó una risita mientras colocaba cuidadosamente la esmeralda en el objetivo del microscopio y encendía un peque¬ño foco lateral para iluminarla.

–¿Pruebas? ¡Mira por ese microscopio y las descubrirás!

Obedecí. Mi mirada pareció sumergirse en un océano verde y luminoso, al hundirse en el seno de la prodigiosa joya. Y allí, como aprisionado por el mágico cristal...

Grité y me aparté bruscamente, casi cayendo al suelo, incapaz de sostener la vista sobre aquello que anidaba en el inter¬ior de la esmeralda. Pues había posado los ojos en algo realmente espantoso, un ser blasfemo, una monstruosidad semejante a una cabra deforme... el más puro horror que imagen material alguna pudiera contener.

–¡Allí la tienes! –gritó mi tío, triunfante–. ¡Shubb¬-Niggurath! Las lágrimas de la diosa, cada

una de ellas con su imagen grabada, para espanto de los hombres.

Me volví hacia mi tío, intentando dominar el temblor que sacudía mi mandíbula.

–Pero... pero ¿cómo? –¬–balcuceé–. ¿Cómo es posible?

–¡No es posible! –rugió sir Archibald–. Ese trabajo efectuado en el interior de una esmeralda no está al alcance de nuestra técnica. Quizá con un modelo perfeccionado de láser sería posible lograr algo parecido. Pero recuerda... esa esmeralda fue traída a Europa hace seis siglos, y nadie puede saber "cuántos miles años" antes de eso permaneció reposando en el corazón de Ngar.

Con un gesto me indicó de nuevo el microscopio.

–¡Mírala de nuevo! –¬–invitó–. Contempla el producto de un arte, de una ciencia, incomprensibles para nosotros, el fruto de una civilización que reinó en nuestro planeta antes de que el hombre adquiriera el don de la inteligencia.

Instintivamente me eché atrás. Nada ni nadie podría obligarme a poner de nuevo la vista en aquella abominación que descansaba en el objetivo del microscopio. Mi tío notó el gesto y rió con ironía.

–Shubb-Niggurath –dijo, y su voz sonó como una ple¬garia–. No es propiamente una cabra, ni tampoco la imagen que se tiene del diablo, pero se parece más a la primera. El dios, o la diosa (pues está desprovisto de

sexo, pese a ser símbolo de la fertilidad) combatió en el alba de los tiempos junto con sus her¬manos Primordiales... en contra de los Dioses Arquetípicos, que moran en la constelación de Orión. Fueron vencidos y dispersos, y de la derrota de Shubb-Niggurath nació, deformado, el viejo Mito de la Caída. De allí surgió la imagen del Diablo, el Ángel Caído, el dios cornudo de los bosques... un Shubb-Nigguraht humanizado, aunque también solía representarse, más fielmente, bajo la forma del Macho Cabrío.

Me estremecí cuando mi tío aplicó el ojo al ocular del microscopio.

–Esa es la leyenda –afirmó, como hablando para sí mismo–. Pero el mito oculta la realidad, y la realidad son los restos de una civilización insospechada, allá en el interior de Ngar... algo que el hombre moderno no ha podido ni soñar...

Súbitamente separó la vista del microscopio para fijarla en mí y por un instante pude llegar a pensar que la monstruosa imagen de la joya había anidado en sus ojos, tan extraña fue la mirada que me dirigió

–¿Quieres venir conmigo, Roger? –preguntó de sopetón–. ¿Quieres acompañarme a Ngar, para descifrar los misterios de esa vieja civilización?

Pienso que, de no haber visto el interior de la esmeralda, mi respuesta hubiera sido afirmativa. Y aún entonces dudé algunos instantes. Pero fui finalmente

cobarde y me negué, balbuceando unas excusas. Pues en mi mente se hallaba presente la horrible imagen de lo que mi tío llamaba Shubb-Niggurath, y pensé que aquella montaña prohibida, además de los secretos de una antigua civilización, quizá contuviera algo más. No me gustaban en absoluto las referencias de aquel oficial del Khan acerca del desastre que se abatió sobre sus tropas ni sobre el hecho de "haber visto al diablo al que los brujos adoraban".

Fui cobarde, y con ello me salvé de la muerte o quizá de algo infinitamente peor.

En los meses que siguieron, vuelto a mis obligaciones en Londres, apenas si tuve noticias de mi tío. Supe, de forma fragmentaria, que se había puesto en contacto con ciertos elementos del exilio chino residentes en Inglaterra, man¬teniendo una breve correspondencia con otros radicados en Singapur y Hong¬ Kong, mientras preparaba paralelamente la lista de visados y permisos necesarios para viajar a la República Popular China. Y finalmente, iniciado el verano, me llegó la noticia de su marcha, junto con el ruego de hacerme temporalmente responsable de sus asuntos y depositario de sus bienes.

Como exponente de la actividad posterior de sir Archibald, poseo las dos cartas que me llegaron desde el antiguo Imperio Celeste. La segunda de ellas, desde luego, es posterior al horror con el que todo terminó, y me fue traída por el espantado francés al que luego me referiré, pero para mayor comprensión del relato

mencionaré su contenido antes de narrar los acontecimientos que con anterioridad a su llegada sucedieron.

La primera misiva debió ser escrita en Pekín, inmedia¬tamente después de la llegada de sir Archibald a la vieja capital. Tras narrar algunas anécdotas sin interés relacionadas con el viaje, pasaba a asuntos de mayor importancia.

"Si lo que me escribió Mr. Peng, de Hong Kong, es cierto, mi labor quedará grandemente facilitada. Se refirió a un templo adosado a la montaña, abandonado debido a ciertos sucesos ocurridos en los últimos años de la dinastía Ching. Un familiar del propio señor Peng edificó su vivienda sobre las ruinas, tras tapiar ciertos orificios existentes en el sótano, y la familia se ha mantenido allí, habitando la casa, cuya posesión les fue reconocida por la revolución maoista. Poseo varias cartas de recomendación y espero que la familia Peng no tenga inconve¬niente en dejarme excavar en el sótano. De otra forma el trabajo que me espera será ciertamente mucho más complicado..."

La segunda carta, llegada como digo después del desas¬tre, estaba fechada en la ciudad de Tangshan, y en ella mi tío se mostraba jubiloso.

"Mi querido Roger:

Apenas puedo dominar la impaciencia que me consu¬me. Hoy he visto la montaña de Ngar por primera vez y pienso que su aspecto no sería demasiado impresionante para quien no conociera lo que yo sé. Se ha edificado en sus alrededores, y hoy es el centro de un importante núcleo de población. En su cima alguien ha construido un pequeño quiosco rojo en forma de pagoda, y por sus laderas ascienden escaleras de piedra por don¬de suben y bajan constantemente numerosas personas. Sin poderlo remediar he pensado en la imagen de un dragón dormido en torno al cual juegan los chiquillos sin conocer su naturaleza ni temer su posible despertar".

"He hablado con el patriarca de la familia Peng, y ha accedido con facilidad a mis propósitos, máxime habiéndole enseñado las cartas de su pariente exilado y la requisitoria guber¬namental pidiendo para mí toda la ayuda posible".

"Está de paso por la ciudad un pequeño grupo de fran¬ceses, en su mayoría miembros de la Sociedad de Amistad Franco-¬China. Entre ellos he tenido la alegría de reconocer a mi viejo amigo M., interesado como yo en asuntos de arqueología. Le he hablado por encima de mis propósitos y creo que puedo contar con alguna ayuda por su parte, si bien me he guardado bien de mencionar la verdadera esencia de mis trabajos. Creo que esta misma tarde podremos comenzar".

"Puede que esta carta te llegue no por correo normal sino en manos del amigo antes mencionado, que viajará a Lon¬dres via París dentro de unos días. Tengo cierto temor a una posible censura gubernamental, pues ya sabes que el gobierno chino impide la salida de antigüedades de más de ochenta años, y lo que yo busco es evidentemente muy anterior a todo eso...".

Pero ya he dicho que el horror se desencadenó antes de que tal misiva llegara a mis manos.

Recuerdo perfectamente que el golpe me alcanzó en la tarde del 27 de julio, mientras charlaba despreocupadamente con algunos amigos en mi habitual club londinense. Luego me dije¬ron que de improviso palidecí mortalmente y caí al suelo sin conocimiento, pero personalmente no recuerdo nada de eso. Simplemente, para mí la escena cambió en un instante, borrán¬dose de golpe el interior del club y las personas que me rodeaban para ser substituidas por un escenario muy diferente.

Me encontré corriendo desesperadamente por unas negras galerías, apenas alumbradas por una linterna que yo mis¬mo empuñaba. Y pronto me di cuenta que el movimiento de mis piernas era ajeno a mi voluntad, así como el dominio de cual¬quier elemento de mi nuevo cuerpo, limitándome a contemplar por sus ojos, como inactivo espectador, lo que en torno al mismo sucedía.

Tenía, eso sí, la nebulosa consciencia de un terror in¬imaginable, de un espanto tal como nunca había soñado que pudiera existir. En un relámpago de comprensión supe que el cuerpo en que corría no era otro que el de mi tío, sir Archibald Nobescue, a la sazón en el otro extremo del mundo. Un sir Archibald desconocido, aterrorizado hasta la locura por algo que felizmente se hallaba fuera del alcance de mi conocimiento.

Contemplé pasar, como en una pesadilla, las pulidas paredes de aquellas catacumbas, cubiertas de mosaicos y graba¬dos inconcebiblemente antiguos, reproduciendo escenas de locura, paisajes de otros tiempos poblados de formas horrendas de las que apenas podía tener, por fortuna para mi mente, algo más que un momentáneo atisbo. Y de pronto oí los ruidos, por encima de los pasos atropellados de sir Archibald, y del extraño gañido que brotaba de su garganta que ahora era también la mía.

Algo nos perseguía en la obscuridad. Pude oír allá en las misteriosas profundidades que quedaban a nuestra espalda un rumor creciente, nada identificable con pasos humanos, pero que parecía corresponder a cierto tipo de persecución. Muy lejano, se oía también un nebuloso coro de sonidos chillones como de flautas o gaitas, mezclado con el trueno de unos distantes tambo¬res, y de pronto la galería entera comenzó a vibrar.

No pude identificar el sonido que me llegó entones,

pero sí darme cuenta que nada tenía en común con los escu¬chados anteriormente. Era un bramido de bajos tonos, pero cuya potencia hacía retemblar los subterráneos. Pensé en el hálito de algo gigantesco que despertaba, y por un instante compartí el loco espanto de mi tío. Y este oyó también el formidable clamor, y tuve la devastadora impresión de que *él sí que conocía el origen del mismo*. Pues lanzó un alarido, un grito que no parecía producido por garganta humana, y pretendió redoblar la velocidad de su huida. Pero en el mismo instante todo pareció estallar en torno al cuerpo que ambos compartíamos. La negra galería se retorció como un ser vivo, un insoportable trueno estalló todo a lo largo de ella y la lámpara que alumbraba el camino se rompió contra el suelo, apagando definitivamente su luz.

Percibí una explosiva sensación de terror supremo, de fugaz comprensión total, algo que una mente cuerda estaba muy lejos de poder soportar. Pero por fortuna todo fue instantá¬neo, pues de pronto me encontré en mi propio cuerpo, contem¬plando los ansiosos rostros de mis amigos, que me habían colo¬cado en un butacón. La experiencia apenas había durado unos minutos.

Nada quise decir acerca de ella, deseando que hubiera sido tan solo un desmayo, una pesadilla ajena a toda realidad. Mas pronto supe que no había sido así y que mi mente no había sido la única afectada por el acontecimiento. A la misma hora de mi desmayo,

correspondiente a la madrugada del 28 en el lugar donde se encontraba mi tío, diversos sucesos ocurrieron en Inglaterra, y también en el resto del mundo. Un famoso medium enloqueció en medio de una sesión de espiritismo, aullando palabras en lenguaje desconocido. Hubo pesadillas, ataques histéricos, visiones... Todos los sismógrafos del mundo saltaron bruscamente, indicando que un espantoso cataclismo se había producido en algún lugar del Asia Oriental. Miles de seres hu¬manos habían compartido la muerte y la destrucción con quien verdaderamente había sido culpable involuntario de su desenca¬denamiento.

Y luego fue la carta que antes mencioné, y el balbuceo horrorizado del viajero francés que me la trajo, y que no había podido borrar de su mente los horrores presenciados.

Hablaba aquel infortunado de mi tío, de cómo había ido junto con él hasta la casa de los Peng, de cómo habían logra¬do abrir de nuevo los viejos pasadizos que debían conducir al interior de la montaña y del hálito de amenaza que parecía surgir de los orificios nuevamente descubiertos. De cómo sir Archibald penetró solo en las profundidades de la Tierra, tras rechazar su no muy insistente oferta de acompañarle. De cómo esperó hasta bien entrada la madrugada, hora en la que decidió regresar al hotel en busca de algún auxilio. Y como antes de llegar allí, mientras caminaba por las semidesiertas calles, el espanto co¬menzó.

Al llegar a este punto las frases de mi interlocutor se hacían casi incoherentes, siendo difícil adivinar lo que dentro de su relato se refería a experiencias reales y lo que debía tenerse como visiones o extravíos de su mente alterada por la magnitud de la gran catástrofe. En vano le ofrecí mi hospitalidad, ya que prefirió regresar a su país inmediatamente, manifestando que su viaje a Londres se debía tan sólo a la promesa que había hecho a sir Archibald en el sentido de entregarme la carta, así como la obligación moral en que se creía de dar cuenta de la desaparición de su amigo.

Y así he permanecido a partir de entonces, dueño por herencia de la apreciable fortuna de mi desaparecido pariente, rico e independiente al fin, pero también inquieto, con la mente periódicamente asaltada por las oleadas del espanto y de la duda. He conservado la gran esmeralda, aunque nunca he podido decidirme a contemplar de nuevo el horror en ella encerrado.

También conservo las dos cartas de mi tío, junto con numerosos recortes de periódicos relativos a la gran catástrofe china, y que he leído y releído infinidad de veces, buscando un indicio que nunca logró hallar.

Una catástrofe como pocas veces ha caído sobre las ca¬bezas de los humanos, la ciega venganza de la Naturaleza contra la costra civilizada artificialmente sobrepuesta a la Tierra primi¬genia. ¿Ciega quizá? No puedo menos que dar vueltas en mi cabeza a los datos que se dieron a conocer sobre lo sucedido. Un terremoto que no fue anticipado por la red de

predicción de la China Popular, la mejor del mundo en su clase. Un terremoto sobre el que pronto se hizo el silencio, rechazándose toda oferta de auxilio exterior, incomunicándose la zona y censurándose las noticias procedentes de la misma.

¿Por qué? Tal vez porque el orgulloso pueblo chino quiso encajar el golpe como sólo los gigantes pueden hacerlo, solitario y confiado en sus solas fuerzas. O tal vez...

Tal vez porque el mundo moderno no podría resistir el impacto de la verdad, la revelación de lo ocurrido en tomo a la antigua Ngar que en tiempos dominara las extensiones heladas de Leng. El último horror que el viajero francés creyó vislum¬brar en la noche cataclísmica de muerte y destrucción. Aquella *monstruosa forma astada* que se recortó fugazmente sobre el cielo cuando la montaña prohibida se abrió y la destrucción descendió irresistible sobre la infortunada ciudad de Tangshan y las gentes que la poblaban.

- - -

La caverna del sueño

Han pasado exactamente siete años desde el día que el célebre arqueólogo español Gil Gámez Montalbán, el mejor amigo que yo haya tenido nunca, dejó para siempre este mundo.

Cualquiera pudo leer en la Prensa de la época la noticia de su muerte. Durante unas excavaciones en la región mesopotámica, mi amigo, poco aficionado al trabajo en grupo, abandonó un día el campamento llevándose consigo una buena cantidad de dinamita y algún material espeológico. Algunos naturales de la región oyeron la noche siguiente el estruendo de una gran explosión y Gil no volvió nunca más al campamento. Fue al día siguiente cuando se descubrió

lo que había sido la boca de una caverna completamente obstruida por miles y miles de toneladas de piedra, fruto de un apocalíptico derrumbamiento. No había posibilidad alguna de desescombro, pese a intentarse una y otra vez, siempre sin el menor resultado.

Una lápida existe hoy en día en el lugar del accidente, de cuyo origen no cabe la más mínima duda. Gil, amigo de los procedimientos rápidos, debió provocar el alud al intentar abrirse paso con dinamita por el interior de la caverna, en busca de algo que nunca se sabrá. Su cuerpo debió quedar enterrado por el aluvión de rocas, o quizá emparedado vivo en el interior de la caverna.

Esta es la explicación oficial de la desaparición de mi amigo. Existe otra, tan fantástica que el único hombre capaz de exponerla prefiere callar, temeroso de ser tomado por loco o, lo que es peor, incluso acusado del asesinato de Gil. Ya que hubo un testigo de los últimos momentos del arqueólogo, un testigo que puede relatar segundo a segundo los extraños sucesos que se desarrollaron en el interior de la caverna.

Ese testigo soy yo, el mismo que escribe ahora estas líneas, siete años después de aquellos inexplicables acontecimientos. Unas líneas increíbles que me guardaré mucho de divulgar en el tiempo que me quede de vida, pero que quizá después de mi muerte sean leídas por alguna persona que las podrá tomar por ciertas o no. A beneficio de ese posible lector, nada

puedo hacer sino asegurar con toda mi buena fe que en nada me he apartado de la verdad, por fantástica e inconcebible que dicha verdad pueda ser.

He aquí, pues, la historia:

Aquel año Gil y yo formábamos parte del equipo español destacado en Nubia, efectuando las ultimas y apresuradas excavaciones antes de que todo aquel territorio de tan inmenso valor arqueológico desapareciera para siempre bajo las aguas de la gran presa de Assuan. Gil y yo éramos viejos conocidos, y nuestra amistad databa de nuestros tiempos de estudiantes, no habiendo hecho sino afianzarse en los numerosos trabajos y expediciones en los que ambos habíamos actuado juntos desde entonces. Cada cual era el mejor confidente para el otro y así habíamos llegado a conocernos a la perfección.

Además de todo aquello, Gil me había salvado la vida hacía dos años, cuando la caverna marroquí en la que ambos buscábamos indicios de la presencia de hombres primitivos se vio inundada súbitamente por las aguas. Nunca pude olvidarlo y aquello creó un nuevo lazo de unión entre nosotros.

En los tiempos de aquella expedición a Nubia, Gil era un muchachote grande, fuerte, y extrañamente soñador. Muchas veces me había confiado el enojo que le causaba vivir en nuestra civilizada y prosaica época actual.

–Míralo –me había dicho en cierta ocasión señalando al azul Mediterráneo, durante nuestro viaje a Egipto–. Hoy lo podemos cruzar en unas horas y conocemos a la perfección todas sus orillas e islas. ¿No sientes un poco de envidia al pensar en los primeros navegantes fenicios? Para ellos todo era desconocido, arriesgado: cada isla ignota podía encerrar una trampa, cada nueva tierra una promesa... ¿No te gustaría haber vivido en aquella época, con todas sus posibilidades de aventura?

Su admiración hacia las primitivas civilizaciones llegaba a veces a convertirse en una obsesión. Aunque en ocasiones me burlaba de sus estrambóticos sueños, en mi fuero interno no podía tampoco dejar de comprenderle. Con un magnífico físico, mi amigo podía ser incluido en la extinguida raza de los héroes homéricos, vencedores de monstruos y conquistadores de ciudadelas. Sólo que ya no quedaban monstruos que vencer ni ciudadelas que conquistar. Sin duda, Gil Gámez Montalbán había equivocado la época de su nacimiento, y ciertamente que lo sentía por él.

Una vez me decidí a cortar por lo sano sus fantásticas ensoñaciones:

–No puedo comprenderte, Gil –le dije–. Comprendería que un profano tuviera esas ideas sobre la antigüedad, ¿pero un arqueólogo como tú? Demasiado bien sabes que las antiguas leyendas no son ciertas y que en esos imperios arcaicos con los que sueñas, por cada arriesgado navegante vivían cien esclavos que nacían, crecían y morían sin pena ni

gloria, en condiciones que hoy día nos parecen inconcebibles. Sabes perfectamente que un fuerte héroe homérico podía morir, y en ocasiones efectivamente moría, de una enfermedad que hoy nos parecería ridícula.

»No, querido amigo. No me vengas con lo de "cualquier tiempo pasado fue mejor". Ningún tiempo pasado ha sido mejor que el presente, que esta civilización moderna que a ti parece aburrirte.»

Por unos instantes el rostro de mi amigo se ensombreció, como si mis palabras hubieran dañado algo en su alma. Pero luego sonrió y volvió a ser el mismo Gil de los momentos buenos.

–¿Y el futuro? –preguntó.

No pude por menos de sonreír yo también.

–Eso ya es otra cosa –admití–. Si la ciencia no se engaña, dentro de un par de generaciones el hombre podrá repetir las exploraciones aventureras de antaño en unos lugares que dejarían asombrados a los antiguos navegantes cretenses y fenicios.

–¡El espacio! –exclamó Gil.

–Efectivamente –le repliqué–. Si tuviera elección y tantas ganas de aventuras fantásticas como pareces tener tú, escogería más bien una época futura que una pasada. Una época en que las naves espaciales surcarán nuestro Universo entre las estrellas y las nebulosas, explorando miles y miles de planetas y encontrando en

cada uno de ellos un mundo desconocido y sorprendente, quizá poblado por extrañas formas de vida, o dotado de fantásticas riquezas.

–Tienes razón –convino mi amigo–. ¡Ah, si el viejo sueño de la hibernación fuera posible...!

Ahora sí que me eché a reír francamente.

–¿Dormir mil años y despertar en otra época como si sólo hubieras estado una hora en la cama? ¿Te atreverías tú a ensayar un truco de esa especie?

–¿Y por qué no? –replicó Gil con la más alegre de sus sonrisas.

De momento, aquél fue el fin de la conversación. No podía yo imaginar que aquella idea absurda permaneciera latente en el extraño y un poco loco cerebro de mi amigo.

Continuamos con nuestro programa de trabajos hasta que llegó el día de la evacuación, el día en que las generosas aguas del padre Nilo irrumpieron en nuestros abandonados escenarios de excavación para formar el vasto mar interior que habría de llevar la prosperidad al moderno Egipto nasseriano, si bien a costa de ocultar para siempre muchos tesoros desconocidos de aquel otro Egipto milenario tan amado por nosotros los arqueólogos.

Un nuevo proyecto de investigación nos llevó inmediatamente a las fértiles tierras de Mesopotamia, cuna de una civilización tan antigua como la de los

faraones, pero mucho peor conocida. Allí habían florecido ciudades cultas y refinadas como la mítica Ur y la poderosa Babilonia, de proverbial fastuosidad. Según algunos científicos, no en otro lugar había existido el legendario Paraíso Terrenal, el origen de una humanidad que luego se había extendido a través de los desiertos continentes. Allí se disponía de un alfabeto escrito y se estudiaban las estrellas en los tiempos en que en Europa los peludos hombres de las cavernas se gruñían unos a otros y afilaban sus instrumentos y armas de piedra para dar caza al mamut y al peligroso auroche, en las inacabables estepas y bosques que cubrían todo un continente.

Las primeras excavaciones dieron resultados animadores, y no tardó en trazarse un completo plan de investigaciones y de experimentos que abarcaban una vasta región de pedregoso valle.

Unas agrestes colinas se alzaban no muy lejos de nuestro campo de operaciones, y no dejó de sorprenderme el interés que desde un principio sintiera hacia ellas mi amigo Gil. En varias ocasiones partió solo en dirección a aquellas elevaciones de terreno, regresando al cabo de unas horas con grandes muestras de excitación, que no obstante procuraba ocultar. Se mostró silencioso ante mis repetidas preguntas y al fin acabé por desentenderme del asunto, dedicándome por completo a mis propias obligaciones que no eran ciertamente pocas ni ligeras.

Finalmente fue Gil quien me buscó a mí. Sus ojos

brillaban con un extraño fuego y al instante comprendí que mi amigo había hecho algún asombroso descubrimiento del que quería hacerme partícipe.

–Antonio –dijo–, escúchame con atención. Creo que he descubierto algo tan fantástico que nadie ha tenido jamás idea de que pudiera existir. Tengo que pedirte un favor...

–Tú dirás –le dije, sin poder evitar contagiarme del entusiasmo de mi amigo, que ardía en sus ojos y hacía temblar sus manos; nunca antes le había visto de aquella manera.

–Quiero que me jures que no dirás nada de cuanto voy a mostrarte, sin mi permiso. Ni siquiera deberás informar a la comisión de estudios arqueológicos sin antes consultarme. Júralo.

Hice el juramento, un tanto extrañado de tanta ceremonia. Aquello que había descubierto Gil debía ser ciertamente algo poco corriente.

–Bien. Sígueme.

Como ya esperaba, el camino tomado por Gil conducía a las colinas, centro de la atención de mi amigo en los pasados días.

–Fue por pura casualidad que descubrí la caverna, de tal forma estaba escondida su boca entre los matorrales –me iba relatando Gil durante la ruta hacia nuestro objetivo–. Y no le hubiera tampoco concedido

demasiada importancia a no ser por la tablilla.

–¿La tablilla?

–Ahora la verás. La dejé junto a la boca de la caverna, para que nadie hiciera preguntas sobre ella. Tú mismo podrás traducirla.

Efectivamente, la boca de la caverna era casi invisible, oculta entre los ásperos arbustos que se amontonaban en los flancos de una de las colinas. Gil se inclinó un momento entre los arbustos y luego me tendió una tablilla manchada de tierra.

–Estaba medio enterrada en el flanco de la colina –dijo–. Posiblemente las últimas lluvias la pusieron al descubierto. Creo que no tendrás muchas dificultades para traducir su contenido.

Los signos grabados en la tablilla pertenecían al caldeo arcaico, muy anterior al predominio de los reyes asirios, una lengua cuyos orígenes se perdían en la remota noche de los tiempos.

–«Te encuentras ante la Caverna del Sueño» –deletreé lentamente–. «Pero este sueño es muy diferente al de la Muerte, y de ello no deberá quedarte ninguna duda.»

Miré interrogativamente a mi amigo.

–¿Has entrado ya en la caverna? –le pregunté.

–Desde luego. Acompáñame y verás lo que he encontrado.

Apartamos los arbustos y nos introducimos por la estrecha boca, apenas suficiente para permitir el paso de una persona robusta. Pero una vez en el interior, Gil encendió una linterna y me encontré en un túnel relativamente ancho y, lo que era más de extrañar, bastante limpio. Las paredes parecían de roca y el nivel del piso descendía poco a poco, haciéndome comprender que la caverna se hundía gradualmente en las profundidades de la tierra.

–No hay ningún peligro –me animó Gil–. Sígueme.

Iluminados por la luz de la linterna, avanzamos a lo largo del túnel. No se advertía ningún respiradero visible, pero el aire se mantenía respirable, si bien con un ligero olor indescriptible, algo que nunca había sentido en el curso de anteriores excavaciones.

–Estas cavernas son muy antiguas, inconmensurablemente anteriores al nacimiento de Cristo –me iba explicando mi amigo–. Casi al final de este túnel tropecé con un pequeño derrumbamiento, que debí desescombrar. Y no te quepa duda que el origen de ese derrumbamiento está a dos milenios de nuestra época actual, por lo menos. Así, pues, ningún fraude puede haber en lo que encontré al otro lado.

–¿Qué es lo que encontraste? –no pude menos de preguntar.

Pero mi amigo no quiso responderme, dándome a entender que muy pronto podría descubrirlo por mis propios ojos. El túnel se curvaba ahora hacia la

derecha, y los rayos de la linterna tropezaron de pronto con una masa de escombros apresuradamente retirados para dejar paso. Para mi sorpresa, una leve luminosidad azul parecía brotar del otro lado.

–¿Qué es eso? –pregunté, un tanto inquieto, pero Gil me empujó suavemente hacia adelante, haciéndome cruzar la barrera.

–Prepárate a recibir una gran sorpresa, Antonio –me dijo.

¡Y por Dios que la recibí! Apenas si pude darme cuenta de que ahora nos encontrábamos en una gran sala subterránea cuyo fondo no era alcanzado por los rayos de la linterna. Fue lo que había en esta sala lo que me hizo dudar de mi razón.

La luz azulada formaba una aureola impalpable en torno a un objeto alargado de metal igualmente azul, cuya naturaleza no pude descubrir. Unos pasos más me hicieron descubrir que el objeto alargado era en realidad un ancho ataúd abierto, en cuyo interior reposaba una momia.

Me volví hacia Gil, sin poder dar crédito a lo que mis ojos habían visto.

–¡Pero... pero... esto no puede proceder de dos mil años en el pasado! –le grité–. Esa gran caja de metal... esa luz...

–No, no puede proceder de las antiguas civilizaciones caldeas, tal como las conocemos –convino Gil–. Ni

tampoco puede proceder de nuestra propia civilización moderna. Esto es el fruto de una técnica mucho más avanzada que la nuestra, de una civilización perdida que floreció antes del nacimiento de nuestra historia. Ven, acércate.

Me llevó cerca del objeto incomprensible, y entonces pude advertir que la luz azul rodeaba el ataúd metálico como un velo transparente pero material. Gil llevó mi vacilante mano hacia ese velo, y pude notar la dureza de un obstáculo impenetrable.

–La luz forma una barrera completamente sólida –dijo Gil–. He intentado quebrantarla por todos los medios, pero me ha sido imposible. Quienes construyeron el dispositivo disponían de una sabiduría al lado de la cual nuestra ciencia apenas es otra cosa que una barbarie.

–¡Seres de otros planetas! –exclamé.

–Quizá.

Retrocedí un par de pasos, y de pronto pude darme cuenta de toda la importancia de aquel descubrimiento.

–¡Gil! –grité–. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Nuestros nombres serán famosos en los anales de la Ciencia. ¡Escucha! Por primera vez el hombre moderno entra en contacto con una técnica superior a la suya, llegada del espacio o de los abismos del pasado, no lo sé. ¿Te das cuenta...? –la enormidad del hecho acalló mi voz.

Pero mi amigo negaba con la cabeza.

–No, Antonio –dijo gravemente–. Recuerda tu juramento.

La sorpresa me hizo recobrar el habla inmediatamente.

–¿Mi... juramento? –tartamudeé–. Por amor del Cielo, ¿quieres decir que no vas a informar... acerca de este fantástico descubrimiento?

–Este descubrimiento puede ser importante para el mundo –dijo Gil–. Pero lo es mucho más para mí, amigo Antonio. Encontré otra tablilla, ésta de metal, en la que se descubren... Pero mejor es que la veas tú mismo.

Rodeó el inquietante objeto aureolado de luz azul y regresó un instante después con una placa de aquel extraño metal desconocido.

Me sorprendió la ligereza de la tablilla. Sus caracteres eran similares a los de la otra, por lo que fui capaz de traducirlos sin dificultad.

«Cuando la línea roja y el punto queden unidos, el fuego azul se extinguirá. Y todos aquellos que, vestidos con venda de lino, se tiendan en el lecho del Sueño, dormirán al abrigo de la vejez y de la muerte, navegando a través de las edades. Y despertarán en un tiempo extraño para ellos, maravillándose con lo que allí habrán de contemplar sus ojos.

Gil no me dio tiempo a meditar sobre aquella extraña

inscripción. Me cogió de la mano y me llevó al otro lado del ataúd.

–¡Mira! El punto rojo y la línea roja de que habla la tablilla.

En un costado del extraño féretro podía verse una circunferencia de color blanco, destacándose del metal azul que la rodeaba. El diámetro de la circunferencia estaba trazado en forma de una fina línea rojiza, y sobre aquélla, dibujado o grabado en el azulado material, destacaba un punto rojo y brillante.

–La circunferencia blanca gira lentamente –anunció Gil–. Lo he comprobado con un visor milimétrico, y también he calculado su período de rotación. Dentro de veintitrés días, el extremo del diámetro rojo coincidirá con el punto rojo que hay encima...

–¿Y qué crees que sucederá entonces? –le pregunté.

Gil sonrió, y sus ojos brillaron con aquel fuego aventurero que yo tan bien conocía.

–¿No has entendido lo que la tablilla de metal dice, Antonio? –dijo–. «...dormirán al abrigo de la vejez y de la muerte, navegando a través de las edades...». ¿No lo comprendes? El ocupante del ataúd no está muerto, Antonio. ¡Está en estado de hibernación, conservado por la máquina hasta su despertar en un tiempo futuro!

Retrocedí un paso, espantado.

–¡Así que es eso lo que quieres! –exclamé.

La mano de Gil cayó sobre mi hombro.

–¡Eso es lo que quiero! Esta época no es la mía, Antonio. Pertenezco al pasado, o si no al remoto futuro, cuando los hombres naveguen entre las estrellas. No sé quién construyó la máquina, ni el propósito de la misma. Tal vez una astronave naufragó en nuestro planeta hace dos millares de años y su ocupante decidió hibernar hasta que la embrionaria humanidad hubiera sido capaz de construir astronaves propias... que le llevaran de regreso a su hogar en las estrellas. No lo sé ni me importa... tan sólo sé que aquí tengo la oportunidad de realizar mi sueño.

Tragué saliva mientras el horror invadía mi mente al darme cuenta de que mi amigo hablaba en serio, de que verdaderamente pretendía embarcarse en aquella loca aventura.

–¿Es que te has vuelto rematadamente loco? –estallé al fin–. ¿Qué sabes tú de la verdadera naturaleza de ese artefacto? Si tu teoría es cierta, ese hombre que yace ahí dentro es un ser extraterrestre, con distinto metabolismo al tuyo. Tal vez antes de introducirse en el ataúd debió tomar alguna droga, prepararse médicamente de alguna manera... ¡Si te tiendes a su lado eso puede significar la muerte inmediata para ti!

–¡No! –rechazó mi amigo–. Existe la invitación. Antes de poner en marcha el aparato, el constructor grabó una tablilla en el lenguaje que los humanos hablaban en la época, les invitó a unirse a su aventura, a viajar al

más lejano futuro de su propio planeta. ¿No lo has leído? Ese mensaje va dirigido a los hombres de todas las épocas... va dirigido a mí. ¡Escucha! ¿Y si el ser del ataúd no fuera un extraterrestre, sino simplemente un aventurero de la antigüedad que sintió las mismas inquietudes que yo, y que se embarcó voluntariamente en esta travesía temporal? ¿Y si el constructor, humano o no, se limitó a dar a los hombres un camino, una puerta hacia el futuro, a donde su fantasía y su deseo de aventuras les llamaba?

»No, Antonio, no tengo derecho a rehusar. Y más aún, si tú quieres... puedes acompañarme en esta odisea. El recipiente, el ataúd, como quieras llamarlo, es muy ancho y en él podremos caber los tres...»

La monstruosa proposición logró ponerme los pelos de punta. Entrar en aquel féretro diabólico que podía matarme o, peor aún, proyectarme hacia un mundo extraño, un futuro poblado por monstruos, por gentes inhumanas dueñas de una ciencia inimaginable, pero completamente ajenas a mi forma de pensar y de vivir...

–¡Nunca lo haré! –grité–. ¡Y te impediré cometer esa locura!

–Antonio –la voz de Gil era ahora seca–. No hubiera querido recordártelo, pero tienes una deuda conmigo. Recuerda aquella otra caverna, en Marruecos. De no ser por mí ahora estarías muerto, y en recuerdo de ello te pido, ¡te exijo!, que me ayudes. No te obligo a seguirme, pero necesito tu ayuda para emprender yo

mismo el viaje. Estás obligado a prestármela.

Me eché hacia atrás un paso, luego dos. Y luego mi mente asumió todo el significado de las palabras de Gil. Sí, estaba en deuda con aquel hombre, y debía ayudarle a cumplir su voluntad. Todo ser humano tiene el derecho de elegir su propia vida y también, si puede, su propia muerte. Si todos los sueños y esperanzas de mi camarada se hallaban en aquel viaje insensato, no era yo quién para destruirlos o frustrarlos.

–Está bien, Gil –dije firmemente–. Cuenta conmigo.

Sentí el férreo apretón de manos de mi amigo, y en el acto éste empezó a explicar su plan.

–No sé cuánto tiempo se mantendrá apagada la luz azul, pero sospecho que muy poco, quizá sólo unos segundos. Creo que el tiempo está abolido en el interior de la aureola luminosa, y eso es lo que protege al durmiente y al mismo tiempo nos impide el paso al interior. Cada tres meses la barrera se abre, el tiempo vuelve a correr y el durmiente envejece unos segundos. Esos son los segundos que yo debo aprovechar para tenderme a su lado.

»La tablilla habla de vendas de lino. Las conseguiré y, con tu ayuda, me vendaré todo el cuerpo a semejanza del que yace ahí dentro. Todo debe estar ejecutado al segundo, o tendremos que esperar otros tres meses antes de intentarlo otra vez. Una vez restablecida la barrera, volarás la boca de la cueva para que nadie

pueda interrumpir nuestro sueño. Yo dejaré aquí dentro una buena cantidad de dinamita debidamente protegida, por si necesito abrirme camino hacia afuera cuando llegue la hora de mi definitivo despertar...

Así, en la obscura caverna donde lucía un objeto no construido por manos humanas, me fue revelando el plan del más demencial viaje que mente de hombres pudiera planear. Un viaje a través del tiempo en pos de un quimérico futuro de gloria y aventura...

Gil había traído la dinamita y un juego de pico y pala, para abrirse camino desde lo más profundo de la caverna, hacia el mundo exterior de los hombres del futuro. Yo le había aguardado intranquilo, en la boca de la caverna, preparado para desempeñar mi papel en el juego.

¡Había llegado el gran día! Según los cálculos de Gil, dentro de unas horas la línea roja coincidiría con el punto del mismo color y la barrera de luz azul se abriría ante nosotros. Todo había sido preparado perfectamente y si algo fallaba, no seríamos nosotros los culpables.

Cuando llegamos a la sala subterránea, ya la línea rozaba el punto fatídico. Gil se despojó de sus vestiduras y yo le ayudé a envolverse en las vendas de lino, hasta asemejarse en todo al ser que yacía dentro del aparato, vagando a través de los tiempos.

–Adiós, Antonio, viejo amigo –me dijo Gil, abrazándome; su voz sonaba extraña y apagada a través de los vendajes que cubrían su rostro–. Acabe como acabe esta aventura, mi agradecimiento por ti será eterno.

Sentí un nudo en la garganta mientras golpeaba su espalda cubierta también de tejido. Pero en el instante siguiente surgió una vibración indescriptible que llenó la sala entera. ¡La luz azul empezó a desvanecerse!

–¿Ha llegado el momento? –preguntó Gil, ciego tras las vendas que cubrían sus ojos.

–La luz se está apagando –asentí–. Vamos.

Cuando llegamos junto al artefacto ya no quedaba rastro de luz azul. La única iluminación de la caverna era proporcionada por la linterna de mi amigo, colocada en el suelo. Rápidamente, como habíamos ensayado una y otra vez, coloqué a Gil tumbado al borde del ataúd, paralelamente al ser del interior.

–¡Adiós, Antonio! –gritó de nuevo mi amigo.

–¡Adiós, Gil! –respondí.

Y le empujé al interior, saltando luego hacia atrás.

Recuerdo claramente que en el último momento sentí un atisbo de extrañeza ante algo que advertí. El cuerpo del ser dormido era «exactamente de las mismas proporciones» que el de mi amigo. Pero no tuve tiempo de establecer ninguna conclusión, pues lo

espantoso se produjo en aquel preciso instante.

Cayó el cuerpo de Gil hacia el del desconocido durmiente «y en el mismo momento el cuerpo del durmiente saltó a su encuentro». Ambas figuras vendadas chocaron de costado, se interpenetraron... ¡y las dos se desvanecieron como sendas volutas de humo!

Durante una décima de segundo quedé contemplando el maligno aparato, ahora completamente vacío, sin que mi mente aceptara lo que había visto. Y en la décima de segundo siguiente, cuando ya mi boca se abría para gritar, una terrible vibración estalló en el artefacto, lanzándome hacia atrás al mismo tiempo que la linterna se apagaba y todo quedaba envuelto en tinieblas.

Dios me sirva de testigo de que en aquella terrible obscuridad me pareció oír una demoníaca risotada y creí ver el fulgor de dos espantosos ojos amarillentos, situados a una gran altura sobre mi cabeza y con una separación monstruosa entre ellos. Rodé y rodé por el suelo, gritando sin parar, hasta quedar acurrucado en un rincón, con los brazos ocultándome puerilmente el rostro y la mente sumida en un océano de terror.

Nada se movía en la sala y fue así que finalmente conseguí tranquilizarme y abrir los ojos en las tinieblas. Ningún maligno par de ojos lucía en la obscuridad, de manera que llegué a convencerme de que todo había sido efecto del terrible choque. Me arrastré lentamente hacia donde habíamos dejado nuestros

equipos y logré empuñar la linterna de reserva, iluminando con ella la sala subterránea.

Nada había en ella. Ningún monstruo gigantesco me amenazaba, ni ser viviente alguno se advertía en toda la extensión de la gran caverna. También había desaparecido el artefacto, junto con Gil y el enigmático ser con el que su cuerpo se había fundido. Ningún rastro quedaba de su anterior existencia.

Llamé a mi amigo con todas mis fuerzas, haciendo resonar ecos burlones en las paredes de roca. Y luego perdí la cabeza y decidí vengarme en la caverna entera, en el túnel que nos había conducido hasta ella y en la misma colina que la contenía.

No hubiera sido buen arqueólogo si no hubiese tenido conocimientos de geología. Y así fue como coloqué las cargas de dinamita en los puntos que me parecieron más vulnerables de todo el complejo subterráneo. Empleé todo el explosivo, el destinado a cerrar la caverna y el que Gil se había reservado para su posible salida al exterior, en los tiempos futuros que nunca habría de alcanzar. Trabajé con la eficacia del maníaco y cuando, ya fuera de la caverna, produje la explosión a distancia, nada quedó de aquellas aborrecibles estancias subterráneas, barridas y sepultadas por toneladas y toneladas de roca y tierra desprendida. Antes de que nadie llegara al lugar de la explosión, yo ya emprendía el camino del campamento, dando un rodeo para evitar cualquier posible y enojoso encuentro.

La aventura había terminado, y nunca más volvería mi amigo Gil a conversar conmigo en los apacibles atardeceres ni a tomarme por confidente de sus inquietudes y soñadas aventuras.

Tales son los hechos que realmente sucedieron, y creo firmemente que nadie jamás encontrará la explicación exacta de los mismos. Pero yo, en el curso de estos siete años he creído forjar una teoría. Una teoría tan loca como la misma realidad que viví, pero que incluye hechos como la desaparición de los dos cuerpos al chocar entre sí, la extraña semejanza de los mismos y la impenetrabilidad de la barrera azul.

Y también la tablilla. Porque como único recuerdo de mi increíble aventura conservé la tablilla de metal azul que Gil encontró junto al artefacto de la cueva. Algunos científicos han examinado el metal de que está compuesta y no han sabido darme su nombre, quedando intrigados ante su incapacidad para analizarlo. Pero eso no me importa.

Tan sólo me interesa el mensaje que la tablilla encierra, la inscripción que he leído y releído cientos de veces, hasta vislumbrar todos sus posibles significados, «...dormirán al abrigo de la vejez y de la muerte, navegando a través de las edades...» Sí, navegando a través de las edades... ¿pero en qué dirección?

Gil había querido navegar hacia el futuro, pero no lo había logrado. ¿Y si el artefacto lo hubiera lanzado «hacia el pasado»? ¿Y si el enigmático durmiente no hubiera sido otro «que el propio Gil en su camino

hacia el pasado»?

Había visto yo dos cuerpos lanzándose uno contra el otro hasta fundirse entre sí y desaparecer. O bien había visto otra cosa muy distinta, el cuerpo de mi amigo caer hasta mitad de camino del fondo del ataúd, con el tiempo corriendo hacia adelante y luego, pasada la línea media, el mismo cuerpo llegando al fondo del ataúd, «pero con el tiempo corriendo hacia atrás».
Las implicaciones de mi teoría eran ciertamente enloquecedoras, pero inevitables. Gil había penetrado en el artefacto y había comenzado el largo sueño de hibernación que deseara, pero hacia el pasado, cada vez más atrás en el curso del tiempo. Habían coexistido dos Gil distintos, uno en el exterior de la barrera azul y otro en el interior, ambos coincidentes en el presente, pero uno de ellos avanzando en dirección pasado-presente-futuro y el otro retrocediendo en sentido futuro-presente-pasado. ¿Qué de extraño había en que la barrera de luz azul fuera impenetrable... en ambos sentidos?

Así, pues, el artefacto no había sido un regalo dejado a la humanidad para permitirle el viaje al futuro, sino un anzuelo lanzado precisamente desde el pasado para «pescar» un ser aventurero y decidido y traerlo a las épocas arcaicas. Quizá por aquel monstruoso ser que creí entrever en la caverna, al aparecerse para gozar de su triunfo. ¿Con qué designios? Quizá simplemente por curiosidad, puede que por simple juego.
¿Y cuál fue el destino de mi amigo? También para eso

creo tener una respuesta. Mi camarada Gil, Gil Gámez Montalbán, «Gil Gámez» había deseado una vida de aventuras heroicas, de hazañas legendarias. Y precisamente las más arcaicas leyendas de la Humanidad narran la historia de un héroe maravilloso, del primer gran aventurero de la historia, cuyas aventuras se desarrollaron precisamente en la Mesopotamia primigenia, en los tiempos de las primeras civilizaciones protocaldeas. Un héroe domeñador de dragones, conquistador de ciudades, buscador de la inmortalidad. «La leyenda de Gilgamesh».

¿Gilgamesh? ¿Gil Gámez? Tal ver una simple coincidencia fonética, pero en ocasiones pienso que quizá aquel gigantesco ser de la caverna no fuera tan maligno como al principio me pareció. Pienso que quizás mi amigo Gil Gámez Montalbán ha alcanzado el mundo al que en realidad pertenecía y en el que sus más locos sueños y anhelos se han convertido en realidad. Un mundo de gloria y aventura en los tiempos arcaicos de la Historia, cuando la humanidad era joven y violenta y las más increíbles hazañas eran posibles para los héroes de corazón ígneo que tuvieran la fuerza y el valor de intentarlas.

El mundo soñado por mi amigo, y que de todo corazón deseo que haya sido el que sus ojos vislumbraran al abrirse de nuevo en el mágico escenario de la Caverna del Sueño.

- - -

. . . y resucitó al tercer día

«Los dioses descienden de los cielos»

Robert Bowen, *Bob Bow* como sus amigos lo llamaban, hizo rugir su pequeña nave sideral sobre el continente. Una vez y otra describió pasadas cada vez más bajas, incrementando el bramido de los reactores

y cuidando que los tubos dejaran en la noche una brillante estela. Le interesaba que no quedara indígena alguno en mil leguas a la redonda que ignorara la llegada de la Nueva Era.

El planeta fue descubierto muy poco tiempo antes y era poco lo que se sabía de él, fuera del hecho de ser habitable y estar habitado. Y de otro hecho que no trascendió mucho, pero del que *Bob Bow* estaba enterado a causa de sus eficaces contactos en Exploración Galáctica. El planeta rebosaba materialmente de elementos uránicos, los minerales más valiosos del universo.

De no estar habitado el astro quizás se hubiese anunciado una subasta de explotación, subasta que podría haber ganado Robert Bowen de insistir lo suficiente y siempre que sus adversarios ignorasen la verdadera naturaleza del planeta... Pero la cosa estaba fuera de lugar, ya que el planeta poseía habitantes inteligentes.

Bob Bow rió para sus adentros. ¡Aquellas estúpidas leyes de protección al nativo! Su padre había arrasado ciudades enteras, tratado a latigazos a los indígenas de cien planetas, explotado, saqueado... ¡Así ganó la fortuna de la que ahora era dueño Robert! Pero las cosas habían variado y la Patrulla Sideral vigilaba severamente los espacios, protegiendo los derechos de los autóctonos. No bastaba ahora con ser brutal. Hacía falta ser inteligente.

¿El uranio era de los nativos? Bien, entonces sólo restaba convencerles para que lo cedieran. *Bob Bow* tenía por delante cinco meses para hacerlo, antes que la Patrulla regresara en viaje de inspección. No creía que le fuera demasiado difícil, dada su anterior experiencia en casos similares.

Tarareando una cancioncilla, Robert Bowen terminó la última pasada y luego se dispuso a iniciar la rutina de aterrizaje. Había seleccionado ya la más importante aglomeración de nativos, pero por un cálculo perfectamente estudiado prefería llegar a sus puertas con las primeras luces del alba.

El amanecer. La aurora rosada que rompe las últimas tinieblas de la obscura noche. El sol que se alza candente y glorioso sobre el horizonte anunciando que los terrores de la oscuridad han terminado y que un luminoso y alegre día comienza.

El amanecer. La hora propicia para la llegada de un dios.

« Los dioses son invulnerables e invencibles»

El gran poblado se hallaba rodeado por una empalizada cubierta de barro. Evidentemente todo indígena sorprendido fuera de ella por el retumbante aterrizaje de la nave se había apresurado a buscar refugio a su amparo, cerrando las puertas tras sus espaldas.

Bob Bow sonrió. Sabía perfectamente lo que Exploración Galáctica ordenaba para estos casos de toma de contacto con vida inteligente primitiva. Debía esperar pacientemente hasta que algún indígena más valeroso que sus compatriotas osara abandonar el refugio y salir a su encuentro. Pero *Bob Bow* no tenía intención de seguir las normas de Exploración Galáctica.

Avanzó con paso firme, sin ninguna prisa, figura solitaria en la llanura. Cruzó sobre los primitivos sembrados de los habitantes del planeta sin buscarlos ni esquivarlos, como si no existieran. Sintió algunas frutas o legumbres aplastarse bajo sus botas espaciales, mas no hizo algún caso de ello. Su único cuidado estribaba en no tropezar ni vacilar en su marcha un sólo momento. Los dioses no tropiezan ni vacilan.

Al acercarse a la empalizada pudo ver detalladamente

a los indígenas que se amontonaban en lo alto, asomando sus cabezas sobre el borde. Eran unos seres feos, pequeños, semejantes a monos. Hizo mentalmente una mueca de disgusto. ¡Monstruos asquerosos! Pero monstruos que tenían en sus manos, ¡en sus sucias patas, mejor dicho!, una de las mayores riquezas que conocía la Galaxia.

Bob Bow conocía alguna de las costumbres indígenas y había asimilado hipnóticamente su lenguaje. ¡Ventajas de sus contactos con Exploración Galáctica! Tuvo en sus manos ilegalmente el informe completo enviado por los descubridores del planeta, aprovechando de él todo cuanto deseó. Sabía que los indígenas poseían arcos y flechas y tuvo la esperanza que los usaran contra él. Pero de momento se vio defraudado.

¿Tenían los indígenas demasiado miedo para manifestar hostilidad? ¿O quizá eran «pacíficos y amistosos»? No importaba, ya que los planes de Robert Bowen estaban trazados y, quisieran o no, los indígenas deberían atacarle.

Conectó el pequeño altavoz portátil y se dispuso a hacer uso de sus conocimientos lingüísticos hipnoadquiridos.

–¡Perros! –gritó con todas sus fuerzas; la palabra era mucho más ofensiva en su versión indígena, y llevaba en su significado todo el desprecio del cual aquellos seres eran capaces–. ¡Perros! ¡Abrid las puertas a Robert Bowen, vuestro señor!

Simultáneamente empuñó su pistola energética, mas no como un arma moderna, sino más bien a la manera de instrumento arrojadizo. Dio resultado.

Uno de los indígenas, ofendido por el insulto o quizás alarmado ante lo que consideraba un acto de agresión, levantó sobre el borde de la empalizada su arco y disparó el dardo hacia el corazón del intruso.

«Buena puntería», pensó éste con ironía. La flecha silbó en el aire y fue a estrellarse contra el campo protector Severski-Holtz, que cubría todo el cuerpo de *Bob Bow*. Despuntada, cayó a tierra muy cerca de sus pies.

El comerciante alzó de nuevo la pistola, ahora en su posición normal, e hizo fuego. Su puntería resultó tan óptima como la del indígena del arco, de manera que éste se disolvió en una brillante llamarada, en compañía de otros varios que para su desgracia se encontraban próximos a él.

–¿Osáis atacar a aquel que os ha creado? –rugió Bob Bow, haciendo retumbar el aire con su voz amplificada–. ¡Paso a Robert Bowen!
Liberó una nueva descarga de energía y la puerta de madera saltó en llameantes pedazos, mientras los indígenas se arrojaban desde la empalizada al interior del poblado, aullando presas de pánico.

Con el mismo aire majestuoso con que se aproximara a la empalizada, *Bob Bow* cruzó el humeante umbral para penetrar en el pueblo.

«Los dioses son implacables»

Miles de ojos aterrorizados contemplaron el paso de Robert Bowen por la calle principal del pueblo. El comerciante estudió desde el aire la disposición del mismo, habiendo visto la gran edificación que no podía ser sino un templo o un palacio. Se dirigió hacia él.

Hubo una agresión. Una lanza golpeó furiosamente el campo protector sobre su espalda, rebotando con fuerza. *Bob Bow* se volvió como un rayo y, al introducirse el agresor en una de las toscas viviendas, calcinó totalmente ésta hasta convencerse que nadie podría permanecer vivo entre sus ruinas.

Continuó el avance lenta y tranquilamente. El olor del poblado primitivo le hizo arrugar la nariz con disgusto. ¡Pensar que debería permanecer meses enteros entre aquellos sucios animales!

La gran casa resultó ser el palacio, edificio de gobierno o residencia del cacique. Éste en persona lo esperaba ante la escalinata, con un aire de dignidad que no lograba disimular el atroz miedo que lo devoraba.

Bob Bow avanzó hacia él sin variar de paso, como si todo el tiempo del universo estuviera a su disposición. Era vagamente consciente del peso de mil miradas

furtivas sobre su cuerpo.

–¿Eres tú el jefe de esta comunidad que se ha atrevido a alzar su mano contra Robert Bowen? – preguntó al llegar ante el indígena.

Éste reunió valor para hacer el gesto que entre los de su raza indicaba el asentimiento. Fue el último movimiento de su vida.

Bob Bow permaneció un momento mirando la vaga nubecilla de humo que era cuanto quedó del desaparecido cacique. Luego, sin volverse, conectó el visor de su muñeca con el objetivo situado en la nuca. Tuvo así una clara vista de todo lo que ocurría a sus espaldas, de los rostros aterrorizados que contemplaron el fin de su líder. En una de aquellas caras observó los tatuajes rituales que identificaban a su poseedor como un jefe de importancia.

–¡Tú! –llamó sin volverse– .¡El que se oculta tras la tercera columna del edificio de la esquina! ¡Acércate a mí!

El primer impulso del así llamado fue el de esconderse aún más, y *Bob Bow* pensó seriamente en castigar con la muerte su desobediencia. Pero finalmente, quizá impresionado por la vista sobrenatural de quien estando de espaldas lo descubrió fácilmente, el indígena salió a la plaza.

Temblaban visiblemente sus piernas a cada paso, temeroso de desaparecer de un momento a otro en una

nube de fuego. Robert Bowen rió por lo bajo, divertido.

Avanzó el nativo cada vez más lentamente, temiendo despertar la cólera del dios con algún inconsiderado movimiento. Cuando lo vio cercano, *Bob Bow* desconectó el visor y se volvió hacia él. El indígena cayó de rodillas e hincó la frente en el polvo.

–¿Quién eres tú? –retumbó la estentórea voz del megáfono portátil.

–Soy Anhaka, señor –respondió el nativo, con un hilillo de voz. Soy el jefe de los cultivadores de Mersitha...

–¿Has alzado tu mano o tu pensamiento contra Robert Bowen? –preguntó el comerciante, severo.

–¡Piedad, señor! –imploró Anhaka–. Por el sol que nos alumbra te juro, señor mío, que jamás mi mano ni mi pensamiento se alzaron contra tu persona.

–¡Me place tu sumisión, Anhaka! –rugió la voz divina–. En lo futuro tú serás el jefe de Mersitha, y si alguien te ofendiera, a mí ofenderá.

El nuevo cacique se alzó, aún temblando, pero inmensamente orgulloso del honor que se le hacía.

–Serás el pontífice de Robert Bowen –decidió el comerciante–. Desde este momento declaro que esta tierra será la sede de mi divinidad y que tanto ella como aquellos que la pueblan prevalecerán sobre los pueblos y las naciones de este mundo hasta el final de

los tiempos.

Surgieron tímidamente los indígenas, inquietos aún ante el poder mortífero de la nueva divinidad.

–¡Gloria al divino Robert Bowen! –se atrevió finalmente a gritar uno de ellos, pronunciando aceptablemente el nombre del comerciante.

Siguió una tempestad de aclamaciones en las que cada cual temía quedarse atrás en cuanto a entusiasmo.

Erguido ante la multitud de humanoides, *Bob Bow* sonrió e hizo un vago gesto de bendición. Pues también los dioses saben ser bondadosos para con sus adoradores.

«Los dioses son poderosos»

Habían transcurrido tres de los cuatro meses que Robert Bowen se había fijado como tiempo máximo de estancia en el planeta.

Habitaba ahora en el gran palacio central, servido por una multitud de indígenas. Si recorría las calles del poblado, lo hacía en una brillante carroza arrastrada por los más hermosos de entre los animales que en aquel mundo hacían el papel de caballos.

Trajo suficiente material de la nave para realizar hasta una docena de espectaculares milagros sobrenaturales, sin contar las curaciones mágicas, los generosos dones del cielo sobre los mersithanos y sus cosechas, y los juegos luminosos de menor cuantía durante las recepciones y adoraciones.

Y también los castigos celestes. Todo sacrílego imprudente fue implacablemente barrido y en los últimos tiempos incluso se dio el lujo de liquidar un par de individuos inocentes bajo la acusación de «tener pensamientos ocultos hostiles a Robert Bowen». Estos últimos actos aumentaron evidentemente el respeto a su omnisciencia divina, haciendo que cada oveja de su rebaño vigilara con fervor apocalíptico el funcionamiento de la propia mente.

Su labor fue fructífera, desde luego. Uno de los principales premios a los trabajos hechos le llegó el día en que pudo ver cómo un desesperado blasfemo era muerto rápidamente por sus propios conciudadanos, temerosos del mal que su actitud podía ocasionar a la comunidad entera. Pronto no sería necesario ni siquiera el rayo del cielo para garantizar la seguridad de Robert Bowen.

Tan sólo una vez se vio en un regular apuro el nuevo dios. Fue cuando los sacerdotes de su reciente religión le entregaron como ofrenda la más bella mersithana de la región, pensando dar gusto y placer al poderoso señor llegado de los cielos. En los planes de Robert Bowen no entraba desde luego ninguna sucia unión

con razas inferiores, pero por otra parte tal era el culto indígena de la potencia viril que un rechazo hubiera hecho caer gravemente su prestigio. Finalmente, para salir del paso, usó sobre la joven indígena su cuchillo de monte con tanta habilidad y fantasía que a la mañana siguiente, cuando los sacerdotes recogieron el cuerpo sin vida, no cupo ninguna duda de lo mortífero que resultaba el superpotente abrazo amoroso de un dios para las desdichadas mortales. No se repitió, por tanto, la molesta ofrenda.

Robert Bowen no permaneció aquellos tres meses en el pueblo que lo acogió. Para sus planes necesitaba unificar el planeta, es decir, el único continente habitado del mismo. A ello se puso.

De haber dispuesto de más tiempo hubiera lanzado los ejércitos de Mersitha a la conquista de sus vecinos, apoyándolos desde el aire con el fuego de su nave. Pero en los cuatro meses de su estancia no hubieran podido los lentos ejércitos indígenas recorrer ni mucho menos conquistar el vasto continente. De manera que debió utilizar un método diferente.

Seleccionó aquellos comerciantes mersithanos que dijeron ser conocidos en otros poblados y los convirtió en misioneros. Los introdujo en la propia carroza celeste, tras obligarles a cubrirse los ojos con un paño negro, «pues los secretos de la divinidad serían fatales para todo mortal que los descubriera». Luego emprendió el vuelo y fue sembrando mersithanos por todas las tribus continentales, haciendo descender su

nave con gran aparato de trueno y llamas con objeto de impresionar a los futuros catecúmenos.

Salieron bien las cosas y en su siguiente pasada *Bob Bow* no tuvo sino que recibir los actos de sumisión de las distintas tribus, regidas ahora por los misioneros llegados del cielo, en representación del gobierno central de Mersitha. Apenas si debieron ser diezmadas un par de comunidades que se obstinaban en mantener su independencia en contra de los designios del divino Robert Bowen. Terminada la tarea, el planeta podía considerarse completamente unificado.

El último acto de la obra podía comenzar.

«Los dioses son inmortales»

¡Ingenio!

Robert Bowen tarareaba una alegre cancioncilla al disponer los últimos elementos de su plan magistral. El cuarto mes se estaba acabando, y con él la forzada estancia en aquel fétido e inhóspito mundo. Dentro de algunos días estaría de nuevo en el supermoderno planeta Semiramis y ya no sería Robert Bowen el divino, sino el simpático y avispado *Bob Bow*, el águila del comercio interestelar... con su considerable

fortuna triplicada o cuadruplicada. En el mundano y civilizado Semiramis hallaría comodidad, placer... mujeres humanas y no aquellas asquerosas monas que se postraban ahora ante él... comida civilizada y no aquella bazofia que sus súbditos le ofrecían como lo mejor que disponían...

Sólo faltaba el momento final. El momento en que el gran Anhaka, rey de su raza y pontífice de su dios, fuera acogido con todo honor en la carroza del cielo, acto singular a causa del cual sería honrado por sus compatriotas durante toda la vida. El momento en el que el jefe indígena pronunciara en su propio idioma ante el detector de mentiras sellado que la Corporación instalara en la nave de Bowen la siguiente oración aprendida de los mismos labios de su dios:

«Yo, Anhaka de Mersitha, rey de todos los habitantes inteligentes de mi mundo (era verdad), por mi propia voluntad y sin que nadie me obligue a ello mediante la fuerza (también era verdad), declaro solemnemente que todas las riquezas de mi mundo, tanto las situadas en su suelo como las que se ocultan bajo él, son propiedad indiscutible de Robert Bowen.»

¡Ya estaba! Respetuosa con los gobiernos planetarios independientes, la Federación Galáctica reconocería la concesión hecha por uno de ellos. Y si surgían dificultades, nada costaría a los eficientes abogados de *Bob Bow* hacer valer los incontestables derechos de su patrón.

Dentro de un mes llegarían los inspectores de Exploración Galáctica. ¡Ah!, pero ellos no se presentarían en astronaves relampagueantes, ni blandiendo divinos rayos. Fieles a su reglamento abordarían a los nativos de igual a igual, ocultando sus poderes, esos poderes que pudieran recordar a los indígenas su desaparecido dios. Serían unos simples extranjeros, y Robert Bowen advertiría antes de partir que tales extranjeros debían ser personas no gratas para sus fieles. Se les invitaría a abandonar el planeta, y los de Exploración Galáctica respetarían también tales deseos: ¡tan estúpidos eran! En cuanto al paso de un ciudadano de la Federación por el planeta... sería maldito por siempre todo indígena que osara revelar al extranjero los sagrados secretos de su religión. Los inspectores sabrían algo de la existencia de una religión secreta, pero en su manía de no interferir en las costumbres nativas, tampoco se interesarían demasiado por el caso. ¡Todo perfecto!

Pero aún quedaba el golpe final, el golpe que haría derrumbarse las últimas posibles dudas acerca de la divinidad de Robert Bowen. Los hombres mueren y permanecen muertos. Los dioses no mueren y, si acaso alguna vez lo hacen, no permanecen en sus tumbas mucho tiempo, sino que surgen de ella y se manifiestan a sus devotos.

¡Robert Bowen vencería a la Muerte! ¡Moriría y resucitaría tres días más tarde de entre los muertos para volver a morar entre sus fieles!

Bob Bow eligió aquel plazo de tres días como burlón desafío hacia la religión de los hombres de su propia raza, religión en la que no creía, pero de la que gustaba mofarse en ocasiones. Sería un colofón humorístico para su pretendida divinidad, un motivo de risa cuando lo contara en el selecto círculo de los amigos en los que podía tener confianza. ¡El dios Robert Bowen resucitando de entre los muertos! Ya estaba escuchando las carcajadas, las felicitaciones por su ingenio...

¡Bien! La cosa debía prepararse con cuidado. Las pastillas que le harían entrar en artificial estado cataléptico estaban en su mano. Había visitado el cementerio de los indígenas... el Valle de los Muertos, cómo lo llamaban. Los cuerpos reposaban a flor de tierra, ocultos en frágiles ataúdes de madera fina. ¡Él podría destruir con facilidad todo el armazón, una vez salido de su sueño cataléptico! Y luego la marcha hacia el poblado, para asombro de los últimos incrédulos... la oración final del pontífice Anhaka en el interior de la carroza de los cielos... las últimas instrucciones... ¡y la ascensión a los cielos! Se echó a reír a carcajadas ante esta última idea, nuevo tema de regocijo para su círculo de amistades una vez que todo hubiera pasado.

–Mis fieles mersithanos –inició su discurso–. Es mi propósito visitar durante tres días el Reino de los Muertos. Me veréis morir tal como si fuera uno de vosotros, pero en verdad os digo que dentro de tres días retornaré de más allá de las puertas de la Muerte

para que podáis adorarme de nuevo en este santo templo de Mersitha. Ungid pues este cuerpo y efectuad en él las honras fúnebres debidas, mas no olvidéis que pasados los tres días estaré de nuevo entre vosotros para pediros cuenta de vuestros actos.

Bastaba con ello. Robert Bowen sabía que nadie se atrevería a maltratar su cuerpo inanimado por miedo a la futura venganza del resurrecto. Y si alguien fuera tan loco para intentarlo, allí estaban sus fieles sacerdotes que lo impedirían. Dio las últimas instrucciones, indicando incluso el traje con que debería ser ataviado tras su muerte... un traje que disimulaba una diminuta sierra radiante, para el caso que el ataúd de madera resultara demasiado sólido para sus fuerzas. Todo estaba pensado.

Llegado el momento, se llevó a la boca las píldoras catalépticas. Ya antes las había usado y sabía cuáles serían sus efectos. Subjetivamente, para él no existiría el tiempo. Tomaría las pastillas, sentiría el familiar mareo... y «en el acto» se despertaría en el Valle de los Muertos, preparado para su resurrección.

En un solo y ligero movimiento, Robert Bowen se introdujo las pastillas en la boca. Los indígenas gritaron su desconsuelo a los cuatro vientos cuando su dios quedó inmóvil en el suelo del templo. No porque desconfiaran de su anunciada resurrección, sino porque ello formaba parte del ritual funerario que Robert Bowen exigió. Ungieron su cuerpo yacente con los más aromáticos aceites y perfumes, vistiéndole

luego con el traje que el mismo dios eligió antes de morir.

Impresionante fue la caravana fúnebre por las calles de Mersitha. Abrían camino los sacerdotes menores y acólitos, seguidos de los más valerosos guerreros mersithanos y también por los representantes de las sometidas tribus extranjeras. El ligero ataúd iba en la propia carroza del dios, cuyos animales de tiro eran dirigidos por el mismo rey Anhaka, trocado en cochero como humilde homenaje a la divinidad. Seguían los músicos y hasta doscientas plañideras llenando el aire con sus llantos y alaridos de dolor. Los espectadores se hincaban de rodillas al paso del cortejo, como si el dios circulara viviente ante ellos.

Los sacerdotes mayores se unieron al cortejo cuando éste abandonó la empalizada del pueblo. Hasta entonces habían estado muy ocupados preparando el acto final de la ceremonia funeraria.

Pues ni por un momento se pensó en llevar el ataúd al Valle de los Muertos. ¡Qué terrible sacrilegio hubiera sido ofrecer a todo un dios las mismas honras fúnebres de los despreciables mortales! No, el gran Robert Bowen dispondría de un funeral excepcional, un funeral como el que era debido a un dios según las antiguas religiones de los habitantes del planeta. Un funeral verdaderamente divino.

Y así, mientras las marchas funerarias se mezclaban con los gemidos de las plañideras y los cánticos de los

sacerdotes, la carroza con el ataúd avanzó lentamente hacia la gran pira, junto a la que cincuenta jóvenes vírgenes mantenían en alto las antorchas de fuego bendito que más tarde aplicarían a la leña seca...

Cuando los inspectores de Exploración Galáctica llegaron al planeta, un mes después, aún la memoria de Robert Bowen era adorada por la totalidad de los indígenas. Algo perplejos estaban los fieles por faltar el dios a su promesa de resucitar el tercer día, pero no dejaban los sacerdotes de consolarlos con alusiones a la gran diferencia entre el mundo de los mortales y el de los dioses, diferencia que en ocasiones hace inconsistentes las promesas hechas por éstos a aquéllos.

Y es que, ciertamente, los designios divinos son inescrutables a veces para la simple grey mortal.

- - -

Secuestro aéreo

Estaban sentados en una mesa apartada del bar del aeropuerto. Un hombre bajo y otro alto, sin ninguna característica especial que les apartara de la vulgaridad. Pero su conversación, mantenida en un tono suave, sí que podía considerarse como interesante. Quizá la policía, que ya conocía de sobra, y no para bien, a aquellos dos personajes, se hubiera mostrado especialmente interesada, en efecto.

–No se trata de probabilidades –gruñía el más alto–. Es seguridad, certeza. Todo tiene que salir bien, convéncete.

El segundo no se convencía.

–Esos asuntos han pasado ya a la historia –dijo, tozudo–. Escucha, Lenny, me estás proponiendo el camino más corto para la cárcel. ¿Es que no te has enterado cómo funcionan ahora las medidas de seguridad de los aeropuertos? Todo el que se acerque al avión tiene que pasar por los rayos, y en cuanto esos chismes olfateen la matraca, por muy bien que la lleves escondida, ya te has caído con todo el equipo. Que no, hombre, que no, que la época de los secuestros aéreos ha pasado ya.

El llamado Lenny suspiró hondamente.

–Estás hablando de las grandes compañías, de los vuelos de línea. Mira, yo me refiero a un avión pequeño, de la *Flying Broom*.

–¿La *Flying Broom*? –bizqueó el otro, divertido–. ¿Y qué es eso?

–Una pequeña compañía independiente que se dedica a los vuelos charter. Bueno, ¿hablamos?

–De acuerdo –se decidió el hombre bajo, aún no muy convencido–. Hablemos.

Lenny miró a derecha e izquierda, y luego puso sobre la mesa unos cuantos papeles.

–Aquí tienes el aeropuerto de Nestorville, de donde saldrá el vuelo. Apartado, descuidado y casi sin vigilancia. Si engraso un par de bolsillos, podremos

pasar por aquí y por aquí, entrar en la pista como si fuéramos un par de cargadores y meternos en el departamento de equipajes inmediatamente después de que suban las maletas. ¿Hasta ahí todo bien?

–Hasta ahí. Estamos en el compartimiento de equipajes y, suponiendo que no nos descubra alguien, allí estaremos hasta que el avión aterrice de nuevo y la policía nos pase a recoger.

Lenny hizo un amplio gesto de negación, mientras extendía un nuevo pliego.

–De ninguna manera. Este es el plano del avión, un birreactor Silvershine de la Lockeed. Podremos escondernos en este compartimiento de herramientas hasta que el avión esté en vuelo, y luego pasar por aquí y convertirnos en una sorpresa desagradable en la cabina de pasajeros.

El hombre bajo quedó contemplando el plano con gesto dubitativo.

–Bueno, tal como lo presentas, puede resultar- admitió-. Pero queda otro problema. ¿Quién viaja en ese avión? Por el modelo del cacharro y el aeropuerto de salida, bien puede ser una turba de emigrantes mejicanos. El gobierno haría oídos sordos a toda exigencia y esperaría a que se terminara la gasolina y el avión se estrellara en el suelo con ellos y con nosotros.

Pero la sonrisa de Lenny se amplió, al tiempo que

extendía los últimos papeles sobre la mesa.

–¡De mejicanos, nada! –rió–. Fíjate en la lista de pasajeros. Diecisiete en total, pero sin desperdicio. Mira quién aparece en primer término.

El otro leyó, alzó los ojos y dejó escapar un suave silbido.

–No me explico por qué ese fulano no viaja en su propio avión particular... Meterse en un vuelo charter en un cacharro como ese Silvershine...

–Se trata de una especie de congreso o algo por el estilo –dijo Lenny sin comprometerse demasiado–. Para mí que esos pájaros no quieren llamar la atención. Pero fíjate en esta foto. Un amigo mío la hizo en una fiestecita que dieron esos tipos en el Imperial Hotel de New York, antes de empezar los preparativos del vuelo hacia su reunión o lo que sea. ¡Fíjate en las pieles! ¡Y en la joyas! Esa gente dará todo lo que le pedimos a cambio que los dejemos aterrizar libres y en paz.

–Pues me estás convenciendo –rió a su vez el otro–. Lo que no comprendo es cómo no se te ocurrió dar el golpe tu sólo, si lo ves tan fácil...

Lenny guiñó un ojo.

–¿Es que te parezco novato? Para un secuestro aéreo hacen falta dos, por lo menos. Cada uno cubriendo al otro. Uno solo resulta demasiado vulnerable; un descuido y se te echan encima. De manera que me dije a mí mismo, ¿quién sino el viejo Gus para colaborar en

un asunto como éste?

–Se agradece la intención. Y ahora pasemos a concretar detalles...

Gus se removió, inquieto. Hacía tiempo que la canción de los reactores llegaba hasta su incómodo escondite. El avión llevaba un buen rato en vuelo.

–¿Vamos?

Lenny consultó su reloj de pulsera.

–Creo que sí. ¿Preparado?

Gus extrajo la gran Magnum negra que hasta el momento había guardado en el bolsillo, y quitó el seguro.

–Listo.

Lenny echó una apreciativa mirada al arma de su compinche. El mismo iba provisto de un antiguo revólver de tambor, viejo pero de mortal eficiencia.

–En marcha, entonces.

Abandonaron el estrecho compartimiento y caminaron cautamente por entre los bultos de equipaje. Sin ninguna dificultad alcanzaron el conducto que debía llevarles hasta la portezuela que se abría en la cabina de pasajeros, justamente detrás de los lavabos. El conducto era angosto, y Gus murmuró un par de ternos mientras se abría paso por él.

La portezuela se abrió cuando Lenny la empujó con

suavidad. Asomando apenas la cabeza, el secuestrador pudo atisbar el tranquilo interior de la cabina, un espectáculo clásico de los vuelos aéreos. Apacibles conversaciones, un par de personas leyendo el periódico, alguien dormitando, la azafata cruzando entre los asientos. La azafata.

–Cúbreme –susurró Lenny a su compañero– y luego reúnete conmigo.

Abrió la puerta y se puso deliberadamente en marcha, ni muy lentamente ni muy aprisa, hacia la azafata. Vio como los ojos de la muchacha se fijaban en él, y al cabo de un momento se agrandaban con la sorpresa. Pero ya estaba junto a ella.

–¡Esto es un secuestro! –gritó, pero no demasiado alto; no quería alarmar aún, si podía evitarlo, a los pilotos–. ¡Que nadie se mueva de su sitio!

Aquel era el momento malo. Las mujeres podían empezar a gritar, incluso era posible un ataque de histeria. Y alguno de los pasajeros varones podía creerse héroe e intentar desarmarle. Lenny estaba dispuesto a no derramar sangre si no era absolutamente necesario. Para esto estaba Gus. El mantendría quieto al pasaje, golpeando incluso a cualquiera que se pusiera tonto.

Pero no pasó nada. Ningún chillido, ninguna exclamación. Desde luego la atención de los pasajeros se vio instantáneamente atraída por lo que estaba sucediendo. Pero tal atención fue por completo pasiva.

Como la de un grupo que se agolpa para ver una pelea callejera.

–Nadie sufrirá ningún daño –dijo Lenny, algo inseguro–. Manténganse sentados y no pasará nada desagradable.

Gus estaba ya en el pasillo, esgrimiendo un arma a derecha y a izquierda. Los pasajeros le contemplaban con curiosidad. Había hombres, mujeres y aun algunos niños. Incluso éstos se mostraban tranquilos, y ninguna madre hizo gesto alguno de protección hacia ellos.

Lenny sintió un tufillo de anormalidad, pero luchó por dominar su inquietud. Vista la cosa de manera objetiva, el asunto se estaba desarrollando a la perfección.

–Vamos a la cabina de pilotaje –indicó a la azafata.

La chica se puso en marcha, sin protestar ni gemir. Lenny la mantenía cogida del cuello con el brazo, mientras con la otra mano encañonaba su sien derecha. Pero ella no parecía alarmada, y su marcha hacia el puesto de pilotaje seguía su mismo ritmo que su anterior paseo por entre los asientos de los pasajeros, antes de la emergencia.

Había dos pilotos en la cabina. Ambos se volvieron al entrar Lenny, ambos contemplaron el cuadro de la azafata aprisionada y el revólver dirigido hacia ellos, y ambos dieron muestra de una leve sorpresa.

Exactamente como los pasajeros.

–Es un secuestro –dijo Lenny–. No hagan ningún movimiento brusco y no les pasará nada.

El piloto dirigió la mirada hacia su segundo.

–Vaya, un secuestro –dijo, como si la cosa no tuviera importancia.

El otro hizo una mueca, como de contrariedad.

–Sigan la ruta como antes –ordenó Lenny–. De momento no hagan ninguna llamada por radio fuera de lo habitual.

–No veo motivo para hacerla –estuvo de acuerdo el piloto.

La serenidad de aquella gente empezaba a poner nervioso a Lenny. ¿Acaso se trataba de una trampa de alguna clase? Echó algunas desconfiadas miradas a su alrededor. Luego asomó la cabeza para ver cómo le iba a Gus con el pasaje. Todo estaba tranquilo por allí también, incluso dos pasajeros habían vuelto a abrir sus periódicos. Gus hizo un gesto de incomprensión hacia él.

–¿Quieren que le llevemos a Cuba, o algún sitio semejante? –preguntó el segundo piloto con amabilidad.

Aquello desquició los nervios de Lenny.

–¡Un infierno para Cuba! –gritó, agitando el revólver

bajo la nariz de su interpelante–. Queremos dinero... pasta... ¿entiende?

El otro se encogió de hombros.

–¿Qué se supone que tenemos que hacer? –preguntó.

–Seguir volando, de momento. ¿Cuánto tiempo queda para el aterrizaje?

El piloto consultó el reloj.

–Hora y cuarto.

–Bien. Cuando lleguemos sobre el campo, empezarán a dar vueltas alrededor, sin descender. Entonces comunicaremos a la torre de control y pondremos nuestras condiciones. ¿Cómo estamos de combustible?

–Podríamos estar cinco horas dando vueltas –dijo el piloto.

Lenny hubiera jurado que el otro aviador ahogaba una risita, y eso no le gustó nada.

–No hagan ninguna tontería –dijo, nervioso–. Les advierto que puedo pilotear perfectamente este aparato por mí mismo.

Aquello, desde luego, era un farol, pero los dos pilotos no parecieron advertirlo. Se limitaron a asentir.

Continuó el vuelo, apacible como si nada extraordinario ocurriera. Ningún pasajero se manifestó enfermo, ni nadie pidió ir a los servicios. Dos niños, que viajaban junto a las ventanillas,

transfirieron pronto su atención al espacio exterior. Un sujeto gordo y colorado cerró los ojos y pareció dormitar. Tan sólo las conversaciones habían cesado por completo. La mayoría de los pasajeros contemplaban con curiosidad a los secuestradores.

Lenny había soltado a la azafata, tras recomendarla «que no hiciera ninguna tontería», a lo que la chica asintió seriamente.

Gus se acercó, sin perder de vista al pasaje.

–Oye –susurró, nervioso–, ¿qué les pasa a éstos fulanos? Se diría que no se han enterado todavía de lo que está pasando.

–Tú, tranquilo –le replicó Lenny–. No les quites ojo de encima. Si pasa algo extraño, llámame enseguida. Procura no disparar si no es absolutamente necesario.

La hora de llegada al punto de destino se acercaba. Lenny cedió a Gus la vigilancia de los pilotos y se encaró con los pasajeros.

–Señor Braggs –llamó.

Un hombre de mediana edad, alto y elegante, enarcó una ceja con aire interrogativo.

–¿Sí?

–Venga aquí, por favor.

El hombre se levantó de su asiento, pidió paso cortésmente a su compañero de la derecha, y se dirigió

hacia Lenny. Aquel era el personaje cuyo nombre le había hecho silbar a Gus cuando le vio en la lista de pasajeros.

–Usted será nuestro portavoz –le dijo Lenny–. Exigimos cuatro millones de dólares, pagados en el mismo aeropuerto, y combustible para llegar a Jamaica.

–¿A Jamaica? –sonrió Braggs–. ¿No está un poco lejos?

–Si es necesario haremos otras escalas –replicó Lenny, irritado–. No se preocupe por eso. Usted sólo tiene que decir lo que se le ordene.

Braggs sonrió de nuevo, con la expresión de una persona mayor que debe tratar con un niño caprichoso.

–Escuche usted, quienquiera que sea –dijo–. Tenemos que asistir a un congreso de gran importancia, que no admite el menor retraso. De modo que haría bien en olvidarse todas esas fantasías de Jamaica y los cuatro millones de dólares. Tenemos que aterrizar según el horario previsto.

Lenny se engalló.

–¿Sí? –preguntó con ironía–. Pues me temo que tendrán que cambiar de planes. Usted hablará ahora por radio con la torre de control, y expondrá nuestras condiciones. Desde luego todos ustedes son rehenes, y vendrán con nosotros hasta que el asunto haya terminado, tanto si es en Jamaica como en la Conchinchina. El congreso tendrá que pasarse sin su

presencia.

–El congreso no puede pasarse sin nuestra presencia –enunció el otro con placidez.

Iba Lenny a responder, pero se vio interrumpido por un grito de Gus.

–¡Lenny! ¡Lenny! ¡Ven pronto, maldita sea! Estos tíos están descendiendo.

Olvidándose por un momento de Braggs y del resto del pasaje, Lenny saltó hacia la cabina de los pilotos. Notó, que, en efecto, el aparato había iniciado el descenso.

–¿Qué hacen? –gritó–. ¡Les dije que no descendieran!

–Estamos llegando al aeropuerto –informó cansadamente el piloto–. Tenemos que iniciar el descenso para aterrizar.

–Y no tenemos tiempo para jueguecitos –terminó el copiloto.

Lenny se atragantó, pensando si haría bien disparando sobre alguno de aquellos hombres que le desafiaban. Por fin dirigió el arma hacia la azafata, que se encontraba sentada tranquilamente en un butacón lateral.

–La mataré a ella –anunció–. Luego dispararé sobre los pasajeros, uno tras otro. Hasta que entren en razón.

–Bueno... –era Braggs quién había hablado, desde la

puerta de la cabina–. Johnny, hijo, creo que deberíamos dar algunas vueltecitas en el aire antes de aterrizar.

El secuestrador respiró, pensando haber vencido. Pero la expresión del piloto le desengañó. Indicaba claramente que en aquella frase había un subentendido, que aquella maniobra nada tenía que ver con la exigida por él.

–¡Lenny! ¡Lenny! –llamó de nuevo Gus, esta vez desde el recinto de los pasajeros.

Acudió al llamado, y no pudo evitar un respingo. Los pasajeros se estaban levantando de sus asientos, sin ninguna prisa, sonrientes. Algunos desabrochaban sus cinturones de seguridad, que hasta entonces había mantenido en función. Era un movimiento lento e implacable, con la potencia irresistible de un fenómeno natural.

–¡Quietos! –gritó Lenny–. ¡Quietos todos ahí!

–Me temo que han cometido los dos una seria equivocación al elegir este avión como objetivo –dijo Braggs, con acento de pesar–. Ahora ya no podemos retroceder, ni olvidar.

–¿Es que creen que no dispararemos? –aulló Lenny–. ¡Ahora verán! ¡Ahora verán!

Sentía una terrible furia, pero muy mezclada con miedo. Saltó hacia atrás, entró en la cabina de pilotos y regresó arrasando a la joven azafata. La arrojó

contra la pared del fuselaje. La muchacha sonrió.

–¡Por última vez, vuelvan a sus asientos!

La marea humana continuó su lento avance. Hombres, mujeres y niños, paso a paso. Lenny disparó su revólver. La bala alcanzó de lleno la frente de la azafata, atravesó su cabeza y se incrustó en el tabique de plástico, tras ella. La muchacha se sacudió fuertemente al recibir el impacto, mientras en su frente aparecía una horrible marca roja.

Pero casi al instante la marca se cerró, como en un guiño malévolo. La azafata recuperó el equilibrio y sonrió graciosamente.

Lenny gritó con todas sus fuerzas, apartándose de la mujer que le sonreía. Como un eco al suyo, oyó tras él el alarido de Gus.

–¿Quiénes... quiénes son todos ustedes? –preguntó histéricamente.

Braggs abrió los brazos.

–No somos nadie –dijo–. El mundo ha dejado hace mucho de creer en nosotros, y en nuestros congresos, que antes llamaban con un curioso nombre... –sonrió él también, sin duda divertido ante el recuerdo–. Formamos una comunidad muy unida, y nos interesa que el mundo siga olvidándonos. No queremos despertar ciertos recuerdos que pudieran llevar a incidentes desagradables, como los sucedidos en el pasado.

La marea humana continuaba avanzando, con rostros festivos, enormes sonrisas, manos extendidas hacia el frente. Lenny, en el colmo del terror, oyó como Gus gritaba de nuevo tras él, y luego el terrible estampido de su Magnum.

Alzó el revólver y disparó contra el más cercano de los pasajeros... y luego contra otro... y contra otro...

El oficial de campo del pequeño aeropuerto de Salem levantó los ojos de la documentación para fijarse en el jovial rostro del piloto.

–Todo en regla –dijo–. ¿Despegarán hoy de nuevo?

El piloto negó.

–Nos trasladaremos con nuestros pasajeros a la ciudad –dijo–. Dejaremos el aparato a su cuidado tres o cuatro días.

–De acuerdo –afirmó el oficial–. Deberán llenar los formularios, y abonar las tasas de estacionamiento. Por cierto, ¿a qué se debieron esas vueltas en torno al campo, antes de tomar tierra? ¿Tienen alguna avería?

–Nada de eso –dijo el piloto, con una sonrisa–. Tuvimos que hacer unas... revisiones. Pero todo está en orden.

–Me alegro de ello –el oficial consultó de nuevo los documentos de vuelo–. Diecisiete pasajeros y tres tripulantes. ¿Han descendido todos? ¿No queda nadie dentro del avión?

–Absolutamente nadie –respondió el piloto–. Los muchachos de mantenimiento pueden limpiarlo, en cuanto lleguen las maletas. Ha sido un vuelo tranquilo y sin incidentes.

Se despidió y se unió a sus dos compañeros de tripulación. El oficial bostezó, y siguió con la mirada al trío. Buena gente la de aquellas compañías pequeñas. Y en especial aquella de nombre tan curioso, *Flying Broom* (*La Escoba Voladora*), que parecía alusivo, sin duda casualmente, a algunos episodios de la vieja historia de la ciudad de Salem.

El oficial trasladó luego su atención al grupo de pasajeros que esperaban el equipaje. Gente educada, dictaminó, y sin duda económicamente fuerte.

Por un momento tuvo la extraña sensación de que aquellas personas mostraban un curioso e indefinible aspecto de satisfacción, de saciedad. Charlaban apaciblemente, y sus gestos eran casi sensuales, sibaríticos, como si se hallasen complacidos por algo ocurrido en un pasado muy próximo.

Uno de los niños se relamió brevemente, como bajo el recuerdo de una reciente y apetitosa comida.

- - -

Encuentro en las profundidades

La «cosa», que encontró en las recónditas simas de aquella caverna, le ofrecía todo cuanto un ser humano puede esperar de la vida: riqueza, éxito, mujeres, longevidad...

Había penetrado más que nunca en aquella inexplorada caverna, a profundidades hasta el momento jamás alcanzadas por él mismo, y probablemente por nadie más. Se hallaba en galerías donde el mismo aire sofocaba como si fuera ajeno a la suave atmósfera de la superficie.

Él era un gran espeleólogo y, por eso mismo, sabía hasta donde podía llegar. Hizo una señal en la pared, a manera de signo de victoria, y se preparó a seguir la cuerda en dirección contraria, para salir a la superficie.

Y fue entonces cuando vio la luz. La luminosidad de su propia linterna estuvo a punto de ahogarla; apenas si pudo advertirla con el rabillo del ojo. Pero se dio cuenta y, para estar aún más seguro, apagó la linterna por un momento.

Sí, allí estaba. Un leve fulgor azulado llegaba desde lo más profundo de la caverna, del lugar a donde se hubiera dirigido de no decidir dar media vuelta.

¿Una luz azul en aquella caverna? Decidió ir a investigar. No sin cierta aprensión abandonó el cabo de la cuerda y se internó en territorio desconocido, con la linterna apagada para no perder el fulgor azul.

No, aquello no podía ser una salida al exterior a aquella profundidad. Tuvo un instante de inquietud, pensando en algún posible peligro, en alguna hipotética amenaza subterránea. Se detuvo un momento, pero luego se encogió de hombros, escupió y siguió avanzando.

Oyó el zumbido poco después. Zumbido de maquinaria. Y casi al mismo tiempo vio la maquinaria en cuestión.

Era una maquinaria rara, dispuesta en un bloque pulido y reluciente, con muchas pequeñas luces que se encendían y apagaban. La luz azul procedía de un par

de grandes lámparas fijas, adosadas también al bloque. El espeleólogo se quedó inmóvil, sin saber que hacer.

¿Qué sería aquello? ¿Una central eléctrica? ¿Algo relacionado con el ejército? ¿Un arma secreta? Miró a derecha e izquierda, pero no se veía a nadie, ni tampoco ninguna segunda instalación. La máquina estaba simplemente allí, solitaria.

En el instante siguiente sonó la voz. Una voz metálica y totalmente inexpresiva.

–Bienvenido, humano.

Estuvo a punto de dejar caer la linterna, tal susto fue el que se llevó.

–¿Quién está ahí?

–Soy yo.

Escudriñó hasta el último rincón de la galería visible, sin encontrar rastro de presencia alguna. En medio de su estupefacción tuvo la vaga idea que alguien intentaba gastarle una broma pesada, y la cosa no le gustó.

–¿Quién habla? –preguntó–. ¡Vamos, déjese de tonterías y salga!

–No puedo salir de ningún sitio –respondió la voz inexpresiva– . Soy yo, hombre, la máquina.

Algunas piezas articuladas se movieron, y el bloque pulido avanzó un par de pasos. El espeleólogo soltó

una rotunda exclamación.

–¡Un robot!

La máquina se detuvo en su camino y pareció aguardar. El hombre tragó saliva y decidió tomar la iniciativa.

–¿Cómo... cómo te llamas?

–Mi nombre nada te diría, y además dudo que pudieras pronunciarlo. Puedes llamarme A-16.

El espeleólogo iba ya recuperando el aplomo. Aquella era una gran aventura, y la máquina se mostraba amistosa. Incluso podría obtener algún beneficio del asunto.

–¿Te han construido en la Tierra? –preguntó–. ¿De dónde vienes?

–Como sin duda habrás supuesto ya, no tengo origen terrestre. Procedo de allá arriba, más allá de tu atmósfera.

–Del espacio –concluyó el hombre–. ¿Y cómo has venido a parar aquí?

–Cosas de la guerra –replicó el robot–. Hubo una gran batalla, y mi bando perdió. Yo y algunos otros fuimos precipitados aquí. Bueno, todo eso ocurrió, desde luego, hace mucho tiempo. En realidad, antes que la raza humana existiera en este mundo.

–¡Ostras! –se asombró el hombre–. ¿Y has estado aquí escondido todo este tiempo?

–Los de mi condición no conocen el aburrimiento –explicó el robot–. Simplemente nadie me ordenó que saliera de aquí. Así pues no tenía ningún motivo para hacerlo.

El hombre reflexionó un momento.

–¿Quieres decir que si alguien te hubiera ordenado salir lo hubieras hecho?

–Desde luego. Debo comunicarte que estoy programado para servir a los miembros de todas las razas inteligentes, excepto las que me han sido designadas como enemigas.

–¿Y la raza humana, la que puebla la Tierra, te ha sido programada como enemiga?

–Negativo.

El espeleólogo volvió para reflexionar. Aquello parecía un sueño, o una mala película de ciencia-ficción. Ante él tenía a un robot parlante, procedente de alguna olvidada guerra de las galaxias, que se declaraba dispuesto a servirle, a él personalmente. Con los recursos de una ciencia dominadora del espacio, que viajaba entre las estrellas.

Para estar seguro del todo, hizo una nueva pregunta, ya francamente personal.

–¿Eso quiere decir que me servirías a mí, que harías todo lo que yo te pidiera?

–Afirmativo.

El hombre se lamió los labios, mientras sus ojos brillaban de excitación.

–Veamos –dijo–. ¿Qué eres capaz de hacer?

–Te comunico que soy un modelo polifacético y ambivalente –respondió con seriedad la máquina–. Tengo la posibilidad de ayudar a un miembro de raza inteligente de diez mil quinientas cuarenta y dos formas distintas. Mis capacidades exceden probablemente a todo cuanto tú puedes imaginar. Soy...

–Eres un charlatán –se enfadó el hombre–. Yo quiero que me digas algo concreto. ¿Puedes darme poder... riquezas... mujeres...?

El robot pareció vacilar, y su interlocutor casi pudo oír en su interior el girar de ruedecillas y el chirrido de cintas programadas. Bueno, en el caso que un robot superadelantado como parecía ser aquel poseyera tales antiguallas.

–Humano –habló por fin la máquina–: ayudaría mucho que me dejaras escudriñar superficialmente tu mente. Así podría enterarme de tus necesidades y deseos.

–¡Bueno! –rió el hombre–. No tengo ningún secreto que no pueda conocer un saco de tuercas como tú. ¡Permiso concedido!

Hubiera esperado alguna sensación especial, algo así como unos dedos invisibles hurgando en el interior de

su cerebro. Pero nada de eso sucedió. Al cabo de unos instantes, el robot dijo simplemente:

–Ya está.

–Muy bien, montón de latas –rió el hombre de buena gana–. ¿Qué has sacado en limpio?

–He extraído un esquema de tus deseos conscientes e inconscientes y he ido acoplando automáticamente a cada uno de ellos en el camino más lógico para darles satisfacción. Corrígeme si me equivoco.

–Vamos a ello.

–Salud y larga vida. Quieres vivir cuanto más tiempo mejor, y estar libre de toda clase de enfermedades. ¿No es cierto?

–Como dices tú: afirmativo.

–Bien, puedo darte un tratamiento de regeneración de células orgánicas de forma que cada una, al morir, sea substituida por otra de similares características.

–¿Inmortalidad? –preguntó el hombre, esperanzado.

–Negativo. El potencial necesario para ello es superior a infinito, puesto que el factor temporal incluiría el elemento «eternidad» de carácter totalmente irracional. Pero vivirás de cinco a seis veces lo corriente en tu especie. Alrededor de quinientos años. Te verás además libre del proceso de degeneración orgánica denominado «vejez». Puedo mejorar tu físico hasta situarlo en el punto óptimo

para los de tu raza. En cuanto a enfermedades, desarrollaré en pocos días un cultivo de anticuerpos mutantes que eliminarán de tu cuerpo cualquier microbio, germen o virus perjudicial que pudieran invadirlo. Nunca sufrirás la menor enfermedad.

–¡Magnífico! –estalló el espeleólogo–. Puedes seguir, mi buen A-17.

–A-16 –corrigió la máquina–. Segundo, lo que los de tu raza llaman «riquezas». Por medio de la transmutación atómica puedo proporcionarte cualquier elemento químico que desees. Oro, plata, platino...

–¿Diamantes?

–¿Carbono cristalizado? Eso es muy fácil. Sólo tendrías que indicarme el tamaño que prefieres.

–¡De los más grandes! –gritó el espeleólogo, entusiasmado–. ¿Qué más puedes ofrecerme?

–Tercero. La inclinación que tienen los humanos hacia sus congéneres del sexo opuesto. Lo que tu mente define como «mujeres». Primera oferta, puedo fabricar en pocos días un androide femenino de las características que desees, perfectamente acomodaticio y atraído hacia tu persona.

–Bueno, pero yo preferiría muchachas reales –los ojos del hombre brillaron de nuevo–. ¡Muchachas de carne y hueso!

–Segunda oferta. Te puedo modificar el sistema glandular de forma que exhales una radiación odorífera indetectable a nivel consciente, pero que atraiga sexualmente a las hembras de tu especie. Lo que tú llamarías «irresistible». Secundariamente, nada me cuesta modificar ligeramente tu aspecto para hacerte... como se diría en tu léxico... «muy guapo». De manera complementaria, una simple radiación excitadora de células reproductoras aumentaría al máximo tu potencia sexual.

–Ofertas aceptadas. Y la del andre... andro...

–Androide.

–Y la del androide femenino también. Me encantaría tener en la cama a Marilyn Monroe.

–Marilyn Monroe..., perdona que penetre en tu mente una vez más. Listo, concepto asimilado.

Y prosiguió:

–Cuarto. Sección «poder», la referente a influenciar a un gran número de otros humanos de acuerdo con tu voluntad. Puedo implantar en tu cerebro seudoformaciones orgánicas de tipo psiónico, que te permitan influenciar levemente las mentes de tus semejantes, hasta un nivel de energía... veamos, siete u ocho, en algunos casos.

–¿Quieres decir que podré hipnotizarles?

–Exactamente. Hipnotismo, sugestión de masas,

inducción..., y podrás convencer a una o a varias personas de cualquier idea que se te ocurra.

La sonrisa del hombre se hizo feroz.

–¿Y fastidiar a mis enemigos? ¿Hacer trizas a quien me pise los pies? ¿Descalabrar a quien me jorobe?

–Ese es otro punto importante –admitió el robot–, que también he encontrado en tu mente. Con el poder de sugestión que te he mencionado podrás originar, desde luego, accidentes, quizá suicidios. Puedo proporcionarte también ciento doce formas de veneno indetectable, catorce tipos de rayo mortal invisible, tres mil doscientas diecisiete variedades de gérmenes letales.

–¡Basta, basta! –cortó el hombre, con una carcajada–. Eso es más que suficiente. ¡Pues van a enterarse, sí señor! Con tu ayuda voy a ser el amo. ¿Entiendes lo que quiere decir ser el amo? ¡Pues yo voy a serlo!

Se volvió hacia el robot, impaciente.

–¡Bueno! Pues empecemos con todo ese programa. El robot emitió un zumbido electrónico.

–Tan sólo un momento. Antes debemos solucionar el trámite del efecto de retrocarga.

–¿El efecto de retro... qué?

–Está programado en mis circuitos un proceso de alimentación energética que las razas inteligentes favorecidas deben proporcionar a los de mi clase,

cumpliendo el principio filosófico de la compensación cósmica. Debes proporcionarme la energía psiónica de tu naturaleza.

–¡Un momento! –exclamó el espeleólogo, en tono de sospecha–. ¡Ya me imaginaba yo que habría una trampa por algún lado! ¿Qué es exactamente lo que tengo que darte?

–Simplemente poner a mi disposición el componente psíquico de tu esencia. ¿Entiendes? La fuerza energética inmaterial que hace funcionar las células de tu cuerpo y lo conecta con tu inteligencia. La energía de tu personalidad incorporal.

–No entiendo una patata de lo que dices –replicó el hombre–. Dime tan sólo una cosa: ¿qué efecto me producirá la extracción de esa fuerza mental o lo que sea? Porque si me voy a quedar idiota, poco podré disfrutar de todo lo que me has ofrecido.

–No me entiendes –aclaró el robot–. No te voy a quitar nada ahora. Desde luego que ese efecto de retrocarga de energía psiónica no tendrá lugar hasta después que mueras, tras la larga vida que te he prometido.

–¡Ah, eso es distinto! –rió el hombre–. Después que esté muerto como si quieres sacarme el hígado. Para lo que me importará entonces...

–Pues si no te importara, todo está ya aclarado. Si quieres acercarte a mi micrófono central, para

perforar la cinta referente al asunto de la retrocarga. Repite conmigo...

A-16 alargó a su jefe la cinta perforada.

–Lo único que siento es que no está firmada con sangre –se disculpó–. No hubiera sido propio...

–¡Al Arcángel con todas esas majaderías pasadas de moda! –rugió alegremente el otro–. Un contrato siempre es un contrato, y un alma siempre es un alma.

Se inclinó, benévolo, hacia su subordinado.

–¡El primer contrato de venta que logramos extender en los últimos trescientos años! –exclamó–. Esa idea tuya de la ciencia-ficción te valdrá un ascenso inmediato al Círculo Inferior.

A-16 había abandonado su forma metálica, adquiriendo su habitual aspecto con cuernos, pezuñas, alas de murciélago y tridente en garra. Aunque sus ideas comerciales eran avanzadas, a su modo seguía siendo un demonio clásico.

–Uno debe trabajar de acuerdo con los tiempos –sonrió modestamente.

- - -

Nadie se fija en el barman

Pues sí, querido amigo, nadie se fija en el barman. Me explicaré mejor. En ocasiones el cliente charla amistosamente con el barman, tal como usted ahora lo está haciendo conmigo. Incluso le relata sus preocupaciones y sus dificultades, seguro de encontrar en él amistad y comprensión. Cierto.

Pero cuando dos o más clientes se *enzarzan* en una discusión que creen interesante, el hecho de que el barman que les atiende y llena periódicamente sus vasos sea una persona viviente y pensante resulta

incomprensible para ellos. El barman no es sino un mueble, un dispensador automático de bebidas alcohólicas, sin alma ni personalidad. Eso hace que, en ocasiones, el barman escuche conversaciones y confidencias que no están específicamente destinadas a sus oídos. Y puede ser que ello le ocasione más de una preocupación.

Mi preocupación actual es que no puedo acordarme del argumento de una película de ciencia ficción. Precisamente de la película más grandiosa y taquillera de los últimos tiempos.

¡No, gracias! No me refiero a *esa* película. Hablaba de otra aún más famosa, más visionada por el público, más dispensadora de millones de dólares para la productora. Me refiero a «Los Héroes del Espacio», protagonizada por Roger Moore y Ursula Andress.

¿Cómo dice? ¿Que en su vida ha oído hablar de semejante filme? ¿Que es usted aficionado a la ciencia ficción y que, de haberse proyectado, lo habría visto o al menos hubiera oído hablar de él?

Pues tiene usted razón. Pero sin duda ha oído hablar de él y es muy probable que lo haya visto. No, no puedo relatarle el argumento, puesto que lo he olvidado.

Quizá será mejor que empiece por el principio, por aquella noche en que, cercana la hora de cerrar, tan sólo un cliente se apoyaba en la barra del bar en el que sirvo, tal como usted se apoya ahora mismo.

El tal cliente, viejo conocido mío, no era otro que Jerónimo el Marciano. No era ciertamente marciano, a pesar del apodo, como tampoco indio, a pesar de su nombre. Era sencillamente un muchacho alegre y amistoso, tan aficionado al alcohol como a la ciencia ficción, la última de cuyas aficiones explica el mote con que se le conocía.

Como yo también siento cierto interés por el género, en más de una ocasión ha mantenido conmigo largas conversaciones sobre el particular, entre copa y copa. Pero en aquel momento no parecía tener muchas ganas de charla, sino que más bien estaba entregado a la meditación, ayudado por la cantidad de esencia alcohólica que había trasegado. De modo que, como su vaso estaba lleno, me arriesgué a abandonar momentáneamente la barra para investigar por qué la maldita máquina tragaperras había estado fallando toda la tarde. No tuve suerte con el artefacto. Apenas le había sacudido un poco cuando se escuchó un chasquido procedente de sus tripas y llegó a mi nariz un raro olor que me recordó mis tiempos de estudiante, concretamente el laboratorio de química. Me apresuré a desenchufar el trasto, pues los incendios no son precisamente mi diversión favorita. Persistió no obstante aquel olor cuya naturaleza no conseguía identificar, de modo que aguardé un rato por si surgía humo o llama por algún sitio. Pero como nada de eso ocurría, decidí regresar a la barra y esperar allí los acontecimientos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía un nuevo cliente, aunque no hubiera advertido el momento en que penetró en mis dominios. Se trataba de un hombrecillo vestido de negro, moreno como un beduino, que ya había entablado conversación con Jerónimo el Marciano.

–¡Un whisky para mi amigo! –pidió éste apenas me vio tras la barra.

Obedecí en silencio y, en el acto, como antes le dije, los dos bebedores se olvidaron de mí, charlando como si se hallaran solos en el bar. No me importó, ya estoy acostumbrado a que nadie se fije en el barman.

–Así pues, señor Jerónimo –pensé que pocos eran los que le llamaban *señor* a mi amigo–, le repito mi pregunta: si se le garantizase la concesión de un deseo, ¿cuál expondría?

–¿Que cuál deseo... expondría? –vaciló Jerónimo el Marciano–. Eso dependería de las circunstancias, naturalmente.

–¿Las circunstancias? –pareció extrañarse el otro.

–El precio. ¿Qué precio se me pediría a cambio de ese deseo? Quizás..., quizás... ¿el alma?

Escuché un ruido singular, mezcla de zumbido y de graznido. Era que el hombrecillo se reía.

–¡Oh, no debe preocuparse por eso, señor Jerónimo! La cosa ha variado mucho desde los tiempos de..., eh...,

de Fausto.

Fue precisamente entonces cuando reconocí al fin el olor químico que tanto me había confundido. Era el olor de azufre, del azufre quemado. Y no procedía de la máquina tragaperras, sino del cliente que conversaba con Jerónimo el Marciano.

Pude sin duda haber salido corriendo, haber gritado llamando a la policía, a un cura o a un exorcista de esos que últimamente han ganado tanta fama. Pero sin embargo permanecí quieto, tan impasible como en otras ocasiones al parecer similares. Estaba tan acostumbrado a representar el papel de convidado de piedra ante las conversaciones de los clientes que no se me ocurrió pasar a la acción. Simplemente, seguí escuchando.

Jerónimo el Marciano podía haber descubierto lo mismo que yo respecto a la identidad de su interlocutor, pero no dio muestras de ello.

Con el alcohol que llevaba en el cuerpo, a mi amigo todo le parecía bien, y cualquier vecino era amistoso.

–Pues algún precio habrá que pagar –discurrió lógicamente–. Nadie da algo por nada.

El moreno hombrecillo suspiró, como recordando tiempos pasados.

–Se trata de un convenio simbólico –explicó–. Ha pasado ya mucho tiempo desde la Revolución y, después de todo, *Él* es infinitamente bueno. No podría

mantener el castigo para siempre. Así pues, parece cercano el día del «todo está olvidado, muchacho». Y sin embargo, parece también que es necesario un símbolo...

Jerónimo el Marciano asintió con gravedad, como si estuviera de acuerdo.

–A *Él* le gustan mucho los símbolos –suspiró de nuevo el hombrecillo–. De modo que me veo obligado a conceder un deseo al primero..., este..., al primer humano que encuentre, sin pedir nada a cambio, para variar. Y es el caso, señor Jerónimo, que el primer humano que he encontrado en mi salida es Usted.

Jerónimo el Marciano pareció preocupado.

–¿Un deseo? –preguntó–. ¿Quiere decir «cualquier deseo»?

–Cualquier deseo –confirmó el otro–. Para esta tarea me asisten todos los poderes... de *Él*. Crédito ilimitado.

Su interlocutor se quedó pensativo. ¡Crédito ilimitado! Desde luego que yo en su lugar lo hubiera pensado dos veces antes de decidirme. Pero mi amigo pensó en algo que a mí nunca se me hubiera pasado por la mente, y quizás a él tampoco, de haber estado menos cargado de alcohol.

–Pues... quizá desearía que me ocurriera a mí todo lo que le pasa a Roger Moore en «Los Héroes del Espacio».

Puedo recordar que no encontré mal en principio la elección del deseo. No, no era nada absurdo desear que le ocurriera a uno lo que en el filme le sucedía al actor.

Pero el hombrecillo pareció dudar.

–¿Quizá...? –preguntó.

–Sí, la película más taquillera de los últimos años –explicó mi amigo–. Trabaja también Ursula Andress y trata de una invasión a la Tierra por parte de...

–La conozco, la conozco –dijo–. También *allá abajo* somos aficionados a la ciencia ficción. Lo que le preguntaba era el porqué de ese «quizá» y ese «desearía». ¿Es ese su deseo, sí o no?

Ahora el que vaciló fue Jerónimo.

–Pues, a decir verdad..., sería algo artificial que de pronto empezaran a ocurrir cosas que todo el mundo conoce, exactamente como en una película que todos han visto. Y yo mismo, en fin..., me sentiría molesto y no disfrutaría de unos hechos cuyo..., cuyo desarrollo conocería de antemano. Me parecería como si estuviera programado.

El hombrecillo suspiró con paciencia una vez más.

–Le repito que mis poderes para conceder deseos provienen directamente de *Él*, en calidad de préstamo. Que todos los problemas sean como esos dos que le preocupan.

Se enfrentó solemnemente con mi amigo, y creí

advertir una cierta aura en torno a su cuerpo.

–Señor Jerónimo, su deseo será satisfecho. Y el mundo entero olvidará en este instante todo lo relacionado con esa película..., como si nunca hubiera existido.

Jerónimo el Marciano pareció pensar en algo y después sus ojos se desorbitaron de asombro.

–¡Oiga...! –empezó.

–En lo que respecta a su segunda objeción, usted olvidará también en este instante toda nuestra conversación anterior.

Se produjo una especie de destello que me hizo parpadear y, cuando abrí de nuevo los ojos, el hombrecillo ya no estaba. También había desaparecido todo rastro del olor sulfúrico que tanto me había preocupado.

Quedaba solo ante mí el buen Jerónimo, vacilante ante su copa vacía.

–¡Eh, amigo! –me llamó, reparando al fin en mi presencia–. ¡Otro whisky, por favor!

Así están pues las cosas. De todos los habitantes de nuestro mundo, tal vez de nuestro Universo, sólo yo puedo recordar la existencia de una película que fue la más taquillera y famosa del siglo. Y tan sólo por los pocos detalles mencionados en una conversación que *a mí* no se me ordenó olvidar.

Sé el nombre, y cuáles fueron sus protagonistas, y que su argumento trataba de la invasión de la Tierra por alguien. Sé también que Roger Moore se lo pasaba estupendamente en ella.

Pero en todas las grandes películas del espacio el protagonista se lo pasa estupendamente, mientras que los demás... En fin, en «Star Wars», por ejemplo, los malos se cargan el planeta Alderaan con todos sus habitantes; en «La Guerra de los Mundos», los de Marte destripan un par de ciudades, además de escabechar un regimiento entero de infantería y carros de combate... Y no quiero pensar, *no quiero pensar*, en los filmes japoneses. Seguro que Jerónimo el Marciano se va a divertir dentro de poco, pero no estoy tan seguro en lo que respecta al resto de los terrícolas.

Estoy preocupado, sí señor. Desearía que el hombrecillo de marras me hubiera hecho olvidar también la conversación, pero en realidad creo que ni siquiera llegó a darse cuenta de que yo estaba allí y les oía.

Nadie se fija en el barman.

- - -

Los horribles terrestres

Los dos seres se identificaron una vez más en el último control y al fin pudieron cruzar las puertas del «sancta sanctorum», la inmensa sala donde, en millares de jaulas y habitáculos vivían los especímenes vivos de un millar de mundos siderales.

–¡Te digo que nunca antes habíamos encontrado nada igual! –continuó su apasionado alegato el capitán explorador–. Cierto que nunca antes había llegado nuestra nave más allá de la Décima Nebulosa, hasta ese sector espacial casi en el borde de la Galaxia...

–¿Cómo dices que llaman sus habitantes al planeta? –interrumpió brevemente el periodista.

–Tierra. Al menos eso es lo que sacamos en claro de la investigación telepática del capturado... una de las pocas cosas que sacamos en claro. ¡Y por todos los soles que espero no volver a caer por sus cercanías en lo que me resta de vida!

El periodista lanzó sobre la marcha una distraída mirada a la colección de monstruosidades cautivas que flanqueaban por ambos lados su camino.

–¿Tan dura fue la captura del ejemplar? –inquirió.

El capitán hizo un gesto displicente.

–¡Oh, no! Por esa parte no hubo nada extraordinario. Ya sabes cuales son nuestros métodos, encaminados a ocultar en lo posible nuestra intervención a las razas dominantes de los planetas en que actuamos. Descendimos en plena zona nocturna y no nos costó mucho localizar a un ejemplar aislado que caminaba lejos de todo otro semejante suyo. Caímos sobre él y lo paralizamos con rayo «krhi» antes de que pudiera reaccionar. Paralizado estuvo durante todo el camino, colocado además en hibernación, pues hasta que se le hiciera el análisis telepático en el instituto Xenológico, ni siquiera podíamos saber –hizo un gesto de asco– lo que comía.

–¿Y luego...?

–Luego, cuando se le devolvió la libertad de movimientos... entonces fue cuando empezó todo. Imagínate, logró escaparse un par de veces y casi mata

a uno de los investigadores. ¡Sí! –agregó al advertir el gesto de incredulidad de su interlocutor–. A pesar de que los habitáculos standard son prácticamente invulnerables, logró escaparse y sólo tras el análisis telepático descubrimos la forma de mantenerle encerrado. ¡Bicho del diablo!

El periodista observó cómo el astronauta se iba poniendo cada vez más nervioso.

–¿Seguro que era un ser de la raza predominante? –preguntó–. ¿Un ser inteligente?

–¡Seguro! El análisis fue terminante al respecto. Una inteligencia sensiblemente igual a la de nuestra raza, quizá incluso algo superior. Los terrestres se visten, viven en ciudades y tripulan vehículos de superficie, acuáticos y aéreos. Pero...

–¿Pero...?

–¡Todo lo demás! ¡Un metabolismo tan distinto al nuestro que ha estado a punto de volver locos a nuestros mejores biólogos! ¡Su repugnante forma de alimentarse! ¡Y sobre todo... lo que el análisis telepático dio a entender!

–¿Qué fue ello?

–¡Odio! Un odio espantoso, inconcebible, no por haber sido capturado, sino general, total, atávico, inseparable de todos los miembros de su maldita raza, ya que está en las raíces de lo más profundo de su ser racial. ¡Deseos de destrucción! Hasta un punto que

nosotros no podremos nunca comprender. Y en el fondo de todo ello...

El astronauta se agarró convulsivamente a uno de los brazos de su acompañante.

–¡Maldad! Una maldad primigenia, inmunda, insoportable –hizo una excitada pausa–. Mira, yo mismo he asimilado mentalmente los informes del análisis y casi he sido aniquilado por ellos. Durante todo el tiempo que permanecí dentro de la máquina telepática me pareció estar sumergido en un horrible cenagal resbaladizo de cuya suciedad nunca más podría limpiar mi espíritu. Son malvados en esencia, la raza terrestre es malvada en esencia, de una forma diabólica desconocida hasta ahora en nuestro Universo...

Se estremeció violentamente al señalar un habitáculo próximo.

–Allí está. Esa es su jaula.

El periodista atisbo lleno de curiosidad el recinto mientras se iban acercando a él.

–Supongo que habréis reproducido en el habitáculo todas las características de su planeta natal.

–Todas –murmuró el astronauta mientras llegaban frente a la jaula–. Todas menos una...

–¿Y eso?

–Otra aberración en esa monstruosa raza terrestre

–dijo el capitán explorador en tanto que ambos se detenían ante la jaula–. De todos los pueblos que habitan en el Universo, el terrestre es el único para el que son mortales los rayos de su propia estrella.

Desde detrás de los fuertes barrotes de plata, el aprisionado vampiro les dirigió una mirada de odio infinito.

- - -

Una y sólo una

La existencia de Carlos Sáiz Cidoncha se halla claramente dividida en dos períodos. Hasta los trece años arrastró una vida sin sentido, pero a esa edad descubrió la colección Lucha¬dores del Espacio, *e inmediatamente después* Futuro, *lo cual dio un objeto a su presencia sobre la Tierra. Desde entonces escribe acerca de todo lo que tenga algo que ver con una aven¬tura espacial, y lo publica en cualquier sitio donde se lo consientan. Una vez el deseo llegó a hacerse tan irresistible que hasta llegó a editar por su cuenta...*

El enviado de la Federación Galáctica llevaba ya dos meses informándose de las glorias culturales, filosóficas y científicas de nuestro planeta, cuando un periodista se atrevió a hacerle aque¬lla pregunta:

–Muchos de nuestros autores de ciencia ficción han imagina¬do los planetas de nuestro sistema solar habitados por mil razas diferentes. Puesto que ustedes viajan por el espacio, ¿podría de¬cirnos si es cierto?

–Siento desengañarle –sonrió el gigantesco enviado–, pero este sistema solar es de los muchos que albergan una sola raza inteligente.

El periodista, en efecto, pareció algo decepcionado.

–Así pues –murmuró casi para sí–, definitivamente no hay... marcianos.

Pero el enviado galáctico acentuó su sonrisa y dijo:

–¡Claro que hay marcianos! ¿A quiénes cree usted que me re¬fería al hablar de una raza inteligente?

- - -

CARLOS SAIZ CIDONCHA

- - - RELATOS - - -

- -Carlos Sáiz Cidoncha- -